



**NICCI
FRENCH**

*Un amor
dulce y*
PELIGROSO

UNA NOVELA SOBRE LA OBS.

Lectulandia

Alice Loudon tiene veintitantos años, se lleva de maravilla con su pareja y comparten un grupo de amigos. Pero una mañana cualquiera, al cruzar la calle en pleno centro de Londres, su mirada se clava en la de Adam Tallis, un famoso escalador que salvó a varias personas en una accidentada expedición al Himalaya. A partir de ese instante, es como si Alice viviese en un sueño permanente. Convencida de haber encontrado el amor de su vida, se entrega a una aventura erótica que lo justifica todo. Sin embargo, a medida que el amor de Adam se vuelve una obsesión posesiva, Alice comienza a darse cuenta de lo poco que conoce de verdad a ese hombre que le ha hecho perder la cabeza y, sobre todo, de lo difícil que será romper esta extraña relación.

Esta novela fue llevada a la pantalla grande en el año 2002 por el director chino Chen Kaige. La adaptación contó con los actores Heather Graham y Joseph Fiennes en los papeles centrales.

Lectulandia

Nicci French

Un amor dulce y peligroso

ePub r1.0

Titivillus 12.07.2017

Título original: *Killing me softly*
Nicci French, 1999
Traducción: Gemma Rovira Ortega

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Kersti y Philip

Prólogo

Sabía que iba a morir. Y en el fondo, muy vagamente, también sabía que no debería aceptar la muerte. Tenía que hacer algo para salvarse, pero no se le ocurría nada. Quizá si lograba entender lo que había pasado... Si al menos amainaran el viento y la nieve... Llevaban tanto tiempo azotándolo, que apenas sentía su sonido, ni el frío ni el escozor de la cara. Sólo le quedaba la lucha, un último esfuerzo por respirar el escaso oxígeno de aquel aire a ocho mil metros sobre el nivel del mar, un entorno poco propicio para los humanos. Sus tanques de oxígeno estaban vacíos; las válvulas, congeladas, y la mascarilla no era más que un estorbo.

Quizá tardara unos minutos, quizá unas horas, pero moriría inevitablemente antes del amanecer. Sin embargo, esa idea no lo alteraba. Se sentía amodorrado y tranquilo. Bajo capas de nailon a prueba de viento, Gore-Tex, lana y polipropileno, notaba su corazón latiendo a ritmo muy acelerado, como un prisionero que golpeará frenéticamente dentro de su pecho. Sin embargo, su cerebro estaba aletargado y ausente, cuando lo primordial era permanecer despierto, seguir moviéndose hasta que los rescataran. Sabía que tenía que incorporarse, levantarse, dar fuertes palmadas, despertar a sus compañeros. Pero estaba demasiado cómodo. Por fin podía tumbarse y descansar. Llevaba tanto tiempo cansado...

Con todo, ya no tenía frío, y eso era un alivio. Bajó la cabeza y vio una de sus manos, que había perdido el guante, doblada en un ángulo extraño. Antes la tenía morada, pero ahora (se inclinó, curioso) se le había puesto de un blanco ceroso. ¿Por qué tendría tanta sed? Llevaba una cantimplora en el anorak, pero el agua se había congelado y ya no le servía para nada. Por todas partes lo rodeaba la nieve, que tampoco le servía. Qué paradoja. Suerte que él no era médico, como Françoise.

¿Dónde estaba Françoise? La cuerda fija cuyo trazado habían seguido debería haberlos conducido hasta el paso del Campamento Tres. Ella iba delante, y no habían vuelto a verla. Los otros permanecieron juntos, avanzando penosamente, completamente desorientados, sin tener idea de en qué parte de la montaña se encontraban, y se aferraron a aquel pretexto para refugiarse en un barranco. Y, no obstante, había algo que debía recordar, un objeto que se había perdido en su mente; y no sólo no sabía dónde podía encontrarlo, sino que no sabía qué era.

Ni siquiera se veía los pies. Aquella mañana, cuando se habían puesto en marcha, las montañas relucían contra el cielo despejado. Habían iniciado el lento ascenso hacia la cima por el inclinado mar de hielo, bajo un intenso sol que se derramaba sobre la silueta de las montañas, que destellaba en aquella extensión de hielo azul blanquecino a prueba de balas, y que les agujijoneaba la dolorida cabeza. Sólo se veían algunos cúmulos que se deslizaban hacia ellos, y luego, de pronto, se produjo

aquel remolino de nieve.

Notó movimiento a su lado. Había alguien más que estaba consciente. Se volvió trabajosamente para ver quién era. Llevaba un anorak rojo, de modo que debía de ser Pete. Tenía la cara completamente cubierta por una gruesa capa de hielo gris, pero él no podía ayudarlo. Habían llegado a formar una especie de equipo, pero ahora cada uno se hallaba en su propio mundo.

Se preguntó quién más estaría muriendo en la ladera. Todo había salido mal. Aunque ya nada podía hacer. En el bolsillo del anorak, dentro de la funda de un cepillo de dientes, llevaba una jeringuilla con dexametasona, pero ya no tenía fuerzas ni para sujetarla. Ni siquiera podía mover las manos para desabrochar la mochila. Además ¿qué habría hecho? ¿Adónde habría ido? Era mejor esperar. Ya los encontrarían. Sabían dónde estaban. ¿Por qué no habían llegado ya?

El mundo que había más allá de aquellas montañas, la vida anterior, yacía ahora enterrado bajo la superficie de su aletargada conciencia, y sólo quedaban algunos vestigios. Sabía que cada minuto que pasaba tendido allí arriba, a esa altitud, sin oxígeno, se destruían en su cerebro millones de células. Una diminuta parte de su ser lo estaba viendo morir, horrorizada y consternada. Él sólo deseaba que todo terminara. Lo único que quería era dormir.

Sabía cuáles eran las etapas de la muerte. Había visto, casi con curiosidad, cómo su cuerpo se rebelaba contra aquel entorno, en las últimas crestas que conducían a la cima del Chungawat: los dolores de cabeza, la diarrea, la dificultad para respirar y la hinchazón de manos y tobillos. Era consciente de que ya no podía pensar con claridad. Quizá tuviera alucinaciones antes de morir. Sabía que tenía las manos y los pies congelados. No se notaba el cuerpo, tan sólo sus calcinados pulmones. Era como si la mente fuera lo único que le quedara y siguiera ardiendo débilmente dentro de su muerto almacén, y estaba esperando a que su mente empezara a vacilar y se apagara. Era una lástima que no hubiera alcanzado la cima. La nieve parecía una almohada contra su mejilla.

Tomas se sentía caliente. Tranquilo. ¿Qué había salido mal? Tendría que haber sido muy sencillo. Había algo que debía recordar, algo que no cuadraba. Había una nota disonante. Una pieza del rompecabezas que no encajaba. Cerró los ojos. La oscuridad lo aliviaba. La vida había sido muy complicada. Tanto esfuerzo, ¿para qué? Para nada. Tenía que recordarlo. Cuando lo lograra, ya nada importaría. Ojalá cesara el rugido del viento. Ojalá pudiera pensar.

Sí, era eso. Algo muy estúpido, muy sencillo; por fin lo entendía. Sonrió. Notó que el frío lo recorría, arrastrándolo hacia la oscuridad...

Estaba sentada en la silla, muy quieta. Me dolía la garganta. El parpadeo de la luz fluorescente me producía un ligero mareo. Junté las manos y las apoyé en la mesa que nos separaba, e intenté respirar a un ritmo constante. Nunca hubiera imaginado

que todo aquello pudiera acabar en un sitio así.

A nuestro alrededor sonaban los teléfonos, y había un murmullo de conversaciones en el aire, como interferencias. Pasaban hombres y mujeres de uniforme, ocupados en sus asuntos. De vez en cuando nos miraban, pero no me pareció que sintieran curiosidad. ¿Por qué iban a sentir curiosidad? Allí veían muchas cosas, y yo no era más que una mujer normal y corriente, con las mejillas sonrosadas y una carrera en las medias. ¿Quién iba a saberlo? Me dolían los pies, encerrados en mis ridículos botines. No quería morir.

El inspector Byrne cogió un bolígrafo. Intenté sonreírle: era mi última esperanza. Él me miró con impaciencia, frunciendo el entrecejo, y me dieron ganas de llorar y de pedirle, por favor, que me salvara. Hacía tanto tiempo que no lloraba como es debido... Si empezaba ahora, no podría parar.

—¿Por dónde íbamos? ¿Lo recuerda? —me preguntó.

Sí, claro que lo recordaba. Lo recordaba todo.

—¡Alice! ¡Alice! Vas a llegar tarde. Despierta.

Oí un débil gruñido de protesta, y me di cuenta de que era mío. Fuera hacía frío y estaba oscuro. Me escondí aún más bajo el mullido edredón y cerré los ojos protegiéndome de la trémula luz invernal.

—Levántate, Alice.

Jake olía a espuma de afeitar. Llevaba una corbata al cuello, todavía sin anudar. Otro día. Lo que convierte a dos personas en una pareja de verdad no son las grandes decisiones, sino los pequeños hábitos. Uno adquiere sin darse cuenta ciertas rutinas, adopta sin proponérselo papeles domésticos complementarios. Jake y yo éramos dos expertos en las pequeñas manías del otro. Yo sabía que a él le gustaba ponerse más leche en el café que en el té; él sabía que yo sólo me ponía una gota de leche en el té y que tomaba el café solo. Él sabía localizar el nudo que se forma cerca de mi omóplato izquierdo tras una dura jornada en la oficina. Yo no ponía fruta en las ensaladas por respeto a él, y él no les ponía queso por respeto a mí. ¿Qué más se podía pedir de una relación? Nos estábamos acostumbrando a vivir como pareja.

Yo nunca había vivido con un hombre (es decir, con un hombre con el que mantuviera una relación sentimental), y la experiencia de asumir papeles domésticos me parecía interesante. Jake era ingeniero, y era un genio con todas las tuberías y los cables que había empotrados en nuestras paredes y debajo del suelo. En una ocasión le dije que lo único que no le gustaba de nuestro piso era no haberlo construido él mismo en una zona rural, y no se lo tomó como un insulto. Yo era licenciada en bioquímica, y eso significaba que cambiaba las sábanas de la cama y vaciaba el cubo de la basura de la cocina. Él arreglaba la aspiradora, pero la utilizaba yo. Yo limpiaba el baño, excepto si él se había afeitado. Eso habría sido demasiado.

Lo curioso es que Jake era el que planchaba. Decía que la gente ya no sabe planchar camisas. Yo lo consideraba una estupidez, y me habría ofendido de no ser porque resulta difícil ofenderse cuando estás tumbado viendo la televisión, con una copa en la mano, mientras te planchan la ropa. Jake iba por el periódico; yo lo leía por encima de su hombro, y él se ponía nervioso. La compra la hacíamos los dos, aunque yo siempre me llevaba una lista e iba tachando todos los artículos, mientras que él improvisaba y era mucho más extravagante que yo. Él descongelaba el congelador. Yo regaba las plantas. Y él me llevaba una taza de té a la cama cada mañana.

—Vas a llegar tarde —repitió—. Aquí tienes el té. Yo me voy exactamente dentro de tres minutos.

—Odio el mes de enero —dije.

—Decías lo mismo de diciembre.

—Enero es como diciembre. Pero sin Navidad.

Pero Jake ya había salido de la habitación. Me duché a toda prisa y me puse una chaqueta de color crudo y un pantalón a juego. Me cepillé el pelo y me lo recogí en un moño.

—Estás muy elegante —dijo Jake al verme entrar en la cocina—. ¿Es nuevo ese traje?

—Qué va. Lo tengo hace años —mentí, y me serví otra taza de té, esta vez tibio.

Fuimos andando hasta el metro, compartiendo el paraguas y esquivando charcos. Junto a la entrada, Jake me besó, poniéndose el paraguas debajo del brazo y sujetándome los hombros con firmeza.

—Adiós, cariño —dijo.

Y en ese momento pensé: «Quiere casarse conmigo. Quiere que seamos un matrimonio». Fascinada por esa idea, se me olvidó responder. Jake no se dio cuenta, y fue hacia la escalera mecánica, donde se mezcló con una multitud de hombres con gabardina. No miró atrás. Era como si ya estuviéramos casados.

No tenía ningunas ganas de ir a la reunión. Me sentía físicamente incapaz. La noche anterior había salido a cenar con Jake. Habíamos vuelto a casa tardísimo, y no nos habíamos metido en la cama hasta la una; de hecho, no nos habíamos dormido hasta, quizá, las dos y media. Celebrábamos nuestro aniversario, el primero. No era exactamente un aniversario, pero era lo más parecido que Jake y yo teníamos. De vez en cuando intentábamos recordar qué día nos conocimos, pero nunca lo logramos. Nos movimos durante mucho tiempo en el mismo ambiente, como abejas que rondan una misma colmena. No nos acordábamos de cuándo nos hicimos amigos de verdad. Salíamos con el mismo grupo de gente, y al cabo de un tiempo llegamos a un punto en que, si alguien me hubiera pedido que enumerara a mis tres o cuatro amigos más íntimos, habría incluido a Jake. Pero nadie me lo preguntó nunca. Lo sabíamos todo sobre nuestros padres, nuestra época de estudiantes, nuestra vida amorosa. Un día nos emborrachamos juntos, cuando a él lo había dejado su novia; nos sentamos debajo de un árbol en Regent's Park y nos bebimos media botella de *whisky* entre los dos, llorando y riendo tontamente, bastante sensibleros. Yo le dije que era ella la que salía perdiendo, y él, hipando, me acarició la mejilla. Nos reíamos las gracias, bailábamos juntos en las fiestas (pero nunca los lentos), nos prestábamos dinero, nos llevábamos en coche y nos dábamos consejos. Éramos amigos.

Lo que sí recordábamos era la primera vez que nos acostamos juntos. Fue el 17 de enero del año pasado. Un miércoles. Unos cuantos amigos habíamos quedado para ir al cine por la noche, pero al final no pudo venir nadie, y quedamos Jake y yo solos. En un momento de la película nos miramos y nos sonreímos tímidamente, y supuse que ambos nos estábamos dando cuenta de que aquello se había convertido en una especie de cita, y quizá nos preguntábamos si sería bueno.

Cuando salimos del cine, Jake me invitó a su casa a tomar una copa. Era cerca de

la una de la madrugada. Dijo que tenía un paquete de salmón ahumado en la nevera y pan horneado por él, lo cual me hizo reír. O al menos me hizo reír después, al recordarlo, porque desde entonces no ha vuelto a hacer pan. A los dos nos gusta la comida rápida y la comida para llevar. Sin embargo, sí estuve a punto de reírme aquel día, cuando nos besamos por primera vez, porque lo encontré extraño, casi incestuoso, dado lo buenos amigos que éramos. Vi su cara acercándose a la mía, sus facciones, que tan bien conocía, volviéndose borrosas hasta quedar irreconocibles, y me dieron ganas de reír o de apartarme de él, cualquier cosa para interrumpir aquella repentina seriedad, aquel silencio distinto entre nosotros. Pero enseguida empecé a sentirme bien, cómoda. A veces me molestaba la sensación de estabilidad (¿qué iba a pasar con mis planes de trabajar en el extranjero, de tener aventuras, de ser una persona diferente?), o me preocupaba al pensar que mi vida iba a ser siempre así, puesto que ya tenía casi treinta años; pero, cuando eso ocurría, apartaba tales ideas de mi mente.

Ya sé que lo normal es que las parejas decidan vivir juntos. Es uno de los grandes momentos de la vida, como intercambiar anillos o morirse. Pero nosotros no lo hicimos. Empecé a quedarme a dormir en casa de Jake de vez en cuando. Jake me dejó un cajón para las bragas y las medias. Después empecé a dejar algún vestido, crema suavizante y lápices perfiladores en el cuarto de baño. Pasadas unas semanas me di cuenta de que la mitad de los vídeos tenían mi letra en las etiquetas. Porque si uno no anota qué programas ha grabado, aunque sea en letra muy pequeña, después nunca los encuentra cuando quiere verlos.

Un día Jake me preguntó si tenía sentido que siguiera pagando el alquiler de mi apartamento, ya que nunca estaba allí. Me hice la despistada: le di vueltas al asunto, pero no tomé ninguna decisión. En verano, mi prima Julie vino a trabajar a Londres antes de empezar sus estudios universitarios, y yo le propuse que se instalara en mi casa. Tuve que llevarme cosas a casa de Jake para dejarle espacio a ella. Un día a finales de agosto (era una calurosa noche de domingo y estábamos en un *pub* contemplando la catedral de San Pablo, al otro lado del río), Julie comentó que tenía que buscarse un apartamento, y yo le propuse que se instalara definitivamente en el mío. Así fue como Jake y yo empezamos a vivir juntos, de modo que el único aniversario que teníamos era el de nuestro primer polvo.

El caso es que la celebración había terminado y yo no tenía ánimos para ir a la oficina. Si no quieres ir a una reunión y te interesa hacer un buen papel o te preocupa que alguien pueda criticarte, asegúrate de que llevas el traje planchado y sé puntual. Eso no aparece en los diez mandamientos del ejecutivo, pero aquella oscura mañana en que no me sentía capaz de enfrentarme más que a una taza de té, era una estrategia de supervivencia. En el metro intenté ordenar mis ideas. Debería haberme preparado mejor, haber tomado notas. Me quedé de pie para que no se me arrugara el traje nuevo. Un par de caballeros me ofrecieron su asiento y se llevaron un chasco cuando lo rechacé. Seguramente creyeron que se trataba de una cuestión de principios.

¿Adónde se dirigían y qué iban a hacer los demás pasajeros? Supuse que algo menos extraño de lo que me disponía a hacer yo: iba a las oficinas de la delegación de una gran multinacional farmacéutica, donde se celebraba una reunión para hablar de un pequeño artilugio de plástico y cobre que parecía un broche New Age, pero que en realidad era el burdo prototipo de un nuevo dispositivo intrauterino.

Había visto a mi jefe, Mike, sucesivamente perplejo, furioso, frustrado y desconcertado por culpa de nuestros escasos progresos con el Drakloop IV, el DIU de Drakon Pharmaceutical Company que, si algún día conseguía salir del laboratorio, iba a revolucionar el mundo de los anticonceptivos intrauterinos. Me habían incorporado al proyecto seis meses atrás, pero gradualmente me había visto absorbida por el atolladero burocrático de planes de presupuesto, objetivos de *marketing*, déficit, ensayos clínicos, requisitos, reuniones de departamento, reuniones regionales, reuniones sobre reuniones, y toda la increíble jerarquía del proceso de toma de decisiones. Casi no me acordaba de que era una investigadora científica que trabajaba en un proyecto relacionado con la fertilidad femenina. Había aceptado aquel trabajo porque la idea de crear un producto y venderlo me pareció como unas vacaciones comparada con el resto de mi vida.

Aquel jueves por la mañana Mike estaba huraño, y me di cuenta de que aquel malhumor era peligroso. Mi jefe era como una mina oxidada de la Segunda Guerra Mundial que aparece en una playa: parecía inofensivo, pero la persona que tocara en el sitio equivocado podía saltar por los aires. Y aquel día esa persona no iba a ser yo.

La gente fue entrando en la sala de reuniones. Yo ya me había sentado de espaldas a la puerta, para poder mirar por la ventana. Las oficinas se encontraban al sur del Támesis, en un laberinto de estrechas callejuelas con nombres de especias y de los lejanos países de donde procedían. En la parte de atrás del edificio, en una zona que siempre estaban a punto de derribar y urbanizar, había una planta de reciclaje: un vertedero de basura. En uno de los extremos, una montaña gigantesca de botellas emitía destellos mágicos en los días soleados; incluso en un día espantoso como aquél, cabía la posibilidad de que apareciera la excavadora y amontonara más botellas formando una pila aún mayor. Esa imagen era más interesante que cualquier cosa que pudiera pasar dentro de la Sala de Reuniones C. Miré alrededor. Había tres individuos, un tanto nerviosos, que habían acudido del laboratorio de Northbridge expresamente para la reunión, y a quienes se veía enfadados por el desplazamiento. También estaban Philip Ingalls, de la planta de arriba; Claudia, mi ayudante, y Fiona, la secretaria de Mike. Faltaban varias personas. Mike fruncía el entrecejo y se tiraba con furia de los lóbulos de las orejas. Miré por la ventana. Genial: la excavadora se acercaba a la montaña de botellas. Eso me hizo sentir mejor.

—¿Dónde está Giovanna? —preguntó Mike.

—No podía venir —contestó uno de los investigadores, que creo que se llamaba Neil—. Me pidió que la sustituyera.

Mike se encogió de hombros con un gesto de aceptación que no presagiaba nada

bueno. Me enderecé un poco más, adopté una expresión atenta y cogí el bolígrafo con optimismo. La reunión empezó con alusiones a la anterior y a varios asuntos de rutina. Hice unos garabatos en mi bloc e intenté dibujar a Neil, que tenía cara de sabueso con ojos tristes. Volví a mirar por la ventana y vi la excavadora, en esos momentos en plena faena. Por desgracia, no podía oír el ruido de los cristales rotos, pero de todos modos la visión resultaba gratificante. Hice un esfuerzo y volví a concentrarme en la reunión, cuando Mike preguntó qué planes había para el mes de febrero. Neil empezó diciendo algo sobre las hemorragias anovulatorias, y de pronto me irritó que un científico varón hablara con un director varón sobre tecnología para el cuerpo femenino. Inspiré hondo, dispuesta a hablar, pero lo pensé mejor y volví a dirigir la mirada hacia la planta de reciclaje. La excavadora ya había terminado su trabajo y se estaba retirando. Me pregunté cómo podía haber gente que se dedicara a conducir máquinas como aquélla.

—Y tú...

De pronto me di cuenta de dónde me encontraba, como si me hubieran despertado bruscamente. Mike había dirigido su atención hacia mí, y todos los demás me miraron para evaluar los daños inminentes.

—Tienes que poner orden, Alice. En este departamento hay mucho descontrol.

No pensaba tomarme la molestia de discutir con él.

—Sí, Mike —dije con dulzura. Pero le guiñé un ojo, para que se enterara de que no me dejaba intimidar, y vi que se ruborizaba.

—¿Y podría alguien encargarse de que arreglen esa maldita luz? —exclamó Mike.

Miré hacia arriba. Había un parpadeo casi imperceptible en uno de los tubos fluorescentes. En cuanto uno se fijaba en él, era como tener a alguien rascando dentro de la cabeza. Ras, ras, ras.

—Yo lo haré —dije—. Es decir, haré que alguien lo arregle.

* * *

Estaba redactando el borrador de un informe que Mike tenía que enviar a Pittsburgh a final de mes, lo cual me dejaba mucho tiempo, así que pude pasar el resto del día sin pegar golpe. Dedicué media hora a mirar dos catálogos de venta de ropa por correo que había recibido. Doblé la esquina de la página donde aparecían unos bonitos botines, una camisa larga de terciopelo, descrita como «esencial», y una falda corta de raso de color gris perla. En total, eso significaría que mi deuda aumentaría en 137 libras. Después de comer con una agente de prensa (una mujer muy agradable, con la cara pequeña y pálida, dominada por unas gafas estrechas, rectangulares y con montura negra), me encerré en mi despacho y me puse los

auriculares.

—*Je suis dans la salle de bain* —dijo una voz excesivamente entusiasta en mi oído.

—*Je suis dans la salle de bain* —repetí, obediente.

—*Je suis en haut!*

¿Qué significaba «*en haut*»? No me acordaba.

—*Je suis en haut* —dije de todos modos.

Sonó el teléfono, y me quité los auriculares. Salí del mundo de sol resplandeciente, campos de espliego y cafeterías con terraza, y volví a la zona portuaria londinense en el mes de enero. Era Julie, que tenía un problema en el piso. Le propuse que nos viéramos para tomar algo después del trabajo. Como ella ya había quedado con dos amigos más, llamé a Jake al móvil para que se reuniera con nosotras en el Vine. Pero no pudo ser, porque Jake estaba fuera de la ciudad. Había ido a ver las obras de un túnel que atravesaba un terreno precioso y sagrado según varias religiones. Yo casi había terminado en la oficina.

* * *

Cuando llegué, Julie y Sylvie ya estaban allí, en una mesa situada en un rincón, con Clive. Una parrá trepaba por la pared que había tras ellos. En el Vine, la decoración hacía honor al nombre del local.

—Tienes muy mal aspecto —comentó Sylvie—. ¿Resaca?

—No estoy segura —respondí con cautela—. Pero de todos modos no me vendrá mal un remedio para la resaca. Pediré otro para ti.

Clive estaba hablando de una mujer a la que había conocido la noche anterior en una fiesta.

—Es muy interesante —dijo—. Es fisioterapeuta. Le hablé de los problemas que tengo en el codo, no sé si os lo he contado...

—Sí, nos lo has contado.

—Pues ella me lo agarró no sé cómo, y de pronto lo noté mucho mejor. ¿Verdad que es increíble?

—¿Cómo es?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo es? —insistí.

Llegaron las bebidas. Clive bebió un sorbo y dijo:

—Es muy alta. Más alta que tú. Tiene el cabello castaño, largo hasta los hombros. Es guapa, de piel morena, y tiene unos ojos azules increíbles.

—No me extraña que se te curara el codo. ¿La invitaste a salir?

Clive puso cara de indignación, pero su expresión resultaba un tanto sospechosa.

Se aflojó el nudo de la corbata y dijo:

—Claro que no.

—Es evidente que querías hacerlo.

—No puedo invitar a una chica a salir así, por las buenas.

—Claro que puedes —intervino Sylvie—. Ella te tocó el codo, ¿no?

—¿Y qué? No puedo creerlo. Ella me tocó el codo porque es fisioterapeuta, y vosotras deducís que estaba deseando que me la tirara, ¿no?

—No exactamente —dijo Sylvie con gesto remilgado—. Pero pregúntaselo. Llámala por teléfono. Por lo que cuentas, no debe de estar mal.

—Sí, era... atractiva, pero hay dos problemas. El primero es que, como ya sabéis, creo que no he superado del todo lo de Christine. Y, por otra parte, soy incapaz de hacer una cosa así. Necesito una excusa.

—¿Sabes cómo se llama? —le pregunté.

—Se llama Gail. Gail Stevenson.

Bebí un sorbo de mi Bloody Mary, pensativamente.

—Llámala.

El rostro de Clive adoptó una cómica expresión de alarma.

—¿Y qué le digo?

—Eso no tiene importancia. Si le gustaste, y el hecho de que te cogiera el codo en la fiesta significa que seguramente le gustaste, saldrá contigo digas lo que digas. Y, si no le gustaste, no saldrá contigo digas lo que digas. —Clive parecía confuso—. Tú llámala. Dile: «Soy el tipo al que le manipulaste el codo en la fiesta de la otra noche. ¿Quieres salir conmigo?». Seguro que le encanta.

Clive estaba atónito.

—¿Así, tal cual?

—Pues claro.

—¿Y qué le propongo que hagamos?

Me reí.

—¿Qué quieres? ¿Que te busque también una habitación?

Fui a buscar más bebidas. Cuando regresé, Sylvie fumaba un cigarrillo mientras hablaba de manera teatral. Yo estaba cansada, y no le presté mucha atención. Al otro lado de la mesa, Clive le explicaba algo a Julie; sólo oí fragmentos de la conversación, pero creo que hablaba de los mensajes subliminales del diseño de las cajetillas de cigarrillos Marlboro. No habría sabido decir si Clive estaba borracho o loco. Me quedé pensando con la copa en la mano, distraída. Sylvie, Julie y Clive formaban parte de la Panda, un grupo de gente que, con alguna excepción, nos habíamos conocido en la universidad y habíamos seguido viéndonos y saliendo juntos. Para mí eran como mi familia, o tal vez algo más.

Cuando volví a casa, Jake me abrió la puerta en cuanto introduje la llave en la cerradura. Ya se había quitado el traje, y llevaba vaqueros y una camisa de cuadros.

—¿No ibas a llegar tarde? —pregunté.

—El problema se solucionó —contestó—. Te estoy preparando la cena.

Miré la mesa, donde había varios paquetes: pollo con especias, paté, pan ácimo, un pudín diminuto y un cartón de nata líquida. También vi una botella de vino y una cinta de vídeo. Besé a Jake y dije:

—Un microondas, un televisor y tú. Perfecto.

—Y luego vamos a hacer el amor toda la noche.

—¿Cómo? ¿Otra vez? Eres un vicioso.

Al día siguiente, el metro estaba más abarrotado que de costumbre. Me moría de calor bajo tantas capas de ropa, e intenté distraerme pensando en otras cosas mientras me balanceaba, rodeada de cuerpos, y el tren traqueteaba por el oscuro túnel. Me acordé de que tenía que cortarme el pelo; podía ir a la peluquería a la hora de comer. Intenté recordar si había suficiente comida en casa para la cena, o si sería mejor que compráramos comida preparada. O que fuéramos a bailar. Reparé en que aquella mañana no me había tomado la píldora, y que tenía que hacerlo en cuanto llegara a la oficina. La píldora me hizo pensar en el dispositivo intrauterino y en la reunión del día anterior, cuyo recuerdo había hecho que me costara más de lo habitual levantarme de la cama.

Una joven delgada que llevaba en brazos a un niño de cara enorme y sonrojada intentaba abrirse paso por el vagón. Nadie se levantó para cederle el asiento, y la mujer se quedó de pie con el niño apoyado en su angulosa cadera, apuntalada por los otros pasajeros. Al niño sólo se le veía la acalorada y enojada cara. Como era de esperar, no tardó en ponerse a llorar; soltaba unos gemidos roncós y larguísimos y se le pusieron las mejillas moradas, pero la mujer no le hizo ningún caso, como si no lo oyera. Ella estaba pálida y tenía la mirada vidriosa. El niño iba vestido como si fuera a realizar una expedición al Polo Sur, y en cambio ella sólo llevaba un ligero vestido y un anorak desabrochado. Puse a prueba mi instinto maternal: cero. Luego miré a mi alrededor, a la multitud de hombres y mujeres trajeados. Me incliné hacia un individuo que llevaba un bonito abrigo de cachemira; me acerqué a él hasta que pude verle los poros de la cara, y entonces le dije en voz baja, al oído:

—Perdone, ¿le importaría cederle el asiento a esta señora? —Él me miró con gesto desconcertado, reacio, y añadí—: Necesita sentarse.

El hombre se levantó, y la madre se acercó arrastrando los pies y se metió entre dos periódicos desplegados. El niño siguió llorando, y ella siguió mirando al frente. Ahora el hombre podía sentirse virtuoso.

Sentí un gran alivio al apearme en mi estación, aunque el día que tenía por delante no se presentaba prometedor. Al pensar en el trabajo, me invadió un profundo letargo, como si me pesaran las extremidades y tuviera el cerebro lleno de moho. En la calle hacía mucho frío, y el vaho que yo despedía hacía volutas en el aire. Me enrollé la bufanda al cuello y lamenté no haberme puesto sombrero. Quizá pudiera escaparme durante la pausa para el café y comprarme unas botas. A mi alrededor, todo el mundo caminaba apresuradamente hacia sus oficinas con la cabeza agachada. Jake y yo deberíamos ir a algún sitio en febrero, a algún lugar desierto y soleado. A cualquier sitio que no fuera Londres. Me imaginé una playa de arena blanca y un

cielo azul, y a mí misma, delgada y bronceada, tomando el sol en bikini. Veía demasiados anuncios. Yo siempre llevaba bañador. Además, últimamente Jake intentaba convencerme de que tenía que ahorrar.

Me paré en el paso de cebra. Un camión pasó rugiendo. Una paloma y yo retrocedimos a la vez. Le eché un vistazo al conductor, elevado en la cabina y ciego a toda aquella gente que, por debajo de él, iba andando al trabajo. El coche que iba detrás del camión frenó, y me dispuse a cruzar la calle.

Un hombre empezó a cruzar desde la otra acera. Me fijé en que llevaba unos vaqueros negros y una chaqueta de piel negra, y luego miré su cara. No sé si él se paró primero o si fui yo. Ambos nos quedamos plantados en la calzada, mirándonos fijamente. Creo que oí una bocina. No podía moverme. Me pareció una eternidad, pero seguramente sólo duró un segundo. Noté un vacío en el estómago, y me costaba respirar con normalidad. Volvió a sonar una bocina. Alguien gritó algo. El hombre tenía unos impresionantes ojos azules. Seguí andando; él hizo otro tanto, y nos cruzamos separados por unos centímetros, sin dejar de mirarnos a los ojos. Si él hubiera estirado el brazo y me hubiera tocado, creo que yo habría dado media vuelta y lo habría seguido, pero no lo hizo, y llegué sola a la otra acera.

Seguí caminando hacia el edificio de las oficinas de Drakon; luego me detuve y me di la vuelta. Él seguía allí, mirándome. No sonrió, ni hizo gesto alguno. Tuve que hacer un esfuerzo para volverme de nuevo, notando su mirada como un imán. Cuando llegué a las puertas giratorias del edificio y pasé por ellas, eché un último vistazo. El hombre de los ojos azules había desaparecido.

Fui directamente al lavabo, me encerré en un cubículo y me apoyé en la puerta. Estaba mareada, me temblaban las rodillas y notaba tensión en los ojos, como si estuviera conteniendo las lágrimas. Quizá estuviera incubando un resfriado. Quizá estaba a punto de venirme la regla. Pensé en aquel hombre y en cómo me había mirado, y cerré los ojos como si de ese modo pudiera hacerlo desaparecer. Alguien entró en el lavabo y abrió un grifo. Me quedé muy quieta, y me pareció oír los latidos de mi corazón bajo la blusa. Me llevé una mano a la ardiente mejilla, y después me la puse sobre el pecho.

Pasados unos minutos volví a respirar con normalidad. Me eché agua fría en la cara, me peiné, extraje una píldora de su envase y me la tomé. El dolor que sentía en el vientre empezó a desaparecer; ahora sólo me sentía frágil, nerviosa. Afortunadamente, nadie había visto nada. Saqué un café y una chocolatina de la máquina del segundo piso, porque de pronto tenía un hambre voraz, y fui hacia mi despacho. Retiré el envoltorio y el papel de plata de la chocolatina con dedos torpes y temblorosos, y me la comí a bocados. Inicié la jornada de trabajo. Abrí el correo y lo tiré casi todo a la papelera; escribí un memorándum a Mike y luego telefoneé a Jake a su oficina.

—¿Cómo te va el día? —le pregunté.

—Acabo de empezar.

Yo tenía la impresión de que habían pasado horas desde que había salido de casa. Si me hubiera tumbado y hubiera cerrado los ojos, habría podido dormir varias horas.

—Anoche lo pasé muy bien —dijo Jake bajando la voz. Quizá estaba con más gente.

—Ya. Pero esta mañana me sentía un poco rara, Jake.

—¿Te encuentras mejor? —Jake parecía preocupado. Nunca me pongo enferma.

—Sí, me encuentro muy bien. Estupendamente. ¿Y tú? ¿Estás bien?

Ya no se me ocurría nada más que decir, pero aun así me resistía a colgar el teléfono. De pronto Jake adoptó un tono preocupado, y le oí decir algo que no entendí a otra persona.

—Bueno, cariño, tengo que dejarte. Adiós.

* * *

Pasaron las horas. Fui a otra reunión, esta vez con el departamento de *marketing*; derramé una jarra de agua en la mesa y no dije nada. Leí el trabajo de investigación que Giovanna me había enviado por *email*. Vendría a verme a las tres y media. Llamé a la peluquería y pedí hora para la una. Bebí un montón de té amargo y tibio en vasos de plástico. Regué las plantas de mi despacho. Aprendí a decir: «*Je voudrais quatre petits pains*» y «*Ça fait combien?*».

Un poco antes de la una cogí mi abrigo, dejé un mensaje para mi ayudante diciendo que iba a estar fuera cerca de una hora y bajé a la calle. Empezaba a lloviznar, y no llevaba paraguas. Miré las nubes, me encogí de hombros y eché a andar a buen paso por Cardamom Street, donde podría coger un taxi para ir a la peluquería. De pronto me paré y se me nubló la vista. Sentí una sacudida en el estómago, y tuve la impresión de que me iba a doblar en dos.

Estaba allí, a pocos metros de mí. Como si no se hubiera movido en toda la mañana. Llevaba la misma chaqueta y los mismos vaqueros negros, y seguía sin sonreír. Estaba allí plantado, mirándome. Tuve la sensación de que nadie me había mirado bien hasta entonces, y de pronto tomé plena conciencia de mí misma: de los latidos de mi corazón, del ritmo de mi respiración, de la superficie de mi cuerpo, por donde se extendía un picor que era mezcla de pánico y emoción.

Tenía más o menos mi edad, unos treinta años. Supongo que era guapo, con sus pálidos ojos azules, su cabello castaño alborotado y sus pómulos altos y planos. Pero yo sólo me daba cuenta de que me miraba con tal intensidad que no podía apartarme de su campo de visión. Me oía respirar con una especie de jadeo entrecortado, pero no me moví, no podía alejarme de allí.

No sé quién dio el primer paso. Quizá yo me acerqué a él dando traspiés, o quizá me quedé esperando a que él se acercara, y cuando nos quedamos plantados frente a

frente, sin tocarnos, con los brazos pegados a los costados, él dijo en voz baja:

—Te estaba esperando.

Debería haber soltado una carcajada. Aquélla no era yo; aquello no podía estar ocurriéndome a mí. Yo era Alice Loudon, e iba a cortarme el pelo un día lluvioso de enero. Pero no pude reír, ni sonreír. Sólo pude seguir mirándolo: los ojos azules y separados, la boca ligeramente entreabierta, los labios carnosos. Iba sin afeitarse. Tenía un arañazo en el cuello. Llevaba el pelo bastante largo, y despeinado. Sí, ya lo creo: era muy guapo. Me dieron ganas de acariciarle la boca con el pulgar, de sentir el roce de su barbilla en el hueco de mi cuello. Intenté decir algo, pero lo único que logré articular fue un ahogado y remilgado «¡Oh!».

—Por favor —dijo él entonces, sin dejar de mirarme—, ¿quieres venir conmigo?

Podía ser un atracador, un violador, un psicópata. Asentí sin pensarlo, y él bajó de la acera y paró un taxi. Me sostuvo la puerta, pero no me tocó. Una vez dentro, le dio una dirección al taxista, y luego se volvió hacia mí. Vi que debajo de la chaqueta de piel sólo llevaba una camiseta verde oscuro. En el cuello lucía una tira de cuero, con una pequeña espiral de plata. No llevaba anillos. Miré sus largos dedos, las uñas pulidas y limpias y una cicatriz blanca en un pulgar. Eran unas manos prácticas, fuertes, peligrosas.

—¿Cómo te llamas?

—Alice —contesté. No reconocí mi propia voz.

—Alice —repitió él—. Alice.

Cuando él pronunció aquella palabra no me resultó familiar. Levantó las manos y, suavemente, cuidando de no tocarme la piel, me quitó la bufanda. Olía a jabón y a sudor.

El taxi se detuvo; miré por la ventanilla y vi que estábamos en el Soho. Había un quiosco, una charcutería, restaurantes. Olía a café y a ajo. El desconocido bajó del taxi y, una vez más, me sostuvo la puerta. Notaba la sangre latiendo por mis venas. Empujó una puerta vieja junto a una tienda de ropa, y lo seguí por una estrecha escalera. Sacó un llavero del bolsillo y abrió dos cerraduras. La puerta daba a un pequeño apartamento. Vi estantes, libros, cuadros, una alfombra. Me quedé en el umbral. Era mi última oportunidad. El ruido de la calle entraba por las ventanas: el murmullo de voces, el estruendo de los coches. Cerró la puerta y echó el cerrojo.

Debería haberme asustado, y me asusté, pero no de él, no de aquel extraño. Estaba asustada de mí misma. Ya no me reconocía. Me sentía deshacer de deseo, como si todos los contornos de mi cuerpo se estuvieran desvaneciendo. Empecé a quitarme el abrigo, desabrochando con torpeza los botones de terciopelo, pero él me detuvo.

—Espera —dijo—. Déjame a mí.

Primero me quitó la bufanda y la colgó con cuidado en el perchero. Después el abrigo, tomándose su tiempo. Luego se arrodilló y me quitó los zapatos. Puse una mano en su hombro para no caerme. Volvió a levantarse y empezó a desabrocharme

la rebeca, y me fijé en que le temblaban ligeramente las manos. Me desabroché la falda y me la quitó; la tela hizo un ruido áspero al caer rozándome las piernas. Me quitó las medias, e hizo con ellas una bola endeble que dejó junto a mis zapatos. Apenas me había tocado la piel todavía. Me quitó la blusa y las bragas, y me quedé desnuda en aquella habitación, temblando ligeramente.

—Alice —dijo él con una especie de gemido—. Dios mío, eres preciosa, Alice.

Le quité la chaqueta. Tenía unos brazos fuertes y bronceados, y había otra cicatriz, larga y fruncida, que iba desde el codo hasta la muñeca. Lo imité y me arrodillé para quitarle los zapatos y los calcetines. En el pie derecho sólo tenía tres dedos; me incliné y besé el espacio donde faltaban los otros dos. Él exhaló un débil suspiro. Le saqué la camiseta de los vaqueros; él levantó los brazos, como un niño pequeño, y se la quité por la cabeza. El vientre era liso, y una línea de vello discurría por él. Le desabroché los pantalones y se los quité con cuidado. Tenía las piernas nudosas y muy bronceadas. Le quité los calzoncillos y los dejé en el suelo. Alguien gimió, pero no sé si fue él o si fui yo. Levantó una mano y me puso un mechón de cabello detrás de la oreja; luego me acarició los labios con el dedo índice, muy lentamente. Cerré los ojos.

—No —dijo él—. Mírame.

—Por favor —dije yo—. Por favor.

Me quitó los pendientes y los dejó caer. Oí cómo rebotaban en el parque.

—Bésame, Alice.

* * *

Jamás me había pasado nada parecido. Para mí el sexo nunca había sido así. Había habido polvos insulsos, polvos para morir de vergüenza, polvos desagradables, polvos buenos, polvos fenomenales. Pero esto era sexo arrasador. Chocamos uno contra otro, intentando traspasar las barreras de la piel. Nos abrazamos como si nos estuviéramos ahogando. Nos lamimos como si estuviéramos muriéndonos de hambre. Y él no dejaba de mirarme. Me miraba como si yo fuera la criatura más adorable que jamás hubiera visto, y tumbada en el duro y polvoriento suelo me sentí adorable, descarada, agotada.

Después, él me ayudó a levantarme, me llevó a la ducha y me lavó. Me enjabonó los pechos y entre las piernas. Me lavó los pies y los muslos. Hasta me lavó el cabello, aplicándome el champú con manos de experto, inclinándome la cabeza hacia atrás para que no me entrara jabón en los ojos. Luego me secó, asegurándose de que quedaba bien seca debajo de los brazos, entre los dedos de los pies, y mientras me secaba me examinaba. Me sentí como una obra de arte y como una prostituta.

—Tengo que volver a la oficina —dije al fin.

Recogió mi ropa del suelo, me vistió, me puso los pendientes y me cepilló el húmedo cabello.

—¿A qué hora sales de trabajar? —me preguntó.

Pensé en Jake, que estaría esperándome en casa.

—A las seis.

—Estaré allí —dijo.

Debí decirle entonces que tenía pareja, una casa, otra vida. Pero atraje su cara hacia la mía y le besé los magullados labios. Tuve que hacer un gran esfuerzo para separarme de su cuerpo.

En el taxi, sola, recordé su tacto, su sabor, su olor. No sabía su nombre.

Llegué a la oficina sin aliento. Le arranqué de la mano unos mensajes a Claudia y fui a mi despacho. Repasé los mensajes: no había nada urgente. Fuera empezaba a oscurecer, e intenté verme reflejada en el cristal de la ventana. Me sentía cohibida respecto a mi ropa, que me parecía extraña porque un desconocido me la había quitado y me la había vuelto a poner. Me preocupaba pensar que para los demás pudiera ser tan evidente como para mí. ¿Me habría abrochado mal algún botón? O quizá no me hubiera puesto las prendas en el orden correcto. Todo parecía estar en su sitio, pero yo no estaba completamente segura. Cogí el maquillaje y fui al lavabo. Me miré en el espejo, bajo aquella intensa e implacable luz, para ver si tenía los labios hinchados o algún cardenal. Me di unos retoques con el lápiz de labios y el delineador de ojos. Me temblaba la mano; tuve que dar unos golpes en el lavabo para controlar el temblor.

Después llamé a Jake al teléfono móvil. Me dio la impresión de que estaba atareado. Le dije que tenía una reunión y que quizá llegara tarde a casa. ¿Muy tarde?, me preguntó. No lo sabía, era completamente imprevisible. Jake también me preguntó si estaría en casa a la hora de cenar, y le contesté que no me esperara. Colgué el auricular y me dije que lo había hecho por si acaso. Seguramente llegaría a casa antes que Jake. Luego me senté y me puse a pensar en lo que había pasado. Recordé su cara. Me olí la muñeca, que olía a jabón. Su jabón. Me estremecí, y cuando cerré los ojos noté las baldosas bajo mis pies y oí el agua de la ducha golpeando en la cortina. Sus manos.

Podían pasar dos cosas, o, mejor dicho, sólo había dos posibilidades. No sabía cómo se llamaba, ni dónde vivía. No me creía capaz de encontrar su piso aunque me lo propusiera. Así que, si salía a las seis y él no estaba allí, todo habría terminado. Si estaba, tendría que decirle firme y claramente que todo había terminado. Así de sencillo. Había cometido una locura, y lo mejor que podía hacer era fingir que no había pasado nada. Era la única opción sensata.

Cuando había llegado a la oficina estaba aturdida, pero ahora me sentía más lúcida que nunca, llena de una nueva energía cinética. Tuve una breve charla con Giovanna, y después hice un montón de llamadas, sin perder el tiempo con trivialidades. Contesté mensajes, concerté citas, repasé cifras. Sylvie me llamó para charlar, pero le dije que ya nos veríamos al día siguiente. ¿Iba a hacer algo aquella noche? Sí. Tenía una reunión. Envié algunos *emails* y tiré los papeles que había en mi mesa. Un día tiraré la mesa, y así trabajaré el doble.

Miré el reloj; eran las seis menos cinco. Mientras buscaba mi bolso, Mike entró en mi despacho. Dijo que tenía una conferencia telefónica al día siguiente antes del

desayuno, y que necesitaba repasar unas cuantas cosas.

—Tengo un poco de prisa, Mike. Tengo una reunión.

—¿Con quién?

Estuve a punto de decir que iba a reunirme con alguien del laboratorio, pero mi instinto de supervivencia me hizo descartar esa idea.

—Es un asunto privado —contesté.

—¿Una entrevista para un puesto de trabajo? —preguntó él arqueando una ceja—. ¿Vestida así? Vas un poco arrugada. —No dijo nada más. Seguramente supuso que se trataba de un asunto de mujeres, algo ginecológico. Pero tampoco se marchó—. Sólo será un minuto.

Se sentó con sus notas, que teníamos que repasar punto por punto. Tuve que comprobar un par de datos y hacer una llamada para consultar otro. Me prometí no mirar el reloj ni una sola vez. De todos modos, ¿qué más daba? Finalmente hubo una pausa, y la aproveché para decir que no podía retrasarme más. Mike asintió con la cabeza. Miré mi reloj: eran las seis y veinticuatro. Y veinticinco. No salí corriendo, ni siquiera cuando Mike se hubo marchado. Fui hacia el ascensor y me sentí aliviada porque las cosas se habían resuelto por sí solas. Era mejor así: todo olvidado.

* * *

Estaba tumbada en la cama, con la cabeza sobre el estómago de Adam. Se llamaba Adam. Me lo había dicho en el taxi, cuando íbamos hacia su casa. Prácticamente fue lo único que dijo. El sudor me corría por la cara. Lo notaba por todas partes: en la espalda, en las piernas. Tenía el cabello empapado. Y también notaba el sudor en su piel. En aquel piso hacía mucho calor. ¿Cómo podía hacer tanto calor en enero? Tenía un sabor terroso en la boca que no desaparecía. Me incorporé y lo miré. Él tenía los ojos entrecerrados.

—¿Hay algo para beber? —pregunté.

—No lo sé —contestó Adam, adormilado—. ¿Por qué no vas a mirarlo?

Me levanté y busqué algo con que taparme, pero entonces pensé: «¿Para qué?». En el piso no había casi nada: la habitación, con una cama y mucho espacio libre; el cuarto de baño, donde me había duchado esa misma tarde, y una cocina diminuta. Abrí la nevera: un par de latas abiertas, unos cuantos tarros, un cartón de leche. Nada para beber. Ahora tenía frío. En un estante había una botella con lo que parecía zumo de naranja concentrado. No bebía naranjada desde que era niña. Cogí un vaso, preparé un poco y lo llevé al dormitorio, salón o lo que fuera. Adam estaba incorporado, apoyado en la cabecera de la cama. Recordé el cuerpo de Jake, más huesudo y más blanco, las clavículas prominentes y la nudosa columna vertebral. Adam me miró cuando entré. Debía de estar vigilando la puerta, esperándome. No

sonrió; se limitó a contemplar intensamente mi cuerpo desnudo, como si quisiera retenerlo en la memoria. Le sonreí, pero él no me devolvió la sonrisa, y surgió dentro de mí una intensa sensación de placer.

Me acerqué a la cama y le ofrecí el vaso a Adam. Dio un pequeño sorbo y me lo devolvió. Di un sorbo y se lo volví a pasar. Vaciamos el vaso así, juntos; luego él se inclinó y lo dejó en la alfombra. Habíamos tirado el edredón al suelo. Lo recogí y nos tapamos con él. Eché un vistazo a la habitación. Todas las fotografías que había sobre el arcón y en la repisa de la chimenea eran paisajes. En un estante había varios libros, y los examiné uno por uno: libros de cocina, un libro ilustrado sobre Hogarth, las obras completas de W. H. Auden y de Sylvia Plath. Una Biblia. *Cumbres borrascosas*, algunos libros de viajes de D. H. Lawrence. Dos libros de flores silvestres. Uno de excursiones por Londres y sus alrededores. Montones de guías. Había varias prendas de ropa en un colgador metálico, y otras cuidadosamente dobladas en la silla de mimbre que había junto a la cama: unos vaqueros, una camisa de seda, otra chaqueta de piel, varias camisetas.

—Intento averiguar quién eres mirando tus cosas —dije.

—Nada de lo que hay aquí me pertenece. Este piso es de una amiga mía.

—Ah.

Me volví y lo miré. Adam seguía sin sonreír, y eso me inquietó. Iba a decir algo, pero entonces él esbozó una sonrisa, negó con la cabeza y me puso un dedo en los labios. Nuestros cuerpos ya estaban muy juntos, pero él se acercó un poco más a mí y me besó.

—¿En qué piensas? —dije acariciándole el suave y largo cabello—. Háblame. Dime algo.

Él no me contestó inmediatamente. Me destapó y me puso boca arriba. Me cogió las manos y me las colocó sobre la cabeza, como si estuviera inmovilizada. Me sentí expuesta, como una muestra en una vitrina. Me acarició la frente, y luego me pasó los dedos por la cara, el cuello y entre los pechos, y se detuvo en mi ombligo. Me estremecí y me retorcí un poco.

—Lo siento —dije.

Adam se inclinó sobre mi cuerpo y me tocó el ombligo con la lengua.

—Estaba pensando —dijo— que el pelo que tienes en las axilas, éste, es igual que tu vello púbico. Éste. Pero no es igual que tu maravilloso cabello. Y estaba pensando que me gusta cómo sabes. Bueno, me gustan tus diferentes sabores. Me gustaría lamerte todo el cuerpo. —Me recorría con la mirada, como si fuera un paisaje. Me reí, y él me miró a los ojos—. ¿Qué pasa? —preguntó, con expresión casi de alarma.

Le sonreí.

—Creo que me estás tratando como un objeto sexual.

—No bromees —dijo él.

Noté que me ruborizaba. ¿Se estaría ruborizando todo mi cuerpo?

—Lo siento —dije—. No bromeaba. Me gusta. Me excita.

—¿Y tú? ¿En qué piensas?

—Ahora tumbate tú —dije, y Adam obedeció—. Y cierra los ojos. —Acaricié su cuerpo, que olía a sexo y a sudor—. ¿En qué pienso? Pienso que estoy completamente loca y que no sé lo que voy a hacer, pero ha sido... —No terminé la frase, porque no tenía palabras para describir lo que había sentido haciendo el amor con él. Con sólo recordarlo, sentía pequeñas oleadas de placer. Volvió a invadirme un intenso deseo. Mi cuerpo, suave y renovado, estaba abierto a él. Recorrí el aterciopelado interior de su muslo con los dedos. ¿En qué más pensaba? Tuve que hacer un esfuerzo—. También pienso... Pienso que tengo novio. Más que eso. Vivo con un hombre.

No sé cómo esperaba que reaccionara Adam. Con rabia, quizá, o evasivamente. Adam no se movió. Ni siquiera abrió los ojos.

—Pero estás aquí —se limitó a decir.

—Sí —afirmé—. Estoy aquí.

Después de esa conversación, nos quedamos largo rato tumbados en la cama. Una hora, quizá dos. Jake siempre decía que no puedo permanecer relajada mucho rato, que no puedo quedarme quieta ni callada. Pero ahora no hablábamos. Nos tocábamos. Descansábamos. Nos mirábamos. Yo escuchaba los sonidos de voces y coches procedentes de la calle. En sus manos, mi cuerpo parecía delgado y leve. Finalmente, dije que tenía que marcharme. Me duché y luego me vestí, mientras él me miraba. Su mirada me hacía estremecer.

—Dame tu número —me dijo.

Negué con la cabeza.

—Dame tú el tuyo —dije.

Me incliné y lo besé suavemente. Él puso una mano sobre mi cabeza y la empujó hacia su pecho. Sentí un intenso dolor y apenas podía respirar, pero me solté.

—Tengo que irme —susurré.

* * *

Era más de medianoche. Cuando llegué a casa, estaba oscuro. Jake se había acostado. Entré de puntillas en el cuarto de baño. Metí las bragas y las medias en el cesto de la ropa sucia. Me duché por segunda vez en una hora. Era la cuarta ducha del día. Volví a lavarme con mi jabón. Me lavé el pelo con mi champú. Me metí en la cama junto a Jake. Él se volvió y murmuró algo.

—Yo también a ti —dije.

Jake me llevó el té a la cama. Se sentó a mi lado, con su albornoz, y me apartó el cabello de la frente hasta que yo me desperté. Lo miré fijamente, y los recuerdos se agolparon en mi memoria, desastrosos y aplastantes. Tenía los labios resecos e hinchados, y me dolía todo el cuerpo. Estaba segura de que Jake se daría cuenta con sólo mirarme. Me tapé con la sábana hasta la barbilla y le sonreí.

—Estás preciosa —dijo él—. ¿Tienes idea de la hora que es?

Negué con la cabeza.

Jake miró su reloj, haciendo mucho teatro.

—Casi las once y media. Suerte que es sábado. ¿A qué hora llegaste anoche?

—A las doce. Quizá un poco más tarde.

—Te están explotando. Bébetelo té. Hoy comemos en casa de mis padres, ¿te acuerdas?

No me acordaba. Era como si sólo mi cuerpo tuviera memoria: las manos de Adam en mis pechos, los labios de Adam en mi cuello, los ojos de Adam clavados en los míos. Jake me sonrió y me acarició el cuello, y yo me quedé quieta, muerta de deseo por otro hombre. Luego le cogí una mano y se la besé.

—Eres muy bueno —dije.

Jake hizo una mueca.

—¿Bueno?

Se agachó y me besó en los labios, y yo tuve la sensación de que estaba traicionando a alguien. ¿A Jake? ¿A Adam?

—¿Te preparo un baño?

—Sería genial.

Puse un chorro de esencia de limón en el agua y me lavé otra vez, como si el agua pudiera borrar lo ocurrido. Estaba en ayunas desde el día anterior, pero no me apetecía comer. Cerré los ojos y me metí en el agua, caliente y aromática, pensando en Adam. No debía volver a verlo nunca más, de eso no había duda. Yo quería a Jake. Me gustaba la vida que llevaba con él. Me había portado terriblemente mal y me había arriesgado a perderlo todo. Tenía que verlo otra vez, y enseguida. Ninguna otra cosa importaba: sólo el roce de sus manos, el dolor de mi cuerpo, su forma de pronunciar mi nombre. Lo vería otra vez, una última vez, para decirle que todo se había acabado. Eso era lo que debía hacer. Qué estupidez. Me estaba mintiendo a mí misma y estaba mintiendo a Jake. Si lo veía, si volvía a mirar su hermoso rostro, me acostaría con él. No, lo único que podía hacer era olvidarme de todo lo que había pasado el viernes. Concentrarme en Jake y en el trabajo. Pero... sólo una vez más, la última.

—Diez minutos, Alice. ¿Vale?

La voz de Jake me devolvió a la realidad. Pues claro que iba a seguir con él. Nos casaríamos, tendríamos hijos, y algún día aquello no sería más que un recuerdo, una de esas cosas ridículas que hace la gente antes de madurar. Volví a enjabonarme, y vi las pompas de jabón en un cuerpo que de pronto me parecía extraño. Luego salí de la bañera. Jake me pasó una toalla, y se quedó mirándome mientras yo me secaba.

—No creo que pase nada si llegamos un poco tarde —dijo—. Ven aquí.

Y dejé que Jake me hiciera el amor, que me dijera que me quería, y me quedé debajo de él, húmeda y conforme. Gemí fingiendo placer, y él no se dio cuenta, no podía saberlo. Sería mi secreto.

* * *

Para comer había pastel de espinacas con pan de ajo y ensalada verde. La madre de Jake es buena cocinera. Cogí un trozo de lechuga con el tenedor, me lo metí en la boca y mastiqué despacio. Me costaba tragar. Bebí un sorbo de agua y volví a intentarlo. Jamás podría comerme todo aquello.

—¿Te encuentras bien, Alice?

La madre de Jake me miraba con ansiedad. No soporta que no me acabe los platos que ha preparado. Generalmente intento repetir. Le caigo mejor que las anteriores novias de Jake porque tengo buen apetito y siempre me como varios trozos de su pastel de chocolate.

Pinché un trozo de pastel de espinacas, me lo metí en la boca y mastiqué con decisión.

—Sí, estoy bien —contesté después de tragármelo—. Me duele un poco la barriga, pero no es nada.

—Espero que te encuentres bien esta noche —terció Jake. Lo miré, desconcertada—. ¿No te acuerdas, tonta? Hemos quedado con la Panda en Stoke Newington para comer *curry*. Y luego hay una fiesta, si nos apetece. Con baile.

—Fantástico —dije.

Mordisqueé un poco de pan de ajo. La madre de Jake no me quitaba los ojos de encima.

Después de comer fuimos todos a dar un paseo por Richmond Park, entre los dóciles rebaños de ciervos, y luego, cuando empezaba a oscurecer, Jake y yo volvimos a casa. Él fue a comprar leche y pan, y yo saqué una tarjeta vieja de Interflora de mi cartera, con el número de teléfono de Adam escrito en el dorso. Fui al teléfono, descolgué el auricular y marqué los tres primeros dígitos. Colgué el auricular y me quedé allí de pie, resoplando. Rompí la tarjeta en pedacitos y la eché al váter. Tiré de la cadena, pero algunos pedazos no desaparecieron. Presa de pánico,

llené un cubo de agua y la tiré por el váter. Pero no importaba, porque me acordaba del número. Entonces oí a Jake, que llegaba silbando por la escalera con la compra; me dije que aquello era lo peor. Pero las cosas mejorarían poco a poco. Era cuestión de esperar.

Cuando llegamos al restaurante indio ya estaban todos. En la mesa había una botella de vino y varios vasos de cerveza, y a la luz de las velas todas las caras parecían alegres y amables.

—¡Jake! ¡Alice! —gritó Clive desde uno de los extremos de la mesa.

Me senté en el otro extremo, al lado de Jake, con el muslo pegado al suyo, pero Clive me hizo señas con la mano para que me acercara.

—La llamé —dijo.

—¿A quién?

—A Gail —contestó él, ligeramente indignado—. Me dijo que sí. Hemos quedado la semana que viene para ir a tomar algo.

—¿Lo ves? —dije, intentando aparentar que lo estaba pasando en grande—. Creo que voy a montar un consultorio sentimental.

—Estuve a punto de proponerle que viniera esta noche. Pero luego pensé que la Panda al completo quizá fuera demasiado para ella en una primera cita.

Eché un vistazo a la mesa.

—A veces la Panda al completo es demasiado incluso para mí.

—Vamos, Alice. ¡Pero si eres el alma de la fiesta!

—Pues qué fiesta tan deprimente.

Me senté al lado de Sylvie. Delante tenía a Julie y a un hombre al que no conocía. Sentada junto a Sylvie estaba Pauline, la hermana de Jake, y a su lado Tom, su marido. Pauline me miró y me saludó con una sonrisa; creo que es mi amiga más íntima, y yo llevaba un par de días intentando no pensar en ella. Le devolví la sonrisa.

Me puse a picar del bhaji de cebolla de otro y me concentré en lo que me contaba Sylvie sobre un hombre con el que había estado saliendo, o, para ser más exactos, sobre lo que habían estado haciendo en la cama, o en el suelo. Encendió otro cigarrillo y le dio una honda calada.

—Por lo visto los hombres no entienden que cuando les ponemos las piernas sobre los hombros para que lleguen más hondo nos pueden hacer daño. Anoche, cuando lo hice con Frank, creí que me iba a arrancar el DIU. Pero la experta en DIU eres tú —añadió con un tono profundamente analítico.

Sylvie era la única persona que conocía que satisfacía mi curiosidad respecto a lo que hacen los demás en la cama. Generalmente yo me resistía a responder aportando mis confesiones. Y ahora más que nunca.

—Creo que debería presentarte a nuestros diseñadores —dije—. Podrías hacer las pruebas de carretera de nuestro nuevo DIU.

—¿Las pruebas de carretera? —dijo Sylvie esbozando una sonrisa lasciva y exhibiendo sus blancos dientes, que contrastaban con el rojo intenso del lápiz de

labios—. Una noche con Frank es como el *rally* de Montecarlo. Ayer estaba tan irritada que en el trabajo casi no me podía sentar. Tendría que quejarme, pero Frank se lo tomaría como un cumplido encubierto, y no es ésa mi intención. Estoy segura de que tú te las ingenias mucho mejor que yo para conseguir lo que quieres. Sexualmente, claro.

—No lo sé —repuse, y miré alrededor para ver si alguien estaba escuchando nuestra conversación.

Cuando Sylvie se ponía a hablar, tenía una habilidad especial para lograr que en la mesa —y, podríamos decir, que incluso en todo el local— se hiciera un silencio absoluto. Yo prefería charlar con ella en sitios donde no hubiera ningún riesgo de que nos oyeran. Me serví otra copa de vino tinto y me bebí la mitad de un sorbo. A aquel ritmo, y con el estómago prácticamente vacío, no tardaría en emborracharme. Quizá así me sintiera un poco mejor. Me puse a leer la carta.

—Yo tomaré... —No terminé la frase. Me había parecido ver a alguien por la ventana, un hombre con una chaqueta de piel negra. Pero cuando volví a mirar a la calle, no había nadie. Claro que no—. Creo que pediré un plato de verdura —dije.

Noté sobre mi hombro la mano de Jake, que se había acercado a nuestro extremo de la mesa. Él quería estar cerca de mí, pero su presencia se me hacía casi insoportable. Tuve el absurdo impulso de contárselo todo. Apoyé la cabeza en su hombro y bebí un poco más de vino. Reía cuando los demás reían y asentía con la cabeza cuando creía que la entonación de una frase exigía una reacción. Si pudiera verlo una vez más, sería capaz de soportarlo, me dije. Allí fuera había alguien. No podía ser él, evidentemente, pero fuera, en la calle, había alguien con una chaqueta oscura. Miré a Jake. Hablaba animadamente con Sylvie sobre una película que ambos habían visto la semana anterior.

—No, él sólo fingía que lo hacía —dijo Jake.

Me levanté, haciendo mucho ruido al arrastrar la silla.

—Perdonadme. Voy al lavabo. Vuelvo enseguida.

Fui hasta el fondo del restaurante, donde estaba la escalera que conducía a los lavabos, y eché una ojeada hacia atrás. Nadie me miraba: todos se miraban unos a otros, hablando y bebiendo. Formaban un grupo muy jovial. Me escabullí por la puerta del restaurante hacia la calle. Hacía tanto frío que al salir se me cortó la respiración. Miré alrededor. Allí estaba, unos metros más abajo, junto a una cabina telefónica. Esperando.

Corrí hasta él.

—¿Cómo te atreves a seguirme? —susurré—. ¿Qué te has creído?

Entonces lo besé. Apreté la cara contra su cara, los labios contra sus labios, lo rodeé con los brazos y me apreté contra él. Él me acarició el cabello y me inclinó la cabeza hacia atrás hasta que lo miré a los ojos, y entonces dijo:

—No pensabas llamarme, ¿verdad? —Me empujó contra la pared y volvió a besarme.

—No —dije—. No, no puedo. No puedo hacer esto. —Pero sí, sí puedo.

—Sí puedes —dijo él.

Me metió en la cabina telefónica, me desabrochó el abrigo y deslizó una mano bajo mi camisa para acariciarme los pechos. Gemí y eché la cabeza hacia atrás, y él me besó el cuello, rascándome con la barbilla.

—Tengo que volver —dije, sin separarme de él—. Iré a verte a tu apartamento, te lo prometo.

Adam retiró la mano de mis pechos, me la puso en la pierna, y luego subió hasta mis bragas, y noté que me metía un dedo dentro.

—¿Cuándo? —me preguntó mirándome a los ojos.

—El lunes —dije, jadeando—. El lunes por la mañana, a las nueve.

Adam me soltó y levantó la mano. Con mucha parsimonia, para que yo lo viera, se metió el reluciente dedo en la boca y se lo chupó.

* * *

El domingo pintamos la habitación donde yo iba a instalar mi estudio. Me até el cabello con un pañuelo y me puse unos vaqueros viejos de Jake, pero me manché las manos y la cara de pintura verde manzana. Comimos tarde, y luego vimos una película antigua que daban por la televisión, cogidos del brazo en el sofá. Me acosté temprano, después de darme un baño de una hora, y le dije a Jake que todavía me dolía un poco el estómago. Después, cuando Jake se metió en la cama, fingí que dormía, aunque permanecí despierta durante horas. Planeé lo que iba a ponerme. Pensé en cómo lo abrazaría, cómo estudiaría su cuerpo, cómo seguiría el trazado de sus costillas y de sus vértebras, cómo tocaría sus carnosos y blandos labios con el dedo. Me sentía aterrorizada.

A la mañana siguiente me levanté antes que Jake, me di otro baño y le dije que llegaría tarde, porque quizá tuviera que ir a una reunión en Edgware con unos clientes. En la estación de metro llamé a Drakon y le dejé un mensaje a Claudia diciendo que estaba enferma y me había quedado en la cama, y que por favor no me molestaran. Paré un taxi (no se me ocurrió ir en metro) y le di al taxista la dirección de Adam. Intenté no pensar en lo que estaba haciendo. Intenté no pensar en Jake, en su alegre y huesudo rostro, en su entusiasmo. Miré por la ventanilla mientras el taxi avanzaba lentamente por la calle congestionada en la hora punta. Volví a cepillarme el cabello, y retorcí, nerviosa, los botones de terciopelo de mi abrigo, que Jake me había regalado por Navidad. Intenté recordar mi antiguo número de teléfono, y no lo conseguí. Si alguien miraba dentro del taxi, sólo vería a una mujer con un sobrio abrigo negro que iba al trabajo. Todavía podía cambiar de opinión.

Toqué el timbre, y Adam abrió la puerta antes de que yo hubiera compuesto mi

sonrisa, mi jocosos saludo. Estuvimos a punto de follar en la escalera, pero conseguimos entrar en el apartamento. No nos quitamos la ropa ni nos tumbamos. Él me abrió el abrigo, me levantó la falda hasta la cintura y me penetró allí mismo, de pie. No duró más de un minuto.

Luego me quitó el abrigo, me arregló la falda y me besó los ojos y la boca. Me curó.

—Tenemos que hablar —dije—. Tenemos que pensar en...

—Ya lo sé. Espera. —Entró en la cocina y lo oí moler café—. Ya está. —Adam puso una cafetera y un par de cruasanes en la mesita—. Los he comprado abajo.

Me di cuenta de que estaba hambrienta. Adam me miraba mientras yo comía, como si estuviera haciendo algo sorprendente. Se inclinó hacia delante y me quitó una miga de cruasán del labio. Me sirvió otra taza de café.

—Tenemos que hablar —insistí. Él esperó—. Mira, no te conozco de nada. No sé quién eres. Ni siquiera sé tu apellido.

Adam se encogió de hombros.

—Me llamo Adam Tallis —se limitó a decir, como si aquello aclarara todas mis dudas sobre él.

—¿A qué te dedicas?

—¿A qué me dedico? —repitió, como si aquello fuera algo muy remoto—. A varias cosas, en varios sitios, para ganar dinero. Pero, básicamente, lo que hago es escalar siempre que puedo.

—¿Escalar? ¿Montañas?

Me sentía como una niña de doce años, con voz chillona y asombrada.

Adam se rió.

—Sí, montañas. Escalo por mi cuenta, y a veces también hago de guía.

—¿Guía?

—Monto tiendas, acompaño a ricos aficionados hasta picos famosos para que luego puedan fardar de que los han escalado. Cosas así.

Recordé sus cicatrices, sus fuertes brazos. Alpinista. Bueno, nunca había conocido a ningún alpinista.

—Suená... —Iba a decir «emocionante», pero ya había dicho bastantes estupideces, y añadí—: No sé, es un tema que desconozco por completo.

Le sonreí, aturdida ante tanta novedad. Sentía vértigo.

—No pasa nada.

—Yo me llamo Alice Loudon —dije, y me sentí ridícula. Hacía pocos minutos estábamos haciendo el amor y mirándonos fijamente, embelesados. ¿Qué podía decir acerca de mí que tuviera sentido en aquella pequeña habitación?—. Soy investigadora científica, más o menos, aunque ahora trabajo para una empresa que se llama Drakon. Es muy conocida. Dirijo un proyecto. Soy de Worcestershire. Tengo novio y vivo con él. No debería estar aquí. Esto no puede ser. Y nada más.

—No. —Adam me quitó la taza de café de las manos—. Hay algo más. Tienes el

cabello rubio, los ojos gris oscuro y la nariz respingona, y cuando sonrías se te arruga la cara. Te vi y no pude quitarte los ojos de encima. Eres una bruja, me has hechizado. No sabes qué haces aquí. Te has pasado el fin de semana convenciéndote de que no debías volver a verme. Pero yo me he pasado todo el fin de semana convencido de que tenemos que estar juntos. Y lo que quieres hacer es quitarte la ropa delante de mí, ahora mismo.

—Pero tengo mi vida... —empecé a decir.

No pude continuar, porque ya no sabía qué sentido tenía mi vida. Allí estábamos, los dos solos, en un pequeño apartamento del Soho, y el pasado se había borrado y también el futuro, y yo no tenía ni idea de qué debía hacer.

* * *

Pasé todo el día con Adam. Hicimos el amor y hablamos, aunque más tarde no conseguí recordar de qué: de cosas sin importancia, de recuerdos. A las once se puso unos vaqueros, una sudadera y unas zapatillas de deporte, y bajó al mercado. Cuando volvió me dio de comer melón, frío y jugoso. A la una nos hicimos unas tortillas y una ensalada de tomate, y abrimos una botella de champán. Era champán de verdad, no vino blanco de aguja. Él me sostuvo la copa mientras yo bebía. Luego bebió él, y me dio de comer con la boca. Me tumbó y me habló de mi cuerpo, enumerando sus virtudes como si las estuviera catalogando. Escuchaba con mucha atención cada palabra que yo decía, como si lo estuviera almacenando todo para poder recordarlo más tarde. El sexo, la conversación y la comida se confundían. Comíamos como si nos estuviéramos devorando el uno al otro, y nos tocábamos mientras hablábamos. Follamos en la ducha, en la cama y en el suelo. Yo quería que el día no se acabara nunca. Me sentía tan feliz que me dolía el alma; tan diferente que apenas me reconocía. Cada vez que él apartaba las manos de mí me sentía fría, abandonada.

—Tengo que marcharme —dije al fin. Fuera ya había oscurecido.

—Quiero darte una cosa —dijo Adam, y se quitó la tira de cuero con la espiral de plata que llevaba colgada del cuello.

—No puedo ponérmelo.

—Tócalo de vez en cuando. Llévelo en el sujetador o en las bragas.

—Estás loco.

—Estoy loco por ti.

Cogí el collar y le prometí a Adam que lo llamaría, y esta vez supo que yo decía la verdad. Luego me marché a casa, donde me esperaba Jake.

A partir de entonces los días fueron una confusa sucesión de horas de comer, horas de cenar, una noche entera en una ocasión en que Jake estaba fuera de la ciudad, en un congreso; una confusa sucesión de sexo y comida fácil de comprar y fácil de comer: pan, fruta, queso, tomates, vino. Y yo mentía, mentía y mentía, como no lo había hecho hasta entonces: a Jake, a mis amigos y a mis colegas del trabajo. Me vi obligada a inventar una serie de mundos ficticios alternativos de citas, reuniones y visitas que me permitían vivir mi vida secreta con Adam. Tenía que hacer un esfuerzo enorme para asegurarme de que las mentiras fueran coherentes, para recordar lo que le había dicho a cada persona. Estaba ebria de algo que no alcanzaba a comprender, pero no creo que eso justifique lo que hacía.

En una ocasión, Adam se vistió para ir a comprar algo de comer. Cuando hubo bajado la escalera, me envolví con el edredón, me acerqué a la ventana y lo vi cruzar la calle, esquivando los coches, hacia el mercado de Berwick Street. Cuando Adam desapareció de mi vista, me quedé mirando a la gente que pasaba por la calle, gente que iba con prisas a algún sitio, y gente que se entretenía mirando los escaparates. ¿Cómo podían vivir sin la pasión que sentía yo? ¿Cómo podían pensar que era importante ir a trabajar, organizar las vacaciones o comprar algo cuando lo único que importaba en la vida era aquello, lo que yo sentía?

Todos los aspectos de mi vida, excepto aquel apartamento del Soho, me eran totalmente indiferentes. El trabajo era una farsa que tenía que representar ante mis colegas. Interpretaba el papel de ejecutiva atareada y ambiciosa. Mis amigos seguían importándome, pero ya no quería verlos. Mi casa era como un despacho o una lavandería, un sitio por el que tenía que pasar de vez en cuando para cumplir con una obligación. Y Jake. Jake, eso era lo peor. Me sentía como alguien que va en un tren que está fuera de control. Más adelante, a un kilómetro o a cinco mil kilómetros, me esperaban la estación terminal, los parachoques y el desastre, pero de momento lo único que yo sentía era una velocidad enloquecedora. Adam volvió a aparecer por la esquina. Miró hacia la ventana y me vio. No sonrió, ni me saludó con la mano, pero aceleró el paso. Yo era su imán: él era el mío.

* * *

Cuando acabamos de comer, lamí la pulpa de tomate de los dedos de Adam.
—¿Sabes lo que me encanta de ti?

—¿Qué?

—Bueno, una de las cosas que me encantan. Todas las personas que conozco llevan una especie de uniforme con una serie de complementos: llaves, carteras, tarjetas de crédito. Tú, en cambio, es como si acabaras de llegar aquí, desnudo, procedente de otro planeta, y te hubieras puesto encima las primeras prendas de ropa que hubieras encontrado.

—¿Quieres que me las ponga?

—No, pero...

—Pero ¿qué?

—Antes, cuando has salido, te he mirado por la ventana. Y he pensado que esto era maravilloso.

—Sí, lo es.

—Sí, pero supongo que en el fondo también pensaba que un día tendremos que salir juntos y enfrentarnos al mundo. Tú y yo, juntos. Tendremos que ver a gente, hacer cosas. —Mientras pronunciaba aquellas palabras, tenía la sensación de que hablaba de Adán y Eva en el momento de ser expulsados del Paraíso. Eso me asustó —. Depende de lo que quieras, por supuesto.

Adam frunció el entrecejo y declaró:

—Yo te quiero a ti.

—Sí —dije, sin saber qué quería decir con aquel «sí». Nos quedamos callados largo rato, y luego agregué—: Tú no sabes nada de mí, y yo no sé nada de ti. Procedemos de dos mundos diferentes.

Adam se encogió de hombros. Él no creía que nada de aquello importara: ni mis circunstancias, ni mi trabajo, ni mis amigos, ni mis convicciones políticas, ni mi escala de valores, ni mi pasado, nada. Él había reconocido algo esencial de mi identidad. En mi otra vida, yo habría discutido vehementemente con él sobre aquel concepto místico del amor absoluto, porque siempre he creído que el amor es biológico, darwiniano, pragmático, circunstancial, difícil y frágil. Ahora, perdidamente enamorada y comportándome como una irresponsable, ya no recordaba qué creía, y era como si hubiera vuelto a mi concepto infantil del amor como algo que nos rescata del mundo real. Así que me limité a decir:

—No sé, ni siquiera sé qué preguntarte.

Adam me acarició el cabello e hizo que me estremeciera.

—¿Por qué has de hacerme preguntas?

—¿Tú no quieres saber más cosas de mí? ¿No quieres saber cosas de mi trabajo, por ejemplo?

—Cuéntame cosas de tu trabajo.

—No te interesa.

—Claro que sí. Si tú crees que tu trabajo es importante, me interesa.

—Ya te he dicho que trabajo para una gran empresa farmacéutica. Llevo un año trasladada temporalmente a un departamento que está desarrollando un nuevo modelo

de dispositivo intrauterino.

—Pero tú ¿qué haces? —dijo Adam—. ¿Lo diseñas?

—No.

—¿Haces las investigaciones científicas?

—No.

—¿Lo vendes?

—No.

—¿Pues qué coño haces?

Me reí.

—Eso me recuerda una cosa que me pasó en la clase de catequesis cuando era pequeña. Levanté la mano y dije que ya sabía que el Padre era Dios, y que el Hijo era Jesús, pero ¿qué hacía el Espíritu Santo?

—¿Qué te contestó el profesor?

—Llamó a mi madre y tuvo una charla con ella. Pero en el diseño del Drakloop IV soy como el Espíritu Santo. Conecto unas cosas con otras, organizo, voy de un lado para otro, asisto a reuniones. Resumiendo, soy la directora del programa.

Adam sonrió, y luego se puso serio.

—¿Te gusta?

Reflexioné un momento.

—No lo sé. Lo que pasa es que antes me gustaba la parte rutinaria del trabajo de investigadora científica, precisamente lo que otros encuentran aburrido. Me gustaba trabajar en los protocolos, reunir el material, hacer los comentarios y los números, redactar los informes con los resultados.

—¿Y qué pasó?

—Creo que lo hacía demasiado bien. Me ascendieron. Pero no debería estar contándote nada de esto. Si no tengo cuidado, descubrirás que has seducido a una mujer tremendamente aburrida. —Adam no se rió ni dijo nada, así que me abochorné, e intenté cambiar de tema torpemente—. A mí nunca me ha llamado mucho la atención la montaña. ¿Has escalado algún pico importante?

—Alguno.

—Pero ¿de los de verdad, como el Everest?

—Alguno, sí.

—Es impresionante.

Adam negó con la cabeza y dijo:

—No, no creas. El Everest no es... —Buscó la palabra adecuada—... un desafío técnicamente atractivo.

—¿Insinúas que es fácil?

—No, ninguna montaña de más de ocho mil metros es fácil. Pero a menos que uno tenga muy mala suerte con el tiempo, el Everest es un paseo. Lo han escalado muchos que no son alpinistas de verdad. Pero tienen suficiente dinero para contratar a verdaderos alpinistas que los llevan hasta la cima.

—¿Tú has estado en la cima?

Me dio la impresión de que Adam se sentía incómodo, como si le costara explicárselo a alguien que de ningún modo podría comprenderlo.

—He escalado el Everest varias veces. En el noventa y cuatro dirigí una expedición comercial y llegué a la cima.

—¿Qué sentiste?

—No me gustó nada. Estaba en la cima con diez personas que no paraban de tomar fotografías. Y la montaña... El Everest debería ser sagrado. Cuando lo escalé, era como un campamento turístico que se estaba convirtiendo en un vertedero: tanques de oxígeno viejos, trozos de tiendas, cacas congeladas por todas partes, cuerdas, cadáveres. El Kilimanjaro aún está peor.

—¿Has escalado alguna montaña últimamente?

—No, no hago nada desde la primavera pasada.

—¿Dónde estuviste? ¿En el Everest?

—No. Me contrataron de guía para escalar una montaña que se llama Chungawat.

—Nunca he oído hablar de ella. ¿Está cerca del Everest?

—Sí, muy cerca.

—¿Es más peligrosa que el Everest?

—Sí.

—¿Llegaste a la cima?

—No.

El rostro de Adam se había ensombrecido. Tenía los ojos entornados, y parecía poco comunicativo.

—¿Qué pasa, Adam? —No me contestó—. ¿Fue allí donde...?

Recorrí su pierna hasta llegar al pie en el que le faltaban varios dedos.

—Sí —respondió él.

Le besé el muñón.

—Debió de ser horroroso.

—¿Te refieres a lo de los dedos? No, no tanto.

—Me refiero a todo en general.

—Sí, fue horroroso.

—¿Me lo contarás algún día?

—Algún día. Pero ahora no.

Le besé el pie, el tobillo, y seguí subiendo por la pierna. Algún día, me prometí.

* * *

—Pareces cansada.

—Es el estrés del trabajo —mentí.

Había una persona a la que no había sabido eludir. Solía quedar con Pauline para comer casi todas las semanas, y generalmente entrábamos en un par de tiendas, donde ella observaba indulgentemente mientras yo me probaba las prendas menos prácticas que encontraba: vestidos de verano en invierno, terciopelo y lana en verano; ropa para otra vida. Esta vez era yo la que la acompañaba mientras ella hacía algunas compras. Nos comimos un bocadillo en un bar, junto a Covent Garden; luego hicimos cola en una cafetería y en una tienda de quesos.

Me di cuenta de inmediato de que había metido la pata. Pauline y yo nunca nos decíamos cosas como «el estrés del trabajo». De pronto me sentí como una agente doble.

—¿Cómo está Jake? —me preguntó.

—Muy bien —dije—. El túnel está casi... Jake es maravilloso. Francamente maravilloso.

Pauline me miró con gesto de preocupación.

—¿Va todo bien, Alice? Recuerda que estás hablando de mi hermano mayor. Si alguien describe a Jake diciendo que es «francamente maravilloso», debe de haber algún problema.

Me reí, y ella también, y el momento pasó rápidamente. Pauline compró su bolsa de café en grano y dos cafés para llevar, en vasos de plástico, y echamos a andar lentamente hacia Covent Garden y buscamos un banco. Aquello estaba un poco mejor. Hacía mucho frío, a pesar de que brillaba el sol y el cielo estaba despejado, y el calor del café resultaba muy agradable.

—¿Qué te parece la vida de casada? —le pregunté a Pauline.

Ella me miró con seriedad. Era una mujer muy atractiva, cuyo cabello lacio y castaño podía sugerir severidad, si no se la conocía bien.

—He dejado las pastillas —me contestó.

—¿Por lo que dicen de los efectos secundarios? Pero si no son...

—No —me interrumpió ella, riendo—. Las he dejado porque quiero. No he cambiado a ningún otro método anticonceptivo.

—¡Ah! —grité, y la abracé—. ¿Estás preparada? ¿No crees que es un poco pronto?

—Creo que siempre es demasiado pronto —dijo Pauline—. Pero, bueno, todavía no ha pasado nada.

—O sea, que todavía no has empezado a hacer el pino después de hacer el amor, o lo que se suponga que hay que hacer para quedarse embarazada.

Seguimos charlando sobre fertilidad, embarazos y bajas de maternidad, y cuanto más hablábamos, peor me sentía yo. Hasta aquel momento, para mí, Adam había sido una traición misteriosa y estrictamente privada. Sabía que le estaba haciendo algo espantoso a Jake; pero ahora, mirando a Pauline, que tenía las mejillas sonrojadas por el frío, pero también por la emoción, quizá, de un embarazo inminente, mirando sus manos enlazadas alrededor del vaso de café y el vaho que salía de entre sus finos

labios, tuve la repentina sensación de que en todo aquello había un error. El mundo no era como ella pensaba, y yo tenía la culpa.

Ambas miramos nuestros vasos de café, nos reímos y nos levantamos. Abracé a Pauline y pegué mi mejilla contra la suya.

—Gracias —dije.

—¿Por qué?

—La gente no suele contar que busca un embarazo hasta que están en el segundo trimestre.

—Vamos, Alice —replicó ella, en tono reprobatorio—. Cómo no te lo iba a contar a ti...

—Tengo que marcharme —dije de pronto—. Tengo una cita.

—¿Dónde?

La pregunta me pilló desprevenida.

—En el Soho —contesté.

—Te acompaño. Me va de paso.

—Estupendo —dije, un tanto angustiada.

Por el camino, Pauline me habló de Guy, que había cortado con ella inesperada y cruelmente hacía tan sólo dieciocho meses.

—¿Te acuerdas de cómo estaba yo entonces? —me preguntó con una mueca de asco, y me sorprendió el gran parecido con su hermano. Asentí, mientras intentaba hallar una forma de salir de aquella situación. ¿Qué podía hacer? ¿Fingir que entraba en unas oficinas? No, eso no daría resultado. ¿Decir que no recordaba la dirección? —. Sí, claro que te acuerdas. Me salvaste la vida. Creo que jamás podré recompensarte por todo lo que hiciste por mí. —Levantó la bolsa donde llevaba el café, y agregó—: Calculo que debí de beberme más o menos esta cantidad de café en tu antiguo apartamento, mientras derramaba lágrimas en tu vaso de *whisky*. Dios mío, creía que no volvería a ser capaz de cruzar una calle sola, y mucho menos de funcionar y ser feliz.

Le di un apretón en la mano. Dicen que los mejores amigos son los que saben escuchar, y, si eso es cierto, entonces yo debía de parecer una amiga excelente durante aquel terrible paseo. Aquél era el merecido castigo por todas mis mentiras, me dije. Cuando llegamos a Old Compton Street, distinguí una figura que me resultaba familiar y que caminaba delante de nosotras. Era Adam. Me quedé en blanco, y creí que iba a desmayarme. Me volví y vi la puerta abierta de una tienda. No podía hablar, pero agarré a Pauline por el brazo y tiré de ella hacia el interior de la tienda.

—¿Qué pasa? —me preguntó, alarmada.

—Necesito un poco de... —Miré el expositor de cristal—. Un poco de...

No me salía la palabra.

—Parmesano —dijo Pauline.

—Sí, parmesano —afirmé—. Y otras cosas.

Pauline miró alrededor, y observó:

—Hay mucha cola, Alice. Hoy es viernes.

—Lo necesito.

Pauline estaba indecisa; cambiaba el peso del cuerpo de una pierna a otra y miraba su reloj.

—Lo siento —dijo al fin—. Tengo que marcharme.

—Perfecto —dije, aliviada.

—¿Cómo?

—No pasa nada —aclaré—. Vete. Ya te llamaré.

Nos dimos un beso y Pauline se marchó. Conté hasta diez, y entonces miré hacia la calle. Se había ido. Luego me miré las manos. No me temblaban, pero todo me daba vueltas.

* * *

Aquella noche soñé que alguien me cortaba las piernas con un cuchillo de cocina y que yo se lo permitía. Sabía que no debía gritar, ni quejarme, porque me lo había merecido. Me desperté de madrugada, sudando y aturdida, y por un momento no supe quién era el hombre que dormía a mi lado. Estiré el brazo y toqué una piel cálida. Jake parpadeó y abrió los ojos.

—Hola, Alice —dijo, y siguió durmiendo tranquilamente.

No podía continuar así. Siempre me había considerado una persona honrada.

Llegué tarde al trabajo porque tuve que esperar a que abrieran la papelería de la esquina, cerca de la oficina. Me quedé un rato contemplando el río, hipnotizada por la sorprendente fuerza de sus corrientes, que giraban hacia un lado y hacia el otro. Luego pasé un buen rato, demasiado, eligiendo una postal de los expositores giratorios. Ninguna me parecía adecuada. Ni las reproducciones de los antiguos maestros, ni las fotografías en blanco y negro de calles urbanas y pintorescos niños pobres, ni las lujosas tarjetas con *collages* de lentejuelas, conchas y plumas. Acabé comprando dos: un paisaje japonés de árboles dorados destacados contra un cielo oscuro, y una postal estilo Matisse, de alegres tonos azules. También compré una pluma estilográfica, aunque en el despacho tenía un cajón lleno de todo tipo de bolígrafos.

¿Qué podía decir? Cerré la puerta del despacho, saqué las dos tarjetas y las puse encima de la mesa. Debí de quedarme varios minutos allí sentada, contemplándolas. De vez en cuando dejaba que la cara de Adam pasara por mi mente. Era tan guapo... Cómo me miraba a los ojos. Nunca me habían mirado como me miraba él. No lo había visto en todo el fin de semana, desde aquel viernes, y ahora...

Le di la vuelta a la tarjeta japonesa y destapé la pluma estilográfica. No sabía cómo empezar. Ni «querido Adam», ni «cariño», ni «amor mío»; eso se había terminado. Tampoco un simple «Adam»: era demasiado frío. Así que mejor no poner nada, y escribir directamente.

«No puedo seguir viéndote», escribí, cuidando de no emborronar la tinta negra. Hice una pausa. ¿Qué más podía decir? «Por favor, no intentes hacerme cambiar de opinión. Ha sido...». ¿Cómo ha sido? ¿Divertido? ¿Doloroso? ¿Estupendo? ¿Un error? ¿Lo más maravilloso que me ha pasado en la vida? ¿Ha puesto toda mi vida patas arriba?

Rompí la tarjeta de los árboles japoneses y la tiré a la papelera. Cogí la otra. «No puedo volver a verte».

Antes de que pudiera escribir algo más, metí la tarjeta en un sobre y puse el nombre y la dirección de Adam con letra mayúscula. Salí del despacho con el sobre en la mano y bajé en ascensor a la recepción, donde estaba sentado Derek con sus pases de seguridad y su ejemplar del *Sun*.

—¿Podrías hacerme un favor, Derek? Tengo una carta urgente para enviar, y he pensado que quizá podrías enviarla tú con un mensajero. Podría pedírselo a Claudia, pero...

Dejé la frase en el aire, sin terminar. Derek cogió el sobre y leyó la dirección.

—Soho. Es un asunto de trabajo, ¿no?

—Sí.

Derek dejó la carta sobre el mostrador.

—En ese caso, no hay ningún problema. Pero sólo por esta vez.

—Te lo agradezco muchísimo. ¿Te encargarás de que salga cuanto antes?

Le dije a Claudia que tenía mucho trabajo atrasado y que no me pasara llamadas a menos que fueran de Mike, de Giovanna o de Jake. Ella me miró con curiosidad, pero no hizo ningún comentario. Eran las diez y media. Adam todavía estaría pensando que me iba a reunir con él a la hora de comer, en su oscuro apartamento, dejando en suspenso todo lo demás. Hacia las once ya habría recibido la nota. Bajaría corriendo la escalera, recogería el sobre, deslizaría un dedo por la solapa y leería la frase. Debería haber añadido que lo sentía, como mínimo. O que lo quería. Cerré los ojos. Me sentía como un pez fuera del agua. Hasta me costaba respirar.

Jake había dejado de fumar unos meses atrás, y solía decirme que el truco consistía en no pensar en no fumar: lo que uno se niega, me explicó, se vuelve aún más deseable, y entonces es como una especie de persecución. Me toqué la mejilla con un dedo y me imaginé que era Adam el que me tocaba. Tenía que evitar imaginármelo. No debía hablar con él por teléfono. No debía verlo. Tenía que parar en seco.

A las once en punto cerré las persianas, tapando la vista gris y lluviosa, por si Adam iba a la oficina y se quedaba en la calle esperándome. No miré a la calle. Claudia me llevó una lista de las personas que me habían llamado y me habían dejado mensajes; Adam no había intentado hablar conmigo. Quizá estaba fuera y todavía no lo sabía. Quizá no recibiría la nota hasta que volviera a su apartamento para reunirse allí conmigo.

No salí a comer; me quedé en el despacho, en la penumbra, mirando fijamente la pantalla del ordenador. Si hubiera entrado alguien, habría deducido que estaba ocupada.

A las tres llamó Jake para decirme que quizá tuviera que irse a Edimburgo el viernes y pasar allí un par de días por asuntos de trabajo.

—¿Puedo ir contigo? —le pregunté.

Pero era una estupidez. Él tendría que pasarse todo el día trabajando; y yo no podía tomarme un día libre en aquel momento.

—Pronto iremos juntos a algún sitio —me prometió Jake—. Podemos planearlo esta noche. ¿Qué te parece si cenamos en casa, para variar? Iré a comprar comida preparada. ¿Qué prefieres, chino o indio?

—Indio —contesté. Tenía ganas de vomitar.

Asistí a la reunión semanal, en la que Claudia nos interrumpió para decir que había un hombre que se negaba a dar su nombre pero que quería hablar conmigo urgentemente. Le pedí que le dijera que no podía atenderlo. Claudia se marchó, muerta de curiosidad.

A las cinco decidí marcharme a casa. Salí del edificio por la puerta trasera, y paré

un taxi. Cuando pasamos por delante de la puerta principal me tapé la cara con las manos y cerré los ojos. Llegué a casa antes que Jake, fui a mi dormitorio (nuestro dormitorio) y me tumbé en la cama, a esperar a que pasara el tiempo. Sonó el teléfono, pero no contesté. Oí la tapa del buzón, y algo cayó en la estera; hice un esfuerzo y me levanté. Tenía que recogerlo antes de que lo encontrara Jake. Pero sólo era propaganda: ¿necesitaba limpiar la moqueta? Volví al dormitorio, me tumbé en la cama e intenté respirar pausadamente. Jake no tardaría en llegar. Jake. Pensé en Jake. Me imaginé cómo fruncía el entrecejo cuando sonreía. O cómo sacaba la punta de la lengua cuando estaba concentrado. O cómo se desternillaba de risa. Fuera había oscurecido, y las farolas relucían con su luz anaranjada. Oía coches, voces, gente que charlaba. Me quedé dormida sin darme cuenta.

* * *

Tiré de Jake hacia mí en la oscuridad.

—El *curry* puede esperar —dije.

Le dije que lo amaba, y él me dijo que también me amaba. Tenía ganas de repetírselo una y otra vez, pero me contuve. Fuera lloviznaba. Más tarde nos comimos la comida fría, directamente de los envases de papel de aluminio, o, mejor dicho, él comió y yo fui picando, acompañando la comida con grandes sorbos de vino tinto barato. Cuando sonó el teléfono, dejé que contestara Jake, aunque el corazón me latía violentamente en el pecho.

—No sé quién era, ha colgado —dijo Jake—. Seguro que era un admirador secreto.

Reímos juntos alegremente. Me lo imaginé sentado en la cama, en su piso vacío, y bebí otro gran sorbo de vino. Jake propuso que fuéramos a pasar un fin de semana a París. En aquella época del año los billetes del Eurostar estaban muy bien de precio.

—Otro túnel —comenté.

Esperé a que el teléfono volviera a sonar. Esta vez tendría que contestar yo. ¿Qué podía hacer? Intenté pensar en una forma de decir «no me llames» sin que Jake sospechara nada. Pero no volvió a sonar. Quizá debía habérselo dicho a la cara. Pero no habría podido hacerlo. Cada vez que veía su cara, me echaba en sus brazos.

Miré a Jake, que me sonrió. Luego bostezó y dijo:

—Hora de acostarse.

* * *

Lo intenté. Durante varios días lo intenté de verdad. En la oficina no contestaba a sus llamadas. También me envió una carta al trabajo, y no la abrí, sino que la hice pedazos y la tiré en la alta papelera metálica que había junto a la cafetera. Unas horas más tarde, cuando todo el mundo estaba fuera comiendo, fui a recuperarla, pero ya habían vaciado la papelera. Sólo quedaba un pedacito de papel, con un fragmento de texto: «... *durante un...*», rezaba. Me quedé mirando los trazos de bolígrafo, acaricié el pedazo de papel como si éste conservara algo de Adam. Intenté construir frases enteras a partir de aquellas dos palabras, tan neutras.

Salía de la oficina a horas raras y por la puerta de atrás, a veces en medio de grandes multitudes protectoras. Evitaba el centro de Londres, por si acaso. De hecho, apenas salía. Me quedaba en casa con Jake, con las cortinas corridas para no ver el mal tiempo que hacía fuera, y miraba vídeos y bebía un poco más de la cuenta, lo suficiente para irme a la cama dando tumbos cada noche. Jake se mostraba muy atento conmigo. Me dijo que desde hacía unos días parecía más tranquila, que «ya no iba siempre corriendo de una cosa a otra». Le dije que me encontraba muy bien, que me sentía a gusto.

El jueves por la noche, tres días después de enviar la nota, la Panda vino a casa: Clive, Julie, Sylvie, Pauline, Tom y un amigo de Tom que se llamaba Duncan. Clive se presentó con Gail, la chica que le había tocado el codo en la fiesta. Ahora también se sujetaba al codo de Clive, y parecía un poco desconcertada, lo cual no me extrañó, porque sólo era su segunda cita y debía de parecerle que le estaban presentando a toda una familia de golpe.

—No paráis de hablar —me dijo cuando le pregunté si se encontraba bien.

Eché un vistazo al salón. Tenía razón: daba la impresión de que todo el mundo hablaba a la vez. De pronto me acaloré y sentí claustrofobia. El salón parecía demasiado pequeño, demasiado lleno, demasiado ruidoso. Me llevé una mano a la cabeza. El teléfono empezó a sonar.

—¿Puedes contestar? —me preguntó Jake, que había ido a la nevera a buscar cervezas.

Descolgué el auricular.

—Diga.

Silencio.

Esperé a que se oyera su voz, pero no se oyó nada. Colgué el teléfono y volví a la sala. Miré alrededor. Aquéllos eran mis mejores amigos. Los conocía desde hacía diez años, y dentro de otros diez seguiríamos siendo amigos. Seguiríamos viéndonos y contándonos las mismas historias de siempre. Miré a Pauline, que le explicaba algo a Gail. Le puso una mano sobre el brazo. Clive se les acercó, nervioso y un tanto tímido, y las dos mujeres lo miraron y le sonrieron. Jake fue a donde yo estaba y me dio una lata de cerveza. Me puso el brazo sobre los hombros y me abrazó. Se marchaba a Edimburgo al día siguiente por la mañana.

Al fin y al cabo, pensé, aquello empezaba a ir mejor. Podía vivir sin él. Iban

pasando los días. Pronto haría ya una semana. Y luego un mes...

Jugamos al póquer: Gail ganó y Clive perdió; él se puso a hacer el payaso, y ella le rió las gracias. Gail me caía bien, mejor que otras novias que había tenido Clive. Pero él se cansaría porque ella no sería lo bastante cruel para mantener viva la adoración de él.

Al día siguiente salí del trabajo a la hora de siempre, y por la puerta principal. No podía pasarme el resto de la vida escondiéndome de él. Crucé las puertas, con cierta sensación de vértigo, y miré alrededor. No vi a Adam. Tenía la certeza de que iba a estar allí. Quizá tampoco estaba esperándome las otras veces que yo me había escabullido por la puerta de atrás. Sentí una tremenda decepción, que me pilló por sorpresa. Al fin y al cabo, pensaba evitarlo si lo veía. ¿O no?

No quería ir a casa, pero tampoco me apetecía ir al Vine, donde me los encontraría a todos. De pronto me di cuenta de lo cansada que estaba. Cada paso que daba suponía un gran esfuerzo. Además, tenía un sordo dolor de cabeza localizado entre los ojos. Eché a andar, empujada por la multitud de la hora punta. Miré algunos escaparates. Hacía una eternidad que no me compraba ropa. Me compré una camisa azul eléctrico en unas rebajas, pero lo hice a la fuerza. Luego seguí paseando entre la multitud, cada vez más escasa, sin ir a ningún sitio concreto. Una zapatería. Una papelería. Una juguetería, con un oso de peluche rosa gigante en medio del escaparate. Una tienda de lanas. Una librería, aunque en el escaparate también había otras cosas: un hacha pequeña, un rollo de cuerda. Por la puerta abierta salía aire caliente, y entré.

En realidad no era una librería, aunque había libros. Era una tienda especializada en alpinismo. Seguro que ya me había dado cuenta. Dentro sólo había unas cuantas personas, todos hombres. Eché un vistazo a las chaquetas de nailon, los guantes hechos de misteriosos tejidos modernos, los sacos de dormir apilados en un gran estante, en el fondo. Había faroles colgados del techo, y pequeños hornillos de *camping*. Tiendas. Botas inmensas y pesadas, duras y relucientes. Mochilas con muchos bolsillos laterales. Cuchillos afilados. Mazos. Un estante lleno de vendajes adhesivos, esponjitas de yodo, guantes de látex. Sobres de comida y barritas energéticas. Parecía material para gente que se va de expedición al espacio.

—¿Puedo ayudarla en algo? —me preguntó un joven con cabello hirsuto y nariz chata. Debía de ser alpinista.

Me sentí culpable, como si mi presencia en aquella tienda fuera fraudulenta.

—No, gracias.

Fui hasta las estanterías de libros y leí algunos títulos: *El Everest sin oxígeno*, *Cumbres feroces*, *Unidos por la cordada*, *El tercer polo*, *Diccionario de alpinismo*, *Primeros auxilios para alpinistas*, *Con la cabeza en las nubes*, *En la cima del mundo*, *Los efectos de la altitud*, *Kz: la tragedia*, *Kz: el terrible verano*, *Alpinismo y supervivencia*, *Al límite*, *El abismo...*

Elegí un par de libros al azar y busqué la T en el índice. Allí estaba, *En la cima*

del mundo, un libro ilustrado sobre escaladas al Himalaya. Al ver su nombre impreso me estremecí y sentí un ligero mareo. Era como si hubiera conseguido convencerme de que él no existía fuera de aquel apartamento del Soho, que no tenía una vida propia, más que la vida que me dedicaba a mí. El hecho de que fuera alpinista, una profesión que me era totalmente desconocida, había hecho que me resultara más fácil tratarlo como una especie de figura fantástica; un puro objeto de deseo, que sólo existía cuando yo estaba allí. Pero también estaba en aquel libro, en negro sobre blanco. Tallis, Adam, en las páginas 12-14, 89-92, 168.

Pasé directamente a las fotografías en color del centro del libro y me quedé mirando la tercera, en la que un grupo de hombres y unas cuantas mujeres, con chaquetas de nailon o de borreguillo, con nieve y escombros a sus espaldas, sonreían a la cámara. Pero él no sonreía: él miraba fijamente. Entonces no me conocía; entonces tenía otra vida. Seguramente amaba a otra persona, aunque nunca me había hablado de otras mujeres. Parecía más joven, menos cansado. Llevaba el cabello más corto y lo tenía más rizado. Pasé las páginas y allí estaba, solo, mirando hacia otro lado. Llevaba gafas de sol, y era difícil descifrar su expresión o saber qué era lo que miraba. Detrás de él, a lo lejos, había una pequeña tienda verde, y más allá el descenso en picado de una montaña. Llevaba puestas unas gruesas botas, y el viento le agitaba el cabello. Pensé que parecía afligido, y aunque aquella fotografía la habían tomado hacía mucho tiempo, en otro mundo anterior a mí, sentí un intenso deseo de consolarlo. El martirio de mi renovado deseo me cortó la respiración.

Cerré el libro y lo devolví a la estantería. Cogí otro libro y volví a mirar el índice. En aquél no aparecía ningún Tallis.

—Lo siento, pero vamos a cerrar —me dijo el joven de la nariz chata—. ¿Quiere comprar algo?

—Perdone, no me había dado cuenta. No, gracias, no quiero nada.

Fui hacia la puerta, pero no pude resistirme. Di media vuelta, cogí *En la cima del mundo* y lo llevé a la caja.

—¿Todavía puedo llevarme esto?

—Sí, claro que sí.

Pagué y me metí el libro en el bolso. Lo envolví con mi camisa azul nueva, para que no se viera.

—Eso es, tira un poco del hilo izquierdo, con cuidado para que no choque con aquella otra. Así. ¿Verdad que es genial?

Tenía un carrete de hilo en cada mano, que daba tirones. La cometa (el regalo que Jake me había traído de Edimburgo) descendió en picado sobre nuestras cabezas. Era una cometa de acrobacia muy bonita, roja y amarilla, con una larga cinta que restallaba cuando el viento cambiaba de dirección.

—Ten cuidado, Alice, que va a bajar. Tira con fuerza.

Jake llevaba un absurdo gorro con borla. Hacía frío, y tenía la nariz roja. Aparentaba unos dieciséis años, y estaba feliz como un niño que va de excursión. Tiré de ambos hilos al azar, y la cometa viró y descendió en picado. Los hilos quedaron flojos, y la cometa aceleró hacia el suelo.

—No te muevas. Ya la recojo yo —gritó Jake.

Eché a correr colina abajo, recogió la cometa, caminó con ella hasta que los hilos volvieron a tensarse, y luego la lanzó una vez más hacia el cielo encapotado, y yo volví a manejar los hilos. Quise explicarle a Jake que los momentos buenos, es decir, los breves momentos en que la cometa volaba, no compensaban, en mi opinión, todo el tiempo que estaba posada en la hierba mientras desenredábamos los hilos con los dedos entumecidos por el frío. Pero decidí no decirle nada.

—Si nieva —dijo Jake, que estaba detrás de mí, jadeando—, iremos a hacer bajadas en trineo.

—¿Qué te pasa, Jake? Estás muy activo, ¿no? Además, ¿de dónde vas a sacar un trineo?

Jake me rodeó con los brazos desde atrás. Me concentré en la cometa.

—Podemos utilizar esa bandeja grande que hay en la cocina —dijo—, o bolsas de basura industriales. O quizá tendríamos que comprarnos uno. No son muy caros, y nos duraría años.

—Jake, me estoy muriendo de hambre. Y tengo los dedos congelados.

—Dame. —Me cogió los carretes—. Tengo unos guantes en el bolsillo. Póntelos. ¿Qué hora es?

Miré mi reloj.

—Casi las tres —contesté—. Pronto oscurecerá.

—Vamos a comprar *crumpets*. Me encantan los *crumpets*.

—¿En serio?

—Hay muchas cosas de mí que no sabes todavía. —Empezó a recoger la cometa—. ¿Sabías, por ejemplo, que cuando tenía quince años me enamoré de una chica que se llamaba Alice? Iba un curso por delante de mí en la escuela. Para ella yo no era

más que un niño con granos, desde luego. Lo pasé muy mal. —Se rió—. No volvería a ser joven por nada del mundo. Qué manera de sufrir. Me moría de ganas de ser mayor.

Se arrodilló, dobló la cometa y la guardó en la estrecha funda de nailon. Yo no dije nada. Jake me miró y sonrió.

—Aunque ser mayor también tiene sus inconvenientes. Pero al menos uno no se siente tan cohibido ni tan incómodo todo el tiempo.

Me agaché junto a él y dije:

—¿Y qué problemas tienes tú ahora, Jake?

—¿Ahora? —Frunció el entrecejo y, con gesto de sorpresa, dijo—: La verdad es que no tengo. —Me abrazó y casi me hizo perder el equilibrio. Le besé la punta de la nariz—. Cuando salía con Ari tenía la impresión de estar siempre a prueba, y de que nunca daría la talla. Contigo nunca he tenido esa sensación. Tú dices lo que piensas. Puedes enfadarte, pero nunca intentas manipular a los demás. Siempre sé a qué atenerme.

Ari era su anterior novia, una mujer hermosa, alta y huesuda, con el cabello rojizo, que diseñaba zapatos y que a mí me recordaba a una empanadilla de carne; había dejado a Jake por otro hombre que trabajaba para una empresa petrolera y que se pasaba la mitad del año de viaje.

—¿Y tú?

—¿Qué?

—¿Qué problemas tienes ahora?

Me levanté y ayudé a Jake a hacer lo mismo.

—Veamos: un trabajo que me está volviendo loca. La fobia a las moscas y las hormigas, y a todo bicho con patas. Y la mala circulación. Vamos, que me estoy helando.

* * *

Nos compramos los *crumpets*, unos pastelillos pegajosos con mantequilla que se colaba por los agujeros y lo manchaba todo. Luego fuimos al cine, y como la película tenía un final triste pude llorar un poco. Para variar, no nos reunimos con los demás en el Vine para tomar algo, ni para comer *curry*, sino que fuimos a un restaurante italiano barato que había cerca de nuestro piso, los dos solos, y comimos espaguetis con almejas y bebimos un vino tinto muy peleón. Jake estaba nostálgico. Habló un poco más de Ari, y de otras novias que había tenido, y luego volvimos a aquello del día que nos conocimos, que es la mejor historia de todas las parejas felices. Ninguno de los dos recordaba con exactitud el día que había visto por primera vez al otro.

—Dicen que los primeros segundos de una relación son los más importantes —

comentó Jake.

Recordé a Adam, mirándome fijamente desde la acera de enfrente, atravesándome con sus ojos azules.

—Vámonos a casa —dije, y me levanté bruscamente.

—¿No quieres café?

—Ya lo tomaremos en casa.

Jake lo interpretó como una invitación sexual, y en cierto modo lo era. Yo quería esconderme en algún sitio, y ¿dónde mejor que en la cama, en sus brazos, a oscuras, con los ojos cerrados, sin preguntas, sin confidencias? Cada uno conocía tan bien el cuerpo del otro que la situación era casi de anonimato: piel desnuda contra piel desnuda.

—¿Qué es esto? —me preguntó después, mientras estábamos tumbados, sudorosos, en la cama.

Había cogido el libro *En la cima del mundo*. La noche anterior, cuando Jake se encontraba en Edimburgo, lo había dejado debajo de mi almohada.

—¿Eso? Me lo han prestado en el trabajo —dije, intentando adoptar un tono indiferente—. Dicen que es muy bueno.

Jake se puso a hojear el libro. Contuve la respiración. Ahí. Las fotografías. Estaba mirando una de las fotografías en que aparecía Adam.

—Jamás habría dicho que pudiera interesarte un libro así.

—No creas que me interesa mucho. Seguramente no lo leeré.

—Hay que estar loco para escalar esas montañas —observó Jake—. ¿Te acuerdas de toda esa gente que murió en el Himalaya el año pasado?

—Hmm.

—Y todo para subir a la cima de una montaña y volver a bajar.

No dije nada.

* * *

A la mañana siguiente vimos que había nevado, pero no lo suficiente para ir a hacer bajadas en trineo. Pusimos más fuerte la calefacción, leímos la prensa del domingo y tomamos mucho café. Aprendí a pedir una habitación doble en francés, y a decir «*Janvier est le premier mois de l'année*», o «*Février est le deuxième mois*», y luego intenté leer unas revistas técnicas que se me habían acumulado. Jake siguió leyendo el libro de alpinismo. Ya iba casi por la mitad.

—Tendrías que leerlo, Alice.

—Voy a comprar algo para comer. ¿Te apetece pasta?

—Ya comimos pasta anoche. ¿Por qué no nos hartamos de fritos? Yo cocino y tú lavas los platos.

—Pero si tú nunca cocinas —objeté.

—Estoy cambiando, mujer.

* * *

Clive y Gail vinieron a casa después de comer. Saltaba a la vista que se habían pasado la mañana en la cama. Los envolvía un aura inconfundible, y de vez en cuando se sonreían como si supieran algo que nosotros ignorábamos. Dijeron que querían ir a jugar a los bolos, y nos preguntaron si nos apetecía ir con ellos. Habían pensado decírselo también a Pauline y Tom.

Así que me pasé la tarde lanzando una pesada bola negra contra los bolos, y fallando cada vez. Todos estaban muy risueños: Clive y Gail porque sabían que en cuanto nos marcháramos de la bolera volverían directamente a la cama; Pauline porque quería quedarse embarazada y no podía creer cómo había cambiado su vida; Tom y Jake porque eran buena gente, y es más fácil unirse a los demás que no hacerlo. Yo me reía porque todo el mundo esperaba que lo hiciera. Me dolía el pecho. Me dolían los ganglios. La bolera, resonante y excesivamente iluminada, me mareaba un poco. Reí hasta que se me saltaron las lágrimas.

* * *

—Alice —dijo Jake, al mismo tiempo que yo decía:

—Jake. Di, di.

—No, tú primero —insistió él.

Estábamos sentados en el sofá, con nuestras tazas de té, separados por unos quince centímetros. Fuera había oscurecido, y habíamos corrido las cortinas. Todo estaba en silencio, el silencio típico de la nieve, que amortigua los sonidos. Jake llevaba un viejo jersey gris moteado y unos vaqueros gastados, e iba descalzo y muy despeinado. Me miraba con atención. Me gustaba mucho. Inspiré hondo y dije:

—No puedo seguir con esto, Jake.

Al principio, la expresión de su cara no cambió. Me obligué a seguir mirándolo a los ojos, aquellos hermosos ojos castaños.

—¿Qué?

Le cogí una mano y dije:

—Tengo que dejarte.

¿Cómo podía decírselo? Cada palabra era como lanzar un ladrillo. Jake se quedó como si acabara de pegarle una bofetada, sorprendido y dolorido. Quise rectificar,

volver a donde estábamos hacía un minuto, sentados juntos en el sofá con nuestras tazas de té. Ya no me acordaba de por qué estaba haciendo aquello. Él no dijo nada.

—He conocido a otro hombre. Todo es tan... —Me interrumpí.

—¿Qué quieres decir? —Me miraba fijamente, como si estuviéramos en medio de una espesa niebla—. ¿Dejarme? ¿Quieres decir que ya no quieres vivir conmigo?

—Sí.

El esfuerzo que tuve que hacer para pronunciar aquella palabra me dejó muda. Lo miré fijamente. Todavía tenía su mano entre las mías, pero era una mano flácida. No sabía cómo soltarla.

—¿A quién? —preguntó Jake con voz un tanto quebrada. Se aclaró la garganta—. ¿Quién es él?

—No lo conoces. Es que... Dios mío, lo siento, Jake.

Se pasó una mano por la cara.

—Esto es absurdo. Últimamente éramos muy felices. No sé, este fin de semana... —Asentí con la cabeza. Aquello era más espantoso de lo que yo había imaginado—. Creía que... Creía... ¿Cómo lo has conocido? ¿Cuándo?

Esta vez no pude mirarlo a los ojos.

—Eso no importa.

—¿Tan bueno es en la cama? No, perdona. No quería decir eso, Alice. Es que no lo entiendo. ¿Lo vas a dejar todo? ¿Así, por las buenas? —Eché un vistazo a nuestras cosas, repartidas por el salón, todo el peso del mundo que habíamos construido juntos—. ¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Tan fuerte es?

Estaba inmóvil en el sofá. Me habría gustado que me gritara, que se pusiera furioso, pero Jake se limitó a sonreírme sin moverse.

—¿Sabes qué iba a decir cuando me has interrumpido?

—No.

—Iba a decir que me gustaría tener un hijo contigo.

—Jake...

—Era feliz. —Su voz sonaba apagada—. Y mientras tanto, tú estabas... estabas...

—No, Jake —le supliqué—. Yo también era feliz. Tú me hacías feliz.

—¿Cuánto tiempo hace que dura?

—Unas cuantas semanas.

Vi cómo evaluaba mi respuesta, rememorando el pasado más reciente. Su rostro se arrugó. Apartó la vista, quizá hacia la ventana, y dijo, en tono muy mesurado:

—¿Serviría de algo que te pidiera que te quedes, Alice? ¿Que me dieras otra oportunidad? Por favor.

No me miró. Nos quedamos con la vista al frente, cogidos de la mano. Yo tenía un nudo en la garganta.

—Por favor, Alice —insistió Jake.

—No.

Retiró la mano de las mías. Nos quedamos sentados en silencio, y yo me pregunté qué pasaría a continuación. ¿Tenía que decirle que ya recogería mis cosas más tarde? Las lágrimas le resbalaban por las mejillas, se le metían en la boca, pero Jake se quedó inmóvil, y no intentó secárselas. Era la primera vez que lo veía llorar. Levanté una mano para secarle las lágrimas, pero él se apartó bruscamente, expresando por fin la rabia que sentía.

—¿Qué quieres, Alice? ¿Quieres consolarme? ¿Quieres que me ponga a gritar? Si vas a irte, vete.

Lo dejé todo. Dejé toda mi ropa, mis CD, mis pinturas y mis joyas. Mis libros y mis revistas. Mis fotografías. Mi maletín lleno de documentos del trabajo. Mi agenda. Mi despertador. Mi llavero. Mis cintas de francés. Cogí mi bolso, mi cepillo de dientes, mis anticonceptivos y el grueso abrigo negro que Jake me había regalado por Navidad, y salí a la calle nevada con unos zapatos inadecuados.

Se supone que es en momentos así cuando uno necesita a sus amigos. Yo no quería ver a nadie. No quería ver a mi familia. Me pasó por la cabeza la absurda idea de dormir en la calle, pero incluso el autocastigo tenía sus límites. ¿Dónde podía encontrar una habitación barata para pasar la noche? Nunca había dormido en un hotel en Londres. Recordaba haber visto una calle llena de hoteles por la ventanilla del taxi, hacía poco. Al sur de Baker Street. Sí, allí encontraría algo. Cogí el metro y pasé por delante del Planetarium, crucé la calle y continué una manzana. Allí estaba: una calle larga con casas estucadas, todas convertidas en hoteles. Elegí uno al azar, el Devonshire, y entré.

Sentada al mostrador había una mujer muy gorda, que me dijo algo que no entendí debido a su acento. Pero vi muchas llaves en el tablero que la mujer tenía detrás. No estábamos en temporada turística. Señalé las llaves y dije:

—Quiero una habitación.

Ella sacudió la cabeza y siguió hablando. Yo no acababa de saber si se dirigía a mí o si le estaba gritando a alguien en la habitación que había detrás. Quizá me había tomado por una prostituta, pero ninguna prostituta habría ido tan mal vestida como iba yo, o al menos vestida de manera tan sosa. Sin embargo, no llevaba equipaje. Me hizo gracia pensar qué tipo de persona se imaginaría que era yo. Saqué una tarjeta de crédito de mi bolso y la puse sobre el mostrador. Ella la cogió y le echó un vistazo. Firmé una hoja de papel sin mirarla. La mujer me entregó una llave.

—¿Hay algo para beber? ¿Té, café...?

—Nada para beber —gritó ella.

Me sentí como si hubiera pedido una taza de alcohol de quemar. Se me ocurrió que podía salir a tomar algo, pero no me sentía capaz. Cogí la llave y subí a mi habitación. No estaba tan mal. Había un lavabo y una ventana que daba a un patio de piedra y a la parte de atrás de otra casa. Corrí la cortina. Me encontraba en una habitación de hotel, en Londres, sola y sin nada. Me quité la ropa, me quedé en ropa interior y me metí en la cama. Al cabo de un rato me levanté de la cama y cerré la puerta con llave; luego volví a acostarme. No lloré. No me pasé despierta toda la noche reflexionando sobre mi vida. Me quedé dormida enseguida. Pero dejé la luz encendida.

* * *

Me desperté tarde, con la cabeza embotada, pero sin sentimientos suicidas. Me levanté, me quité el sujetador y las bragas y me lavé. Luego volví a ponerme la ropa interior. Me cepillé los dientes sin pasta. Para desayunar me tomé una píldora anticonceptiva con un vaso de agua. Me vestí y bajé. En el vestíbulo no había nadie. Me asomé a un comedor con reluciente suelo de imitación de mármol, donde todas las mesas tenían sillas de plástico. Oí voces a lo lejos, y olí a tocino frito. Crucé el comedor y aparté una cortina. Alrededor de la mesa de la cocina estaban sentados la mujer a la que había conocido la noche anterior, un hombre de la misma edad que ella e igual de gordo, que evidentemente era su marido, y varios niños rechonchos. Todos me miraron.

—Me marcho —dije.

—¿Quiere desayunar? —me preguntó el hombre con una sonrisa—. Tenemos huevos, carne, tomates, champiñones, judías, cereales...

Negué con la cabeza.

—Está incluido en el precio.

Acepté una taza de café y me quedé en la puerta de la cocina mirando cómo la pareja preparaba a los niños para ir al colegio. Antes de marcharme, el hombre me miró con expresión preocupada.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, muy bien.

—¿Va a quedarse otra noche?

Volví a negar con la cabeza y me marché. Fuera hacía frío, pero al menos no llovía. Me paré y pensé un momento, intentando orientarme. Podía ir andando. Por el camino, en Edgware Road, compré unas toallitas húmedas con aroma de limón y pasta de dientes, rímel y lápiz de labios en una farmacia, y luego unas sencillas bragas blancas. En Oxford Street encontré una tienda de ropa de *sport*. Elegí una camisa y una chaqueta negras y me metí en un probador. Me puse también las bragas, me limpié la cara y el cuello con las toallitas hasta que me escoció la piel, y luego me apliqué un poco de maquillaje. Mi aspecto mejoró considerablemente. Por lo menos no daba la impresión de que estaban a punto de internarme en un psiquiátrico. Pasadas las diez, llamé por teléfono a Claudia. Tenía pensado inventarme algo; pero, cuando Claudia se puso al teléfono, sentí un extraño impulso que me hizo ser parcialmente sincera. Le dije que estaba pasando por una crisis personal, que tenía que ocuparme de ella y que no me encontraba en condiciones de aparecer por la oficina. Me las vi y me las deseé para cortar la conversación.

—Ya pensaré en algo que decirle a Mike —concluyó Claudia.

—Sobre todo acuérdate de decirme qué excusa le has dado antes de que yo lo vea.

Desde Oxford Street sólo había unos minutos andando hasta el apartamento de Adam. Cuando llegué al edificio me di cuenta de que no tenía ni idea de lo que iba a decirle. Me quedé allí plantada un buen rato, pero no se me ocurrió nada. La puerta de la calle no estaba cerrada con llave, así que subí la escalera y toqué el timbre del

apartamento. La puerta se abrió. Di un paso hacia delante y empecé a hablar, pero enseguida me detuve. La persona que había ante mí era una mujer. Una mujer alarmanamente guapa. Tenía el cabello castaño y seguramente largo, pero lo llevaba recogido. Vestía unos vaqueros y una camisa de cuadros con una camiseta negra debajo. Parecía cansada y preocupada.

—¿Sí? —dijo.

Sentí que se me revolvía el estómago, y noté que me ruborizaba de vergüenza. Tuve la impresión de que había destrozado toda mi vida sólo para ponerme en ridículo.

—¿Está Adam? —pregunté, como atontada.

—No —me contestó ella—. Ya no vive aquí.

Era norteamericana.

—¿Sabes dónde está?

—Vaya pregunta. Pasa.

Obedecí y entré en el apartamento, porque no sabía qué otra cosa hacer. Junto a la puerta había una mochila enorme y gastada y una maleta abierta. Había ropa esparcida por el suelo.

—Lo siento —dijo la chica señalando el desorden—. Acabo de llegar de Lima. Estoy hecha polvo. Hay café en la cafetera. —Me tendió la mano y agregó—: Me llamo Deborah.

—Yo soy Alice.

Miré hacia donde estaba la cama. Deborah me ofreció una silla que yo ya conocía y me sirvió café en una taza que yo ya conocía. Ella también se sirvió. Me ofreció un cigarrillo. Yo lo rechacé, y ella lo encendió.

—Eres amiga de Adam —aventuré.

Ella exhaló una densa nube de humo y se encogió de hombros.

—He escalado con él un par de veces. Hemos formado parte de los mismos equipos. Sí, soy amiga suya. —Dio otra honda calada e hizo una mueca de disgusto—. Madre mía, tengo un *jet lag* de miedo. Y el aire de aquí. Hacía un mes y medio que no bajaba de los tres mil metros. ¿Y tú? ¿También eres amiga de Adam?

—Sí, pero desde hace poco —contesté.

—Ya.

Esbozó lo que interpreté como una sonrisa de complicidad que me hizo sentir muy incómoda, pero le sostuve la mirada hasta que su gesto se suavizó y se convirtió en algo más amistoso y menos burlón.

—¿Estuviste con él en el Chunga... como se llame? —O: ¿has tenido una aventura con él? ¿También eres su amante?

—Chungawat. ¿Te refieres al año pasado? No, por Dios. Yo no hago cosas así.

—¿Por qué no?

Soltó una carcajada y dijo:

—Si Dios hubiera querido que subiéramos a más de ocho mil metros, nos habría

hecho diferentes.

—Ya sé que Adam participó en esa desastrosa expedición el año pasado.

Intentaba aparentar serenidad, como si hubiera llamado a la puerta sólo para tomarme el café y charlar un rato con ella. «¿Dónde estará? —me preguntaba—. Tengo que verlo ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde, aunque quizá ya sea demasiado tarde».

—¿Que participó? ¿No sabes qué pasó?

—Sé que murieron varias personas.

Deborah encendió otro cigarrillo.

—Cinco personas. La médica de la expedición, que era... —Me miró, vacilante— ... amiga íntima de Adam. Y cuatro clientes.

—Qué horror.

—No me refería a eso. —Dio una honda calada al cigarrillo, y prosiguió—: ¿Quieres que te lo cuente? —Asentí con la cabeza. Pero ¿dónde está? Deborah se apoyó en el respaldo, tomándose su tiempo—. Cuando estalló la tormenta, el líder, Greg McLaughlin, uno de los mejores especialistas del mundo en el Himalaya, que creía que había ideado un método infalible para llevar escaladores inexpertos a la montaña, quedó fuera de combate. Sufrió una grave hipoxia, o lo que sea. Adam lo llevó hasta abajo y tomó el mando de la expedición. El otro guía profesional, un francés llamado Claude Bresson, un excelente alpinista, estaba hecho polvo, alucinando. —Deborah se dio unas palmaditas en el pecho—. Tenía un edema pulmonar. Adam lo bajó al campamento. Quedaban los once clientes a la intemperie. Estaba oscuro, y la temperatura era de cincuenta grados bajo cero. Adam volvió con oxígeno y los bajó en grupos. Bajaba a un grupo y volvía a subir. Ese tipo es como un toro. Pero uno de los grupos se perdió. Adam no los encontró. Y solos no pudieron sobrevivir.

—¿Por qué hace la gente esas cosas?

Deborah se frotó los ojos. Parecía tremendamente cansada. Señalando con el cigarrillo, dijo:

—¿Te refieres a por qué lo hace Adam? Sólo te puedo contar por qué lo hago yo. Cuando estudiaba medicina tenía un novio que era alpinista. Y a veces iba a escalar con él. Conviene que haya un médico en el grupo. Así que de vez en cuando hago alguna escalada. A veces me quedo en el campamento base. Otras veces subo con los demás.

—¿Con tu novio?

—No, mi novio murió.

—Vaya, lo siento.

—Fue hace mucho tiempo.

Hubo un silencio. Intenté pensar algo que decir.

—Eres norteamericana, ¿no?

—Canadiense. Soy de Winnipeg. ¿Sabes dónde está Winnipeg?

—No.

—En otoño cavan las tumbas para el invierno. —Debí de poner cara de no entender nada—. La tierra se congela. Calculan cuánta gente se va a morir durante el invierno, y cavan las tumbas. Criarse en Winnipeg tiene sus inconvenientes, pero al menos se aprende a respetar el frío. —Se puso el cigarrillo en los labios y levantó las manos—. Mira: ¿qué ves?

—No lo sé.

—Diez dedos. Enteritos.

—A Adam le faltan varios dedos de un pie —dije. Deborah esbozó una sonrisa acusadora, y yo sonreí, un tanto arrepentida—. No quiero decir que lo haya visto. Podría habérmelo contado.

—Sí, ya. Eso es diferente. Eso fue una decisión voluntaria. Mira, Alice, esa gente tuvo mucha suerte de que Adam estuviera allí. ¿Alguna vez has estado en la montaña durante una tormenta?

—Creo que nunca he estado en una montaña, ni siquiera sin tormenta.

—No ves nada, no oyes nada, no sabes dónde es arriba y dónde es abajo. Necesitas material y experiencia, pero con eso no basta. No sé qué es. Hay gente que conserva la calma y razona. Adam es así.

—Sí —coincidí, e hice una pausa para no parecer demasiado impaciente. Luego añadí—: ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Deborah reflexionó un momento.

—Es un hombre muy escurridizo —dijo—. Creo que iba a reunirse con alguien en una cafetería de Notting Hill Gate. ¿Cómo se llamaba? Espera. —Cruzó la habitación y volvió con una guía telefónica—. Aquí está. —Anotó un nombre y una dirección en un sobre usado.

—¿Cuándo tiene que ir a esa cafetería?

Deborah miró su reloj y respondió:

—Ahora, creo.

—Será mejor que me marche.

Me acompañó a la puerta.

—Si no lo encuentras allí, conozco a gente que quizá sepa dónde está. Te voy a dar mi número de teléfono. —Entonces sonrió y dijo—: ¡Pero si ya lo tienes! ¿No?

* * *

Mientras iba por Bayswater Road, en el taxi me preguntaba si Adam estaría en la cafetería. Imaginé diferentes situaciones: «No está, y me paso varios días viviendo en hoteles y deambulando por las calles. Está, pero con una chica, y tengo que espiarlos para averiguar qué pasa, y luego sigo a Adam hasta que puedo hablar con él a solas».

Guié al taxi para que me dejara más allá de la cafetería de All Saints Road, y luego retrocedí a pie, con cautela. Lo vi enseguida, sentado junto a la ventana. Y no estaba con ninguna chica. Estaba con un hombre negro con el pelo rastafari recogido en una coleta. En el taxi también me había planteado varias formas de abordar a Adam, que no me hicieran parecer una espía, pero no se me había ocurrido nada. De cualquier modo, todas las estrategias posibles habrían resultado inútiles, porque en cuanto vi a Adam, él me vio también a mí; bajó la vista y volvió a mirarme, como en las películas. Allí plantada, con todas mis pertenencias (las bragas, la camisa, unos cuantos artículos nuevos de maquillaje) en una bolsa de Gap, me sentí como una niña abandonada de una novela de Dickens. Vi que Adam le decía algo al hombre que estaba con él, y que luego se levantaba y salía de la cafetería. Durante unos inquietantes diez segundos el hombre se volvió y me miró, evidentemente, pensando: «¿Quién coño es ésa?».

Y entonces apareció Adam. Había estado pensando qué íbamos a decirnos, pero él no pronunció ni una sola palabra. Me cogió la cara con sus grandes manos y me besó con fuerza. Solté la bolsa que llevaba en la mano y lo abracé, pegándome a su viejo jersey y al fuerte cuerpo que había debajo. Finalmente nos separamos, y él me miró con gesto especulativo.

—Deborah me ha dicho que te encontraría aquí.

Rompí a llorar. Saqué un pañuelo del bolsillo y me soné la nariz. Adam no me abrazó ni me dijo: «Cálmate, cálmate». Se quedó mirándome como si yo fuera algún animal exótico que lo fascinaba, y como si sintiera curiosidad por saber qué iba a hacer a continuación. Me serené para decir lo que tenía que decir:

—Quiero decirte una cosa, Adam. Lamento haberte enviado aquella carta. Ojalá no lo hubiera hecho. —Adam seguía mudo. Hice una pausa y añadí—: He dejado a Jake. He pasado la noche en un hotel. No te lo cuento para presionarte. Sólo dime que me vaya y me iré, y no volverás a verme nunca.

El corazón me latía muy deprisa. Adam tenía la cara muy cerca de la mía, tan cerca que notaba su aliento.

—¿Quieres que te diga que te vayas?

—No.

—Entonces ¿eres toda mía?

Tragué saliva y contesté:

—Sí.

—Estupendo.

No parecía sorprendido, ni contento. Era como si se hubiera comprobado algo que para él era obvio. Quizá lo era.

Miró hacia la ventana de la cafetería, y luego volvió a mirarme a mí.

—Ése es Stanley. Date la vuelta y salúdalo. —Lo saludé, nerviosa, con la mano. Stanley me devolvió el saludo levantando el pulgar—. Nos quedaremos en un piso que hay a la vuelta de la esquina. Es de un amigo de Stanley. —«Nos quedaremos».

Al oír esas palabras sentí una oleada de placer sexual. Adam le hizo una seña a Stanley con la cabeza—. Stanley nos ve hablar, pero no sabe leer los labios. Entraremos un momento, y luego te voy a llevar al piso y te voy a follar. Te va a doler.

—Vale —dije—. Puedes hacer conmigo lo que quieras.

Adam se inclinó y volvió a besarme. Me puso una mano en la espalda, y luego la deslizó por debajo de mi camisa. Noté sus dedos bajo el cierre de mi sujetador, y una uña que me recorría la columna. Me pellizcó con fuerza. Solté un quejido.

—Me has hecho daño —dije.

Adam me acarició una oreja con los labios.

—Y tú a mí —susurró.

Me despertó el teléfono. Abrí los ojos, pero volví a cerrarlos enseguida porque la luz me molestaba. Estaba cerca de la cama, ¿no? Lo busqué a tientas.

—Diga.

Oí unos ruidos, quizá de tráfico, pero nadie dijo nada, y colgaron el auricular. Yo también colgué. Enseguida volvió a sonar. Contesté. Otra vez lo mismo. Me pareció oír algo, un susurro, pero no podía asegurarlo. Volvió a cortarse la comunicación.

Miré a Adam, que intentaba abrir los ojos.

—La historia de siempre —dije—. Si contesta una mujer, cuelgas. —Marqué cuatro números en el teléfono.

—¿Qué haces? —preguntó Adam, bostezando.

—Averiguar quién ha llamado. —Esperé unos segundos.

—¿Y bien?

—Era una cabina —dije al fin.

—A lo mejor no han podido introducir las monedas a tiempo —sugirió él.

—Puede ser. No tengo qué ponerme.

—¿Y para qué quieres vestirte? —El rostro de Adam estaba a sólo unos centímetros del mío. Me puso unos mechones de cabello detrás de la oreja, y luego recorrió mi cuello con el dedo—. Así estás perfecta. Esta mañana, cuando me he despertado, he pensado que esto tenía que ser un sueño. Me he quedado aquí tendido, mirando cómo dormías.

Retiró la sábana, descubriendo mis pechos, y luego me los cubrió con las manos. Me besó en la frente, en los párpados, en los labios; primero con suavidad, y luego con fuerza. Noté un sabor a sangre en la boca. Deslicé las manos por su huesuda espalda, las coloqué sobre sus nalgas y tiré de él hacia mí. Ambos suspiramos, y nos cimbreamos ligeramente; mi corazón latía contra el suyo, ¿o era el suyo el que latía contra el mío? La habitación olía a sexo, y las sábanas todavía estaban ligeramente húmedas.

—Para trabajar, Adam —dije—. Necesito ropa para ir a trabajar. No puedo pasarme todo el día en la cama.

—¿Por qué no? —Me besó en el cuello—. Tenemos que recuperar todo el tiempo que hemos perdido.

—No puedo dejar el trabajo.

—¿Por qué?

—Pues porque no. Yo no soy así. ¿Tú nunca tienes que trabajar?

Adam frunció el entrecejo, pero no respondió. Luego se chupó el dedo índice con mucha parsimonia y me lo metió dentro.

—No te marches aún, Alice.

—Diez minutos. Adam... Por favor...

* * *

Después seguía sin tener nada que ponerme. La ropa que llevaba el día anterior estaba amontonada en el suelo, y no tenía nada más.

—Toma, ponte esto —dijo Adam, y tiró unos vaqueros desteñidos encima de la cama—. Puedes arremangártelos. Y esto. Será suficiente, de momento. Iré a buscarte a las doce y media y te llevaré de compras.

—Pero también puedo ir a buscar mis cosas al piso...

—No. Deja eso, por ahora. No vuelvas allí. Te compraré ropa. No necesitas mucho.

No me puse ropa interior. Me puse los vaqueros, que me iban bastante largos y holgados, pero que no me quedaban demasiado mal con un cinturón, y luego la camisa de seda negra, que acarició suavemente mi sensible piel, y que olía a Adam. Saqué el colgante de cuero de mí bolso y me lo até al cuello.

—Ya está.

—Guapísima.

Adam cogió un cepillo y me cepilló el enmarañado cabello. Insistió en mirarme mientras orinaba, me lavaba los dientes y me ponía rímel. No me quitó los ojos de encima.

—Estoy destrozada —le dije a través del espejo, intentando sonreír.

—Piensa en mí toda la mañana.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Pensar en ti.

* * *

Me pasé la mañana pensando en él. Mi cuerpo vibraba de emoción al recordarlo. Pero también pensé en Jake y en el mundo que había compartido con él. Había una parte de mí que no comprendía cómo podía seguir allí, en la oficina de siempre, hilando frases trilladas sobre el DIU y la fertilidad femenina, cuando había puesto una bomba en mi antigua vida y me había quedado a mirar cómo explotaba. Intenté imaginar todo lo que habría pasado desde que me marché. Seguramente Jake se lo habría contado, como mínimo, a Pauline. Y ella se lo habría contado a los demás. Se habrían reunido todos para tomar algo, hablar, preguntarse qué había pasado y

consolar a Jake. Y yo, que durante tanto tiempo había sido un miembro reconocido del grupo, me habría convertido en el objeto de sus chismosos y escandalizados comentarios. Cada uno tendría una opinión sobre mí, su propia y categórica versión.

Si había abandonado aquel mundo (y suponía que lo había hecho), ¿había entrado en el mundo de Adam, lleno de hombres que escalaban montañas y mujeres que los esperaban? Sentada a mi mesa, esperando que llegara la hora de comer, pensé en lo poco que sabía sobre Adam, sobre su pasado, su presente o el futuro que planeaba. Y cuanto más me daba cuenta de que era un extraño, más lo deseaba.

Adam ya me había comprado varios pares de bragas y sujetadores. Estábamos medio escondidos junto a un colgador de vestidos, y nos sonreímos y nos acariciamos las manos. Era nuestra primera cita de verdad fuera del piso.

—Son demasiado caros —dije.

—Pruébate éste —dijo él.

Cogió un vestido recto de color negro, y unos pantalones ceñidos. Me los puse en el probador, encima de mi ropa interior nueva, y me miré en el espejo. La ropa cara me sentaba bien. Cuando salí del probador, con las prendas en las manos, Adam me lanzó un vestido de terciopelo marrón oscuro, con el cuello escotado, mangas largas y falda cortada al bias, hasta los pies. Tenía un aire medieval y era precioso, y cuando vi la etiqueta del precio entendí por qué me gustaba tanto.

—No puedo —dije.

Adam frunció el entrecejo.

—Quiero que te lo pruebes.

Salimos de la tienda con dos bolsas llenas de ropa, que en total había costado más que mi sueldo mensual. Llevaba puestos los pantalones negros con una camisa de raso de color crema. Pensé en Jake, que había ahorrado mucho para comprarme aquel abrigo, y en su expresión de entusiasmo y orgullo el día que me lo regaló.

—Me siento como una mantenida.

—Alice. —Adam se paró en medio de la acera, y la gente tuvo que esquivarnos—. Quiero tenerte siempre a mi lado.

Tenía el don de hacer que los comentarios más frívolos se volvieran tremendamente serios. Me ruboricé y me reí, pero él me miró fijamente, casi enfadado.

—¿Puedo invitarte a cenar? —pregunté—. Quiero que me cuentes tu vida.

* * *

Pero antes tenía que recoger algunas cosas de mi piso. Me había dejado la agenda, el listín de teléfonos y todas las cosas de trabajo. Hasta que recuperara todo aquello, tendría la sensación de que no me había marchado. Hice un esfuerzo descomunal y

llamé a Jake al trabajo, pero no se encontraba allí; me dijeron que estaba enfermo. Llamé al piso, y me contestó al primer timbrazo.

—Hola, Jake. Soy Alice —dije como una tonta.

—Te he reconocido —dijo él, cortante.

—¿Estás enfermo?

—No.

Hubo un silencio.

—Mira, lo siento, pero necesito pasar a recoger unas cosas.

—Mañana estaré todo el día en la oficina. Puedes venir entonces.

—Ya no tengo llaves.

Lo oía respirar al otro lado del hilo telefónico.

—Has quemado las naves, ¿eh?

Quedamos en que iría a las seis y media. Hubo otra pausa. Luego nos dijimos adiós educadamente, y colgué.

* * *

Es increíble lo fácil que resulta no trabajar en el trabajo, la de normas que uno se puede saltar si no le importa. Ojalá lo hubiera descubierto antes. Por lo visto nadie se había fijado en lo tarde que había llegado aquella mañana, ni en el rato que había estado fuera para comer. Por la tarde fui a otra reunión, donde una vez más hablé muy poco, y después Mike me felicitó por mis agudos comentarios. «Últimamente da la impresión de que lo tienes todo muy controlado, Alice», me dijo, un tanto nervioso. Giovanna me había dicho prácticamente lo mismo en un *email* aquella mañana. Cambié de sitio los papeles que había encima de mi mesa, tiré un montón a la papelera, y le dije a Claudia que no me pasara llamadas. A las cinco y media fui al cuarto de baño y me peiné, me lavé la cara, me puse lápiz de labios y me abroché todos los botones del abrigo para que no se viera mi ropa nueva. Luego fui al piso de Jake por el camino de siempre.

Me sobró tiempo, y estuve un rato paseando. No quería pillar a Jake por sorpresa, llegar antes de que él estuviera preparado para recibirme, y tampoco quería encontrarme con él en la calle. Intenté pensar qué podía decirle. El hecho de haber cortado con él lo había convertido inmediatamente en un extraño, una persona más valiosa y vulnerable que el irónico y modesto Jake con el que yo había vivido. Cuando pasaban unos minutos de las seis y media, me dirigí a la puerta y llamé al timbre. Oí pasos por la escalera, y a través del cristal esmerilado vi una figura que se acercaba.

—Hola, Alice.

Era Pauline.

—Hola.

No sabía qué decirle. A mi mejor amiga, la única persona a la que habría acudido en cualquier otra circunstancia. Pauline se quedó plantada en la puerta. Llevaba el cabello recogido en un moño que le daba un aire severo. Parecía cansada y tenía ojeras. No me sonrió. Me sentía como si hiciera meses que no nos hubiéramos visto, y no un par de días.

—¿Puedo pasar?

Pauline se apartó, y yo subí la escalera delante de ella. Mi ropa cara susurraba contra mi piel, bajo el abrigo de Jake. En el piso todo estaba como siempre, como era de esperar. Mis chaquetas y mis bufandas seguían colgadas en el perchero del recibidor. La fotografía en que aparecíamos Jake y yo cogidos del brazo y sonriendo seguía en la repisa de la chimenea. Mis zapatillas estaban en el suelo del salón, cerca del sofá donde habíamos estado sentados el domingo. Los narcisos que había comprado la semana anterior seguían en el jarrón, aunque un poco mustios. Había una taza con un poco de té en la mesa, y supuse que debía de ser la misma que yo había estado bebiendo dos días atrás. Me sentía apabullada, y me desplomé en el sofá. Pauline se quedó de pie, mirándome desde arriba. No había dicho ni una sola palabra.

—Pauline —dije con voz ronca—. Ya sé que lo que he hecho es espantoso, pero tenía que hacerlo.

—¿Qué quieres? ¿Que te perdone? —me preguntó con tono mordaz.

—No. —Era mentira: claro que quería que me perdonara—. No, pero eres mi mejor amiga. Pensé que... Bueno, no es que no tenga corazón. No puedo decir nada en mi defensa, salvo que me he enamorado. Estoy segura de que lo entenderás.

Vi cómo el rostro se le crispaba. Claro que lo entendía. Dieciocho meses atrás, a ella también la habían dejado, porque él se había enamorado. Se sentó en el otro extremo del sofá, todo lo lejos de mí que pudo.

—No es tan sencillo como parece, Alice —empezó, y me di cuenta de que ahora nos hablábamos en otro tono, más frío y distante—. Si quisiera, claro que podría entenderte. Al fin y al cabo, no estabais casados, ni teníais hijos. Lo que pasa es que no quiero entenderte. Al menos de momento. Jake es mi hermano mayor, y le has hecho mucho daño. —Le tembló ligeramente la voz, y por un momento volvió a parecer la Pauline que yo conocía—. Sinceramente, Alice, si lo vieras ahora, si vieras lo destrozado que está, seguro que no... —Pero no terminó la frase—. Quizá algún día podamos volver a ser amigas, pero ahora sentiría que lo estoy traicionando si escuchara tu versión de la historia e intentara imaginar cómo te sientes. —Se levantó—. Mira, no quiero ser justa contigo. La verdad es que me gustaría odiarte.

Asentí con la cabeza, y me levanté también. La entendía perfectamente.

—Voy a recoger mi ropa.

Pauline asintió y entró en la cocina. Oí cómo llenaba la tetera.

En el dormitorio todo seguía como siempre. Cogí mi maleta del altillo del armario y la abrí en el suelo. Junto a mi lado de la cama, que estaba hecha, vi el libro que

había estado leyendo sobre la historia de los relojes. En el lado de Jake estaba el libro de alpinismo. Cogí los dos y los metí en la maleta. Abrí las puertas del armario y empecé a descolgar ropa. Me temblaban las manos, y no podía doblar bien las prendas. De todos modos no cogí muchas cosas: no me imaginaba poniéndome la ropa que había llevado hasta entonces; no podía creer que todavía me sirviera.

Me quedé mirando el interior del armario, donde guardaba mi ropa junto a la de Jake: mis vestidos junto a su único traje bueno, mis faldas y camisas entre sus camisas de trabajo, planchadas y abotonadas en las perchas. Había un par de camisas que tenían los puños raídos. Se me llenaron los ojos de lágrimas, y parpadeé con furia. ¿Qué necesitaba? Intenté imaginarme cómo sería mi nueva vida con Adam, y comprobé que no podía. Sólo me imaginaba en la cama con él. Cogí un par de jerséis, varios vaqueros y camisetas, dos trajes para ir a trabajar, y toda mi ropa interior. También cogí mi vestido sin mangas favorito y dos pares de zapatos, y el resto lo dejé: tenía demasiada ropa, y casi toda me la había comprado con Pauline en aquellas salidas derrochadoras y compulsivas.

Metí todas mis cremas, lociones y artículos de maquillaje en la maleta, pero no sabía qué hacer con las joyas. Jake me había regalado muchas: varios pares de pendientes, un colgante precioso, un brazalete ancho de cobre. No sabía si le dolería más que me las llevara o que las dejara allí. Me lo imaginé por la noche, entrando en la habitación y averiguando qué me había llevado y qué había dejado, e intentando leer mis sentimientos a través de aquellas frágiles pistas. Cogí los pendientes que me había dejado mi abuela al morir, y las cosas que ya tenía antes de conocer a Jake. Luego cambié de opinión, y metí en la maleta todo lo que había en el cajoncito.

En un rincón había un montón de ropa para lavar, y rescaté un par de cosas. Lo que no podía hacer era dejar mi ropa interior sucia por allí. Me acordé de mi maletín, que estaba debajo de la silla que había junto a la ventana, y de mi listín telefónico y mi agenda. También me acordé del pasaporte, el certificado de nacimiento, el carné de conducir, las pólizas de seguros y la libreta de ahorros, guardados en una carpeta junto a todos los documentos personales de Jake. Decidí no llevarme el cuadro que había colgado encima de la cama, aunque me lo había regalado mi padre muchos años antes de que yo empezara a salir con Jake. Tampoco pensaba llevarme libros ni discos. Y no pensaba discutir por el coche, cuya entrada había pagado yo seis meses atrás, mientras que Jake seguía pagando las letras.

Pauline estaba sentada en el sofá del salón, tomándose una taza de té. Me miró mientras yo cogía de la mesa tres cartas que iban dirigidas a mí y las guardaba en el maletín. Tenía una maleta llena de ropa, y una bolsa de plástico repleta de trastos.

—¿Ya estás? Viajas con poco equipaje, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Ya sé que tendré que acabar de arreglar todo esto pronto. Pero ahora no puedo.

—Entonces ¿no se trata de una simple aventura?

La miré. Tenía los ojos castaños, como los de Jake.

—No.

—Y Jake no debería confiar en que vuelvas con él. No debería esperarte cada día. ¿Verdad?

—No.

Necesitaba salir de allí para llorar. Me dirigí a la puerta, y descolgué una bufanda del perchero. Ya había oscurecido, y en la calle hacía frío.

—Hazme un favor, Pauline. Dile a Jake que ya arreglaré esto... —Hice un amplio ademán abarcando la sala y todas las cosas que compartíamos—... como él quiera.

Pauline me miró, pero no dijo nada.

—Adiós —dije.

Nos miramos fijamente. Me di cuenta de que ella también estaba deseando que me marchara de allí para llorar.

—Sí —dijo.

* * *

—Debo de estar espantosa.

—No. —Me enjugó las lágrimas y me secó la nariz con una punta de su camisa.

—Lo siento. Es muy doloroso.

—Las mejores cosas surgen del dolor. Claro que es doloroso.

En cualquier otro momento, yo me habría reído de ese comentario. No creo que el dolor sea necesario ni ennoblecedor. Pero estaba demasiado abatida. Me puse a sollozar otra vez.

—Y estoy asustada, Adam. —Él no dijo nada—. Lo he dejado todo por ti. Dios mío.

—Lo sé —replicó—. Ya lo sé.

Fuimos andando a un sencillo restaurante que había al doblar la esquina. Tuve que apoyarme en él, porque temía caerme si no me sujetaba. Nos sentamos en un rincón oscuro y nos tomamos una copa de champán cada uno; a mí se me subió enseguida a la cabeza. Adam me puso una mano sobre el muslo por debajo de la mesa, y yo empecé a leer la carta, intentando concentrarme. Comimos filetes de salmón con setas y ensalada verde, con una botella de vino blanco. Yo no sabía si estaba eufórica o desesperada. Todo me desbordaba. Cada vez que Adam me miraba era como si me tocara, cada sorbo de vino que daba me alteraba la sangre. Cuando intentaba cortar la comida me temblaban las manos. Cuando Adam me tocaba por debajo de la mesa tenía la sensación de que mi cuerpo se iba a desmenuzarse en pedacitos blandos.

—¿Habías sentido alguna vez esto por alguien? —le pregunté, y él negó con la cabeza.

Le pregunté con quién salía antes de conocerme a mí, y él se quedó mirándome fijamente un momento.

—No me resulta fácil hablar de eso. —Esperé. Si yo lo había dejado todo por él, él tendría que contarme, como mínimo, quién era su anterior novia—. Murió —dijo entonces.

—Vaya.

Su respuesta me impresionó y me dejó abatida. ¿Cómo iba a competir con una mujer que había muerto?

—En la montaña —añadió Adam con la mirada fija en su copa.

—¿En aquella montaña?

—Sí, en el Chungawat.

Bebió un poco más de vino y llamó al camarero.

—¿Puede traernos dos *whiskys*, por favor?

Nos los trajeron y nos los bebimos. Le cogí una mano a Adam y dije:

—¿La amabas?

—No así —respondió.

Me llevé su mano a la cara. ¿Cómo podía estar tan celosa de una persona que había muerto antes de que yo hubiera visto siquiera a Adam?

—Y antes ¿habías tenido muchas novias?

—Cuando estoy contigo es como si no hubiera tenido ninguna —contestó, lo cual quería decir, evidentemente, que había tenido muchas.

—¿Por qué yo?

Adam parecía absorto en sus pensamientos.

—¿Cómo no ibas a ser tú? —me preguntó al fin.

Me sobraban unos minutos antes de una reunión; me armé de valor y llamé a Sylvie. Es abogada, y generalmente me costaba mucho que me la pasaran cuando la llamaba por teléfono. Normalmente ella me devolvía la llamada varias horas más tarde, o al día siguiente.

Esta vez sólo tardó unos segundos en ponerse al teléfono.

—¿Eres tú, Alice?

—Sí —dije lánguidamente.

—Necesito verte.

—A mí también me gustaría mucho verte. Pero ¿estás segura?

—¿Haces algo esta tarde? ¿Después del trabajo?

Reflexioné un momento. De pronto todo parecía muy complicado.

—He quedado con... una persona, en el centro.

—¿Dónde? ¿A qué hora?

—Ya sé que suena ridículo. En una librería que hay en Covent Garden. A las seis y media.

—Podríamos vernos un poco antes.

Sylvie insistió mucho. Podíamos salir un poco antes del trabajo y encontrarnos a las seis menos cuarto en una cafetería de St. Martin's Lane que ella conocía. No me venía muy bien. Tuve que aplazar una conferencia telefónica que había programado, pero llegué a las seis menos veinte, jadeante y nerviosa, y Sylvie ya estaba allí, en una mesa de un rincón, con una taza de café y un cigarrillo. Cuando me acerqué, ella se levantó y me abrazó.

—Me alegro de que me hayas llamado —dijo.

Nos sentamos a la mesa, y pedí un café.

—Me alegro de que te alegres —repuse—. Tengo la sensación de que he decepcionado a todo el mundo.

Sylvie me miró y dijo:

—¿Por qué?

Aquella pregunta me pilló desprevenida. Había acudido a nuestra cita dispuesta a pasarlo mal, a recibir una reprimenda.

—Por Jake.

Sylvie encendió otro cigarrillo y esbozó una tímida sonrisa.

—Sí, claro. Jake.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Delgado. Y vuelve a fumar. A veces está muy callado, y a veces habla tanto de ti que no hay forma de decirle nada. Triste. ¿Es eso lo que quieres oír? Pero lo superará. Todo el mundo lo supera. No le va a durar toda la vida. Muy poca gente se muere de un desengaño amoroso.

Bebí un sorbo de café. Todavía quemaba, y me hizo toser.

—Eso espero. Lo siento, Sylvie. Es como si acabara de llegar de otro país y no estuviera al corriente de lo que pasa.

Hubo un silencio que evidentemente nos hizo sentir incómodas a las dos.

—¿Cómo está Clive? —dije precipitadamente—. Y esa chica, como se llame.

—Gail —dijo Sylvie—. Clive vuelve a estar enamorado. Y ella es muy simpática.

Otro silencio. Sylvie me miró con expresión pensativa.

—¿Cómo es? —me preguntó.

Noté que me ruborizaba, y me sentí cohibida. Me di cuenta de que mi relación con Adam era una actividad secreta, y de que nunca le había explicado nada a nadie. Nunca habíamos ido juntos a una fiesta. Nadie nos había visto como pareja. Y ahora estaba Sylvie, que sentía curiosidad, pero que también, sospechaba yo, era una delegada enviada por la Panda para recabar información que luego ellos analizarían. Tuve el impulso de seguir guardándolo en secreto. Quería volver a retirarme con él a una habitación. No quería exponerme a que otras personas especularan y chismorrearan sobre mí. El simple hecho de pensar en Adam y en su cuerpo hizo que me recorriera un escalofrío. De pronto me aterró la idea de la rutina, de que nos convirtiéramos en una pareja corriente que vivía en un piso y tenía posesiones comunes e iba junta a sitios. Y también deseaba esa rutina.

—Dios mío —dije—, no sé qué decir. Se llama Adam y... bueno, no se parece a nadie que haya conocido hasta ahora.

—Ya —dijo Sylvie—. Al principio es maravilloso, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No se trata de eso, Sylvie. Mira, toda mi vida ha discurrido más o menos como yo había planeado. En el colegio sacaba buenas notas, caía bien, nunca hacía tonterías ni nada de eso. Me llevaba bastante bien con mis padres... Bueno, ya lo sabes. Y tuve mis novios; a veces los dejé yo y a veces me dejaron a mí, y fui a la universidad, y encontré un empleo, y conocí a Jake y me fui a vivir con él y... ¿Qué hice todos esos años?

Sylvie arqueó las cejas, y por un momento su expresión denotó cierto enojo.

—Vivir tu vida, como todo el mundo.

—¿No será que iba viviendo sin llegar a tocar nada y sin dejar que me tocaran? No tienes que contestarme; sólo estaba pensando en voz alta.

Seguimos bebiendo café.

—¿A qué se dedica? —me preguntó Sylvie.

—No tiene un empleo fijo. Hace diversos trabajos para conseguir dinero. En realidad es alpinista.

Sylvie se quedó perpleja, lo cual me alegró.

—¿En serio? ¿Alpinista?

—Sí.

—No sé qué decir. ¿Dónde os conocisteis? Supongo que no sería en una montaña.

—Nos conocimos —me limité a decir.

—¿Cuándo?

—Hace unas semanas.

—Y desde entonces no habéis salido de la cama. —No dije nada—. ¿Piensas irte a vivir con él?

—Creo que sí.

Sylvie dio una calada al cigarrillo.

—Entonces es que va en serio.

—Supongo. Estoy como ofuscada.

Sylvie se inclinó hacia delante con expresión picara.

—Ten cuidado. Al principio siempre es así. No te dejan respirar, están obsesionados contigo. Quieren follarte a todas horas, correrse en tu cara y esas cosas...

—¡Sylvie! —exclamé, horrorizada—. Por el amor de Dios.

—Es la verdad —dijo con descaro, alegrándose de volver a un terreno más familiar: Sylvie, la descarada, diciendo groserías—. Al menos, metafóricamente. Ten cuidado, sólo te digo eso. No te digo que no lo hagas. Pásalo bien. Aprovecha, siempre y cuando no corras ningún riesgo físico.

—Pero ¿qué dices?

De pronto adoptó un tono remilgado.

—Ya sabes a qué me refiero.

Pedimos más café, y Sylvie siguió acribillándome a preguntas, hasta que yo miré mi reloj y vi que sólo faltaban unos minutos para las seis y media. Cogí mi bolso y dije:

—Tengo que marcharme.

Pagué los cafés, y Sylvie me acompañó a la calle.

—¿Hacia dónde vas? —me preguntó—. Te acompaño, si no te importa.

—¿Por qué?

—Tengo que comprar un libro —dijo con la mayor frescura—. Vas a una librería, ¿no?

—De acuerdo —concedí—. Te lo presentaré. No me importa.

—Sólo quiero comprar ese libro.

La librería, especializada en libros de viajes y mapas, sólo estaba a unos minutos andando.

—¿Está dentro? —me preguntó Sylvie cuando entramos por la puerta.

—No lo veo —dije—. Será mejor que busques tu libro.

Sylvie murmuró algo, y ambas empezamos a pasearnos entre las estanterías. Me

paré delante de un expositor de globos terráqueos. Si Adam no aparecía, siempre podía volver al apartamento. Noté que alguien me tocaba, y luego unos brazos que me rodeaban y alguien que me acariciaba el cuello. Me volví. Era Adam. Me abrazó, y tuve la sensación de que sus brazos daban dos vueltas alrededor de mi cuerpo.

—Hola, Alice —dijo.

Entonces me soltó, y vi que lo acompañaban dos individuos que parecían muy divertidos. Ambos eran altos, igual que Adam. Uno tenía el cabello castaño claro, casi rubio, el cutis fino y unos pómulos prominentes. Llevaba una gruesa chaqueta de lona, gastada como si la hubiera llevado un pescador durante años. El otro era más moreno, con el cabello castaño, ondulado y muy largo. Tenía un abrigo gris largo, que le llegaba casi por los tobillos. Adam se volvió hacia el rubio y dijo:

—Te presento a Daniel. —Luego miró al moreno y añadió—: Y éste es Klaus.

Nos estrechamos la mano.

—Me alegro de conocerte, Alice —dijo Daniel con una leve inclinación de cabeza.

Parecía extranjero, quizá escandinavo. Adam no me había presentado, pero ellos ya sabían cómo me llamaba. Seguramente ya les había hablado de mí. Me miraron con curiosidad, la última novia de Adam, y yo les sostuve la mirada, mientras pensaba que tenía que ir otra vez de compras, pronto.

Entonces me di cuenta de que tenía a Sylvie a mi lado.

—Adam, te presento a Sylvie, una amiga mía.

Adam se volvió hacia ella lentamente y le estrechó la mano.

—Sylvie —dijo, como si estuviera sopesando aquel nombre.

—Sí —dijo ella—. Hola.

De pronto vi a Adam y a sus amigos a través de los ojos de Sylvie: unos hombres altos y fuertes que parecían de otro planeta, ataviados con ropa extraña, atractivos, extraños e intimidantes. Sylvie se quedó mirando a Adam, fascinada, pero Adam volvió a dirigirse a mí:

—Daniel y Klaus están un poco descolocados. Todavía van con la hora de Seattle.

—Me cogió la mano y la pegó contra su mejilla—. Vamos a un sitio que hay cerca de aquí. ¿Quieres venir?

La pregunta iba dirigida a Sylvie, y al formularla Adam la miró fijamente. No exagero si digo que Sylvie casi dio un respingo.

—No —respondió mi amiga, como si le hubieran ofrecido una droga muy tentadora pero peligrosa—. No, no. Tengo... cosas que hacer.

—Tiene que comprar un libro —añadí yo.

—Eso es —confirmó ella, titubeante—. Y otras cosas. Tengo que irme.

—Otra vez será —replicó Adam, y nos marchamos.

Me di la vuelta y le guiñé un ojo a Sylvie, como si yo fuera en un tren que partía de la estación y la dejara a ella en el andén. Sylvie estaba horrorizada, atemorizada, o algo así. Adam me puso una mano en la espalda para guiarme mientras caminábamos.

Doblamos varias esquinas, y al final entramos en un diminuto callejón. Miré a Adam de manera inquisitiva, pero él no me hizo caso y tocó el timbre que había junto a una sencilla puerta; cuando abrieron, subimos una escalera hasta una cómoda y acogedora sala con un bar y una chimenea, y varias mesas y sillas.

—¿Qué es esto? ¿Un club?

—Sí —contestó Adam, como si fuera algo tan obvio que no hubiera necesidad de mencionarlo—. Sentaos en la otra sala. Voy a buscar unas cervezas. Pídele a Klaus que te hable de su libro.

Fui con Daniel y con Klaus hasta la habitación contigua, más pequeña, donde también había un par de mesas. Nos sentamos en una de ellas.

—¿Qué es eso del libro? —pregunté.

Klaus sonrió y dijo:

—Tu... —Se interrumpió—. Adam está enfadado conmigo. He escrito un libro sobre lo que pasó el año pasado en la montaña. —Tenía acento norteamericano.

—¿Estuviste allí?

Klaus levantó las manos. En la izquierda le faltaban el meñique y parte del anular. En la derecha le faltaba medio dedo meñique.

—Tuve suerte —dijo—. Mucha suerte. Adam me bajó. Me salvó la vida. —Volvió a sonreír—. Eso puedo decirlo cuando él no está delante. Cuando está presente le digo que es un gilipollas.

Adam entró con unas botellas, y luego volvió a salir y regresó con unos bocadillos.

—¿Sois viejos amigos? —pregunté.

—Amigos, colegas... —dijo Daniel.

—A Daniel lo han contratado para hacer otro viaje organizado al Himalaya el año que viene. Quiere que vaya con él —explicó Adam.

—¿Vas a ir?

—Creo que sí. —Debí de poner cara de preocupación, porque Adam rió y dijo—: ¿Hay algún inconveniente?

—No, ninguno. Es lo que te gusta, ¿no? Ten cuidado, nada más.

Adam adoptó una expresión seria, se inclinó hacia mí y me besó suavemente.

—Estupendo —dijo, como dándome el aprobado.

Bebí un sorbo de cerveza, me recosté en el respaldo y los escuché hablar de cosas que apenas entendía: organización, material y oportunidades. O mejor dicho, no era que no los entendiera, sino que no quería seguir su conversación con detalle. Me producía un intenso placer ver a Adam, Daniel y Klaus hablando de algo que les interesaba muchísimo. Me gustaban los términos técnicos que no entendía, y de vez en cuando miraba de soslayo el rostro de Adam. Su expresión de apremio me recordaba algo, y entonces caí en la cuenta. Era la expresión que tenía la primera vez que lo vi. La primera vez que lo vi mirándome.

Más tarde, en la cama, con la ropa tirada por el suelo y *Sherpa* ronroneando a

nuestros pies (el gato era del piso, pero el nombre se lo había puesto yo), Adam me preguntó acerca de Sylvie.

—¿Qué te ha dicho?

Entonces sonó el teléfono.

—Esta vez contesta tú —dije.

Adam hizo una mueca, pero descolgó el auricular.

—Diga.

Hubo un silencio, y luego colgaron.

—Cada noche y cada mañana —dije esbozando una sonrisa lúgubre—. Tiene que ser alguien que trabaja. Esto empieza a ponerme los pelos de punta, Adam.

—Seguro que es un problema técnico —dijo Adam—. O alguien que quiere hablar con el anterior inquilino. ¿Qué te ha dicho Sylvie?

—Quería que le hablara de ti —dije. Adam soltó un bufido. Lo besé, mordiendo suavemente su maravilloso y carnoso labio inferior, y luego más fuerte—. Y me ha aconsejado que lo pase bien, pero sin lesionarme.

De pronto, la mano que había estado acariciándome la espalda me apretó contra la cama. Noté los labios de Adam en mi oreja.

—Hoy he comprado nata —dijo—. Nata fría. No quiero lesionarte. Sólo quiero hacerte daño.

—No te muevas. Quédate como estás.

De pie delante de la cama, Adam me enfocaba con una cámara Polaroid. Miré al objetivo, embotada. Estaba tumbada encima de las sábanas, desnuda. Sólo tenía los pies tapados. El sol invernal relucía débilmente detrás de las delgadas cortinas.

—¿He vuelto a dormirme? ¿Cuánto rato llevas ahí?

—No te muevas, Alice.

El *flash* me deslumbró, se oyó un zumbido y apareció la tarjeta de plástico, como si la cámara me hubiera sacado la lengua.

—Al menos no la vas a llevar a la tienda para que la revelen.

—Pon los brazos por encima de la cabeza. Así. —Se acercó y me apartó el cabello de la cara; luego volvió a retirarse. Iba vestido, armado con la cámara, y en su cara había una expresión de concentración desapasionada—. Separa un poco más las piernas.

—Tengo frío.

—Enseguida te caliento. Espera.

Volvió a disparar.

—¿Por qué haces esto?

—¿Por qué?

Soltó la cámara y se sentó a mi lado, dejando las dos fotografías sobre las sábanas. Vi cómo mi imagen iba tomando forma. Las fotografías me parecieron crueles: mi piel estaba pálida, con manchas rojizas. Pensé en los fotógrafos de la policía que en las películas aparecen en la escena del crimen, y luego intenté apartar aquella imagen de mi mente. Adam me cogió una mano, que todavía tenía encima de la cabeza, y la apretó contra su mejilla.

—Porque te quiero. —Me besó en la palma.

Sonó el teléfono, y Adam y yo nos miramos.

—No contestes —dije—. Será él otra vez.

—¿Él?

—O ella.

Esperamos a que el teléfono dejara de sonar.

—¿Y si es Jake el que hace esas llamadas? —dije.

—¿Jake?

—¿Quién va a ser, si no? Dices que antes eso no pasaba, y que las llamadas empezaron en cuanto yo me instalé aquí. —Lo miré—. A lo mejor es una amiga tuya.

—Puede ser —dijo Adam, encogiéndose de hombros, y volvió a coger la cámara, pero yo me incorporé.

—Tengo que levantarme, Adam. ¿Puedes encender la estufa?

El apartamento, en el último piso de una alta casa victoriana, era muy austero. Tenía muy pocos muebles, y no había calefacción central. Mi ropa ocupaba un rincón del enorme y oscuro armario, y las bolsas de Adam, todavía por abrir, estaban ordenadamente apiladas en el dormitorio. Las alfombras estaban gastadas, las cortinas eran muy finas, y en la cocina sólo había una bombilla que colgaba sobre los fogones. Casi nunca cocinábamos, y todas las noches cenábamos en pequeños restaurantes débilmente iluminados, antes de volver a la alta cama y al calor de nuestros cuerpos. Me sentía deslumbrada por la pasión. Todo parecía borroso e irreal, excepto Adam y yo. Hasta entonces yo siempre había sido libre de hacer lo que quería; controlaba mi vida y sabía hacia dónde iba. Ninguna de mis relaciones me había desviado de eso. Ahora, en cambio, me sentía perdida, como si navegara sin timón. Habría dado cualquier cosa por sentir el roce de sus manos sobre mi piel. A veces sentía miedo, cuando me despertaba de madrugada y me encontraba en la cama de un extraño, y veía a Adam, todavía sumergido en un mundo secreto de sueños; o cuando salía de la oficina, antes de ver a Adam y sentir su incesante éxtasis. Me había perdido a mí misma en otro.

Aquella mañana me dolía todo. En el espejo del cuarto de baño vi que tenía un araño en el cuello, y los labios hinchados. Adam entró y se colocó detrás de mí. Nos miramos en el espejo. Se chupó un dedo y recorrió con él el araño. Me puse la ropa y me di la vuelta hacia él.

—¿Quién hubo antes que yo, Adam? No, no intentes escabullirte. Lo digo en serio.

Adam hizo una pausa, como si estuviera valorando las posibilidades.

—Te propongo un trato —dijo.

Lo encontré terriblemente formal, pero supongo que tenía que serlo. Generalmente los detalles del pasado amoroso surgen en confesiones nocturnas, en diálogos posteriores al coito; son pequeños fragmentos de información ofrecidos como muestra de intimidad o confianza. Nosotros no habíamos hecho nada de eso. Adam me ayudó a ponerme la chaqueta.

—Desayunaremos en un sitio que hay aquí cerca; después tengo que ir a recoger unas cosas. Y luego —dijo mientras abría la puerta—, nos encontraremos otra vez aquí y tú me hablarás de tus novios, y yo te hablaré de mis novias.

—¿De todas?

—De todas.

* * *

—... y antes hubo otro que se llamaba Rob. Rob era diseñador gráfico, y se creía

un gran artista. Era bastante mayor que yo, y tenía una hija de diez años. Era un hombre muy tranquilo, pero...

—¿Qué hacíais?

—¿Cómo que qué hacíamos?

—¿Qué hacíais juntos?

—Pues lo típico: íbamos al cine, a *pubs*, a pasear...

—Ya sabes a qué me refiero.

Sí, claro que lo sabía.

—Por Dios, Adam. Pues cosas. Eso fue hace muchos años. No me acuerdo de los detalles. —Era mentira, por supuesto.

—¿Estabas enamorada de él?

Pensé con añoranza en el atractivo rostro de Rob, y recordé algunos buenos ratos que habíamos pasado juntos. Lo adoraba, o al menos lo adoré durante un tiempo.

—No —contesté.

—Sigue.

Aquello resultaba muy violento. Adam estaba sentado enfrente de mí; la mesa nos separaba. Tenía las manos enlazadas, y me taladraba con la mirada. Hablar de sexo ya me resultaba bastante difícil en circunstancias normales, pero aquel interrogatorio era mucho peor.

—Laurence, pero eso no duró mucho —murmuré—. Era un bicho raro.

—¿Quién más?

—Joe. Trabajábamos juntos.

—¿En el mismo despacho?

—Sí, más o menos. Pero no, Adam, no lo hacíamos detrás de la fotocopiadora.

Seguí a regañadientes. Yo me había imaginado una erótica confesión mutua, que terminaría en la cama. Y se estaba convirtiendo en una larga y fría enumeración de los hombres que habían sido irrelevantes o importantes para mí en un sentido que yo no quería explicarle a Adam allí, sentados ante aquella mesa.

—Pues antes de eso iba al colegio y a la universidad, y... Bueno, mira... —Hice una pausa. La idea de repasar la breve lista de novios y aventuras de una noche me parecía absurda. Inspiré hondo—. Bueno, si insistes... Michael. Gareth. Y luego Simón, con el que salí un año y medio. Y un tipo que se llamaba Christopher, sólo una vez. —Adam no dejaba de mirarme—. Y otro del que ni siquiera supe el nombre, en una fiesta a la que no quería ir. Ya está.

—¿Ya está?

—Sí.

—¿Con quién lo hiciste por primera vez? ¿Cuántos años tenías?

—Era mayor, en comparación con mis amigas. Fue con Michael, cuando tenía diecisiete años.

—¿Cómo fue?

La pregunta no me hizo sentir incómoda. Quizá porque había pasado mucho

tiempo, y la niña que yo era entonces no se parecía en nada a la mujer que era ahora. Había sido cautivador. Extraño. Fascinante.

—Espantoso —mentí—. Doloroso. No sentí ningún placer.

Adam se inclinó sobre la mesa, pero no llegó a tocarme.

—¿Siempre te ha gustado el sexo?

—No, no siempre.

—¿Has fingido alguna vez?

—Todas las mujeres han fingido alguna vez.

—¿Conmigo?

—No, contigo no.

—¿Ya podemos follar? —Seguía sentado en la incómoda silla de la cocina, a cierta distancia de mí.

Solté una carcajada un tanto forzada.

—Ni hablar, Adam. Ahora te toca a ti.

Adam suspiró, se apoyó en el respaldo y se puso a contar con los dedos de la mano.

—Antes de ti estuvo Lily, a la que conocí el verano pasado. Y antes Françoise; duró un par de años. Y antes... hmm...

—¿Te cuesta acordarte? —pregunté con sarcasmo, pero con voz un tanto trémula. Confié en que Adam no lo hubiera notado.

—No, no mucho —replicó él—. Lisa. Y antes de Lisa, una chica que se llamaba Penny. —Hizo una pausa—. Era buena alpinista.

—¿Cuánto tiempo saliste con Penny?

Yo me esperaba un catálogo de conquistas, y no aquella exhaustiva lista de relaciones formales. Me entró miedo.

—Dieciocho meses, más o menos.

—Oh. —Nos quedamos un momento callados—. ¿Les eras fiel? —Me obligué a preguntar. En realidad lo que quería preguntarle era si todas eran guapas, más guapas que yo.

Adam me miró a los ojos y dijo:

—No, no eran de ese tipo de relaciones. No eran tan exclusivas.

—¿Cuántas veces fuiste infiel?

—Siempre salía con otras chicas.

—¿Cuántas veces?

Adam frunció el entrecejo.

—Vamos, Adam. ¿Una vez, dos, veinte, cuarenta, cincuenta?

—Algo así.

—¿Cuarenta o cincuenta?

—Ven aquí, Alice.

—¡No! No, esto es... Me siento fatal. A ver, ¿qué me hace diferente? —De pronto se me ocurrió una cosa—. No has...

—¡No! —me interrumpió, tajante—. ¿No te das cuenta, Alice? ¿No lo sientes? Ahora sólo existes tú.

—¿Cómo puedo estar segura? —dije con un gemido—. Me siento como si hubiera llegado tarde a la fiesta. —Con todas las mujeres que había habido en su vida, yo no tenía ninguna posibilidad.

Adam se levantó y rodeó la mesa. Me ayudó a ponerme en pie y me sujetó la cara con las manos.

—Lo sabes, ¿verdad, Alice?

Negué con la cabeza.

—Mírame, Alice. —Me levantó la cabeza y me miró a los ojos—. Alice, ¿confías en mí? ¿Quieres hacerme un favor?

—Depende —contesté, enfurruñada como una niña pequeña.

—Espera un momento.

—¿Dónde?

—Aquí. Sólo será un minuto.

Tardó más de un minuto, pero no mucho. Cuando me estaba terminando la taza de café sonó el timbre de la puerta. «Adam tiene llave», me dije, y no fui a abrir, pero Adam no subía, y volvió a sonar el timbre. Así que suspiré y bajé a la calle. Abrí la puerta y no lo vi. Entonces oí un bocinazo. Me di la vuelta y vi a Adam sentado al volante de un coche bastante viejo. Fui hacia él y me incliné, acercando la cabeza a la ventanilla del lado del conductor.

—¿Qué te parece?

—¿Es tuyo?

—Sólo por esta tarde. Sube.

—¿Adónde vamos?

—Confía en mí.

—¿Cierro la casa?

—Ya lo haré yo. Tengo que subir a buscar una cosa.

Estuve a punto de no obedecerle, pero al final rodeé el coche y me senté en el asiento del copiloto. Entretanto Adam subió al apartamento y regresó enseguida.

—¿Qué has cogido?

—Mi cartera —respondió—. Y esto. —Tiró la cámara Polaroid en el asiento trasero.

«Dios mío, no», pensé. Pero no dije nada.

* * *

Permanecí despierta el tiempo suficiente para ver que salíamos de Londres por la M1, pero entonces, como siempre me ocurre cuando me llevan en coche, me quedé

dormida. Hubo un momento en que me desperté, y vi que habíamos salido de la autopista y circulábamos por una carretera que discurría por el campo.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Es un paseo sorpresa —dijo Adam esbozando una sonrisa.

Me quedé medio dormida otra vez, y, cuando me desperté, vi una vieja iglesia sajona junto a la carretera, en medio de un paisaje sin ninguna otra característica especial.

—Eadmund, con «a» —comenté, adormilada.

—Perdió la cabeza —dijo Adam.

—¿Qué?

—Era un rey anglosajón. Los vikingos lo capturaron y lo mataron. Después lo descuartizaron y esparcieron sus restos por el campo. Sus seguidores no lo encontraban, y entonces se produjo el milagro. La cabeza gritó: «Estoy aquí», y lo encontraron.

—Eso es lo que tendrían que hacer los llaveros. Me encantaría que las llaves de mi casa gritaran «Estamos aquí» cuando las busco, y así no tendría que revisar todos los bolsillos de toda la ropa que tengo hasta dar con ellas.

Llegamos a una bifurcación donde había un ornamentado monumento con un águila, dedicado a los miembros de la Fuerza Aérea británica. Torcimos a la derecha.

—Ya estamos —anunció Adam.

Detuvo el coche en la cuneta y apagó el motor.

—¿Dónde? —pregunté.

Adam estiró un brazo y cogió la cámara fotográfica.

—Vamos —dijo.

—Debí traer mis botas.

—Sólo hemos de caminar unos doscientos metros.

Adam me cogió de la mano y nos alejamos de la carretera por un camino. Luego dejamos el camino, pasamos entre unos árboles y subimos por una pendiente muy resbaladiza, cubierta de hojas medio podridas del otoño anterior. Adam estaba callado y pensativo. Casi me asustó cuando empezó a hablar.

—Hace unos años escalé el K2 —dijo. Asentí con la cabeza e hice algún comentario afirmativo, pero él seguía absorto en sus pensamientos—. Hay muchos alpinistas famosos que nunca lo han logrado; muchos murieron en el intento. Cuando llegué a la cima tuve la certeza de que aquél sería el mayor ascenso que haría en la vida, pero no sentí nada. Miré alrededor, pero... —Hizo un gesto de desprecio—. Estuve unos quince minutos allí arriba, esperando a que llegara Kevin Doyle. Me pasé el rato calculando los tiempos, comprobando mi material, repasando mentalmente las provisiones, decidiendo por qué ruta iba a bajar. Incluso si me limitaba a contemplar el paisaje, la montaña no parecía otra cosa que un problema.

—Entonces ¿por qué lo haces?

Adam frunció el entrecejo.

—No, no lo entiendes. Mira. —Estábamos saliendo de la arboleda y llegando a una extensión de hierba, casi un páramo—. Éste es el paisaje que me gusta. —Me abrazó y agregó—: Estuve aquí hace tiempo, y pensé que era uno de los lugares más bonitos que había visto jamás. Vivimos en una de las islas con mayor densidad de población del mundo, y sin embargo aquí estamos, en un prado al que se llega por un sendero al que se llega por un camino al que se llega por una carretera. Míralo con mis ojos, Alice. Mira allá abajo, la iglesia por la que hemos pasado antes, enclavada en la tierra, como si tuviera raíces en ella. Y mira esos campos que la rodean, más lejanos aún, pero que parecen tan cercanos: una alfombra de verdes prados. Ven y quédate de pie aquí, junto a esta mata de espino.

Adam me situó cuidadosamente, y luego se quedó de pie delante de mí, mirando alrededor, como si se estuviera orientando con precisión. Me sentía incómoda y desconcertada. ¿Qué tenía que ver todo aquello con sus innumerables infidelidades?

—Y aquí estás tú, Alice, mi único amor —dijo, dando un paso hacia atrás y mirándome, como si fuera un precioso objeto decorativo que había colocado en un escaparate—. Ya sabes eso que dicen de que estamos partidos en dos mitades, y que nos pasamos la vida buscando a nuestra otra mitad. En todas las relaciones que tenemos, por estúpidas o triviales que sean, hay un poco de esa esperanza, la esperanza de que esa persona sea nuestra otra mitad. —De pronto su mirada se ensombreció, como la superficie de un lago cuando una nube pasa por delante del sol. Me estremecí, delante de la mata de espino—. Por eso a veces acaban tan mal, porque uno siente que lo han traicionado. —Miró alrededor, y luego de nuevo a mí—. Pero contigo lo sé. —Noté que se me cortaba la respiración, y que se me ponían los ojos llorosos—. Quédate quieta, quiero hacerte una fotografía.

—Adam, por favor, no seas tan raro. Bésame, abrázame.

Él negó con la cabeza, y se colocó la cámara delante de los ojos.

—Quería fotografiarte aquí, en este sitio, en el momento en que te pedía que te casaras conmigo.

Hubo un destello. Noté que se me doblaban las rodillas. Me senté en la hierba húmeda, y él corrió hacia mí y me abrazó.

—¿Estás bien?

¿Si estaba bien? Me invadió una sensación de extraordinaria alegría. Me levanté, me reí y lo besé en la boca con firmeza: una promesa.

—¿Es eso un sí?

—Pues claro, idiota. Sí. Sí, sí, sí.

—Mira —dijo entonces—. Aquí está.

Y allí estaba, boquiabierta, con los ojos como platos, tomando forma, los colores cada vez más intensos, el contorno cada vez más definido.

—Ya está —dijo Adam al tiempo que me daba la fotografía—. Es un momento, pero también es una promesa. Para siempre.

Cogí la fotografía y la guardé en mi bolso.

—Para siempre —dije.

Adam me asió la muñeca con una intensidad que me sorprendió.

—Lo dices en serio, ¿verdad, Alice? Me he entregado otras veces, y me han decepcionado. Por eso te he traído aquí, para que pudiéramos hacernos esta promesa el uno al otro. —Me miró intensamente, como si me estuviera amenazando—. Esta promesa es más importante que cualquier ceremonia. —Luego suavizó el tono de voz—. No soportaría perderte. Jamás soportaría que me abandonaras.

Lo abracé, lo besé en la boca, en los ojos, en la firme mandíbula y en el hueco del cuello. Le dije que era suya, y que él era mío. Noté sus lágrimas sobre mi piel, calientes y saladas. Mi único amor.

Escribí a mi madre. Se iba a llevar una sorpresa. Sólo le había contado que Jake y yo nos habíamos separado, pero ni siquiera había mencionado a Adam. Escribí a Jake, intentando encontrar las palabras adecuadas. No quería que se enterara a través de otra persona. Conocí a otros amigos y colegas de Adam (gente con la que había escalado, gente con la que había compartido tiendas y con la que se había jugado la vida), y en todas partes adonde íbamos notaba la mirada de Adam evaluándome, y se me ponía la piel de gallina. Iba a trabajar y me sentaba a mi mesa, embelesada por el placer que recordaba y el que aguardaba, y pasaba papeles de una mesa a otra y asistía a reuniones. Quería llamar a Sylvie, y a Clive, e incluso a Pauline, pero siempre lo acababa aplazando. Ahora recibíamos aquellas misteriosas llamadas telefónicas casi a diario. Me acostumbré a sujetar el auricular manteniéndolo un poco apartado de mi oreja; escuchaba el ruido áspero de la respiración, y luego colgaba. Un día alguien metió hojas húmedas y tierra en nuestro buzón, pero tampoco le dimos importancia. A veces sentía cierta ansiedad, pero esa ansiedad la apagaban otras turbulentas emociones.

Me enteré de que Adam preparaba unos *currys* excelentes. Que la televisión lo aburría. Que caminaba muy deprisa. Que arreglaba la poca ropa que tenía con gran esmero. Que le gustaban el *whisky* de malta, el vino tinto y la cerveza de trigo, y que no soportaba las judías en salsa de tomate, el pescado con espinas ni el puré de patatas. Que su padre todavía vivía. Que nunca leía novelas. Que hablaba español y francés con fluidez, el muy cerdo. Que sabía hacer nudos con una mano. Que antes le daban miedo los espacios cerrados, y que se curó cuando tuvo que pasar seis días dentro de una tienda en un saliente de medio metro de profundidad, en la ladera del Anna Purna. Que no necesitaba muchas horas de sueño. Que a veces todavía le dolía el pie que se le había congelado. Que le gustaban los gatos y las aves de presa. Que siempre tenía las manos calientes, por mucho frío que hiciera. Que no había llorado desde la muerte de su madre, cuando tenía doce años, hasta el día que le dije que quería casarme con él. Que no le gustaba que los demás dejaran los tarros destapados y las tapas por ahí, ni los cajones abiertos. Que se duchaba al menos dos veces al día, y que se cortaba las uñas varias veces por semana. Que siempre llevaba pañuelos de papel en el bolsillo. Que podía inmovilizarme con una mano. Que casi nunca sonreía, ni reía. Cuando me despertaba lo encontraba a mi lado, contemplándome.

Dejaba que me fotografiara. Dejaba que me mirara en la bañera, en el váter, poniéndome el maquillaje. Dejaba que me atara. Al final tenía la impresión de que me habían vuelto del revés y dejado a la vista todo mi paisaje interno privado, todo lo que hasta entonces había sido únicamente mío. Creo que era muy feliz; pero, sí

aquello era la felicidad, hasta entonces nunca había sido feliz.

* * *

El jueves, cuatro días después de que Adam me pidiera que me casara con él y tres días después de ir al juzgado de paz a presentar las amonestaciones, los formularios y las tasas, Clive me llamó a la oficina. No lo había visto ni había hablado con él desde el día de la bolera, el día que dejé a Jake. Estuvo educado y algo frío, pero me preguntó si Adam y yo queríamos ir a la fiesta de cumpleaños de Gail. Se celebraba el día siguiente, viernes, a las nueve; habría cena y baile.

Vacilé un poco.

—¿Irá Jake?

—Sí, claro.

—¿Y Pauline?

—Sí.

—¿Saben que me has invitado?

—No te habría llamado sin comentárselo a ellos antes.

Inspiré hondo.

—Dame la dirección.

No creía que Adam quisiera ir, pero me llevé una sorpresa.

—Claro que sí. Para ti es importante —dijo con tono despreocupado.

Me puse el vestido que me había comprado Adam, de terciopelo marrón oscuro, con las mangas largas, el cuello escotado y la falda amplia y al bias. Era la primera vez que me arreglaba desde hacía varias semanas. Me di cuenta de que desde que vivía con Adam le prestaba muy poca atención a la ropa que me ponía y a mi aspecto. Estaba más delgada que antes, y pálida. Me hacía falta un corte de pelo, y tenía ojeras. Sin embargo, aquella noche, al mirarme en el espejo antes de salir, me encontré guapa, aunque diferente. O quizá estuviera enferma, o loca.

* * *

El piso de Gail estaba en una casa enorme y desvencijada de Finsbury Park. Cuando llegamos allí, vimos todas las ventanas iluminadas. Ya desde la calle se oían la música y las risas, y se veían siluetas a través de las ventanas. Me aferré al brazo de Adam.

—¿Crees que es una buena idea? Quizá no deberíamos haber venido.

—Entremos un rato. Ves a quien tengas que ver, y luego nos vamos a cenar.

Gail nos abrió la puerta.

—¡Alice!

Me besó con entusiasmo en ambas mejillas, como si fuéramos viejas amigas, y luego miró inquisitivamente a Adam, esperando a que se lo presentara, como si no tuviera ni idea de quién era.

—Adam, te presento a Gail. Gail, éste es Adam.

Adam no dijo nada, pero le cogió la mano y la sostuvo un momento. Ella lo miró, y dijo:

—Sylvie tenía razón.

Soltó una risita tonta. Comprendí que ya debía de estar bastante borracha.

—Felicidades, Gail —dije fríamente, y ella volvió a mirarme a mí.

El salón rebosaba de gente con copas de vino y latas de cerveza. Había un grupo de músicos con sus instrumentos en un rincón, pero no estaban tocando. La música que sonaba era la del equipo de música. Cogí dos copas de la mesa y serví un poco de vino para Adam y para mí; luego miré alrededor. Vi a Jake de pie junto a una ventana, hablando con una mujer alta que llevaba una falda de piel increíblemente corta. No me había visto entrar, o fingía que no me había visto.

—Alice.

Me di la vuelta.

—Hola, Pauline. Me alegro de verte.

La besé en la mejilla, pero ella no me devolvió el beso. Le presenté a Adam, con cierta torpeza.

—Ya me lo imaginaba —dijo ella.

Adam la cogió por el codo y dijo, con una voz clara y convincente:

—Pauline, la vida es demasiado corta para perder a un amigo.

Ella pareció desconcertada, pero al menos no se quedó sin habla. Me alejé de ellos y fui hacia donde estaba Jake. Tenía que hacerlo. Jake ya me había visto. Seguía hablando con aquella mujer, pero miraba hacia mí de vez en cuando.

—Hola, Jake —dije cuando llegué a su lado.

—Hola, Alice.

—¿Recibiste mi carta?

La mujer se dio la vuelta y nos dejó solos. Jake me sonrió y dijo:

—Dios mío, no podía sacármela de encima. No es fácil volver a ser soltero. Sí, recibí tu carta. Al menos no decías que esperabas que pudiéramos seguir siendo amigos.

Vi a Adam hablando con Sylvie y con Clive, en el otro extremo del salón. Pauline seguía a su lado, y él aún le sujetaba el brazo. Me di cuenta de que todas las mujeres lo miraban, de que intentaban acercarse a él, y sentí celos. Pero entonces él levantó la cabeza, nuestras miradas se encontraron, y Adam esbozó una graciosa sonrisa.

A Jake no se le escapó aquella mirada.

—Ahora entiendo por qué de pronto te interesaban tanto los libros de alpinismo

—comentó con una sonrisa amarga. No dije nada—. Me siento tan estúpido... Lo tenía delante de mis narices y no me daba cuenta de nada. Ah, y felicidades.

—¿Qué?

—¿Qué día es la boda?

—Ah. Dentro de un par de semanas. —Jake hizo una mueca de dolor—. Sí, bueno... ¿Para qué esperar más? —Me interrumpí. Mi voz sonaba demasiado alegre—. ¿Estás bien, Jake?

Vi que Adam hablaba con Sylvie. Él estaba de espaldas a mí, pero ella lo miraba fijamente, embelesada, con una expresión que yo conocía demasiado bien.

—Eso ya no tiene que preocuparte —repuso Jake, con voz ligeramente temblorosa—. ¿Te importa decirme una cosa?

Vi que se le habían llenado los ojos de lágrimas. Era como si, al salir yo de su vida, hubiera aparecido un nuevo Jake, uno que había perdido su apacible jovialidad y su ironía; uno que lloraba fácilmente.

—¿Qué?

Caí en la cuenta de que Jake estaba un poco borracho. Se me acercó un poco más, hasta que noté su aliento en la mejilla.

—De no haber sido por él, ¿habrías seguido conmigo y...?

—Tenemos que irnos, Alice.

Adam se acercó a mí por detrás, me rodeó la cintura con el brazo y apoyó la cabeza sobre mi cabello. Me sujetaba tan fuerte que yo apenas podía respirar.

—Adam, te presento a Jake.

No se dijeron nada. Adam me soltó y le tendió la mano. Al principio Jake no se movió; luego, un tanto confundido, le dio la mano. Adam asintió con la cabeza. De hombre a hombre. Me dieron ganas de reír, pero me contuve.

—Adiós, Jake —dije.

Estuve a punto de darle un beso en la mejilla, pero Adam tiró de mí.

—Vamos, cariño —dijo, arrastrándome hacia la puerta. Le dije adiós con la mano a Pauline y nos marchamos.

En la calle, Adam se detuvo y me hizo mirarlo.

—¿Estás satisfecha? —me preguntó, y me besó con furia.

Metí los brazos bajo su chaqueta y su camisa y me abracé a él. Cuando me aparté, vi a Jake, que seguía junto a la ventana, mirando hacia la calle. Nuestras miradas se encontraron, pero no hicimos ningún gesto.

Intenté que la pregunta sonara despreocupada, aunque llevaba varios días dándole vueltas y buscando la fórmula más adecuada. Era más de medianoche, y estábamos en la cama, agotados, enroscados en la oscuridad; me pareció que era el momento idóneo.

—Tu amigo Klaus... —dije—. El que escribió ese libro sobre lo que ocurrió en el Chunga... Chunga... Nunca me acuerdo de ese nombre.

—Chungawat —dijo Adam.

No dijo nada más. Tendría que seguir dándole pie.

—Me dijo que estabas enfadado con él por haber escrito el libro.

—No me digas.

—¿Es verdad? No entiendo por qué. Deborah me contó lo que hiciste, que te portaste como un héroe.

Adam suspiró y dijo:

—No, no me porté como un héroe. —Hizo una pausa—. No tuvo nada que ver con el heroísmo. La mayoría de aquellas personas no deberían haber estado allí. Yo... —Volvió a intentarlo—. A esa altitud, en esas condiciones, la mayoría de la gente, aunque esté en buena forma y tenga experiencia en otras circunstancias, no puede sobrevivir sin ayuda si las cosas empiezan a salir mal.

—Y eso ¿es culpa tuya, Adam?

—Greg no debió organizar aquella expedición, y yo no debí acompañarlo. Los demás no debieron pensar que había una forma fácil de escalar una montaña como ésta.

—Deborah me dijo que Greg había ideado un plan infalible para subirlos a la cima.

—Ésa era la idea. Pero hubo una tormenta, y Greg y Claude se pusieron enfermos, y el plan no funcionó.

—¿Por qué?

Adam adoptó un tono de voz irritado. Le molestaba que insistiera en aquel tema, pero yo no pensaba ceder.

—No formábamos un equipo. Sólo uno de los clientes había estado antes en el Himalaya. No podían comunicarse entre ellos. Mira, había un alemán, Tomas, que no hablaba ni una palabra de inglés.

—¿Ni siquiera sientes curiosidad por saber lo que Klaus dice en su libro?

—Ya sé lo que dice.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo un ejemplar.

—¿Qué? ¿Lo has leído?

—Lo he hojeado —respondió él, casi con desprecio.

—Creía que ese libro todavía no se había publicado.

—No se ha publicado. Klaus me envió uno de esos borradores... ¿Cómo se llaman?

—Una prueba de imprenta. ¿Lo tienes aquí?

—Debe de andar por ahí, en alguna bolsa.

Le besé el pecho y fui bajando por su vientre, y más abajo, hasta que noté mi sabor en su piel.

—Quiero leerlo. No te importa, ¿verdad?

* * *

Me prometí a mí misma no comparar nunca a Adam con Jake. Como estrategia para tratar de ser justa con Jake era bastante endeble. Pero a veces no podía evitarlo. Jake nunca hacía nada por las buenas, nunca desaparecía sin más. Era demasiado considerado y atento. Me pedía permiso, o me informaba, o lo planeaba de antemano, y casi siempre me preguntaba si quería ir con él, o qué planes tenía yo. Adam era completamente diferente. Pasaba la mayor parte del tiempo totalmente concentrado en mí, acariciándome, besándome, haciéndome el amor o sólo mirándome. Otras veces organizaba con precisión dónde y cuándo volveríamos a encontrarnos, se ponía una chaqueta y se marchaba.

Al día siguiente, Adam estaba en la puerta, a punto de salir, cuando de pronto me acordé:

—El libro de Klaus —dije. Él frunció el entrecejo—. Me lo prometiste.

Adam no dijo nada, pero fue a un cuarto que no utilizábamos y lo oí rebuscar. Salió con un libro con la cubierta blanda, de color azul. Lo tiró sobre el sofá, a mi lado. Miré la cubierta: *La cresta de los suspiros*, Klaus Smith.

—Es una versión muy personal —dijo—. Nos vemos en el Pelican a las siete.

Y se marchó. Lo oí bajar la escalera. Fui a la ventana, como hacía siempre cuando Adam salía de casa, y lo vi aparecer y cruzar la acera. Se detuvo y miró hacia arriba. Le lancé un beso, y él sonrió y se alejó. Volví al sofá. Supongo que la idea que tenía era leer, preparar café, darme un baño; pero no me moví del sitio durante tres horas. Al principio me salté varias páginas, buscando su hermoso nombre hasta que lo encontré, y luego buscando las fotografías, que no encontré porque sólo saldrían en la versión definitiva del libro. Entonces volví al principio, a la primera página.

El libro estaba dedicado a los miembros de la expedición al Chungawat de 1997. Bajo la dedicatoria había una cita de un viejo libro de alpinismo de los años treinta:

Detengámonos un momento, nosotros que vivimos donde el aire es respirable y donde la mente se mantiene despejada, antes de juzgar a los hombres que se aventuran a entrar en ese paraíso, ese reino de espejos que es el techo del mundo.

Sonó el teléfono, y me quedé escuchando el silencio antes de colgar. A veces creía reconocer aquella respiración; tenía la impresión de que conocía a la persona que estaba al otro lado. Una vez dije «¿Jake?», para ver si había respuesta, algún cambio en el ritmo de la respiración. Pero en esta ocasión no me entretuve mucho, porque quería seguir leyendo *La cresta de los suspiros*.

El libro empezaba más de veinticinco millones de años atrás, cuando la cordillera del Himalaya («más joven que la selva brasileña») surgió por plegamiento debido a la deriva hacia el norte del subcontinente indio. Luego daba un salto en el tiempo hasta una catastrófica expedición británica al Chungawat, poco después de la Primera Guerra Mundial. El ataque a la cima se vio bruscamente interrumpido cuando un comandante del ejército británico resbaló y arrastró con él a tres compañeros; cayeron desde una altura de unos tres mil metros, de modo que, como observaba Klaus fríamente, pasaron del Nepal a la China.

Leí deprisa un par de capítulos en los que se describían las primeras expediciones al Chungawat, de los años cincuenta y sesenta; más adelante lo escalaron por diversas rutas y empleando diferentes métodos de alpinismo, considerados más puros, más difíciles o más bonitos. Aquello no me interesó mucho, salvo una cita de un «alpinista anónimo norteamericano de los años sesenta»:

Una montaña es como una mujer. Primero uno quiere acostarse con ella, luego quiere follar con ella de diferentes maneras, y luego pasa a otra. A principios de los años setenta, al Chungawat le habían hecho de todo, y ya no le interesaba a nadie.

Por lo visto, el Chungawat no presentaba desafíos técnicos suficientemente interesantes para los alpinistas de élite, pero era una montaña muy bonita; se habían escrito poemas sobre ella, y un libro de viajes, y eso fue lo que, a principios de los noventa, le dio la gran idea a Greg McLaughlin. Klaus describía una charla con Greg en un bar de Seattle, en la que éste le había hablado con entusiasmo de organizar viajes a más de ocho mil metros. Los clientes pagarían treinta mil dólares, y Greg y un par de expertos más los conducirían hasta la cima de una de las montañas más altas del Himalaya, desde donde podían contemplarse tres países. Greg creía que se iba a convertir en el Thomas Cook del Himalaya, y había hecho planes con ese fin. La idea era que cada guía tendiera una serie de cuerdas, fijadas a la superficie con pitones, a las que los escaladores irían atados mediante mosquetones. Las cuerdas los guiarían por una ruta segura de un campamento a otro. Cada guía sería el responsable

de una de las cuerdas, que se distinguirían por su color, y todo se reduciría a asegurarse de que los clientes llevaban el material adecuado y de que iban bien atados a la cuerda. «El único peligro —le había explicado a Klaus— es morirse de aburrimiento». Klaus y Greg eran viejos amigos, y éste le pidió que lo acompañara en la primera expedición y lo ayudara con la organización a cambio de un descuento. Klaus explicaba sin tapujos sus motivaciones. Tuvo sus dudas desde el principio, pues detestaba la idea de convertir el alpinismo en una actividad turística, y sin embargo aceptó porque nunca había estado en el Himalaya y quería ir.

Klaus también tenía prejuicios respecto a sus compañeros de viaje, entre los que había un agente de bolsa de Wall Street y una cirujana plástica californiana. Pero había una persona acerca de la que no tenía ninguna reserva. Cuando mencionaba a Adam por primera vez sentí una sacudida:

La perla de la expedición era el segundo guía de Greg, Adam Tallis, un inglés taciturno, larguirucho y atractivo. Tallis, de treinta años, ya se había convertido en uno de los mejores alpinistas de la generación más joven. Y lo más importante para mi tranquilidad: tenía una gran experiencia en las cordilleras del Himalaya y el Karakorum. Adam, viejo amigo mío, no es muy dado a las charlas superfluas, pero evidentemente compartía mis dudas respecto al planteamiento de la expedición. La diferencia era que, si las cosas salían mal, los guías tendrían que arriesgar la vida.

Volví a sentir una sacudida cuando Klaus describía cómo Adam había propuesto que su exnovia, Françoise Colet, que estaba deseando ir al Himalaya, ocupara el puesto de médico de la expedición. Greg se mostraba reacio, pero accedió a incluirla como cliente con un gran descuento.

Había demasiados detalles (para mí) sobre burocracia, patrocinadores, rivalidad con otros alpinistas, el tramo inicial en Nepal por las estribaciones... y entonces, como una revelación, la primera imagen del Chungawat con su destacada cresta Géminis, que descendía desde el paso que había justo debajo de la cima y que la divide en dos: una vertiente conduce a un precipicio (por el que habían caído el comandante inglés y sus compañeros) y la otra desciende suavemente por la ladera. Me parecía verlo mientras leía, me parecía experimentar la intensidad de la luz y cómo el aire se enrarecía. Al principio hubo elementos de buen humor, brindis y oraciones a los dioses del lugar. Klaus describía una escena de sexo en una de las tiendas, lo cual impresionó mucho a los *sherpas*, pero omitía discretamente los nombres de los implicados. Me pregunté si sería Adam el que se había metido en el saco de dormir con la chica, quienquiera que fuera (seguramente la cirujana plástica, Carrie Frank, pensé). Yo había llegado a la conclusión de que Adam se había acostado con todas las mujeres que se habían cruzado en su camino, casi por norma. Deborah, por ejemplo, la médica alpinista del Soho. Intuía, por su mirada, que había

habido algo entre ellos dos.

A medida que la expedición ascendía por la montaña, estableciendo campamentos, el libro dejaba casi de ser un relato y se convertía en un sueño febril, una alucinación que yo compartía mediante la lectura. Los miembros del grupo sufrían dolor de cabeza, no podían comer, tenían retortijones en el estómago, incluso disentería. Se peleaban y discutían. A Greg McLaughlin lo distraían los asuntos administrativos; estaba dividido entre sus preocupaciones como guía y sus responsabilidades como operador turístico. A más de ocho mil metros, todo se reducía y se ralentizaba. Prácticamente no había escalada, pero hasta las pendientes más suaves exigían un esfuerzo físico enorme. Los miembros de mayor edad del grupo retrasaban a los demás, lo cual provocaba tensiones. Entretanto, a Greg lo atormentaba la necesidad de conseguir que todo el mundo llegara a la cima, de demostrar que aquella forma de turismo podía funcionar. Klaus afirmaba que Greg estaba obsesionado y que farfullaba incoherentemente sobre la necesidad de apresurarse, de llegar a la cima aprovechando el buen tiempo de finales de mayo, antes de que con el mes de junio llegaran las tormentas y el desastre. Entonces, en el último campamento antes de llegar a la cima, un día encapotado, Klaus oyó discutir a Greg, Adam y Claude Bresson. Aquel día el tiempo aguantó, y antes del amanecer el grupo empezó a ascender la cresta Géminis por una cuerda fija que habían preparado Greg y dos de los *sherpas*. Ya lo habían conseguido; como dijo el propio Greg, era tan sencillo que habrían podido hacerlo unos niños de párvulos. Las cuerdas fijas de Greg eran rojas; las de Claude, azules; las de Adam, amarillas. A cada cliente se le asignó un color, y se les indicó que siguieran la cuerda. Cuando ya habían superado la cresta y sólo les faltaban cincuenta metros (verticales) para alcanzar la cima, Klaus, que iba en la retaguardia con Claude, vio unas nubes amenazadoras que se aproximaban por el norte. Se lo comentó a Claude, que no le respondió. Analizándolo retrospectivamente, Klaus no sabía si Claude estaba decidido a llegar a la cima como fuera, si ya se encontraba enfermo o si, sencillamente, no lo había oído. Siguieron ascendiendo y, quizá media hora más tarde, el tiempo cambió y todo se volvió oscuro.

El resto del libro era puro delirio, pues Klaus describía el desastre tal como él (enfermo, desorientado, aterrado) lo había experimentado. No veía ni oía nada; de vez en cuando unas siluetas surgían de la ventisca y volvían a desaparecer en ella. Los alpinistas habían cruzado el paso hacia donde Claude, supuestamente, había tendido la cuerda azul que los conduciría hasta la cima, pero entonces nadie veía más allá de unos pasos ni oía nada a menos que se lo gritaran en la oreja. La única figura que surgía con claridad del caos, como una figura en medio de una tempestad iluminada por los destellos de los rayos, era Adam. Salía descendiendo de la tormenta, desaparecía, volvía a aparecer. Estaba en todas partes, manteniendo la comunicación, guiando a los dos grupos de clientes hasta un lugar que ofrecía cierto refugio en el paso. El objetivo prioritario era salvar a Greg y a Claude, que se hallaba gravemente enfermo. Con ayuda de Klaus, llevaron a Claude siguiendo la cuerda hasta el

campamento más elevado. Entonces Klaus volvió a subir con Adam y le ayudó a bajar a Greg.

Después de eso, Klaus, aturdido por la fatiga, el frío y la sed, se derrumbó en su tienda, inconsciente. Adam subió de nuevo por la cresta para recoger a los clientes, prácticamente indefensos. Llevó al primer grupo, compuesto por Françoise y otras cuatro personas, hasta el principio de la cuerda fija: tendrían que bajar a tuestas hasta el campamento. Adam los dejó allí y fue a buscar al segundo grupo; pero, cuando iba a bajarlos, vio que la cuerda fija había desaparecido: el viento se la había llevado. Empezaba a oscurecer, y la temperatura había descendido a 45 bajo cero. Adam llevó al segundo grupo hasta el paso. Entonces bajó por la cresta él solo, sin cuerda, para buscar su cuerda y pedir ayuda, si es que la había. Greg, Claude y Klaus estaban inconscientes, y no había ni rastro del primer grupo.

A continuación Adam volvió a subir por la cresta, tendió la cuerda amarilla y bajó al segundo grupo. Había personas que necesitaban atención médica; cuando se la hubo dispensado, Adam volvió a subir, solo en la oscuridad, para buscar al último grupo, que se había perdido. La situación era desesperada. Más tarde, aquella noche, Klaus se despertó y, delirante, supuso que Adam también se había extraviado, pero entonces lo vio entrar en la tienda y desplomarse.

Al primer grupo lo encontraron al día siguiente. Lo que ocurrió fue un error trágicamente simple. A oscuras, aturdidos por la nieve y el ruido, y después de que el viento hubo soltado y lanzado al vacío la cuerda fija, bajaron por el lado equivocado de la cresta Géminis, y llegaron a otra cresta desprotegida, con violentas pendientes a ambos lados. Los cadáveres de Françoise Colet y de otro cliente norteamericano, Alexis Hartounian, nunca aparecieron. Debieron de caer por el precipicio, quizá mientras luchaban para subir de nuevo por la cresta o avanzar hacia el campamento que creían tener delante. Los otros se apiñaron en medio de la tormenta y la oscuridad, y murieron lentamente. A la mañana siguiente los *sherpas* los encontraron. «Todos muertos —escribió Klaus con dolor, el dolor de un hombre que dormía mientras se producía la catástrofe—, salvo uno: otro norteamericano, Pete Papworth, que murmuraba una única palabra: “Help”, una y otra vez. Pedía ayuda cuando nadie podía ofrecérsela.»

Leí las últimas páginas como aturdida, con la respiración alterada, y luego me quedé tumbada en el sofá, y debí de pasarme horas durmiendo.

Cuando me desperté, casi no me quedaba tiempo. Me duché y me puse un vestido. Fui en taxi al Pelican, en Holland Park, aunque habría llegado antes si hubiera ido andando; pero mi estado de ánimo me habría impedido encontrar el camino. Pagué al taxista y entré en el local. Sólo había un par de mesas ocupadas. En un rincón estaba Adam, con un hombre y una mujer a los que no reconocí. Fui directamente hacia allí, y ellos se volvieron, sorprendidos.

—Perdonad —les dije a los otros—. Adam, ¿puedes salir un momento, por favor? Adam me miró con recelo.

—¿Qué pasa?

—Ven un momento. Es muy importante. Será sólo un segundo.

Adam se encogió de hombros y se disculpó ante la pareja. Lo cogí de la mano y lo llevé afuera. En cuanto perdimos de vista a la pareja, me volví hacia él y le cogí la cara con las manos para poder mirarlo directamente a los ojos.

—He leído el libro de Klaus —dije. Su rostro expresó una súbita alarma—. Te quiero, Adam. Te quiero con toda mi alma.

Rompí a llorar, y no veía nada, pero noté sus brazos alrededor de mi cuerpo.

—La señora tiene los pies estrechos, señor Tallis.

Me sujetaba el pie como si fuera un trozo de arcilla, dándole vueltas con sus delgadas manos.

—Sí, bueno, quiero que le sujeten bien el tobillo, para que no le salgan ampollas, ¿de acuerdo?

Nunca había entrado en una de aquellas tiendas, aunque las había visto y me había asomado a sus lujosas y débilmente iluminadas profundidades. No me estaba probando unos zapatos, sino que me tomaban medidas para hacérmelos. Mi calcetín, de color violeta y gastado, parecía un guiñapo en aquel entorno.

—Y el empeine es alto.

—Sí, ya me he fijado.

Adam me sujetó el otro pie y lo examinó. Me sentía como un caballo al que están herrando.

—¿En qué tipo de bota había pensado?

—Verá, como yo nunca he...

—De senderismo, sencilla. Bastante alta, para sujetar el tobillo. Y ligera — contestó Adam con firmeza.

—¿Como las que hice para...?

—Sí.

—Las que hizo ¿para quién? —pregunté.

Ambos hicieron caso omiso de mi pregunta. Retiré los pies de sus manos y me levanté.

—Las necesito para el viernes que viene —dijo Adam.

—El viernes que viene es la boda.

—Por eso las necesito para el viernes —dijo él, como si fuera obvio—. Así podremos ir a pasear el fin de semana.

—Ah —dije.

Yo me había imaginado una luna de miel de dos días en la cama, con champán y salmón ahumado, y baños calientes entre polvo y polvo.

Adam me miró y dijo:

—El domingo voy a hacer una demostración de alpinismo en Lake District —me explicó brevemente—. Puedes venir conmigo.

—Ah, muy conyugal —comenté—. Y yo ¿no tengo ni voz ni voto en todo esto?

—Vamos. Tenemos prisa.

—¿Adónde vamos ahora?

—Ya te lo explicaré en el coche.

—¿En qué coche?

Era como si viviera a base de trueques. El piso donde vivía era de un amigo suyo. El coche aparcado en la calle pertenecía a un compañero de expediciones. Todo su material estaba repartido por los desvanes de varios colegas. Yo no entendía cómo podía saber dónde tenía las cosas. Cuando necesitaba trabajo, corría la voz. Siempre había alguien dispuesto a hacerle un favor para agradecerle algo que Adam había hecho en tal o cual montaña. Había evitado que a alguien se le congelara un pie, había guiado a los demás por un tramo difícil, había impuesto su serenidad en un momento de tensión, había sabido actuar durante una tormenta, había salvado una vida.

Yo intentaba no verlo como un héroe. No quería estar casada con un héroe. Esa idea me asustaba, me excitaba y marcaba una sutil y erótica distancia entre nosotros. Sabía que lo miraba de otra forma después de leer el libro. Su cuerpo, que hasta veinticuatro horas atrás era para mí únicamente el cuerpo que me proporcionaba placer, se había convertido en el cuerpo capaz de soportar lo que nadie más podía soportar. Su belleza, que me había seducido, adquiría ahora connotaciones milagrosas. Había escalado con un frío de mil demonios, con un aire irrespirable, azotado por el viento y el dolor, y sin embargo no parecía afectado por ello. Ahora que lo sabía, veía aquella carga de valor temerario y sereno en todo lo que Adam hacía.

Cuando me miraba con aire pensativo, o cuando me tocaba, yo no podía evitar pensar que era el objeto de deseo que él tenía que conquistar y por el que tenía que arriesgarse. Y quería que me conquistara. Quería que me atacara y me venciera. Me gustaba que me hiciera daño, y me gustaba defenderme para luego rendirme. Pero ¿y después, cuando ya me hubiera dominado y exhibido como trofeo? ¿Qué sería de mí entonces? Mientras caminábamos por la nieve medio derretida hacia el coche prestado, a sólo seis días de nuestra boda, me preguntaba cómo podría vivir sin la obsesión de Adam.

—Es éste.

Era un Rover negro muy viejo, con asientos de cuero mullidos y un precioso salpicadero de nogal. Olía a tabaco. Adam me abrió la puerta, y luego se sentó al volante como si el coche fuera suyo. Puso el motor en marcha y se sumergió en el tráfico del sábado por la mañana.

—¿Adónde vamos?

—Cerca de Sheffield, en Peak District.

—¿Qué es esto? ¿Un viaje sorpresa?

—Vamos a ver a mi padre.

* * *

La casa era impresionante, aunque un tanto lóbrega, y se erigía en un terreno llano, expuesta a los vientos por los cuatro costados. Supongo que era bonita en su originalidad, pero aquel día yo no necesitaba austeridad, sino comodidad. Adam aparcó a un lado de la casa, junto a unos destartalados cobertizos. Unos enormes y livianos copos de nieve caían lentamente del cielo. Me imaginé que en cualquier momento saldría un perro corriendo y ladrándonos, o que un criado anticuado nos recibiría en la puerta. Pero nadie nos saludó, y tuve la inquietante sensación de que allí no había nadie.

—¿Sabía tu padre que íbamos a venir? —pregunté.

—No.

—¿Sabe lo nuestro, Adam?

—No. Por eso hemos venido.

Fue hacia la puerta de la casa, llamó y luego la abrió.

Dentro hacía mucho frío y estaba muy oscuro. El recibidor era un cuadrado frío con suelo de madera, y con un reloj de pie en un rincón. Adam me cogió por el codo y me condujo a un salón lleno de butacas y sofás viejos. Al fondo de la habitación había una enorme chimenea, pero daba la impresión de que hacía años que no se utilizaba. Me ceñí el abrigo. Adam se quitó la bufanda y me la puso al cuello.

—No nos quedaremos mucho rato, cariño —me tranquilizó.

La cocina, con sus frías baldosas y sus revestimientos de madera, también estaba vacía, aunque en la mesa había un plato con migas y un cuchillo. El comedor ofrecía el aspecto de esas habitaciones que sólo se utilizan una vez al año. En la mesa, redonda y brillante, había velas nuevas, y también en el austero aparador de caoba.

—¿Te criaste en esta casa? —pregunté, porque no podía imaginarme que alguna vez hubiera habido niños jugando por allí.

Adam asintió con la cabeza y señaló una fotografía en blanco y negro que había en la repisa de la chimenea. Un hombre vestido de uniforme, una mujer y, entre ellos, un niño posando delante de la casa. Los tres tenían un aire muy serio y formal. Los padres parecían mayores de lo que yo me había imaginado.

—¿Eres tú? —Cogí la fotografía y la acerqué a la luz para verla mejor. Adam debía de contar unos nueve años; tenía el cabello oscuro y el entrecejo fruncido. La madre apoyaba las manos en sus hombros—. Estás igual, Adam. Te habría reconocido en cualquier sitio. Qué guapa era tu madre.

—Sí, era muy guapa.

Arriba, en las habitaciones, todas las camas eran individuales y estaban hechas, y en las repisas de todas las ventanas había ramos de flores secas.

—¿Cuál era tu habitación? —le pregunté a Adam.

—Ésta.

Eché un vistazo a las blancas paredes, el edredón amarillo, el armario vacío, el insulso cuadro de un paisaje, el pequeño espejo.

—Pero si aquí no hay rastro de ti —observé. Adam parecía cada vez más

impaciente—. ¿Cuándo te marchaste?

—¿Definitivamente? Creo que a los quince, pero cuando tenía seis años me enviaron a un internado.

—¿Adónde fuiste cuando tenías quince años?

—Estuve en varios sitios.

Yo estaba empezando a entender que las preguntas directas no eran un buen método para obtener información de Adam.

Entramos en otra habitación, la de su madre. Había un retrato suyo colgado en la pared y, junto a las flores secas, unos guantes de seda doblados, lo cual me pareció un detalle extraño.

—¿La quería mucho tu padre? —pregunté.

Adam me miró de forma extraña y contestó:

—No, creo que no. Mira, ahí está.

Me acerqué a la ventana. Un hombre muy mayor cruzaba el jardín en dirección a la casa. Tenía el blanco cabello y los hombros salpicados de nieve. No llevaba abrigo. Era tan delgado que casi parecía transparente, pero caminaba bastante erguido. Aferraba un bastón, pero lo utilizaba para ahuyentar a las ardillas que trepaban por las viejas hayas.

—¿Cuántos años tiene tu padre, Adam? —pregunté.

—Unos ochenta. Yo nací cuando mis padres ya no esperaban tener más hijos. La menor de mis hermanas tenía dieciséis años.

* * *

El padre de Adam (me dijo que lo llamara coronel Tallis) me pareció asombrosamente anciano. Tenía la piel blanca y apergaminada, y manchas de vejez en las manos. Los ojos eran azules, como los de Adam, pero un tanto turbios. Estaba delgadísimo, y los pantalones le hacían unas bolsas enormes. No pareció muy sorprendido de vernos.

—Te presento a Alice —le dijo Adam—. Me caso con ella el viernes que viene.

—Buenas tardes, Alice —dijo el coronel—. Conque rubia, ¿eh? Así que te vas a casar con mi hijo. —Me miró con un aire casi rencoroso. Luego miró a Adam y dijo—. En ese caso, sírveme un *whisky*.

Adam salió de la habitación. Yo no sabía de qué hablar con aquel anciano, y él no mostraba excesivo interés en hablar conmigo.

—Ayer maté tres ardillas —declaró de pronto, tras un largo silencio—. Con trampas, ¿sabes?

—Ah.

—Sí, las alimañas. Pero siguen viniendo. Como los conejos. Maté seis.

Adam regresó con tres vasos de *whisky*. Le dio uno a su padre y otro a mí.

—Bébetelo y nos iremos —me dijo.

Bebí. No sabía qué hora era, pero fuera empezaba a oscurecer. No sabía qué hacíamos allí, y quizá habría preferido no haber ido, aunque ahora tenía una nueva y vivida imagen de Adam cuando era niño: solitario, con unos padres ancianos, huérfano de madre a los doce años, viviendo en una casa enorme y fría. ¿Cómo debía de sentirse, creciendo solo con aquel padre? El *whisky* me quemaba la garganta y me calentaba el pecho. Estaba en ayunas, y evidentemente allí no iba a comer nada. Me di cuenta de que ni siquiera me había quitado el abrigo. Pero ahora ya no tenía mucho sentido hacerlo.

El coronel Tallis también se bebió su *whisky*, sentado en el sofá y sin decir nada. De repente echó la cabeza hacia atrás, separó ligeramente los labios, y emitió un potente ronquido. Le quité el vaso vacío de la mano y lo dejé en la mesita que había junto al sofá.

—Ven aquí —dijo Adam—. Ven conmigo.

Subimos otra vez por la escalera y entramos en un dormitorio. El antiguo dormitorio de Adam. Cerró la puerta y me tumbó en la estrecha cama. La cabeza me daba vueltas.

—Tú eres mi hogar —dijo con vehemencia—. ¿Lo entiendes? Mi único hogar. No te muevas. No te muevas ni un centímetro.

Cuando volvimos a bajar, el coronel se despertó un momento.

—¿Ya os vais? —nos preguntó. Y agregó—: Volved cuando queráis.

* * *

—Sírvene un poco más de pastel de carne, Adam.

—No, gracias.

—O un poco de ensalada. Come un poco de ensalada, por favor. Ya sé que he hecho demasiada. Nunca acierto la cantidad. Pero para eso están los congeladores.

—No, gracias, de verdad.

Mi madre estaba colorada por los nervios, y muy parlanchina. Mi padre, taciturno como siempre, apenas había abierto la boca. Sentado a la cabecera de la mesa, comía a su aire.

—¿Vino?

—No, gracias.

—A Alice, cuando era pequeña, le encantaba mi pastel de carne, ¿verdad, cariño?

La consumían los nervios. Le sonreí, pero no se me ocurrió nada que decir, porque yo, contrariamente a lo que le ocurre a ella, me quedo muda cuando estoy nerviosa.

—Ah, ¿sí? —De pronto, inesperadamente, el rostro de Adam se iluminó—. ¿Qué otras cosas le gustaban?

—Los merengues. —El rostro de mi madre se relajó, por el alivio que suponía haber encontrado un tema de conversación—. Y el cerdo asado, sobre todo la piel crujiente. Y mi pastel de moras y manzana. La tarta de plátano. Era muy flacucha, pero no te imaginas lo que podía llegar a comer.

—Es verdad —confirmé.

Adam me puso una mano sobre la rodilla. Noté que me ruborizaba. Mi padre tosió solemnemente y abrió la boca para decir algo. Adam deslizó la mano por debajo del dobladillo de mi falda y me acarició el muslo.

—Parece una decisión un tanto precipitada —declaró mi padre.

—Sí —coincidió rápidamente mi madre—. Estamos muy contentos, por descontado, y estoy segura de que Alice será feliz, y de todos modos es su vida, y puede hacer con ella lo que quiera, pero ¿por qué tanta prisa? Si estáis seguros el uno del otro, ¿por qué no esperar un poco, y entonces...?

Adam subió un poco más la mano, hasta tocarme el pubis con el pulgar. Yo me quedé inmóvil, con el corazón latiéndome violentamente.

—Nos casamos el viernes —dijo—. Es precipitado porque el amor es precipitado. —Miró a mi madre con una dulce sonrisa en los labios—. Ya sé que no es fácil acostumbrarse.

—¿Y no queréis que vayamos a la ceremonia? —dijo mi madre, con voz tensa.

—No es que no queramos que vengáis, mamá, pero...

—Dos testigos de la calle —dijo Adam fríamente—. Dos desconocidos; de ese modo todo quedará entre Alice y yo. Eso es lo que queremos. —Me miró a los ojos, y tuve la sensación de que me estaba desnudando delante de mis padres—. ¿No es así?

—Sí —contesté—. Así es, mamá.

* * *

En mi antiguo dormitorio, museo de mi infancia, Adam examinaba cada objeto como si fuera una pista. Mis diplomas de natación. Mi viejo osito de peluche, al que le faltaba una oreja. Mis viejos elepés. Mi raqueta de tenis, que seguía en un rincón de la habitación, junto a la papelera de mimbre que había hecho en el colegio. Mi colección de conchas. Mi muñeca de porcelana, regalo de mi abuela cuando tenía seis años. Un joyero con forro de seda rosa, donde sólo había un collar de cuentas. Pegó la cara contra mi viejo albornoz, que seguía colgado en la puerta. Desenrolló una fotografía escolar de 1977, y me localizó rápidamente, sonriendo con aire inseguro en la segunda hilera. Encontró la fotografía en que aparecíamos mi hermano y yo, con quince y catorce años respectivamente, y la examinó con gran atención, frunciendo el

entrecejo, mirándome a mí y luego otra vez la fotografía. Lo tocó todo, pasó los dedos por todas las superficies. Pasó los dedos por mi cara, explorando cada defecto y cada imperfección.

Paseamos por el río, caminando sobre el barro helado; nuestras manos se rozaban, y unas corrientes eléctricas me recorrían la columna, mientras el viento me azotaba la cara. Nos paramos los dos a la vez, y nos quedamos contemplando el agua marrón que fluía lentamente, llena de burbujas que destellaban, fragmentos de escombros y repentinos remolinos.

—Ahora eres mía —dijo—. Eres mi amor.

—Sí —dije yo—. Sí, soy tuya.

* * *

El domingo por la noche, cuando llegamos al apartamento, tarde y soñolientos, pisé algo en la estera al cruzar la puerta. Era un sobre marrón sin nombre ni dirección. «*Apartamento 3*», rezaba. Nuestro apartamento. Lo abrí y extraje una hoja de papel. El mensaje estaba escrito con rotulador negro:

SÉ DÓNDE VIVES

Le di la hoja a Adam. Él la miró e hizo una mueca de desprecio.

—Se ha cansado de llamar por teléfono —comenté.

Ya me había acostumbrado a aquellas silenciosas llamadas, que se repetían día y noche. Pero aquello parecía diferente.

—Alguien ha venido hasta nuestra puerta —dijo—. Alguien ha deslizado ese sobre por debajo de nuestra puerta.

Adam no parecía impresionado.

—Los agentes inmobiliarios también lo hacen, ¿no?

—¿No crees que deberíamos llamar a la policía? Es absurdo que no hagamos nada.

—¿Y qué vamos a decirles? ¿Que alguien sabe dónde vivimos?

—Supongo que se refiere a ti.

—Eso espero —dijo Adam adoptando una expresión seria.

Me tomé la semana libre. «Para preparar la boda», le dije a Mike sin precisar más, aunque no había nada que preparar, íbamos a casarnos por la mañana, en un ayuntamiento que parecía el palacio presidencial de un dictador estalinista. Yo me pondría el vestido de terciopelo que me había comprado Adam («sin nada debajo», me había ordenado), y pediríamos a dos desconocidos que pasaran por la calle que hicieran de testigos en la ceremonia. Por la tarde nos iríamos a Lake District. Adam dijo que quería llevarme a un sitio. Luego volveríamos a casa, y yo iría a trabajar. Tal vez.

—Te mereces unas vacaciones —dijo Mike con entusiasmo—. Últimamente has trabajado mucho.

Lo miré, sorprendida. La verdad es que no había pegado golpe.

—Sí —mentí—, necesito descansar.

Tenía que hacer unas cuantas cosas antes del viernes. La primera hacía tiempo que la estaba aplazando.

* * *

Había quedado con Jake en que él estaría allí el martes por la mañana, cuando yo fuera a recoger el resto de mis cosas con una furgoneta alquilada. No es que me interesara mucho recuperarlas, pero tampoco quería que se quedaran en nuestro antiguo piso, como si un día tuviera que regresar a aquella vida, volver a ponerme aquella ropa.

Jake me preparó una taza de café, pero se quedó en la cocina, inclinado con ostentación sobre una carpeta llena de papeles del trabajo, aunque estoy convencida de que no leyó ni una sola línea. Aquella mañana se había afeitado y se había puesto una camisa azul que yo le había regalado. Miré hacia otro lado, intentando no ver su rostro cansado, inteligente y conocido. ¿Cómo se me había ocurrido pensar que quizá fuera él quien hacía aquellas llamadas y enviaba aquellas notas anónimas? Todas mis descabelladas ideas se extinguieron, y me sentí sencillamente aburrida y un poco triste.

Fui todo lo eficiente que pude. Metí la ropa en bolsas de plástico, envolví la porcelana con hojas de periódico y la metí en las cajas de cartón que había llevado; quité libros de los estantes y luego disimulé los espacios vacíos que había dejado. Metí en la furgoneta la silla que utilizaba desde que era estudiante, mi viejo saco de

dormir y algunos CD.

—Dejo las plantas, si te parece bien —dije.

—Como quieras.

—Sí. Y si me dejo algo...

—Sé dónde vives —replicó él.

Nos quedamos callados. Me bebí el resto del café, que ya estaba frío, y entonces dije:

—Lo siento mucho, Jake. Es lo único que puedo decir.

Él me miró fijamente, y compuso una débil sonrisa.

—Ya lo superaré, Alice —dijo entonces—. Todavía estoy trastornado, pero ya lo superaré. ¿Y tú? ¿Estarás bien? —Se acercó a mi cara, hasta que ya no pude enfocar la suya.

—No lo sé —contesté, apartándome de él—. Es lo único que puedo hacer.

Había pensado ir a casa de mis padres y dejar allí todo lo que no necesitaba; pero, al igual que no quería que mis cosas me estuvieran esperando en el piso de Jake, tampoco quería que me esperaran en ningún otro sitio. Empezaba de cero. Tenía la vertiginosa sensación de que estaba borrando mi pasado. Me paré en la primera tienda Oxfam que vi y se lo di todo a la sorprendida dependienta: los libros, la ropa, la porcelana, los CD y hasta la silla.

También había quedado con Clive. Me había llamado a la oficina e insistía en que nos viéramos antes de la boda. Acordamos ir a comer el miércoles a una pequeña taberna de Clerkenwell. Nos besamos con torpeza en las mejillas, como un par de amables desconocidos; luego nos sentamos a una pequeña mesa junto a la chimenea y pedimos sopa de alcachofas con trozos de pan moreno y dos copas de vino tinto de la casa.

—¿Cómo está Gail? —pregunté.

—Supongo que bien. La verdad es que últimamente no la he visto mucho.

—¿Insinúas que lo vuestro ha terminado?

Clive sonrió con arrepentimiento, y volvió a ser el Clive a quien yo tan bien conocía, y que siempre me había hecho sentir un tanto incómoda.

—Sí, más o menos. Dios mío, Alice, ya sabes que soy un desastre con las mujeres. Me enamoro y, en cuanto la cosa se pone seria, me entra pánico.

—Pobre Gail.

—Pero no he venido para hablar de eso.

Con aire taciturno, Gail metió la cuchara en la sopa, densa y verde.

—Has venido para hablarme de Adam, ¿no?

—Exacto. —Bebió un poco de vino, volvió a remover la sopa, y entonces añadió—: Ahora que estoy aquí, no sé cómo decirlo. Esto no tiene nada que ver con Jake, ¿vale? Se trata de... Bueno, el otro día conocí a Adam, ya lo sabes, y sí, claro, él hacía que el resto de los hombres que había en la fiesta pareciéramos unos monigotes. Pero ¿estás segura de que sabes lo que haces, Alice?

—No, pero eso no importa.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no importa. —Me di cuenta de que, por primera vez desde que había conocido a Adam, me apetecía hablar sobre lo que sentía—. Mira, Clive, me he enamorado locamente de él. ¿Alguna vez te has sentido tan deseado que...?

—No.

—Fue como un terremoto.

—Antes te reías de mí cuando decía cosas así. Tú hablabas de «confianza» y «responsabilidad». Decías —prosiguió, señalándome con la cuchara— que sólo los hombres dicen cosas como «pasó lo que tenía que pasar» o «fue como un terremoto».

—¿Qué quieres que te diga?

Clive me miró con fría curiosidad.

—¿Cómo os conocisteis? —me preguntó.

—Nos cruzamos en la calle.

—¿Y ya está?

—Sí.

—¿Os visteis en la calle y os metisteis en la cama?

—Sí.

—Eso es simple lujuria, Alice. No puedes echar a perder toda tu vida por lujuria.

—Vete al cuerno, Clive. —Clive aceptó mi respuesta, así que continué—: Lo es todo para mí. Haría cualquier cosa por él. Es como un hechizo.

—¿Y te consideras científica?

—Soy científica.

—¿Por qué parece que estés a punto de llorar?

—Soy feliz —contesté con una sonrisa.

—No eres feliz —me contradijo Clive—. Estás trastornada.

* * *

También había quedado con Lily, aunque no sabía por qué. Me había dejado una nota en la oficina, dirigida simplemente a «*Alice*». Quizá no sabía mi apellido.

«*Necesito hablar contigo del hombre que me has robado* —rezaba la nota; no sé cómo no la tiré a la basura inmediatamente—. *Es urgente, y te ruego que no se lo digas a él*». Daba un número de teléfono.

Pensé en la nota que nos habían pasado por debajo de la puerta. El papel era diferente, la letra pequeña y pulida, como de colegiala. Completamente diferente, pero ¿qué quería decir eso? Cualquiera podía disimular su letra. Me di cuenta de que prefería que el autor fuera Lily a que fuera Jake. Debí enseñársela inmediatamente a Adam, pero no lo hice. Me convencí de que él ya tenía demasiadas preocupaciones.

El libro de Klaus iba a publicarse pronto. Dos periodistas habían llamado a Adam; querían conocer su versión de aquel «acto de heroísmo», y le habían hecho preguntas sobre Greg y su responsabilidad moral por la muerte de unos alpinistas aficionados a los que había llevado a la montaña y cuyas vidas no había podido salvar. Adam no estaba de acuerdo con el término «acto de heroísmo», y no quería hacer ningún comentario sobre el comportamiento de Greg. Pero muchas veces oía a Adam hablar de ello con Klaus. Klaus insistía en lo de la cuerda fija; decía que no quería criticar a Greg, pero ¿cómo había podido ser tan descuidado? Adam repetía una y otra vez que a más de ocho mil metros no se puede pedir a la gente que se responsabilice de sus actos.

—Eso nos puede pasar a todos —dijo.

—Pero a ti no te pasó —tercié, y Adam y Klaus me miraron, benévolo y con aires de superioridad.

—Porque yo tuve suerte —replicó Adam—, y Greg no.

No le creí. Y seguía teniendo la impresión de que allí arriba, en la montaña, había pasado algo que a mí se me escapaba. A veces, por la noche, me quedaba mirando a Adam mientras él dormía, con un brazo sobre mi muslo y el otro por encima de la cabeza, la boca ligeramente entreabierta y soplando cada vez que espiraba. ¿Qué sueños lo arrastraban a donde yo no podía seguirlo?

El caso es que decidí ver a Lily sin decírselo a Adam. Quizá sólo quería ver cómo era ella; quizá quería compararme con ella, o tener una imagen del pasado de Adam. La llamé por teléfono, y ella, hablando deprisa y en voz baja y ronca, me dijo que fuera a su apartamento, en Shepherd's Bush, el jueves por la mañana. El día antes de la boda.

Era muy guapa. Claro que era muy guapa. Rubia, alta, con piernas largas, de modelo. Tenía los ojos grises, enormes y separados en una cara pálida y triangular. Llevaba unos vaqueros gastados y, pese al mal tiempo, una camiseta diminuta que dejaba al descubierto un estómago liso y perfecto. Iba descalza, y vi que tenía los pies delgados.

En cuanto la vi lamenté haberme citado con ella. No nos estrechamos la mano, ni nada de eso. Lily me guió hasta su apartamento, en el sótano del edificio, y cuando abrió la puerta retrocedí, horrorizada. El apartamento, pequeño y mal ventilado, estaba hecho una pocilga. Había ropa tirada por todas partes, cuencos sucios amontonados en el fregadero y en la mesa de la cocina; en medio de la sala había un apestoso cajón de arena higiénica para gatos. Por todas partes se veían revistas esparcidas, o trozos de revistas. La cama, en un rincón del salón, era un revoltijo de sábanas sucias y periódicos viejos. Encima de la almohada había un plato con media tostada, y una botella mediada de *whisky*. En la pared había una enorme fotografía en blanco y negro de Adam, con expresión muy seria; al verla estuve a punto de marcharme de allí. Y entonces empecé a fijarme en otras cosas relacionadas con Adam. En la repisa de la chimenea había varias fotografías, recortadas de libros de

alpinismo, en las que aparecía él. Había un recorte amarillento de periódico adherido a la pared, con una fotografía de Adam. Junto a la cama había una de Lily con Adam; él la rodeaba con el brazo, y ella lo miraba embelesada. Cerré los ojos un momento y lamenté que no hubiera ningún sitio donde sentarse.

—Últimamente no he limpiado mucho —comentó Lily.

—Ya.

Nos quedamos de pie.

—Ésa era nuestra cama —dijo.

—Sí —dije. Tenía ganas de vomitar.

—No he cambiado las sábanas desde que él se marchó. Todavía conservan su olor.

—Mira —dije haciendo un esfuerzo, porque tenía la sensación de que había entrado en una pesadilla, y de que estaba atrapada en ella—, me dijiste que tenías que contarme algo urgentemente.

—Me lo robaste —continuó ella, como si yo no hubiera dicho nada—. Él era mío, y apareciste tú y me lo quitaste delante de mis narices.

—No —repuse—. No es verdad. Él me eligió. Nos elegimos mutuamente. Lo siento, Lily. No sabía nada de ti, pero de todos modos...

—Me has destrozado la vida sin pararte siquiera a pensar en mí —prosiguió, y echó un vistazo a su desastroso apartamento—. No te importé nada. —Bajó la voz y, con un tono horrorizado y lánguido, agregó—: Y ahora ¿qué? ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Oye, tengo que irme —dije—. Esto no nos va a ayudar ni a ti ni a mí.

—Mira —dijo Lily, y se quitó la camiseta. Se quedó allí plantada, pálida y delgada. Tenía los pechos pequeños, con grandes pezones marrones. No tuve más remedio que mirar.

Entonces Lily se dio la vuelta. Tenía la espalda cubierta de verdugones morados.

—Esto me lo hizo él —dijo, triunfante—. ¿Qué me dices ahora?

—Tengo que irme —insistí, pero me quedé clavada donde estaba.

—Para demostrarme lo mucho que me quería. Me puso su marca. ¿A ti también te lo ha hecho? ¿No? A mí me lo ha hecho porque le pertenezco. No puede deshacerse de mí así como así.

Fui hacia la puerta.

—Eso no es todo —añadió Lily.

—Nos casamos mañana. —Abrí la puerta.

—Eso no es todo lo que...

Se me ocurrió una cosa.

—¿Sabes dónde vive? —le pregunté.

Ella se mostró sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Adiós.

Cerré la puerta y subí la escalera a toda prisa. Hasta los gases de los tubos de escape olían a limpio al salir de aquel apartamento.

* * *

Nos bañamos juntos, y nos lavamos el uno al otro meticulosamente. Le enjaboné el cabello, y él a mí. La espuma flotaba sobre la superficie del agua, y el aire estaba perfumado y lleno de vapor. Lo afeité con cuidado. Él me cepilló el cabello, sujetándolo con una mano mientras deshacía los nudos con la otra, para no hacerme daño.

Nos secamos. El espejo se había empañado, pero Adam me dijo que aquella mañana no hacía falta que me mirara en el espejo; podía mirarme en sus ojos. No me dejó maquillarme. Me puse el vestido, sin ropa interior, y me calcé. Él se puso unos vaqueros y una camiseta negra de manga larga.

—¿Lista? —me preguntó.

—Lista —dije.

* * *

—Ahora eres mi mujer.

—Sí.

—¿Está bien así? No te resistas.

—Sí.

—¿Y así?

—No. Sí. Sí.

—¿Me quieres?

—Sí.

—¿Siempre?

—Siempre.

—Dime si quieres que pare.

—Sí. ¿Me quieres?

—Sí. Siempre.

—Dios mío, Adam, daría la vida por ti.

—¿Falta mucho?

Intenté hablar con voz firme, pero me salió entrecortada, y me dolió el pecho por el esfuerzo.

—Sólo unos doce kilómetros —contestó Adam volviéndose hacia mí—. Si pudieras andar un poco más deprisa llegaríamos antes de que empiece a oscurecer. — Me miró sin apasionamiento; luego se quitó la mochila, en la que llevaba mis cosas además de las suyas, y sacó un termo—. Bebe un poco de té y come un poco de chocolate —dijo.

—Gracias. Menuda luna de miel, cariño. Y yo que soñaba con una cama con dosel y ríos de champán. —Cogí la taza de plástico sin quitarme los guantes—. ¿Ya hemos hecho el tramo más empinado?

—Esto es un paseo, corazón. Hemos de subir hasta allí.

Giré la cabeza para mirar hacia donde Adam señalaba. El viento me azotó la cara; tenía la barbilla cortada.

—Ni hablar —dije—. Allí subirás tú. Conmigo no cuentas.

—¿Estás cansada?

—¿Cansada? No, qué va, si estoy en muy buena forma. ¿No ves que cada día voy andando hasta la estación del metro? Tengo ampollas en los pies. Me duelen las pantorrillas. Tengo una punzada en el costado, como si me estuvieran clavando un cuchillo. Se me ha congelado la nariz y tengo los dedos entumecidos. Y me dan miedo las alturas. Yo me quedo aquí.

Me senté en la fina capa de nieve y me metí dos onzas de chocolate, duro y frío, en la boca.

—¿Aquí?

Adam recorrió con la mirada el solitario páramo bordeado de colinas recortadas. Por lo visto, en verano pasaban por allí muchos excursionistas; pero no un sábado de finales de febrero, cuando la hierba estaba helada y sólo unos pocos árboles pelados se alzaban contra el viento. El vaho que expulsábamos al respirar formaba volutas que se destacaban contra el cielo gris.

—Está bien. Seguiré andando. Sólo quería protestar.

Adam se sentó a mi lado y se puso a reír. Creo que era la primera vez que lo oía reír de verdad.

—Me he casado con una blandengue —dijo, como si fuera lo más gracioso del mundo—. Me paso la vida escalando montañas, y me caso con una mujer que no puede subir una pendiente suave sin que le dé flato.

—Sí, y yo me he casado con un hombre que me lleva a escalar con un tiempo de

mil demonios y que cuando lo empiezo a pasar mal se ríe de mí —lo reprendí.

Adam se levantó y me ayudó a ponerme en pie. Me arregló los guantes para que no quedara espacio entre ellos y las mangas de mi chaqueta. Sacó una bufanda de la mochila y me la enrolló al cuello. Me ató más fuerte los lazos de las botas, para que no me bailaran los pies dentro de ellas.

—Y ahora —dijo— intenta coger un ritmo. No corras demasiado. Coge un paso y mantenlo. No fuerces la respiración. No mires hacia dónde vas; preocúpate sólo de poner un pie detrás del otro, como si fuera una meditación. ¿Estás lista?

—Sí, mi capitán.

Reanudamos la marcha por el sendero, que se iba haciendo más empinado, hasta que casi tuvimos que subir gateando. Por momentos daba la impresión de que Adam aminoraba la marcha, pero entonces arrancaba y, en cuestión de segundos, se adelantaba un buen tramo. Yo no intentaba alcanzarlo, pero procuraba seguir sus instrucciones. Izquierdo, derecho; izquierdo, derecho. Me goteaba la nariz, y tenía los ojos legañosos. Me dolían las piernas, y las notaba muy pesadas. Me puse a hacer cálculos mentales. Intenté cantar una canción sobre los elementos químicos que había cantado en un festival escolar. «Antimonio, arsénico, aluminio, selenio...». ¿Qué más? De todos modos, no tenía aliento para cantar. De vez en cuando tropezaba con las piedras del camino, o me enganchaba con las zarzas. No alcancé el punto de la meditación, pero seguía adelante; al cabo de un rato la punzada del costado se redujo a un dolor ligero, las manos se me calentaron y el aire ya no me hacía tanto daño al respirar.

Cuando llegamos a la cima de la colina, Adam me hizo parar y mirar alrededor.

—Es como si estuviéramos solos en el mundo —observé.

—Sí, de eso se trata.

Empezaba a oscurecer cuando vimos la cabaña, un poco más abajo.

—¿Para qué se utiliza? —pregunté mientras descendíamos hacia allí, sorteando árboles raquíticos y enormes rocas en la penumbra.

—Es una cabaña de alpinistas y excursionistas. Pertenece al Club Alpino. Los socios pueden utilizarla. Tengo una llave.

—Se dio unas palmaditas en el bolsillo de la chaqueta. Dentro hacía mucho frío, y no había muchas comodidades. Adam encendió una gran lámpara de gas que colgaba de una de las vigas, y yo me quedé mirando las estrechas repisas de madera distribuidas por las paredes de la habitación, donde se suponía que teníamos que dormir, la chimenea vacía y el pequeño lavabo con un solo grifo de agua fría.

—¿No hay nada más?

—No.

—¿Dónde está el cuarto de baño?

—Allí. —Señaló la puerta por la que habíamos entrado, y el exterior nevado.

—Vaya. —Me senté en una de las duras camas—. Qué acogedor.

—Espera un momento.

En un rincón había varias cajas con troncos y astillas. Acercó una de las cajas a la chimenea y empezó a partir astillas, con las que hizo un montón sobre varias hojas de periódico arrugadas. Luego puso varios troncos encima. Encendió una cerilla y prendió fuego al papel; las llamas empezaron a lamer la madera. Al principio, el fuego era muy luminoso, pero apenas calentaba; sin embargo, al cabo de un rato producía suficiente calor para que me planteara quitarme la chaqueta y los guantes. La cabaña era pequeña y estaba bien aislada: sólo tardaría una media hora en calentarse.

Adam desató el pequeño hornillo de gas que llevaba colgado de la base de la mochila, desplegó el soporte y lo encendió. Llenó de agua una vieja tetera de cobre y la colocó sobre el hornillo. Sacó los dos sacos de dormir y abrió las cremalleras para convertirlos en edredones, que colocó en el suelo, delante del fuego.

—Ven a sentarte aquí —dijo.

Me quité la chaqueta y me senté con él junto al fuego. Adam sacó una botella de *whisky* del fondo de la mochila, y luego un salami y una de esas navajas prodigiosas que llevan incorporados sacacorchos, abridor y brújula. Se puso a cortar gruesas lonchas de salami, que fue colocando sobre el papel encerado. Abrió la botella de *whisky* y me la pasó.

—La cena está servida —anunció.

Bebí un sorbo de *whisky* y comí un par de lonchas de salami. Eran las siete de la tarde, y reinaba un silencio absoluto. Yo nunca había experimentado un silencio como aquél, tan denso y completo. Fuera estaba totalmente oscuro, y lo único que se veía eran las estrellas. Tenía ganas de orinar. Me levanté y fui hacia la puerta; al abrirla me golpeó una ráfaga de aire helado. Cerré la puerta y eché a andar en la oscuridad. Me estremecí al pensar que estábamos completamente solos y que a partir de ese momento siempre estaríamos solos. Oí a Adam salir de la cabaña y cerrar la puerta. Noté sus brazos que me abrazaban por detrás, apretándome contra su sólido calor.

—Volverás a enfriarte —dijo.

—No sé si me gusta mucho esto, Adam.

—Entra, amor mío.

* * *

Bebimos más *whisky* y contemplamos las formas que dibujaban las llamas. Adam echó más troncos al fuego. Ahora hacía bastante calor, y un agradable olor a resina impregnaba la pequeña habitación. Estuvimos mucho rato sin hablar y sin tocarnos. Cuando Adam apoyó una mano sobre mi brazo, se me puso la piel de gallina. Nos desnudamos por separado, contemplándonos el uno al otro. Nos sentamos, desnudos y con las piernas cruzadas, cara a cara, mirándonos a los ojos. Me sentía tímida,

cohibida. Adam me levantó la mano en que llevaba mi nueva alianza de oro, se la acercó a la boca y la besó.

—¿Confías en mí? —me preguntó.

—Sí. —Aunque habría podido decir: No, no, no, no.

Adam me pasó la botella de *whisky* y bebí un sorbo que me abrasó por dentro.

—Quiero hacerte una cosa que nadie te ha hecho nunca.

No dije nada. Era como si estuviera soñando. Como si estuviera en una pesadilla. Nos besamos, pero muy suavemente. Adam me acarició los pechos y luego descendió hacia mi vientre. Yo recorrí su columna con los dedos. Nos abrazamos con cuidado. Yo tenía una mitad del cuerpo, la que estaba cerca del fuego, ardiendo, y la otra mitad helada. Adam me dijo que me tumbara, y le obedecí. Quizá había bebido demasiado *whisky* y había comido muy poco salami. Tenía la sensación de que estaba suspendida sobre un abismo, en medio de una gélida oscuridad. Cerré los ojos, pero él me giró la cara y me dijo:

—Mírame.

Adam tenía la cara en sombras, y yo sólo distinguía algunas partes de su cuerpo. Empezó muy suavemente, y poco a poco se fue haciendo salvaje, cada vez más doloroso. Me acordé de Lily y de sus marcas en la espalda. Me imaginé a Adam escalando aquellas montañas tan altas, en medio de una atmósfera de miedo y muerte. ¿Qué hacía yo allí, en medio de aquel silencio brutal? ¿Por qué le dejaba hacerme aquello, y qué me había pasado para permitirselo? Volví a cerrar los ojos, y esta vez Adam no me pidió que los abriera. Puso las manos alrededor de mi cuello y dijo:

—Ahora no te muevas. No te preocupes.

Empezó a apretar. Quería decirle que parara, pero no lo hice, no pude. Me quedé tumbada sobre los sacos de dormir, junto al fuego, y Adam siguió apretando. Yo tenía los ojos cerrados y las manos quietas: era mi regalo de bodas, mi confianza. Las llamas danzaban sobre mis párpados cerrados, y mi cuerpo se contorsionaba bajo el cuerpo de Adam, como si yo no tuviera control sobre él. Notaba la sangre circulando por mi cuerpo, los latidos de mi corazón, el bramido de mi cabeza. Aquello ya no era ni placer ni dolor. Me encontraba en otro sitio, en otro mundo donde todos los límites se habían desvanecido. Dios mío. Ahora tendría que parar. Tenía que parar. La oscuridad se agolpaba tras las relucientes líneas de la pura sensación.

—Ya está, Alice.

Me estaba llamando.

Retiró las manos de mi garganta, se inclinó sobre mí y me besó en el cuello. Abrí los ojos. Me sentía mareada, cansada, triste y vencida. Adam me incorporó y me abrazó. Ya no tenía náuseas, pero me dolía mucho la garganta y tenía ganas de llorar. Quería irme a casa. Adam cogió la botella de *whisky*, bebió un sorbo y luego me la acercó a los labios y la inclinó para que bebiera, como si yo fuera una niña pequeña. Me tumbé sobre los sacos de dormir; él me tapó y permanecí allí un rato, contemplando las llamas, mientras él, sentado a mi lado, me acariciaba el cabello. Me

quedé dormida lentamente, mientras Adam alimentaba el fuego.

Me desperté de madrugada. Adam estaba tumbado a mi lado, lleno de fuerza y calor. Un hombre del que depender. El fuego se había apagado, aunque todavía había brasas. Sin querer había sacado la mano de debajo del saco, y la tenía fría.

—No —dijo Adam, y pegó un puñetazo en la mesa que hizo saltar los vasos. Todos los clientes del *pub* giraron la cabeza. Adam ni siquiera se dio cuenta; no tenía ni pizca de lo que mi madre llamaba decoro—. No le pienso conceder ninguna entrevista a ninguna periodista de mierda.

—Mira, Adam —dijo Klaus con voz tranquilizadora—, ya sé que...

—No quiero hablar de lo que pasó en la montaña. Eso pertenece al pasado. No me interesa recordar toda aquella cagada, ni siquiera para ayudarte a vender tu libro. — Me miró y dijo—: Díselo tú, Alice.

Me encogí de hombros y dije:

—No quiere, Klaus.

Adam me cogió una mano, la apretó contra su cara y cerró los ojos.

—Si concedieras sólo una...

—No quiere, Klaus —repetí—. ¿No lo has oído?

—De acuerdo, de acuerdo. —Klaus levantó ambas manos, rindiéndose—. De todas formas, os he traído un regalo de bodas. —Se agachó y sacó una botella de champán de una bolsa de lona que tenía junto a los pies—. Os deseo mucha suerte y mucha felicidad. Bebéosla en la cama cuando os apetezca.

Le di un beso en la mejilla. Adam soltó una risita y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Está bien, tú ganas. Haré esa entrevista. —Se levantó y me tendió una mano.

—¿Ya os vais? Daniel dijo que quizá pasaría más tarde.

—Vamos a bebemos el champán en la cama —repuse—. No puede esperar.

* * *

Al día siguiente, cuando volví de la oficina, encontré a la periodista en el apartamento. Estaba sentada enfrente de Adam, con las rodillas casi tocándose, y había una grabadora en marcha en la mesita. Tenía un bloc en el regazo, pero no escribía nada. Miraba fijamente a Adam, asintiendo con la cabeza mientras él hablaba.

—No os preocupéis por mí —dije al ver que ella se levantaba—. Voy a hacerme una taza de té y luego desapareceré. ¿Os apetece beber algo? —Me quité el abrigo y los guantes.

—*Whisky* —contestó Adam—. Ésta es Joanna, del *Participant*. Te presento a

Alice. —Me asió por la muñeca y tiró de mí hacia él—. Mi mujer.

—Encantada —dijo Joanna—. Ningún artículo mencionaba que estuvieras casado.

Me miró con sus sagaces ojos, tras unas gruesas monturas.

—Nadie lo sabía —replicó Adam.

—¿Tú también eres alpinista? —me preguntó Joanna.

Me reí.

—Qué va. Yo no subo ni la escalera si hay ascensor.

—Debe de ser muy duro esperar abajo —prosiguió—. Debes de pasarlo muy mal.

—Todavía no he tenido que hacerlo —dije vagamente, y fui a poner en marcha la tetera—. Además, tengo mi propia vida —agregué, preguntándome si era cierto lo que acababa de decir.

Volví a pensar en nuestra luna de miel en Lake District. Lo que había pasado en aquella cabaña (la violencia a que Adam me había sometido, con mi consentimiento) todavía me preocupaba. Intentaba no pensar demasiado en ello; se había convertido en un punto negro escondido en mi mente. Me había puesto en sus manos, y por un instante, mientras yacía bajo su cuerpo, pensé que iba a matarme, y aun así no opuse resistencia. Una parte de mí estaba horrorizada, y otra parte de mí, excitada.

Mientras esperaba de pie a que hirviera el agua, escuchando la conversación, vi que había una hoja de papel arrugada con gruesas letras negras. La abrí, temiéndome lo que iba a encontrar. «*NO TE DEJARÉ EN PAZ*», rezaba la nota. Aquellas palabras me pusieron los pelos de punta. No sabía por qué todavía no habíamos denunciado los anónimos. Era como si nos hubiéramos acostumbrado a recibir aquellos mensajes; las amenazas eran como nubarrones de tormenta que pasaban por nuestra vida, a los que no dábamos importancia. Levanté la cabeza y vi que Adam me estaba mirando; esbocé una sonrisa, rompí la hoja en pedazos y los tiré a la basura con desdén. Adam asintió y volvió a prestarle atención a Joanna.

—Me estabas hablando de las últimas horas —dijo la periodista—. ¿Tuviste algún presentimiento del desastre?

—Si te refieres a si pensé que todas aquellas personas podían morir allí arriba, no, claro que no.

—Entonces ¿cuándo te diste cuenta de que todo estaba saliendo mal?

—Cuando salió mal. ¿Me traes el *whisky*, Alice?

Joanna miró su bloc y cambió de estrategia.

—¿Qué pasó con las cuerdas fijas? —preguntó—. Tengo entendido que Greg McLaughlin y otros guías de la expedición aseguraron cuerdas de diferentes colores que discurrían por la cresta hasta la cima. Pero en algún momento el último tramo de cuerda se soltó, lo cual dejó a los escaladores en una posición muy vulnerable.

Adam la miró fijamente. Le llevé un vaso de *whisky*.

—¿Quieres un poco, Joanna? —pregunté.

Ella negó con la cabeza y siguió esperando la respuesta de Adam. Me serví un

poco y me lo bebí.

—¿Qué crees que pasó? —insistió.

—¿Cómo coño voy a saberlo? —dijo Adam al fin—. Hacía un frío de muerte. Había tormenta. Estábamos todos trastornados. Nada funcionaba como habíamos pensado, nadie sabía qué hacer. No sé qué le pasó a la cuerda; eso no lo sabe nadie. ¿Qué quieres, un culpable? —Bebió un sorbo de *whisky*—. Quieres escribir un bonito artículo diciendo que fulano de tal condujo a un grupo de gente hacia la muerte, ¿no? Pues mira, allí arriba las cosas no son así. Allí no hay ni héroes ni villanos. Allí todos somos personas que intentan sobrevivir, mientras perdemos neuronas a chorros.

—El libro insinúa que tú actuaste como un héroe —dijo Joanna, sin dejarse impresionar por el arrebató de Adam—. Además —añadió con cautela— también insinúa que el líder de la expedición, Greg, debe asumir la responsabilidad de lo ocurrido.

—¿Me traes otro, Alice?

Adam me dio su vaso. Al cogerlo me agaché y le di un beso. Me dije que en cualquier momento tendría que pedirle a Joanna que se marchara.

—Tengo entendido que ahora Greg no está en buena forma. ¿Es por el sentimiento de culpabilidad?

Adam no contestó. Cerró los ojos un momento, y echó la cabeza hacia atrás. Parecía muy cansado.

Joanna siguió intentándolo.

—¿Crees que esa expedición fue un riesgo innecesario?

—Evidentemente. Murieron varias personas.

—¿Lamentas que las expediciones de alpinismo se hayan comercializado?

—Sí.

—Sin embargo, tú participas en ese tipo de expediciones.

—Sí.

—Una de las personas que murió —dijo Joanna— era amiga tuya. Una exnovia, creo.

Adam asintió.

—¿Te afectó mucho no haber podido salvarle la vida?

Le di el segundo *whisky* a Adam, y él aprovechó la ocasión para rodearme la cintura con el brazo.

—No te vayas —me dijo, como si estuviera hablando de nuestra relación.

Me senté en el brazo de su butaca, y apoyé una mano en su enredado cabello. Adam se quedó mirando a Joanna, escrutando sus ojos.

—¿A ti qué te parece? —respondió al fin. Se levantó y dijo—: Creo que ya hay suficiente.

Joanna no se movió de donde estaba; lo único que hizo fue comprobar que el carrete de cinta seguía girando.

—¿Lo has superado? —preguntó.

Me incliné hacia la mesa y apagué la grabadora. Joanna me miró. Nuestras miradas se encontraron, y la periodista asintió con la cabeza, dándome la razón, o eso me pareció.

—¿Si lo he superado? —repitió Adam con mordacidad. Luego, en un tono de voz muy diferente, añadió—: ¿Quieres que te cuente mi secreto, Joanna?

—Sí, claro, me encantaría.

Cómo no, pensé.

—Tengo a Alice —dijo Adam—. Ella me salvará —afirmó soltando una risotada un tanto cascada.

Entonces Joanna se levantó.

—Una última pregunta —dijo mientras se ponía el abrigo—. ¿Piensas seguir escalando?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque soy alpinista. Me dedico a eso. —El *whisky* le hacía arrastrar un poco las palabras—. Estoy enamorado de Alice y me gusta escalar montañas. —Se inclinó hacia mí y concluyó—: Son las dos cosas que me hacen vibrar.

* * *

—Estoy embarazada —dijo Pauline.

Paseábamos por St James' Park, cogidas del brazo, aunque todavía un tanto incómodas. Había sido ella la que había propuesto que nos viéramos, aunque a mí no me apetecía mucho. Mi antigua vida parecía algo remoto, casi irreal, como si le perteneciera a otra persona. En aquella vida yo quería a Pauline y confiaba en ella; en esta vida, en cambio, no había espacio para una amistad tan íntima. Cuando iba a reunirme con Pauline aquella fría mañana de sábado del mes de marzo, me di cuenta de que había reservado mi amistad para otro momento. Suponía que algún día podría recuperarla, pero todavía no. Paseamos juntas por el parque hasta que empezó a oscurecer, abordando con miedo temas sobre los que antes no teníamos ningún tipo de reservas. «¿Cómo está Jake?», le pregunté, y ella, haciendo una débil mueca, me dijo que estaba bien. «¿Cómo va tu nueva vida?», me preguntó ella, aunque en el fondo no quería saberlo, y yo no le contesté la verdad.

Ahora me detuve y la sujeté por los delgados hombros.

—¡Qué gran noticia! —dije—. ¿De cuánto estás?

—De ocho o nueve semanas. Suficiente para encontrarme mal a todas horas.

—Me alegro muchísimo por ti, Pauline —dije—. Gracias por decírmelo.

—¡Cómo no iba a decírtelo! —repuso ella—. Eres mi amiga.

Salimos del parque.

—Yo me voy por aquí —dije—. He quedado con Adam.

Nos dimos dos besos, aliviadas; luego me di la vuelta y eché a andar por una calle oscura. Un tipo joven y alto me adelantó y, antes de que yo me diera cuenta, me tiró del bolso. Sólo llegué a ver su pálido rostro y su mata de cabello pelirrojo.

—¡Eh! —grité, y me lancé sobre él al tiempo que él intentaba esquivarme.

Logré asir el bolso, aunque dentro no llevaba nada de valor, y se lo arranqué de las manos. El joven se dio la vuelta y se quedó mirándome. Tenía una telaraña tatuada en la mejilla izquierda, y una línea alrededor del cuello que rezaba: «CORTAR POR AQUÍ». Le pegué una patada en la espinilla, pero no acerté, así que lo intenté de nuevo. La segunda vez le di, y debió de dolerle.

—Suelta, guarra —me gruñó. La correa del bolso se me clavaba en los dedos, y me hacía tanto daño que al final tuve que soltarla—. Guarra de mierda.

Levantó una mano y me pegó en la cara; me tambaleé y me toqué la mejilla. Tenía sangre en el cuello. El tipo tenía la boca abierta, y le vi la lengua, gorda y morada. Volvió a levantar la mano. Dios mío, estaba loco. Recuerdo que pensé que debía de ser el tipo que nos enviaba aquellas notas. Entonces cerré los ojos: prefería no verlo. Pero el golpe no llegaba.

Abrí los ojos y, como si soñara, vi que aquel individuo tenía una navaja en la mano. Pero no me apuntaba a mí con ella, sino a Adam. Entonces Adam le pegó un puñetazo en la cara. El tipo gritó de dolor, y soltó la navaja. Adam volvió a golpearlo, esta vez en el cuello. Luego en el estómago. El tipo de los tatuajes se dobló por la cintura; le salía sangre del ojo izquierdo. Vi la cara de Adam: fría, inexpresiva. Volvió a golpear a mi agresor y retrocedió antes de que cayera al suelo. Allí se quedó, tendido a mis pies, gimoteando y sujetándose el estómago.

—¡Basta! —grité.

Se había formado un corro de gente. Pauline estaba allí, horrorizada, con la boca abierta.

Adam le pegó una patada en el estómago al individuo.

—Adam. —Lo cogí por el brazo—. Por el amor de Dios, para, ¿quieres? Ya basta.

Adam se quedó mirando al tipo, que se retorció en el suelo.

—Alice me está pidiendo que pare —dijo—. Y por eso paro. Si no, te mataría por haberte atrevido a tocarla. —Recogió mi bolso del suelo; luego se volvió hacia mí y me sujetó la cara con ambas manos—. Estás sangrando —dijo. Me limpió la sangre con la lengua—. Alice, cariño, te ha hecho sangrar.

Vi que llegaban más curiosos, que se preguntaban unos a otros qué había pasado. Adam me abrazó.

—¿Te duele mucho? ¿Estás bien? Mira cómo te ha dejado la cara.

—Sí. Sí. No lo sé. Creo que sí. ¿Y él? ¿Está bien? ¿Qué ha...?

Miré al joven, que seguía tendido en el suelo. Se movía, pero no mucho. Adam no le prestó atención. Sacó un pañuelo de su bolsillo, lo mojó con saliva y empezó a

limpiarme el corte de la mejilla. Oímos una sirena, y vi por encima del hombro de Adam que se acercaban un coche de policía y una ambulancia.

—Bien hecho, tío. —Un individuo corpulento que llevaba un abrigo largo se nos acercó y le tendió la mano a Adam—. Chócala.

Me quedé mirándolos, perpleja, mientras ellos se estrechaban la mano. Aquello era una pesadilla, una farsa.

—¿Te encuentras bien, Alice? —me preguntó Pauline.

—Sí, estoy bien.

Los policías se bajaron del coche. Aquello era un incidente con todas las de la ley, y eso me ayudó a centrarme. Los agentes se agacharon para examinar al agresor y lo obligaron a levantarse. Luego se lo llevaron de mi vista.

Adam se quitó la chaqueta y me la puso sobre los hombros. Me acarició el cabello.

—Voy a buscar un taxi —dijo—. La policía puede esperar. No te muevas de aquí. —Miró a Pauline y dijo—: Vigílala. —Luego salió corriendo.

—Podría haberlo matado —le dije a Pauline.

Ella me miró extrañada.

—Te adora, de eso no cabe duda —comentó.

—Pero si hubiera...

—Te ha salvado, Alice.

* * *

Al día siguiente, la periodista, Joanna, volvió a llamar por teléfono. Se había enterado de lo ocurrido en la calle por los periódicos, y eso iba a cambiar por completo el enfoque de su artículo. Sólo quería comentar el incidente con nosotros.

—Mándala a paseo —me dijo Adam, y me pasó el auricular.

—¿Cómo te sientes —me preguntó Joanna— estando casada con un hombre como Adam?

—¿Qué quieres decir?

—Con un héroe —dijo ella.

—Muy bien —dije, pero en realidad no estaba muy segura de cómo me sentía.

* * *

Estábamos tumbados el uno frente al otro en la penumbra. Me dolía la mejilla. El corazón me latía con violencia. ¿Me acostumbraría algún día a él?

—¿De qué tienes miedo?

—Acaríciame, por favor.

La luz anaranjada de las farolas atravesaba las delgadas cortinas del dormitorio. Veía la cara de Adam, su hermosa cara. Quería que me abrazara con todas sus fuerzas, hasta fundirme con él.

—Primero dime de qué tienes miedo.

—Me da miedo perderte. Pon la mano aquí.

—Date la vuelta, así. Todo irá bien. Nunca te abandonaré, y tú nunca me abandonarás. No cierres los ojos. Mira.

Después nos entró hambre, porque no habíamos cenado. Me levanté de la cama y me puse la camisa de Adam. En la nevera encontré un poco de jamón de Parma, unos cuantos champiñones y un pedazo de queso seco. Di de comer a *Sherpa*, que se frotaba contra mis tobillos, y luego preparé un sándwich gigante para nosotros con unas rebanadas de pan italiano, un poco duro. En la caja que utilizábamos como despensa había una botella de vino tinto, y la abrí. Comimos en la cama, apoyados en almohadones y esparciendo migas.

—Lo que pasa —dije mientras comía— es que no estoy acostumbrada a que la gente se comporte así.

—¿Cómo?

—No estoy acostumbrada a que un hombre le pegue una paliza a otro por haberse metido conmigo.

—Te estaba pegando.

—Creí que ibas a matarlo.

Adam me sirvió otra copa de vino.

—Me puse furioso.

—No hace falta que lo jures. Pero ese tipo tenía una navaja, Adam. ¿No lo tuviste en cuenta?

—No. —Frunció el entrecejo y añadió—: ¿Preferirías que le hubiera pedido educadamente que parara? ¿O que hubiera corrido a buscar a la policía?

—No. Sí. No lo sé.

Suspiré, y me recosté en las almohadas, amodorrada por el sexo y el vino.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dije al cabo.

—Depende.

—¿Ocurrió algo en la montaña...? Lo que quiero saber es si... si estás protegiendo a alguien.

A Adam no le sorprendió mi pregunta, ni le molestó. Ni siquiera me miró.

—Pues claro —respondió.

—¿Me lo contarás algún día?

—Eso es algo que no le interesa a nadie —dijo.

Al cabo de unos días bajé a recoger el correo y encontré otro sobre marrón. No tenía sello, pero iba dirigido a la «SEÑORA DE ADAM TALLIS».

Lo abrí allí mismo, en la portería, descalza sobre el felpudo. El papel era el mismo de siempre, y también la letra, aunque un poco más pequeña porque el mensaje era más largo:

Felicidades por la boda, señora Tallis.

Tenga cuidado.

P.D.: ¿Por qué no le lleva un té a la cama a su marido?

Me llevé la nota arriba y se la enseñé a Adam, que estaba en la cama. Él la leyó con expresión sombría.

—Nuestro corresponsal no sabe que he conservado mi apellido —dije intentando adoptar un tono desenfadado.

—En cambio sabe que estoy en la cama —observó Adam.

—¿Qué significa eso del té?

Fui a la cocina y abrí el armario. Sólo había dos paquetes de bolsas de té: uno de Kenya para Adam, y otro más exótico, Lapsang Souchong, para mí. Los puse en la encimera para examinarlos, pero no les encontré nada raro. Vi que Adam se había levantado y estaba detrás de mí.

—¿Por qué querrá que te lleve el té a la cama, Adam? ¿Tendrá algo que ver con la cama? ¿O con el azúcar?

Adam abrió la nevera. Había dos botellas de leche en la puerta, una empezada y la otra por abrir. Sacó las dos. Abrí el armario que había debajo del fregadero y cogí un gran cuenco de plástico rojo. Le quité las botellas de las manos a Adam.

—¿Qué haces? —me preguntó.

Vacíé la primera botella en el cuenco.

—Yo creo que es leche —dije. Abrí la otra botella y empecé a verterla también.

—Y esto... ¡Madre mía!

En la leche había unas manchas oscuras, que enseguida asomaron a la superficie del líquido. Insectos, moscas, arañas. Estaba lleno. Con mucho cuidado puse la botella boca abajo en el fregadero y la vacié en el desagüe. Tuve que concentrarme mucho para no vomitar. Al principio me asusté, pero luego me puse furiosa.

—Alguien ha estado aquí —grité—. Ha entrado en el apartamento.

—¿Hmm? —dijo Adam, distraído, como si hubiera estado reflexionando sobre otra cosa.

—Alguien ha forzado la puerta.

—No, no lo creo. La leche la dejan junto a la puerta. Nos han dado el cambiazo.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté.

—Señora Tallis —dijo Adam, pensativo—. El sobre iba dirigido a ti. ¿Quieres llamar a la policía?

—No —dije en voz alta—. Todavía no.

* * *

Lo abordé cuando salía por la puerta de la calle, con el maletín en la mano.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué?

Él se apartó de mí, como si yo fuera una atracadora.

—Pero ¿qué demonios...?

—No me vengas con cuentos, Jake. Sé perfectamente que has sido tú. Llevo mucho tiempo intentando convencerme de que era otra persona, pero ahora sé que has sido tú. ¿Quién más sabe que me dan miedo los insectos?

—Alice. —Intentó ponerme una mano encima del hombro, pero no me dejó—. Tranquilízate. Te está mirando la gente.

—Quiero que me digas por qué metiste arañas en mi leche, maldita sea. ¿Para vengarte de mí? Vamos, dímelo. ¿Qué más has pensado hacerme? ¿Quieres que me vuelva loca poco a poco?

Jake me miró, y aquella mirada glacial me hizo sentir enferma.

—Ya que me lo preguntas —dijo—, creo que ya estás loca.

Dio media vuelta y echó a andar por la calle con paso decidido, alejándose de mí.

* * *

Adam no mostraba ningún interés, pero yo, cada vez que pasaba por un quiosco, me paraba a mirar si ya habían publicado el artículo del *Participant*. Apareció el sábado siguiente. Lo vi enseguida: había una fotografía pequeña de una montaña en la primera página: «Alpinismo social: montañas y dinero. Sección 2». Separé rápidamente el suplemento para ver qué había escrito Joanna. El artículo ocupaba varias páginas, de modo que no podía leerlo allí mismo. Compré el periódico y me lo llevé a casa.

Adam ya se había marchado, y por una vez me alegré. Me preparé café. Quería

ponerme cómoda y dedicarle a aquello todo el tiempo que merecía. La portada del suplemento del *Participant* consistía en una sublime fotografía del Chungawat iluminado por el sol, destacado contra un cielo azul. Debajo había un pie de foto, que simulaba un anuncio: «Se alquila pico del Himalaya, 30 000 €. No se requiere experiencia». Una vez más, quedé fascinada por la belleza solitaria de aquella montaña. ¿Cómo era posible que Adam hubiera estado en esa cima? Bueno, no exactamente en la cima. Abrí el suplemento. Cuatro páginas. Había varias fotografías de Greg, Klaus y Françoise (muy guapa, con unas gruesas botas; sentí celos de ella). También salían otros dos alpinistas que habían muerto. Y Adam, por supuesto, pero ahora ya me había acostumbrado a ver fotografías suyas publicadas. También había un mapa y varios esquemas. Bebí un sorbo de café y empecé a leer.

En realidad, al principio no leía; me limitaba a recorrer el texto con la mirada, comprobando qué nombres se mencionaban y con qué frecuencia. Adam aparecía sobre todo al final. Leí esa parte, para ver si decía algo sorprendente que yo no supiera. Pero no, no había nada nuevo. Más tranquila, volví al principio del texto y empecé a leer poniendo mucha atención. Joanna contaba la historia que yo ya conocía a través del libro de Klaus, pero desde otro punto de vista. La versión que ofrecía Klaus de la tragedia del Chungawat incluía sus propios sentimientos de emoción, fracaso, admiración, desilusión y temor, y eso complicaba el relato. Yo lo respetaba porque Klaus admitía la confusión que había sentido allí arriba, mientras otras personas morían a su alrededor, y su incapacidad para reaccionar como le habría gustado.

Joanna lo entendía como una fábula sobre los efectos corruptores del dinero y sobre el culto al heroísmo. Por una parte había personajes heroicos que necesitaban dinero; por otra, había gente rica que quería escalar picos difíciles, o, mejor dicho, que querían alardear de haber escalado picos difíciles, ya que era discutible si, estrictamente hablando, los habían escalado o no. Nada de todo aquello era nuevo para mí. La víctima trágica de la historia era, por supuesto, Greg, con quien Joanna no había logrado hablar. Tras iniciar el artículo con los terribles sucesos del Chungawat, que todavía me hacían estremecer por muy melodramáticamente que los describiera, Joanna hablaba de la carrera de Greg. Sus hazañas eran sorprendentes. No se trataba simplemente de los picos que había escalado (el Everest, el K2, el McKinley, el Annapurna), sino de las condiciones en que los había escalado: en invierno, sin oxígeno, atacando la cima con el mínimo material.

Era evidente que Joanna se había documentado muy bien. En los años ochenta Greg había sido un místico del alpinismo. Un pico importante era un privilegio que había que ganarse mediante años de aprendizaje. A principios de los años noventa, por lo visto, se había convertido: «Antes era un elitista del alpinismo —había afirmado en una ocasión—. Ahora soy un demócrata. El alpinismo es un deporte fabuloso, y quiero que todo el mundo tenga acceso a él». Todo el mundo, aclaraba Joanna secamente, que pudiera desembolsar 50 000 dólares. Greg había conocido a

un empresario llamado Paul Molinson, y juntos habían montado su empresa, Peak Experiences. Durante tres años se dedicaron a llevar a médicos, abogados, especuladores y herederas a las cimas de montañas que, hasta ese momento, sólo habían estado al alcance de un grupo selecto de expertos alpinistas.

Joanna se centraba en uno de los miembros de la expedición al Chungawat que había muerto en el accidente, Alexis Hartounian, un agente de bolsa de Wall Street. Citaba, sin dar su nombre, a un alpinista que había comentado con desdén: «Ese hombre hizo algunas de las más arriesgadas escaladas del mundo. No era alpinista ni nada que se le parezca, y sin embargo se jactaba de haber subido al Everest como si fuera una parada de autobús. Pues bien, al final lo pagó».

El relato que hacía Joanna de lo ocurrido en la montaña no era más que una versión resumida de la narración de Klaus, acompañada de un diagrama que mostraba la situación de la cuerda fija, en el lado oeste de la cresta. Describía una situación caótica, con alpinistas inexpertos, gente enferma, y una persona que no hablaba ni una sola palabra de inglés. Citaba a anónimos profesionales del alpinismo que afirmaban que a más de ocho mil metros las condiciones eran demasiado extremas para alpinistas que no supieran valerse por sí mismos. No se trataba sólo de que se estuvieran jugando la vida, sino que también ponían en peligro la de los demás. Klaus le había dicho que en parte estaba de acuerdo con eso, pero un par de personas consultadas, de las que no daba los nombres, iban más allá. Un pico como el Chungawat exigía una entrega y una concentración absolutas, sobre todo con mal tiempo. Insinuaban que Greg estaba tan ocupado con las complicaciones del negocio y con las necesidades especiales de sus clientes no cualificados, que eso había afectado a su criterio y, peor aún, a su comportamiento. «Cuando uno gasta toda su energía en lo que no debe —comentaba una de esas personas—, las cosas salen mal en el momento más inoportuno: las cuerdas fijas se sueltan, y la gente se equivoca de camino».

Era una historia cínica sobre la corrupción y la desilusión, y Adam aparecía hacia el final como símbolo del idealismo perdido. Todo el mundo sabía que se había mostrado crítico respecto a la expedición, e incluso respecto a su participación en ella, pero a la hora de la verdad fue él quien subió y bajó varias veces la montaña para salvar a unas personas que estaban indefensas. Joanna había hablado con un par de supervivientes, quienes afirmaban que le debían la vida a Adam. Como era lógico, Adam todavía parecía más seductor por su negativa a culpar a nadie y, más aún, a hacer cualquier tipo de comentario. A ello se añadía la nota trágica de que su propia novia se contara entre las víctimas. Adam no le había hablado mucho de ese aspecto de la tragedia, pero otro miembro de la expedición le había contado que Adam salió una y otra vez en su busca hasta que se desplomó inconsciente en la tienda.

Cuando Adam volvió a casa, no mostró ningún interés por el artículo. Se limitó a echarle un vistazo a la portada y decir: «Qué coño sabrá ésa». Más tarde, en la cama, le leí las críticas que hacían de Greg.

—¿Qué opinas de eso, cariño? —le pregunté.

Adam me arrebató el periódico y lo tiró al suelo.

—Creo que son chorradas —respondió.

—¿Te refieres a que es una descripción inexacta de lo que pasó?

—Se me olvidaba —dijo riendo—. Eres investigadora científica. A ti te interesa la verdad —añadió con tono burlón.

* * *

Era como estar casada con Lawrence de Arabia o con el capitán Scott. En los días siguientes, todas las personas que conocía encontraron un motivo u otro para llamarme por teléfono. Personas que habían criticado la indecorosa precipitación con que me había casado, de pronto lo entendían. Hasta mi padre me llamó, y charló conmigo de nada en particular; al cabo de un rato mencionó de pasada que había leído el artículo, y me propuso que fuéramos a verlos pronto. El lunes por la mañana, en la oficina, todo el mundo parecía tener algún asunto urgente que comentar conmigo. Mike entró en mi despacho con su café y me entregó un documento sin importancia.

—En realidad, la vida nunca nos pone a prueba, ¿no crees? —comentó con aire pensativo—. O sea, que nunca nos conocemos de verdad a nosotros mismos, porque no sabemos cómo reaccionaríamos en una situación crítica. Debe de ser maravilloso para tu... eh... tu marido haber vivido una catástrofe y haber salido como salió.

—¿Qué quieres decir con «mi... eh... marido», Mike? Es mi marido. Si quieres puedo enseñarte el documento que lo acredita.

—No quería decir nada, Alice. Lo que pasa es que lleva tiempo acostumbrarse. ¿Cuánto hace que lo conoces?

—Un par de meses, más o menos.

—Increíble. He de confesarte que, cuando me enteré, creí que te habías vuelto majara. No podía creer que me estuvieran hablando de la misma Alice Loudon. Ahora veo que todos nos equivocábamos.

—¿Todos?

—Me refiero al personal de la oficina.

Estaba perpleja.

—¿Todos creíais que me había vuelto loca?

—Compréndelo, nos sorprendiste por completo. Pero ahora me doy cuenta de que tú tenías razón y nosotros estábamos equivocados. Es igual que en el artículo: se trata de la capacidad para pensar con claridad cuando uno está sometido a presión. Tu marido tiene esa capacidad. —Mike había estado contemplando su taza de café, mirando por la ventana, a todas partes menos a mí. Ahora se volvió y me miró a los

ojos—. Y tú también.

Intenté contener la risa ante aquel cumplido, si es que lo era.

—Muchas gracias, caballero. Y, ahora, déjame trabajar.

El martes tenía la impresión de que había hablado con todo el mundo que tenía mi número de teléfono en la agenda, excepto con Jake. Aun así, me llevé una sorpresa cuando Claudia me dijo que una tal Joanna Noble quería hablar conmigo. Y sí, quería hablar conmigo; no me había llamado para ponerse en contacto con Adam. Además tenía que decirme algo importante y quería verme. Aquel mismo día, a ser posible. Estaba dispuesta a ir a donde yo le dijera, de inmediato. Sólo serían unos minutos. ¿Qué podía hacer? Le propuse que nos encontráramos en la recepción de mi oficina, y una hora más tarde estábamos sentadas en un bar casi vacío que había en la esquina. Joanna se había limitado a estrecharme la mano, y no me había dicho nada.

—Tu artículo me ha hecho famosa de rebote —comenté—. Al menos soy la esposa de un héroe.

Joanna parecía incómoda, y encendió un cigarrillo.

—Es un héroe —afirmó—. No se lo digas a nadie, pero tenía mis dudas respecto al artículo, por el modo en que señalaba a los culpables. Pero lo que hizo Adam allí arriba fue increíble.

—Sí —coincidí—. Adam es increíble, ¿verdad? —Joanna no dijo nada—. Suponía que ahora ya estarías dedicándote a otra historia.

—A varias —repuso ella.

Vi que tenía una hoja de papel en la mano.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Joanna bajó la cabeza, como si aquel papel hubiera aparecido en sus manos sin advertirlo y estuviera sorprendida.

—Lo he recibido esta mañana por correo. —Me pasó la hoja—. Léelo.

Era una carta muy breve.

Querida Joanna Noble:

Lo que ha escrito usted sobre Adam Tallis me ha puesto furiosa. Si quiere, yo puedo contarle la verdad sobre ese hombre. Si le interesa, busque en los periódicos del 20 de octubre de 1989. Si quiere, podemos hablar y le contaré cómo es él de verdad. La chica del artículo soy yo.

Atentamente,

Michelle Stowe

Miré a Joanna, desconcertada.

—Parece escrito por una persona desquiciada —comenté.

Joanna asintió y dijo:

—Recibo muchas cartas de ese estilo. Pero fui a la biblioteca, bueno, al archivo de periódicos y artículos de mi oficina, y encontré esto. —Me entregó otra hoja de papel—. No es una noticia muy importante. Estaba en una página interior, pero pensé... Bueno, a ver qué opinas tú.

Era una fotocopia de una noticia del periódico, titulada «Un juez amonesta a una víctima de violación». Había un nombre subrayado en el primer párrafo: el de Adam.

Ayer un joven quedó absuelto el primer día de su juicio por violación en el tribunal de Winchester cuando el juez Michael Clark instruyó al jurado que lo declarara inocente. «Abandona usted esta sala libre de toda acusación», le confirmó el juez Clark a Adam Tallis, de 25 años. «Lamento que haya tenido que presentarse aquí para defenderse de una acusación tan poco sólida y sin fundamento».

El señor Tallis había sido acusado de violar a la señorita X, una joven cuyo nombre no podemos revelar por motivos legales, después de una fiesta en la zona de Gloucester. Tras someter a la señorita X a un breve interrogatorio, centrado en sus antecedentes sexuales y en su estado durante la fiesta, el abogado defensor, Jeremy McEwan, solicitó la desestimación, que el juez Clark aceptó inmediatamente.

El juez Clark dijo que lamentaba que «la señorita X disfrutara del beneficio del anonimato, mientras arrastraba por el barro el nombre y la reputación del señor Tallis». A la salida de la sala del tribunal, el portavoz del señor Tallis, Richard Vine, comentó que su cliente estaba encantado con el veredicto del juez y que lo único que deseaba era volver lo antes posible a la vida normal.

Cuando terminé de leerlo, cogí mi taza de café con mano firme y bebí un sorbo.

—¿Y qué? —dije. Joanna seguía callada—. ¿Qué pasa? ¿Piensas escribir algo sobre esto?

—¿Escribir? ¿Qué?

—Tú has puesto a Adam en un pedestal. A lo mejor ahora quieres derribarlo.

Joanna encendió otro cigarrillo.

—Me parece que no me merezco esto —dijo fríamente—. Ya he dicho todo lo que tenía que decir sobre sus aventuras en la montaña. No tengo ninguna intención de ponerme en contacto con esa mujer. Pero... —Hizo una pausa, como si vacilara—. Más que nada es por ti. No sabía qué hacer. Al final decidí que mi obligación era enseñártelo. Quizá sea una pedante y una entrometida. Olvídalo todo, si quieres.

Inspiré hondo e intenté dominar mi tono de voz.

—Perdona que te haya dicho eso.

Joanna esbozó una sonrisa y exhaló una nube de humo.

—Perfecto —dijo—. Ahora te voy a dejar.

—¿Puedo quedarme con esto?

—Sí, claro. Sólo son fotocopias. —Era evidente que se moría de curiosidad—.

¿Qué piensas hacer?

—Nada —dijo—. Lo absolvieron, ¿no?

—Sí.

—Y quedó libre de toda acusación, ¿no?

—Así es.

—Entonces no voy a hacer nada.

Pero no era tan sencillo, claro. Me decía a mí misma que Adam había sido absuelto. Me decía que me había casado con él y había prometido confiar en él. Ésta era la primera vez que mi confianza se ponía a prueba. No pensaba decirle nada a Adam; no pensaba hacer caso de aquella difamación. No quería ni pensar en ello.

¿A quién pretendía engañar? Pensaba en ello constantemente. Pensaba en aquella chica desconocida, aquella mujer desconocida, o lo que fuera, borracha, y con Adam borracho. Pensaba en Lily quitándose la camiseta para enseñarme su pálido cuerpo de sirena y su espalda amoratada. Y pensaba en cómo era Adam conmigo: me ataba, me estrangulaba, me ordenaba que siguiera sus instrucciones. Le gustaba hacerme daño. Le gustaba sentir el contraste de mi debilidad y su fuerza. Me miraba atentamente para detectar y calibrar mi dolor. A medida que las analizaba, nuestras relaciones sexuales, que hasta entonces parecían el fruto de una pasión delirante, se convirtieron en otra cosa. Cuando estaba sola en mi despacho, cerraba los ojos y recordaba diversos excesos. Al evocarlos sentía un extraño e inquietante placer. No sabía qué hacer.

La primera noche después de mi cita con Joanna le dije a Adam que no me encontraba bien. Estaba a punto de venirme la regla y tenía dolor de espalda.

—Pero si aún faltan seis días —dijo él.

—Pues será que se me va a adelantar —repliqué.

Por Dios, mi marido conocía mejor que yo mis ciclos menstruales. Intenté restar importancia a mi desasosiego.

—Eso demuestra lo necesario que es el Drakloop.

—Te daré un masaje. Te sentará bien. —Adam estaba ayudando a un amigo suyo de Kennington a arreglar un parque, y tenía las manos más encallecidas de lo habitual—. Estás muy tensa —me dijo—. Relájate.

* * *

Aguanté dos días. El jueves por la noche Adam llegó a casa con una gran bolsa de comida y anunció que iba a cocinar, para variar. Había comprado pez espada, dos chiles rojos, un nudoso trozo de jengibre, un manojo de cilantro, arroz basmati en una bolsa de papel marrón y una botella de vino tinto. Encendió todas las velas que encontró y apagó las luces, y la pequeña y deprimente cocina se convirtió de pronto en la cueva de una bruja.

Me puse a leer el periódico mientras él limpiaba cuidadosamente el cilantro, asegurándose de que no quedara arenilla en las hojas. Puso los chiles en un plato y los cortó en juliana. Cuando se dio cuenta de que yo lo miraba, dejó el cuchillo, vino hacia mí y me besó, sin acercar las manos a mi cara.

—No quiero que el chile te haga escocer los ojos —dijo.

Preparó el adobo para el pescado, lavó el arroz y lo dejó reposar en una olla con agua. A continuación se lavó bien las manos, abrió la botella de vino y sirvió dos copas que no hacían juego.

—Tardará una hora —dijo. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó dos delgadas correas de cuero—. Llevo todo el día pensando en atarte.

—¿Y si digo que no? —le espeté. De pronto tenía la boca seca, y me costaba tragar saliva.

Adam se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo de vino. Me miró con aire pensativo.

—¿Cómo, no? ¿Qué tipo de no?

—Quiero enseñarte una cosa —dije.

Cogí mi bolso y extraje las fotocopias de la carta y el artículo. Se las enseñé.

Adam dejó la copa de vino en la mesa y leyó atentamente y dijo:

—¿Y qué?

—Yo... La periodista me lo dio y... —No terminé la frase.

—¿Qué quieres saber, Alice? —No contesté—. ¿Quieres saber si la violé?

—No, claro que no. Ya he visto lo que dijo el juez, y... Mierda, estamos casados, ¿no? ¿Por qué no me lo contaste? Debió de ser importante para ti. Quiero saber qué pasó. Claro que quiero saberlo. ¿Qué te imaginabas? —Me sorprendí dando un puñetazo en la mesa que hizo saltar las copas.

En lugar de enfurecerse, que era lo que yo esperaba que pasara, Adam adoptó una expresión triste.

—Pensaba que confiabas en mí —dijo en voz baja, como si hablara solo—. Y que estabas de mi lado.

—Lo estoy. Claro que lo estoy. Pero...

—Pero quieres saber qué pasó, ¿no?

—Sí.

—¿Con detalle?

Inspiré hondo y dije, con firmeza:

—Sí, con detalle.

—Tú lo has querido. —Se sirvió más vino y se sentó en la silla, enfrente de mí—. Estaba en una fiesta, en casa de un amigo en Gloucestershire. Ocurrió hace unos ocho años, si no recuerdo mal. Acababa de llegar de América; había estado escalando en Yosemite con un amigo. Estábamos muy quemados, y teníamos ganas de divertirnos. En la fiesta había mucha gente, pero yo no conocía a nadie, excepto al que la había organizado. Había mucha bebida. Y drogas. Todo el mundo bailaba y se besaba. Era

verano, y fuera hacía calor. Entre los arbustos había varias parejas. Se me acercó una chica y me llevó a bailar. Estaba muy borracha. Intentó desnudarme en medio de la pista de baile. La llevé afuera. Ella se quitó el vestido mientras cruzábamos el jardín. Nos escondimos detrás de un árbol; yo oía a otra pareja que follaba a unos metros de nosotros. La chica no paraba de hablarme de su novio; me contó que se habían peleado, y que quería follar conmigo, y que yo le hiciera cosas que su novio no le hacía. Y eso fue lo que hice. Entonces ella dijo que la había violado.

Nos quedamos callados.

—¿Quería que lo hicieras? —pregunté en voz baja—. ¿O te pidió que no lo hicieras?

—Mira, Alice, ésa es una pregunta muy interesante. Dime, ¿alguna vez me has dicho que no?

—Sí, pero...

—¿Y alguna vez te he violado?

—No es tan sencillo como tú lo pintas.

—El sexo no tiene nada de sencillo. ¿Te gusta lo que te hago?

—Sí. —Se me estaban formando gotas de sudor en la frente.

—Cuando te até, me pediste por favor que parara, pero ¿te gustó?

—Sí, pero... Esto es espantoso, Adam.

—Tú quisiste hablar de ello. Cuando te...

—Basta. No es tan sencillo, Adam. Hay que tener en cuenta la intención. La de ella y la tuya. ¿Ella quería que pararas?

Adam bebió otro sorbo de vino y se lo tragó lentamente.

—Después. Le habría gustado que hubiera parado. Le habría gustado que no hubiera pasado, seguro. Quería recuperar a su novio. Pero no podemos caminar lo que ya hemos hecho.

—Pero ¿en ningún momento creíste que ella oponía resistencia?

—No.

Nos miramos fijamente.

—Aunque, a veces —añadió Adam sin dejar de mirarme, como si me estuviera poniendo a prueba—, con las mujeres es difícil estar seguro.

Aquello me sentó muy mal.

—No hables así de las mujeres, como si fueran objetos genéricos.

—Verás, aquella chica era un objeto, desde luego. Y yo también. Nos conocimos en una fiesta, y ambos estábamos borrachos. Ni siquiera sabía su nombre, ni ella el mío. Era lo que ella quería. Ambos queríamos follar. ¿Qué hay de malo en eso?

—Yo no digo que...

—¿A ti nunca te ha pasado? Te ha pasado. Me lo dijiste tú misma. ¿Y no está ahí parte de la gracia, precisamente?

—Quizá sí —admití—. Pero también parte de la vergüenza, después.

—Para mí no. —Me miró, desafiante, y me di cuenta de que estaba enfadado—.

Yo no creo que tengamos que preocuparnos por cosas que ya hemos hecho y no podemos cambiar.

Intenté controlar mi voz. No quería llorar.

—Aquella noche, después de la boda, en la cabaña... Yo quería, Adam. Quería que hicieras conmigo lo que se te antojara. Sin embargo, al día siguiente, cuando me desperté, me sentí muy mal. Pensé que habíamos ido demasiado lejos, que nos habíamos pasado.

Adam me sirvió más vino, y luego se sirvió también él. No lo había advertido, pero casi nos habíamos terminado la botella.

—¿Nunca has sentido nada parecido? —pregunté.

—Sí.

—¿Después de follar?

—No necesariamente. Pero sé a qué te refieres. —Hizo una mueca y añadió—: Conozco ese sentimiento.

Nos bebimos el vino, y las llamas de las velas vacilaron.

—El pescado ya casi estará marinado —dije.

—Sería incapaz de violar a una mujer.

—Ya lo sé —dije. Pero pensé: ¿cómo lo sabes?

—¿Quieres que prepare el pescado?

—No, todavía no.

Titubeé. Era como si mi vida pendiera de un hilo. Podía elegir el camino. Podía confiar en él y volverme loca. Podía desconfiar de él y volverme loca. Al fin y al cabo, desde donde me encontraba, el resultado final no variaba mucho. Fuera estaba oscuro, y se oía llover. Las velas ardían con una luz parpadeante, proyectando sombras que danzaban en las paredes. Me levanté y fui hacia donde Adam había tirado las correas de cuero.

—Vamos, Adam.

Él no se movió de la silla.

—¿Qué me estás diciendo? —me preguntó.

—Te estoy diciendo que sí.

* * *

Pero no era un «sí» convencido. Al día siguiente, en la oficina llamé por teléfono a Lily, y quedé con ella por la tarde, a la salida del trabajo. No quería volver a su sórdido apartamento en aquel sótano. No soportaba la idea de sentarme otra vez encima de aquellas sucias sábanas, rodeada de viejas fotografías de Adam. Le propuse que nos encontráramos en la cafetería de John Lewis, en Oxford Street: era el sitio más neutro y con menos ambiente que se me ocurría.

Lily ya estaba allí cuando llegué yo, bebiéndose un cappuccino y comiéndose un enorme bollo recubierto de chocolate. Llevaba unos pantalones negros de lana, un jersey peludo de color morado y botines, e iba sin maquillar. Se había recogido el rubio cabello en un moño suelto. La encontré bastante normal y, cuando me sonrió, bastante dulce. No tan desquiciada. Le devolví la sonrisa, un tanto vacilante. No quería encariñarme con ella.

—¿Problemas? —me preguntó cordialmente cuando me senté a la mesa.

—¿Quieres otro café? —repliqué yo.

—No, gracias. Pero no me importaría zamparme otro bollo. No he comido nada en todo el día.

Pedí un cappuccino para mí y otro bollo para Lily. La miré por encima del borde de la taza. No sabía por dónde empezar. Era evidente que a Lily no le importaba aquel silencio, ni mi inquietud. Comía con apetito, manchándose la barbilla de chocolate. Pensé que parecía una niña pequeña.

—El otro día no terminamos la conversación —dije sin convicción.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó ella bruscamente—. Señora Tallis —añadió.

Sentí una oleada de rabia.

—No me llamo señora Tallis. ¿Por qué me llamas así?

—¡Oh, por favor!

No insistí en eso. Al fin y al cabo, hacía varios días que no recibíamos llamadas ni cartas. No se habían repetido desde que había abordado a Jake en la calle.

—¿Fue Adam alguna vez violento contigo?

Lily soltó una risotada.

—Quiero decir violento de verdad —aclaré.

Se limpió la boca. Aquello le estaba gustando.

—Lo que quiero saber es si alguna vez te hizo algo sin tu consentimiento.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo voy a saberlo? Eso no tiene nada que ver. Ya sabes cómo es él. —Me sonrió—. Por cierto, ¿cómo crees que reaccionaría si se enterara de que has hablado conmigo, de que vas por ahí comprobando sus antecedentes? —Volvió a soltar una risita.

—No sé qué diría.

—No me refiero a lo que diría. ¿Qué haría?

No contesté.

—No me gustaría estar en tu lugar. —De pronto se estremeció y se apoyó en la mesa, hasta que su cara quedó muy cerca de la mía. Tenía un poco de chocolate en los dientes, blancos y perfectos—. Aunque por otra parte me encantaría, claro.

Cerró los ojos, y tuve la espantosa sensación de que Lily estaba rememorando ante mis narices algún momento de lujuria con Adam.

—Me voy —dije.

—¿Quieres que te dé un consejo?

—No —respondí precipitadamente.

—No intentes interponerte en su camino ni cambiarlo. No funcionará. Síguele la corriente.

Lily se levantó y salió del bar. Yo pagué la cuenta.

Fui directamente hacia donde estaba Klaus y le di un beso. Él me abrazó.

—Felicidades —dije.

—¿Has visto qué fiesta? —Me sonrió, radiante. Luego su sonrisa se volvió irónica—. Ya lo ves, toda esa gente no murió en la montaña en vano. Al menos la tragedia ha servido para que yo publique un libro. Nadie podrá decir que no me aprovecho de las desgracias de los demás.

—Supongo que para eso están los demás —repuse, y nos soltamos.

—¿Dónde está tu marido, el héroe? —me preguntó Klaus mirando alrededor.

—Por ahí, escondido entre la multitud, sacándose de encima a los admiradores. ¿Ha venido alguien más de la expedición?

Klaus echó un vistazo a la sala. La fiesta de presentación de su libro se celebraba en la biblioteca de la Sociedad de Alpinismo de South Kensington. Era una habitación amplia y tenebrosa, con las paredes cubiertas de estantes llenos de volúmenes encuadernados en piel; pero también había botas de senderismo, viejas y resquebrajadas, expuestas en cajas de cristal; piolets colgados en las paredes, como si fueran trofeos, y fotografías de hombres agarrotados, vestidos con prendas de *tweed*, y de montañas, muchísimas montañas.

—Greg anda por ahí.

Me quedé perpleja.

—¿Greg? ¿Dónde está?

—Allí, en el rincón, hablando con aquel anciano. Ve y preséntate tú misma. El otro es lord Montrose. Es un alpinista de la época dorada de las ascensiones al Himalaya, cuando consideraban innecesario ponerles crampones a los porteadores.

Me abrí paso entre la gente. Vi a Deborah en un rincón. Había muchas mujeres altas y de aspecto saludable. No pude evitar imaginarme con cuáles se habría acostado Adam. Qué estúpida. Greg estaba hablando con lord Montrose, o, mejor dicho, gritándole al oído, cuando me acerqué a ellos. Me quedé un momento allí plantada, hasta que Greg se dio la vuelta y me miró con recelo. Quizá me tomó por una periodista. Greg encajaba perfectamente con la imagen del clásico alpinista que yo tenía antes de conocer a Adam y a sus amigos. No era tan alto como ellos. Llevaba el cabello largo y despeinado, y una barba larguísima, como el tipo del poema humorístico de Edward Lear, que encontraba dos alondras y un carrizo en la suya. Debía de tener treinta y tantos años, pero tenía unas marcadas arrugas en la frente y alrededor de los ojos. Lord Montrose me miró, y luego fue caminando hacia atrás hasta mezclarse con la multitud, como si yo fuera un imán que lo repelía.

—Me llamo Alice Loudon —le dije a Greg—. Acabo de casarme con Adam

Tallis.

—¡Oh! —dijo él—. Felicidades.

Nos quedamos un momento callados. Greg giró la cabeza para mirar la fotografía que había colgada en la pared, junto a nosotros.

—Mira —dijo—. Durante una de las primeras expediciones a ese pico, un párroco victoriano se echó hacia atrás para contemplar mejor el paisaje y arrastró con él a cuatro colegas suyos. Aterrizaron entre sus propias tiendas, que, desgraciadamente, estaban nueve mil pies más abajo. —Se acercó a la siguiente fotografía—. El K2. Precioso, ¿verdad? En esa montaña han muerto casi cincuenta personas.

—¿Dónde está el K1?

Greg se rió.

—Ya no existe. En 1856, un teniente británico que trabajaba en la gran Medición Trigonométrica de la India escaló una montaña y vio dos picos en la cordillera de Karakorum, a unos doscientos kilómetros de distancia. Los marcó como K1 y K2. Más tarde descubrieron que el K1 ya tenía nombre: Masherbrum. Pero el K2 se quedó con ese nombre.

—Tú lo has escalado —comenté. Greg no dijo nada. Yo sabía qué tenía que decir, y lo solté de golpe—. ¿Has hablado con Adam esta noche? Tienes que hacerlo. Está muy disgustado por lo que ha salido en los periódicos sobre el Chungawat. ¿Quieres que te acompañe? Así también me harás un favor a mí: lo rescataremos de todas esas mujeres hermosas que lo adoran.

Greg no me contestó. Miró alrededor, como hace la gente en las fiestas cuando no presta mucha atención a su acompañante y quiere ver si hay alguien más interesante con quien hablar. Debía de saber que yo no era alpinista, y parecía que no le interesaba mucho lo que yo pudiera contarle, de modo que me sentí incómoda.

—Así que está disgustado —dijo entonces en voz baja, pero sin mirarme—. ¿Y por qué?

¿Por qué me había metido en eso? Inspiré hondo.

—Porque lo cuentan de una manera que no refleja lo que realmente ocurrió en la montaña, con la tormenta y todo eso.

Entonces, finalmente, Greg se volvió y me miró, y soltó una risita cansada. Hizo un esfuerzo, como si aquello todavía le resultara muy doloroso, y dijo:

—Creo que la persona que dirige una expedición tiene que responsabilizarse de lo que ocurra en ella.

—No era un paseo por el campo —repuse—. Todos los miembros de la expedición sabían que iban a un lugar muy peligroso. No puedes garantizarle a nadie el tiempo que va a hacer en la montaña, como si fuera una excursión de fin de semana.

El rostro de Greg se arrugó aún más. Era como si todo el tiempo que había pasado en el Himalaya, expuesto al sol y a una atmósfera pobre en oxígeno, le hubiera

proporcionado el aura de un viejo monje budista. En el centro de aquella cara descuidada y quemada había unos ojos preciosos, azules, como de niño. Tuve la impresión de que Greg cargaba con toda la culpa de lo que había ocurrido. Me cayó muy bien.

—Sí, Alice —respondió—. Es verdad.

No lo dijo como una disculpa, sino como un ejemplo más de su error.

—Me gustaría que hablaras con Adam de todo esto —dije, desesperada.

—¿Para qué quieres que hable con Adam? ¿Qué me va a decir él?

Reflexioné un momento, intentando aclarar mis ideas.

—Te diría —dije finalmente— que allí arriba, a ocho mil metros, todo es diferente, y que no se puede juzgar lo ocurrido.

—El problema —replicó Greg, casi con desconcierto— es que yo no estoy de acuerdo con eso. Ya sé que... —Se interrumpió un momento—. Ya sé que Adam opina que allí arriba todo es diferente. Pero creo que sí se puede juzgar el comportamiento de las personas en la cima de las montañas, como en cualquier otro sitio. El único problema es acertar.

—¿Qué quieres decir?

Greg suspiró y miró alrededor para ver si alguien nos estaba escuchando. Afortunadamente no había ningún curioso. Bebió un sorbo de su copa, y luego otro. Yo bebía vino blanco, y él *whisky*.

—¿Tengo que castigarme otra vez? Quizá fue un error que me llevara a unos escaladores relativamente inexpertos al Chungawat. Creí que todo estaba minuciosamente preparado. —Me miró fijamente, con una dureza asombrosa—. Quizá todavía lo crea. Me puse enfermo en la montaña, muy enfermo, y tuvieron que arrastrarme hasta el campo base. Fue una tormenta terrible, de las peores que he visto en el mes de mayo. Pero yo creía que había ideado un sistema infalible de cuerdas fijas y de apoyo, utilizando a los portadores y a los guías profesionales. —Nos miramos, y entonces su rostro se relajó y adoptó una expresión de profunda tristeza—. Pero murieron cinco personas, dirás, o dirá la gente. Y entonces parece..., bueno, inoportuno ponerse a discutir sobre si la cuerda se soltó o si aquel pitón no estaba bien asegurado o si aquel mosquetón era defectuoso, o sobre si yo tenía la mente ocupada en otras cosas. —Se encogió de hombros.

—Lo siento —dije—. Los aspectos técnicos se me escapan.

—Ya —dijo Greg—. Es lo que le pasa a la mayoría de la gente.

—Pero entiendo de emociones, de las secuelas. Para los demás también fue algo terrible. He leído el libro de Klaus. Él lamenta profundamente no haber podido hacer nada. Y Adam también. Sigue torturándose porque no logró salvar a su novia, Françoise.

—Su exnovia —puntualizó Greg. No parecía consolado.

De pronto se nos acercó una joven.

—Hola —dijo alegremente—. Soy Kate, de la editorial de Klaus.

Hubo una pausa durante la cual Greg y yo nos lanzamos una mirada de complicidad.

—Yo soy Alice —dije.

—Y yo Greg.

El rostro de la joven se iluminó.

—Ah, tú fuiste...

Entonces, aturdida, se interrumpió y se ruborizó.

* * *

—Fue bochornoso —dije—. Hubo una pausa tremenda, como un agujero negro. Evidentemente Greg no podía terminar su frase e identificarse como el responsable de todo el desastre, y yo no creí que me correspondiera a mí sacar del apuro a aquella chica. Así que fue poniéndose cada vez más colorada, y al final se marchó sin decir nada. Fue... ¡Oye! ¡Tengo frío!

Adam me había quitado el edredón.

—¿De qué hablaste con Greg?

Mientras hablaba, fue moviéndome las extremidades y dándome la vuelta como si yo fuera un maniquí.

—Tenía que conocer a una persona que ha representado tanto en tu vida. Y quería decirle lo disgustado que estabas por la cobertura periodística. —Intenté volverme para mirar a Adam a la cara—. ¿Te importa?

Noté sus manos en la parte de atrás de mi cabeza; entonces Adam me agarró el cabello con fuerza y me apretó la cara contra el colchón. No pude evitar gritar.

—Sí, claro que me importa. No tiene nada que ver contigo. ¿Qué vas a saber tú? —Yo tenía lágrimas en los ojos. Intenté darme la vuelta, pero Adam me sujetaba contra la cama con un codo y una rodilla, al tiempo que recorría mi cuerpo con los dedos—. Tienes un cuerpo inagotablemente hermoso —dijo con ternura, acariciándome la oreja con los labios—. Estoy locamente enamorado de cada centímetro de tu cuerpo, y estoy locamente enamorado de ti.

—Sí —gemí.

—Pero —prosiguió, y su tono de voz se endureció, aunque seguía hablando en susurros— no quiero que te metas en lo que no te importa, porque me fastidia mucho. ¿Entendido?

—No —dije—. No entiendo nada. No estoy de acuerdo.

—Alice —dijo Adam en tono de reproche, acariciándome la espalda—. No tiene que importarte mi mundo particular, mi pasado. Lo que importa es que estamos juntos, aquí, en esta cama.

De pronto sentí una punzada de dolor.

—Me haces daño —grité.

—Espera —dijo él—. Espera, lo único que tienes que hacer es relajarte.

—No, no puedo —protesté, retorciéndome, pero él me apretó contra la cama, impidiéndome casi respirar.

—Relájate y confía en mí —insistió Adam con dureza—. Confía en mí.

Noté un fuerte dolor que recorrió todo mi cuerpo, como un destello de luz que podía ver además de sentir, y que me recorría y que no podía detener, y oí un grito que parecía proceder de otro sitio. Pero era yo la que gritaba.

* * *

Mi médica de cabecera, Caroline Vaughan, sólo tiene cuatro o cinco años más que yo, y cuando voy a verla, generalmente para que me recete algo o me ponga alguna vacuna, siempre tengo la sensación de que si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias seríamos buenas amigas. Lo cual hacía que en esta ocasión me sintiera un tanto incómoda. La había llamado por teléfono y le había pedido que me hiciera un hueco. Sí, era urgente. No, no podía esperar hasta mañana. La exploración interna resultó muy dolorosa, y tuve que morderme los nudillos para no gritar. Caroline había estado charlando conmigo, pero de pronto enmudeció. Al cabo de un rato se quitó los guantes y noté sus tibios dedos sobre mi hombro. Me dijo que ya podía vestirme, y oí cómo se lavaba las manos. Cuando salí de detrás del biombo, ella ya estaba sentada a su mesa, anotando algo. Levantó la cabeza.

—¿Puedes sentarte? —me dijo.

—Creo que sí.

—Estoy sorprendida. —Su expresión era muy seria, casi sombría—. Supongo que no te sorprenderá saber que tienes una fisura anal considerable.

Intenté mirar a Caroline con serenidad, como si se tratara de una gripe.

—¿Entonces?

—Seguramente se curará sola, pero tienes que comer mucha fruta y mucha fibra durante unos días, para que no empeore. También te voy a recetar un laxante suave.

—¿Y ya está?

—¿Qué quieres decir?

—Me duele mucho.

Caroline meditó durante un momento y anotó algo más en la receta.

—Esto es un gel anestésico que te aliviará el dolor. Ven a verme la semana que viene. Si no se ha curado, quizá tengamos que hacer una dilatación anal.

—¿Qué es eso?

—No te preocupes. Es una operación muy sencilla, pero hay que practicarla con anestesia general.

—Dios mío.

—No te preocupes.

—Vale.

Dejó el bolígrafo en la mesa y me entregó las recetas.

—Alice, no voy a soltarte un sermón. Pero, por favor, trata tu cuerpo con más respeto.

Asentí. No se me ocurría nada que decir.

—Tienes cardenales en la parte interna del muslo —continuó—. En las nalgas, en la espalda e incluso en el lado izquierdo del cuello.

—Ya te habrás fijado en que llevo una camisa de cuello alto.

—¿Quieres contarme algo?

—No es lo que parece, Caroline. Acabo de casarme. Se ve que se nos fue un poco la mano.

—Supongo que tengo que felicitarte —dijo Caroline, pero no sonrió al decirlo.

Me levanté para marcharme, e hice una mueca de dolor.

—Gracias —dije.

—Alice.

—¿Sí?

—El sexo violento...

—No es eso, de verdad...

—Como te decía, el sexo violento puede ser una espiral de la que resulta muy difícil salir. Es como los malos tratos.

—No. Te equivocas. —Estaba acalorada. Me sentía furiosa y humillada—. Muchas veces el sexo está relacionado con el dolor, ¿no? Y con el poder, y la sumisión, y esas cosas.

—Sí, por supuesto. Pero no con las fisuras anales.

—No.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Sí.

No me costó mucho localizarla. Tenía la carta, que había leído infinidad de veces, hasta dolerme los ojos. Sabía su nombre; su dirección aparecía en el membrete del papel de carta. No tuve más que llamar a información desde la oficina, una mañana, y me dieron su número de teléfono. Pasé unos minutos contemplando los dígitos que había anotado en el dorso de un sobre usado, y preguntándome si de verdad iba a llamarla. ¿Por quién podía hacerme pasar? ¿Y si contestaba otra persona? Fui a la máquina de bebidas, cogí una taza de té y me senté en mi despacho, con la puerta cerrada por dentro. Me puse un cojín blando debajo, pero aun así me dolía.

El teléfono sonó bastante rato. Debía de haber salido; seguramente estaría en el trabajo. En parte sentí alivio.

—Hola.

No, no había salido. Carraspeé y dije:

—Hola, ¿es usted Michelle Stowe?

—Sí.

Tenía una voz aguda y débil, con un ligero acento del *West Country*.

—Me llamo Sylvie Bushnell. Soy una compañera de Joanna Noble, del *Participant*.

—¿Sí? —La voz adoptó un tono cauteloso, vacilante.

—Joanna me ha pasado su nota, y pensé que quizá querría hablar conmigo de ello.

—No —me contestó—. No debí escribirla. Estaba enfadada.

—Sólo queríamos conocer su versión de la historia.

Hubo un silencio.

—Michelle... —insistí—. Sólo tendría que contarme lo que a usted le parezca.

—No.

—Si quiere puedo ir a donde usted me diga.

—No quiero que publique usted nada en el periódico, a menos que yo lo autorice.

—Delo por hecho —dije.

Michelle parecía reacia, pero al fin accedió, y le dije que iría a verla al día siguiente. Vivía a sólo cinco minutos de la estación. Resultó muy fácil.

* * *

En el tren no leí nada. Iba maldiciendo cada sacudida del vagón, y mirando por la

ventana cómo la ciudad dejaba paso a un paisaje campestre. Hacía un día frío y húmedo. La noche anterior Adam me había dado un masaje con aceite. Había tenido mucho cuidado con la herida, y me había acariciado los hinchados y amoratados rasguños, como si fueran gloriosas heridas de guerra. Me bañó y me envolvió con dos toallas, y me puso una mano en la frente. Estaba enormemente solícito, orgulloso de mí por mi sufrimiento.

El tren entró en un largo túnel, y vi mi cara reflejada en la ventana: delgada, los labios hinchados, con ojeras, despeinada. Saqué un cepillo y una goma de mi bolso y me hice una cola de caballo. Entonces caí en la cuenta de que ni siquiera había cogido una libreta ni un bolígrafo. Ya los compraría cuando llegara a la estación.

Michelle Stowe me abrió la puerta con un bebé agarrado al pecho. El niño estaba mamando; tenía los ojos cerrados y la carita arrugada y colorada. La boca trabajaba con voracidad. Cuando crucé el umbral, el niño se soltó un segundo, y lo vi hacer un movimiento instintivo: abrió la boca, aflojó los puños y buscó a tientas con los dedos. Entonces volvió a encontrar el pezón y siguió mamando rítmicamente.

—Enseguida acabo de darle de mamar —dijo Michelle.

Me condujo a una pequeña habitación con un enorme sofá marrón. Había un radiador encendido. Me senté en el sofá y esperé. Oí a Michelle arrullando al bebé, y al bebé lloriqueando. Había un dulce aroma a polvos de talco. En la repisa de la chimenea vi fotografías del bebé, a veces con Michelle, y a veces con un hombre delgado y calvo.

Al cabo de un rato apareció Michelle sin el bebé, y se sentó en el otro extremo del sofá.

—¿Quieres un té, o alguna otra cosa?

—No, gracias.

Parecía más joven que yo. Tenía el cabello castaño y rizado, y unos labios carnosos y pálidos en una cara redonda y atenta. Toda ella era blanda: los brillantes rizos de su cabello, sus pequeñas y blancas manos, sus redondeados pechos, su vientre de parturienta. Parecía voluptuosa y cómoda, envuelta en su vieja rebeca de color crema, con unas zapatillas rojas y una mancha de leche en la camiseta negra. Por primera vez en la vida sentí un atisbo de instinto maternal. Saqué la libreta de espiral de mi bolso y me la puse en el regazo. Cogí el bolígrafo.

—¿Por qué le escribiste aquella nota a Joanna?

—Me enseñaron la revista —contestó ella—. No sé qué pensaron. Que me había violado un famoso.

—¿Te importaría contármelo?

—¿Por qué no?

No aparté la mirada de la libreta, y de vez en cuando hacía un garabato que pudiera parecer taquigrafía. Michelle hablaba con la tediosa familiaridad de quien cuenta una anécdota que ya ha contado muchas veces. En el momento del incidente (utilizó esa extraña palabra, quizá debido al recuerdo de los trámites policiales y

judiciales), ella tenía dieciocho años y estaba en una fiesta en el campo, en las afueras de Gloucester. La fiesta la había organizado un amigo de su novio («Entonces Tony era mi novio», explicó). Cuando iban a la fiesta se había peleado con Tony, y él la había dejado allí y se había marchado con un par de amigos suyos a un *pub* cercano. Ella estaba enfadada y se sentía incómoda, y se emborrachó rápidamente a base de sidra y vino tinto barato, porque tenía el estómago vacío. Cuando vio a Adam, ya le daba vueltas todo. Michelle hablaba con una amiga, de pie en un rincón, cuando entraron Adam y otro hombre.

—Era atractivo. Seguramente ya habrás visto su fotografía. —Asentí con la cabeza—. Aparecieron aquellos dos chicos, y recuerdo que le dije a Josie: «El rubio para ti, y el moreno para mí».

De momento, su historia coincidía con la de Adam. Dibujé una flor diminuta en la esquina de la hoja.

—¿Qué ocurrió entonces? —pregunté.

Pero Michelle no necesitaba que le hicieran preguntas. Quería contar su historia. Quería hablar con una desconocida y que por fin la creyeran. Creía que yo estaba de su lado, la periodista terapeuta.

—Me acerqué a él y le pregunté si quería bailar conmigo. Bailamos un rato y luego empezamos a besarnos. Mi novio todavía no había regresado. Pensé que le iba a dar una lección. —Me miró para comprobar si aquella confesión me había impresionado—. Y entonces me lancé. Lo besé y metí las manos por debajo de su camisa. Salimos al jardín. Fuera había otras parejas, besándose y eso. Él me llevó a los arbustos. Es muy fuerte. Bueno, es alpinista, ¿no? Cuando todavía estábamos en el jardín, delante de toda aquella gente, me desabrochó un poco el vestido. —Inspiró bruscamente, produciendo una especie de sollozo—. Ya sé que suena estúpido, no soy ninguna inocentona, pero yo no quería... —Se detuvo, y luego suspiró—. Sólo quería pasarlo bien un rato —dijo sin convicción.

Levantó las manos y se apartó el cabello de la cara. Parecía demasiado joven para haber tenido dieciocho años hacía ocho años.

—¿Qué pasó, Michelle? —insistí.

—Nos alejamos de los demás y nos escondimos detrás de un árbol. Seguíamos besándonos, y a mí no me parecía mal. —Ahora hablaba en voz muy baja, y tuve que inclinarme hacia delante para oír lo que decía—. Entonces él me puso una mano entre las piernas, y al principio se lo permití. Luego le dije que ya tenía suficiente, que quería volver adentro. De pronto me sentí muy incómoda. Pensé que mi novio podía llegar en cualquier momento. Él era tan alto y tan fuerte... Y si abría los ojos lo veía mirándome fijamente, y si los cerraba me sentía muy mareada, y todo me daba vueltas. Estaba muy borracha.

Mientras Michelle me describía la escena, traté de concentrarme en las palabras, y no formarme imágenes a partir de ellas. Cuando levantaba la cabeza para hacer un gesto afirmativo y animarla a continuar, intentaba no enfocar del todo su cara, de

modo que viera sólo una pálida y desdibujada extensión de piel. Me dijo que intentó separarse de él. Adam le quitó el vestido, lo arrojó a los arbustos y volvió a besarla. Esta vez le hizo un poco de daño al besarla, y también con la mano, que no retiraba de su entrepierna. Michelle empezó a asustarse. Intentó soltarse de sus brazos, pero él la asió con más fuerza. Intentó gritar, pero él le tapó la boca con la mano para que nadie la oyera. Michelle recordaba haber intentado decir «por favor», pero los dedos de él se lo impidieron. «Pensé que si me oía suplicarle pararía», dijo, y vi que estaba a punto de llorar. Dibujé un gran cuadrado en mi libreta, y otro más pequeño dentro. Escribí aquellas palabras dentro del cuadrado pequeño: «Por favor».

—No podía creer que aquello me estuviera pasando a mí. Seguía pensando que al final pararía. Las violaciones eran otra cosa: un hombre enmascarado saltaba sobre una en un callejón oscuro, o algo así. Me tumbó en el suelo. La hierba me pinchaba la espalda. Tenía una ortiga debajo de la pantorrilla. Él seguía tapándome la boca con una mano. La retiró un momento para besarme, pero ya no lo percibí como un beso, sino como otro tipo de mordaza. Luego volvió a taparme la boca con la mano. Creí que iba a vomitar. Me puso la otra mano entre las piernas e intentó estimularme. Y lo hizo con empeño. —Michelle me miró y añadió—: No pude evitar sentir cierto placer, y eso fue lo peor de todo, no sé si me entiendes. —Volví a asentir—. Si una quiere que la violen, no existe violación, ¿no? ¿No?

—No lo sé.

—Entonces lo hizo. No sabes la fuerza que tiene. Me dio la impresión de que disfrutaba haciéndome daño. Yo me quedé allí tumbada, inmóvil, esperando a que él terminara. Después de correrse, volvió a besarme, como si todo aquello lo hubiéramos hecho de mutuo acuerdo. Yo no podía hablar, no podía hacer nada. Él fue a buscar mi vestido y mis bragas. Yo estaba llorando, y él me miró con curiosidad. Entonces me dijo: «Es sólo sexo», o «No es más que sexo», o algo parecido, y se marchó. Me vestí y volví a la casa. Vi a Josie con el chico rubio, y ella me guiñó un ojo. Él estaba bailando con otra chica. Ni siquiera me miró.

Michelle parecía como atontada, casi indiferente. Había contado aquella historia demasiadas veces. Le pregunté, con un tono de voz neutro, cuándo había ido a la policía. Me dijo que había esperado una semana.

—¿Por qué tardaste tanto?

—Me sentía culpable. Estaba borracha, lo había incitado, había engañado a mi novio.

—¿Qué fue lo que finalmente te decidió a denunciarlo?

—Mi novio se enteró de lo que había pasado. Nos peleamos, y él me dejó. Estaba muy desorientada, y fui a la policía.

De pronto giró la cabeza, se levantó y salió de la habitación. Inspiré hondo varias veces para tranquilizarme antes de que Michelle regresara con su bebé. Volvió a sentarse, con el niño en los brazos. De vez en cuando le ponía el meñique en la boca, y él lo chupaba con fruición.

—La policía me trató muy bien. Todavía tenía algunos cardenales. Él... me hizo cosas, y el médico presentó un informe. Pero el juicio fue espantoso.

—¿Qué pasó?

—Declaré, y entonces me di cuenta de que era a mí a quien estaban juzgando. El abogado me interrogó sobre mi pasado. Sobre mi pasado sexual, claro. Me preguntó con cuántos hombres me había acostado. Luego me hizo contar lo que había pasado en la fiesta. Tuve que explicar que me había peleado con mi novio, cómo iba vestida, cuánto había bebido, que yo lo había besado a él primero, que lo había incitado. Él, Adam, estaba sentado en el banquillo de los acusados, con expresión triste y seria. El juez suspendió el juicio. Yo quería morirme allí mismo: de pronto todo parecía horriblemente sucio. Mi vida entera. Jamás he odiado tanto a nadie como lo odié a él.

—Hizo una pausa y concluyó—: ¿Me crees?

—Has sido muy sincera —dije.

Pero ella esperaba algo más de mí. Tenía una cara regordeta e infantil, y me miraba con apremio. Sentí lástima de ella, y también de mí misma. Michelle levantó al bebé y hundió la cara en el mullido acordeón de su cuello. Me puse de pie.

—Y también muy valiente —agregué haciendo un esfuerzo.

Ella alzó la cabeza y me miró.

—¿Piensas hacer algo con esto?

—Hay algunos problemas legales. —Lo último que quería era que se hiciera ilusiones.

—Ya —dijo ella con tono fatalista. Por lo visto no tenía grandes esperanzas—. ¿Qué habrías hecho tú, Sylvie?

La miré a los ojos. Era como si mirara por el otro extremo de un telescopio. De pronto me abrumó la doble traición que estaba cometiendo.

—No sé qué habría hecho —contesté. Entonces se me ocurrió una cosa, y pregunté—: ¿Vas mucho a Londres?

Ella frunció el entrecejo, desconcertada.

—¿Con éste? —preguntó—. ¿Para qué iba a ir?

Me pareció sincera; además, las llamadas telefónicas y las notas habían cesado.

El bebé se puso a llorar, y Michelle lo apoyó contra su pecho; el niño se quedó allí con las manos apoyadas en el pecho de su madre, como un pequeño escalador pegado a una pared rocosa. Sonreí y dije:

—Tu hijo es precioso. Tienes mucha suerte.

Michelle esbozó una sonrisa de agradecimiento y dijo:

—Sí, ¿verdad?

—¿Que has hecho qué?

Siempre había creído que la expresión «quedarse boquiabierto» era una metáfora o una exageración poética, pero no había ninguna duda: Joanna Noble se quedó con la boca abierta.

En el tren, en el viaje de regreso, horrorizada y afligida, tuve una especie de ataque de pánico, pues de pronto me di cuenta de lo que había hecho. Me imaginé a Michelle llamando al *Participant* y preguntando por Sylvie Bushnell para añadir algo a su relato, y enterándose de que allí no trabajaba nadie que se llamara así, y luego preguntando por Joanna. No les costaría mucho descubrirme. ¿Qué pensaría Michelle de lo que le habían hecho? Por otra parte estaba la cuestión, no del todo irrelevante, de qué me pasaría a mí. Aunque no hubiera violado la ley exactamente, me imaginaba explicándole a Adam lo que había hecho.

Solucioné el asunto, en la medida de lo posible, inmediatamente. Llamé a Joanna Noble desde una cabina telefónica antes de ir a mi casa, y al día siguiente, a la hora del desayuno, fui a verla a su piso de Tufnell Park.

—Se te va a caer la ceniza —dije mirando a Joanna.

—¿Qué? —preguntó ella, estupefacta.

Cogí un platillo que había en la mesa y lo coloqué bajo el cilindro de ceniza que colgaba del cigarrillo que la periodista sujetaba con la mano derecha. Yo misma le di un golpecito al cigarrillo, y la ceniza cayó en el platillo. Me preparé para ampliar mi escueta confesión. Tenía que ser todo lo clara que pudiera.

—Estoy muy arrepentida, Joanna. Déjame contarte lo que hice, y luego me dices lo que piensas de mí. Llamé por teléfono a Michelle Stowe y me hice pasar por una colega tuya del periódico. Fui a su casa a hablar con ella, y me contó lo que le había pasado con Adam. Necesitaba saberlo, y no se me ocurrió ninguna otra forma de averiguarlo. Pero me equivoqué. Lo siento mucho.

Joanna apagó el cigarrillo y encendió otro. Se pasó una mano por el cabello. Todavía iba en bata.

—Pero ¿qué coño te creías que hacías?

—Investigar.

—Ella creía que hablaba con una periodista. Creía que estaba haciendo una valerosa declaración en defensa de las víctimas de violación, y en realidad sólo satisfacía tu curiosidad respecto lo que hacía tu «maridito» —pronunció la palabra con desdén— con su polla antes de casarse contigo.

—No intento defenderme.

Joanna dio una fuerte calada al cigarrillo.

—¿Le diste un nombre falso?

—Sí, dije que me llamaba Sylvie Bushnell.

—¿Sylvie Bushnell? ¿De dónde sacaste ese nombre? Eres...

Pero aquello era demasiado para Joanna. Empezó a reír discretamente, y acabó soltando unas sonoras carcajadas. Apoyó la cabeza en la mesa y dio un par de golpecitos con la frente. Dio otra calada al cigarrillo y se puso a toser y a reír al mismo tiempo. Finalmente se controló y dijo:

—No te cortas, ¿eh? Deberías hacer mi trabajo. Necesito un café. ¿Quieres uno?

Asentí, y, mientras seguíamos hablando, Joanna hirvió agua y puso el café molido en la cafetera.

—¿Y qué te contó?

Le hice un resumen de lo que me había dicho Michelle.

—Hmm —dijo Joanna. No parecía muy desconcertada. Llenó dos tazas de café y nos sentamos frente a frente en la mesa de la cocina—. Y tú ¿cómo te sientes después de su aventura?

Bebí un sorbo de café antes de contestar:

—Todavía estoy intentando ordenar mis ideas. Por una parte estoy conmocionada. Joanna me miró con escepticismo.

—¿De verdad? —dijo.

—Sí, claro.

Encendió otro cigarrillo.

—¿Crees que difiere en algo de lo que leíste en el periódico? Según lo que me cuentas, yo seguiría absolviendo a Adam. Hasta me sorprende que el caso llegara a los tribunales.

—No me importan los tecnicismos legales, Joanna. Lo único que me importa es lo que pasó. Lo que pudo pasar.

—Vamos, Alice, por el amor de Dios. Somos adultas. —Se sirvió un poco más de café—. Mira, yo no me considero una persona particularmente promiscua. Pero a veces me he acostado con un hombre sencillamente para librarme de él, o porque estaba harta de que me persiguiera. A veces me he emborrachado y me he acostado con hombres con los que jamás me habría acostado estando sobria. A veces lo he hecho sin querer hacerlo, y me he arrepentido a la mañana siguiente, o al cabo de diez minutos. En un par de ocasiones me he humillado y me he sentido muy mal. ¿A ti no te ha pasado nunca?

—Alguna vez.

—Lo que quiero decir es que la mayoría de nosotras hemos entrado en esa zona gris y hemos tonteado con lo que de verdad queremos hacer. Mira, es difícil, ya lo sé, pero lo único que digo es que no es lo mismo que cuando un tipo se cuelga por tu ventana con una máscara y una navaja.

—Lo siento, Joanna, pero yo no lo veo tan claro.

—No tienes por qué verlo claro. De eso se trata. Mira, yo no sé cómo es tu

relación con Adam. ¿Cómo os conocisteis?

—Bueno, digamos que no estábamos tomando el té en casa del párroco, precisamente.

—Ya. Cuando conocí a Adam, él fue bastante antipático conmigo. Un poco grosero, me atrevería a decir. Me imagino que su actitud hacia mí era una combinación de desinterés, desconfianza y desdén; y, en cambio, a mí me gustó. Es muy atractivo.

Hubo un silencio que no intenté llenar.

—Lo es, ¿no?

—Es mi marido —dije remilgadamente.

—Alice, por favor, no me vengas con cursilerías. Adam es un fuera de serie. En aquella expedición salvó la vida de varias personas sin ayuda de nadie. Klaus me habló de su vida. Se marchó de Eton cuando tenía dieciséis años y se fue a los Alpes. Pasó dos años allí, y luego se fue al Himalaya, donde estuvo varios años haciendo *trekking* y alpinismo. ¿Cómo te atreviste a encontrar a ese tipo antes que yo?

—Todo eso ya lo sé, Joanna. Pero es duro descubrir ese otro aspecto suyo.

—¿Qué otro aspecto?

—Que puede ser violento, peligroso.

—¿Ha sido violento contigo?

—Bueno... Verás... —Me encogí de hombros.

—Ah, ya. Sí, pero agradablemente.

—No sé si «agradablemente» es la palabra adecuada.

—Hmm —dijo Joanna en señal de aprobación, casi voraz—. Tienes un problema, Alice.

—¿Sí?

—Te has enamorado de un héroe, un hombre extraordinario al que no puedo comparar con nadie que conozca. Es extraño e imprevisible, y supongo que a veces preferirías que fuera un abogado que vuelve a casa todos los días a las seis para cenar, hacerte unos cuantos arrumacos y, una vez por semana, pegar un polvo en la postura del misionero. ¿Cómo fue tu anterior relación?

—Dejé al hombre con el que vivía por Adam.

—¿Cómo era él?

—Muy buena persona. Pero no como el abogado que dices tú. Era divertido, considerado, éramos amigos, compartíamos los mismos intereses, lo pasábamos bien juntos. Y nos entendíamos en la cama.

Joanna se inclinó sobre la mesa y me miró fijamente.

—¿Lo echas de menos?

—Con Adam todo es muy diferente. No hacemos cosas juntos, como solía hacer con otros novios. Nunca estamos juntos sin hacer nada, tranquilamente, como hacía con Jake. Además, todo es tan... tan intenso, tan agotador, en cierto modo. Y el sexo... Sí, lo paso muy bien, pero también me inquieta. Me preocupa. Es como si ya

no conociera las reglas del juego.

—¿Echas de menos a Jake? —insistió Joanna.

Nunca me había planteado aquella pregunta. La verdad es que nunca había tenido tiempo para planteármela.

—No lo he echado de menos ni un solo segundo —dije sin pensarlo.

Era mediados de marzo, y pronto iban a cambiar de nuevo la hora. Los parques estaban llenos de narcisos y azafranes de primavera, la gente parecía más animada, y el sol cada día se alzaba un poco más. Joanna Noble tenía razón: yo nunca sabría lo que había ocurrido en el pasado. Todo el mundo tiene sus secretos y sus traiciones. Todo el mundo tiene algo de que avergonzarse. Es mejor dejar esos episodios oscuros en la oscuridad, donde pueden curarse y desvanecerse. Es mejor alejar los tormentos de los celos y de la curiosidad paranoide.

Sabía que Adam y yo no podíamos pasar el resto de nuestras vidas juntos, encerrados en nuestro mundo particular y explorando mutuamente nuestros cuerpos en habitaciones oscuras y extrañas. Teníamos que abrir una ventana al exterior. Todos los amigos y familiares de los que nos habíamos alejado, obligaciones que habíamos abandonado, películas que no habíamos visto, periódicos que no habíamos leído. Teníamos que comportarnos un poco más como personas normales. Así que salí a comprarme ropa. Fui al supermercado y compré alimentos normales y corrientes: huevos, queso, harina y actividades así. Organicé actividades, como había hecho hasta entonces.

—Mañana iré al cine con Pauline —le dije a Adam cuando llegó a casa.

—¿Por qué? —me preguntó arqueando las cejas.

—Necesito ver a mis amigos. Y he pensado que podríamos invitar a alguien a cenar el sábado.

Adam me miró inquisitivamente.

—Podríamos invitar a Sylvie y a Clive —insistí—. ¿Y qué te parece si invitáramos también a Klaus, o a Daniel, o a Deborah? A quien quieras.

—¿A Sylvie, Clive, Klaus, Daniel y Deborah? ¿A todos?

—¿No te parece bien?

Adam me cogió la mano y me tocó la alianza.

—¿Por qué haces esto? —me preguntó.

—¿Por qué hago qué?

—Ya sabes.

—No ha de ser todo tan... —Busqué la palabra—... intenso. No hay que olvidar las cosas normales de la vida.

—¿Por qué?

—¿Nunca te apetece sentarte a mirar la televisión, sin más? ¿O meterte en la cama temprano con un libro? —De pronto me asaltó el recuerdo de mi último fin de semana con Jake: aquella felicidad doméstica y corriente que yo había echado por la borda alegremente—. Ir a hacer volar una cometa, o a jugar a los bolos.

—¿Bolos? ¿Qué es eso?

—Ya sabes a qué me refiero.

Se quedó callado. Lo abracé, pero él se resistía.

—Adam, te quiero más que a nada en el mundo. Quiero pasar el resto de mis días a tu lado. Pero el matrimonio también consiste en cosas ordinarias: tareas domésticas, obligaciones aburridas, trabajo, peleas, reconciliaciones. Todo. No sólo deseo y pasión.

—¿Por qué? —se limitó a decir Adam. No era una pregunta, sino una declaración

—. ¿Quién lo dice?

Dejé de abrazarlo y fui a sentarme en la butaca. No sabía si estaba enfadada o triste; no sabía si gritar o llorar.

—Quiero tener hijos algún día, Adam. Quiero comprarme una casa y ser una mujer mediocre de mediana edad. Quiero estar contigo cuando sea vieja.

Adam cruzó la habitación, se arrodilló a mis pies y puso la cara en mi regazo. Le acaricié el despeinado cabello.

—Siempre estarás conmigo —dijo.

* * *

A Pauline se le empezaba a notar el embarazo, y su cara, normalmente tan pálida y severa, tenía un aspecto sonrosado y regordete. Llevaba el cabello suelto, cuando antes solía llevarlo recogido. Estaba guapa y rejuvenecida, y parecía feliz. Ambas nos sentíamos un poco incómodas, tímidas, y teníamos que esforzarnos por conversar con naturalidad. Intenté recordar de qué hablábamos cuando nos veíamos antes de que yo conociera a Adam: de todo y de nada en particular, supuse; cotilleos sin importancia, pequeñas confidencias, sencillas intimidades que eran como actos verbales de cariño. Nos reíamos, nos quedábamos calladas, nos peleábamos y hacíamos las paces. Esa noche, en cambio, teníamos que esforzarnos mucho para que nuestra conversación no decayera, y, cada vez que había una pausa, una de las dos se apresuraba a llenarla.

Al salir del cine fuimos a un *pub*. Ella pidió un zumo de tomate, y yo ginebra. Saqué un billete de mi cartera para pagar las bebidas, y al hacerlo se me cayó la fotografía que me había hecho Adam el día que me pidió que me casara con él.

—Qué fotografía tan rara —comentó Pauline al recogerla—. Parece que hayas visto un fantasma.

Guardé rápidamente la fotografía entre las tarjetas de crédito y el carné de conducir. No quería que la viera nadie: era sólo para mí.

Hablamos un poco de la película, que no nos había gustado, hasta que de pronto no pude aguantar más.

—¿Cómo está Jake? —pregunté, como hacía siempre.

—Muy bien —contestó Pauline, al parecer sin comprender.

—No, Pauline. Me refiero a cómo está de verdad. Quiero saberlo.

Pauline me miró con sagacidad. Yo no aparté la mirada, ni sonreí inocentemente, y cuando ella habló fue como una especie de victoria.

—El plan era que os ibais a casar y tener hijos. De pronto cambió todo. Jake me dijo que todo iba bien, y que ocurrió de repente. ¿Es eso cierto?

—Sí —confirmé.

—Está destrozado. Se equivocó contigo. —No dije nada—. Se equivocó, ¿verdad? ¿Lo querías?

Intenté recordar cómo era mi vida con Jake. Ya casi no me acordaba de su cara.

—Claro que lo quería. Y también estabais tú, y la Panda, Clive, Sylvie y los demás, como una gran familia. Creo que pensé lo mismo que Jake. Tenía la sensación de que os estaba traicionando a todos. Todavía lo pienso. Es como si me hubiera convertido en una extraña.

—Entonces se trata sólo de eso, ¿no?

—¿De qué?

—De ser una extraña. Elegir al héroe solitario y dejarlo todo por él. Una gran fantasía. —Hablabas con un tono monótono y ligeramente desdeñoso.

—Eso no es lo que yo quiero.

—¿Te ha dicho alguien que has cambiado mucho en estos últimos tres meses?

—No.

—Pues te lo digo yo.

—¿En qué sentido?

Pauline me miró con aire pensativo, y con una expresión bastante dura, más bien colérica. ¿Qué pretendía? ¿Arremeter contra mí?

—Estás más delgada —dijo—. Cansada. No vas tan pulida como antes. Siempre llevabas la ropa impecable, y el cabello arreglado, y tenías un aire muy sereno. Ahora —me miró fijamente, y me acordé, abochornada, del cardenal que tenía en el cuello— tienes un aspecto un poco... consumido. Enfermizo.

—No, no estoy nada serena —dije, malhumorada y agresiva—. Y no creo que lo haya estado nunca. En cambio, tú estás maravillosa.

Pauline sonrió satisfecha.

—Es el embarazo —susurró—. Deberías probarlo, algún día.

* * *

Cuando llegué a casa, Adam no estaba. A medianoche dejé de esperarlo y me acosté. Permanecí despierta hasta la una, leyendo, atenta al ruido de sus pasos en la escalera. Al final me quedé dormida, pero me despertaba de vez en cuando y miraba

las agujas luminosas del despertador. Adam no llegó hasta las tres. Lo oí quitarse la ropa y ducharse. No pensaba preguntarle dónde había estado. Se metió en la cama y se pegó a mi espalda, limpio y cálido e impregnado de olor a jabón. Me puso las manos sobre los pechos y me besó en el cuello. ¿Por qué se ducha uno a las tres de la madrugada?

—¿Dónde estabas? —le pregunté.

—Dejando respirar nuestra relación, por supuesto.

* * *

Suspendí la cena. Compré la comida y las bebidas, pero después no me vi con fuerzas. El sábado por la mañana entré con las bolsas de la compra; Adam estaba en la cocina, bebiéndose una cerveza. Se levantó de un brinco y me ayudó a guardar las cosas. Me quitó el abrigo y me frotó los dedos, entumecidos de transportar las bolsas desde el supermercado. Me hizo sentar mientras él ponía el pollo asado y los quesos en la pequeña nevera. Me preparó té, me quitó los zapatos y me frotó los pies. Me abrazó como si me adorara, me besó el cabello, y en voz baja me dijo:

—Alice, ¿saliste de Londres la semana pasada?

—No. ¿Por qué?

Me sentía demasiado asustada para pensar con claridad. Notaba los latidos de mi corazón, y estaba convencida de que él debía de notarlos también a través de mi camisa de algodón.

—¿Seguro? —Me besó la barbilla.

—La semana pasada trabajé todos los días, ya lo sabes.

Adam había descubierto algo. Mi cerebro trabajaba a toda velocidad.

—Sí, claro.

Me puso las manos sobre las nalgas. Me sujetó con fuerza y volvió a besarme.

—Un día fui a una reunión en Maida Vale, pero nada más.

—¿Qué día?

—No me acuerdo. —Quizá había llamado a la oficina aquel día, quizá fuera eso. Pero ¿por qué me lo preguntaba ahora?—. El miércoles, si no recuerdo mal. Sí, el miércoles.

—El miércoles. Qué casualidad.

—¿Qué quieres decir?

—Hoy tienes la piel tan sedosa...

Me besó los párpados, y empezó a desabrocharme lentamente los botones de la camisa. Me quedé quieta mientras él me quitaba la camisa. ¿Qué había descubierto? Me desabrochó el sujetador y también me lo quitó.

—Ten cuidado, Adam. Las cortinas están abiertas. Alguien podría vernos.

—No importa. Quítame la camisa. Así. Y ahora el cinturón. Quítame el cinturón de los vaqueros.

Le obedecí.

—Ahora busca en mi bolsillo. Vamos, Alice. No, en ése no, en el otro.

—Aquí no hay nada.

—Sí. Es que es pequeño.

Toqué un pedazo rígido de papel y lo saqué del bolsillo.

—Mira, Alice. Es un billete de tren.

—Sí, ya lo veo.

—Del miércoles de la semana pasada.

—Sí. ¿Y qué?

¿Dónde lo había encontrado? Debía de habérmelo dejado en el abrigo o en el bolso.

—Del mismo día que fuiste a una reunión en... ¿dónde has dicho?

—Maida Vale.

—Eso, Maida Vale. —Empezó a desabrocharme los vaqueros—. Pero ese billete es para Gloucester.

—¿Qué pasa, Adam?

—Dímelo tú.

—¿A qué viene tanto revuelo por un billete de tren?

—Espera. Quítate los pantalones. Estaba en el bolsillo de tu abrigo.

—¿Y qué hacías tú registrándome los bolsillos del abrigo?

—¿Qué hacías tú yendo a Gloucester, Alice?

—No digas tonterías, Adam. No estuve en Gloucester.

Ni se me pasó por la cabeza decirle la verdad. Al menos todavía me quedaba algo de instinto de supervivencia.

—Quítate las bragas.

—No. Basta.

—Gloucester. Qué curioso.

—No estuve en Gloucester, Adam. Mike fue allí hace unos días a visitar unos almacenes. Quizá fuera el miércoles. Quizá ése sea su billete. Pero ¿qué importancia tiene?

—Si es de Mike, ¿qué hacía en tu bolsillo?

—¡Yo qué sé! Mira, si no me crees, llama a Mike y pregúntaselo. Adelante. Te marco el número.

Lo miré desafiante. Sabía que Mike estaba fuera aquel fin de semana.

—Bueno, olvidémonos de Mike y del billete para Gloucester.

—Yo ya lo había olvidado —dije.

Adam me tumbó en el suelo y se arrodilló encima de mí. Parecía a punto de llorar, y le tendí los brazos. Cuando me pegó con el cinturón, por la parte de la hebilla, ni siquiera me hizo mucho daño. Ni la segunda vez. ¿Era aquélla la espiral sobre la que

me había prevenido mi médica de cabecera?

—Te quiero muchísimo, Alice —me dijo después—. No tienes idea de cuánto te quiero. No me dejes nunca. No lo soportaría.

Suspendí la cena, y dije a todos que tenía gripe. La verdad es que estaba tan cansada que era como si estuviera enferma. Nos comimos en la cama el pollo que había comprado, y nos fuimos a dormir temprano abrazados.

Adam se convirtió en un héroe y en un personaje célebre, y empezó a recibir mensajes de admiradores a través de los periódicos y editoriales. La gente le escribía cartas como se las habría podido escribir al doctor Livingstone o a Lawrence de Arabia, complicadas teorías y quejas que ocupaban montones de páginas con una caligrafía minúscula y tinta de colores. Había cartas de adoración escritas por jovencitas que me hacían sonreír y preocuparme un poco. Había una carta de la viuda de Tomas Benn (una de las víctimas del Chungawat), pero estaba en alemán, y Adam no se molestó en traducírmela.

—Quiere verme —dijo con fastidio, y tiró la carta al montón.

—¿Para qué? —pregunté.

—Para hablar —contestó él, cortante—. Quiere que alguien le diga que su marido era un héroe.

—¿Piensas hacerlo?

Adam sacudió la cabeza.

—Yo no puedo ayudarla. Tommy Benn era un ricachón que se metió donde nadie lo llamaba, simplemente.

También había gente que quería hacer expediciones. Y gente con proyectos, ideas, obsesiones, fantasías y mucha palabrería. Adam hacía caso omiso de casi todas aquellas cartas. En un par de ocasiones lo convencieron para ir a tomar una copa, y yo me reunía después con él en algún bar del centro de Londres, donde él le aguantaba el rollo a algún editor de una revista o a algún entusiasta investigador.

Un día recibió una propuesta poco prometedora. Un martes lluvioso, por la mañana, contesté al teléfono y le pasé el auricular a Adam, porque se oía mal y además aquel hombre tenía acento extranjero. Adam fue muy maleducado con él, pero el hombre insistió, y Adam le concedió una cita.

—¿Cómo ha ido? —le pregunté a Adam cuando llegó a casa tarde una noche y fue a coger una cerveza de la nevera.

—No lo sé —dijo, y abrió la botella como lo hacía siempre, golpeando el tapón en el canto de la mesa. Parecía desconcertado, casi pasmado.

—¿Quién era?

—Un hombre muy trajeado que trabaja para una cadena de televisión alemana. Entiende algo de alpinismo. Dice que quieren hacer un documental sobre una escalada. Les gustaría que la dirigiera yo. Cuando yo quiera, donde yo quiera, con quien yo quiera. Cuanto más difícil, mejor, y ellos se encargan de financiar la expedición.

—Es increíble. ¿No estás encantado?

—Tiene que haber gato encerrado. Tiene que haber algo oculto en el plan, pero todavía no he averiguado qué.

—¿Y Daniel? Pensaba que ibas a ir con él el año que viene.

—Daniel me tiene sin cuidado. Eso era sólo por el dinero. No puedo creer que esto sea real.

Por lo visto era real. Hubo otras citas en bares, y luego algunas reuniones. Una noche, tarde, cuando estábamos los dos un poco borrachos, Adam me dijo qué le gustaría hacer. Le gustaría subir al Everest pero sin intentar siquiera llegar a la cima: sólo para limpiar la montaña de toda la porquería, trozos de tiendas y cuerdas desgastadas, botellas de oxígeno vacías, basura, incluso cadáveres que todavía había allí, acurrucados en sus últimos e inútiles refugios. Me pareció una idea muy bonita, y lo animé a esbozarla en un papel, que luego yo pasé a máquina en limpio. La cadena de televisión dijo que sí a todo. Sería un documental fabuloso, con montañas y ecología.

Era maravilloso. Y yo me sentía maravillosamente.

Hasta ahora Adam había sido como un cazo de agua hirviendo que borboteaba y salpicaba en el fogón, y de pronto habían bajado la llama y hervía a fuego lento. Para Adam, la vida éramos el alpinismo y yo, y durante un par de meses lo había sido casi únicamente yo, y yo había empezado a preguntarme si me iba a agotar, a gastarme, por la intensidad de la atención que me dedicaba. Yo quería a Adam, adoraba a Adam, deseaba a Adam, pero ahora sentía un gran alivio, a veces, cuando me tumbaba en la cama con una copa de vino mientras él hablaba de cuántas personas quería llevarse, cuándo quería ir, sin que yo tuviera que aportar nada. Me limitaba a asentir y disfrutar de su entusiasmo. Era agradable, agradable pero intrascendente, y eso me gustaba, pero tuve cuidado de no decírselo a Adam.

Por otra parte, también me estaba tranquilizando con respecto al pasado de Adam. Lo de Michelle era agua pasada, un episodio de juventud que no había que sacar de contexto. Además, ahora Michelle tenía a su hijo y a su marido, y ya no necesitaba mi ayuda. Las anteriores novias de Adam, las que más le habían durado, no tenían mayor importancia para mí que, por ejemplo, las montañas que había escalado. Cuando hablaba con Klaus, Deborah, Daniel o algún otro amigo suyo, si alguna de sus exnovias salía en la conversación yo no prestaba mayor atención. Pero evidentemente a uno le interesa todo lo relacionado con la persona de la que está enamorada, y no decir nada habría sido una afectación. Así que recogía información sobre ellas de aquí y de allá, y empecé a formarme una imagen de ellas, y a ordenarlas cronológicamente.

Una noche estábamos en el piso de Deborah, en el Soho, pero esta vez como invitados. Esperábamos a Daniel. Yo le había sugerido a Adam que Daniel podía acompañarlo en la expedición al Everest. Generalmente Adam no tenía en cuenta los consejos que yo le daba sobre temas relacionados con el alpinismo, pero en esta ocasión no descartó mi sugerencia, sino todo lo contrario. Durante toda la velada,

Daniel y él mantuvieron una larga conversación, y Deborah y yo tuvimos la oportunidad de hablar de nuestras cosas.

Fue una cena sencilla: raviolis comprados en la tienda de enfrente, ensalada de la tienda de la esquina y varias botellas de vino tinto italiano servido en unas copas peligrosamente grandes. Después de cenar, Deborah cogió una de las botellas de la mesa y nos sentamos las dos en el suelo, delante de la chimenea. Me llenó otra vez la copa. Yo no estaba borracha del todo, pero tenía la sensación de que mi contorno se había vuelto borroso y de que había un mullido colchón entre mi cuerpo y el suelo. Deborah se tumbó en el suelo.

—A veces me parece que hay fantasmas en este piso —dijo con una sonrisa.

—¿Te refieres a otras personas que vivieron aquí? —pregunté.

—No —dijo ella riendo—. Me refiero a Adam y a ti. Aquí fue donde empezó todo.

Confíe en que el vino y el fuego disimularan el rubor de mis mejillas.

—Espero que lo dejáramos todo limpio. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

Deborah encendió un cigarrillo y estiró un brazo para coger un cenicero. Luego volvió a tumbarse en el suelo.

—Le sientas muy bien a Adam —dijo.

—¿Tú crees? A veces pienso que no estoy suficientemente integrada en su mundo.

—A eso me refiero, precisamente.

Miré a Adam y a Daniel, que estaban en la mesa, dibujando esquemas y hablando de hojas de cálculo. Deborah me guiñó un ojo.

—Será la colección de basura más sofisticada del mundo. —Se rió.

Volví a mirarlos. Estaba segura de que ni siquiera nos oían.

—Pero su última... novia, Lily, tampoco escalaba, ¿verdad? ¿La conociste?

—Sí, coincidimos alguna vez. Pero lo de Lily no fue importante. Fue sólo una relación de transición. Era buena chica, pero muy pesada. Se pasaba el día lloriqueando. Cuando Adam despertó y se dio cuenta de cómo era, la dejó.

—¿Cómo era Françoise?

—Ambiciosa. Rica. Muy buena alpinista.

—Y guapa, ¿no?

—¿Guapa? —dijo Deborah con ironía—. Sólo para quien le gustan las mujeres delgadas, con piernas largas, bronceadas y con largo y fino cabello negro. Desgraciadamente, a la mayoría de los hombres les gustan.

—Debió de ser terrible para Adam.

—Fue peor para Françoise. Además —dijo haciendo una mueca—, de todos modos ya habían cortado. A Françoise le chiflaban los alpinistas. Eso era lo que más le gustaba de escalar. —Bajó la voz y añadió—: Puede que Adam tardara un tiempo en descubrirlo, pero ya es mayorcito. Ya sabe lo que pasa cuando uno se acuesta con una doctora alpinista.

Ahora ya no había dudas.

—Así que tú y... —señalé a Adam con la cabeza.

Deborah se inclinó hacia mí y puso una mano sobre la mía.

—No significó nada, para ninguno de los dos. Si te lo he dicho es porque no quiero que haya secretos entre nosotras, Alice.

—Claro —dije. No me importaba. No me importaba mucho—. Y antes de Françoise estuvo una chica que se llamaba Lisa, ¿no? —dije, animándola a seguir.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —me preguntó Deborah, sorprendida—. Adam dejó a Lisa cuando se enamoró de Françoise.

—¿Era norteamericana?

—No. Británica. Galesa, o escocesa. También escalaba, creo. Eran una pareja con todas las de la ley —dijo en tono burlón—. Duró varios años. Pero no me interpretes mal. Eran pareja —hizo unas comillas invisibles con los dedos—, pero nunca vivieron juntos. Adam nunca se ha entregado a nadie como a ti. Es muy diferente.

Seguí presionando.

—Siempre había alguien de recambio. Aunque tuviera otras relaciones que no significaban nada, como dices tú, siempre había una relación duradera. Cuando una terminaba, empezaba otra.

Deborah encendió otro cigarrillo y frunció el entrecejo, pensativa.

—Quizá sí. No recuerdo con quién salía antes de salir con Lisa. Quizá no la conocí. Había otra chica cuando lo conocí. ¿Cómo se llamaba? Penny. Se casó con otro viejo amigo mío, un alpinista que se llamaba Bruce Maddern. Viven en Sydney. Hace más de diez años que no los veo. —Me miró y luego volvió a mirar disimuladamente a Adam—. Madre mía, ¿qué estamos haciendo? No tienes que preocuparte por esto. Lo único que importa es que Adam se comprometió con personas con las que no estaba realmente enamorado. —Sonrió—. Puedes confiar en él. No te fallará. Y tú tampoco debes fallarle. He escalado con él, y sé que no tolera que alguien deje de hacer lo que se ha comprometido a hacer.

—Eso que dices suena inquietante —dije, bromeando.

—Por cierto, Alice, ¿no te atrae el alpinismo? ¡Adam! ¿Vas a llevarte a Alice el año que viene?

Adam me miró con gesto afable, y contestó:

—Eso tendrías que preguntárselo a ella.

—¿Yo? —dije, alarmada—. Me salen ampollas en los pies. Me canso mucho y me pongo de mal humor. No estoy en forma. Y lo que de verdad me gusta es estar calentita y arropada. Para mí, la felicidad es un baño caliente y una blusa de seda.

—Por eso deberías escalar —terció Daniel; se nos acercó con dos tazas de café y se sentó con nosotras en el suelo—. Hace unos años fui al Annapurna. Había habido problemas con las provisiones. Siempre surge algún tipo de contingencia. Uno está a veinte mil pies y se da cuenta de que tiene dos mitones izquierdos, por ejemplo. Pero esta vez alguien había encargado cincuenta pares de calcetines en lugar de cinco. Eso

significaba que cada vez que entraba en la tienda podía ponerme un par de calcetines limpios y deleitarme con ese lujo. Si nunca has estado en la montaña, no te imaginas lo que significaba para mí poder meter los pies mojados y fríos en aquellos calcetines secos. Imagínate todos los baños calientes que te has dado en la vida, y ponlos todos juntos.

—Árboles.

—¿Qué? —preguntó Daniel.

—¿Por qué no escaláis árboles? ¿Por qué tienen que ser montañas?

Daniel sonrió abiertamente.

—Creo que esa pregunta se la dejaré al famoso alpinista pirata Adam Tallis.

Adam caviló un momento, y finalmente dijo:

—En la copa de un árbol no puedes posar para que te hagan fotografías. Por eso la mayoría de la gente escala montañas, para que les hagan fotografías en la cima.

—Pero tú no, cariño —dije, y hasta a mí me sorprendió la seriedad con que lo dije.

Nos quedamos callados contemplando el fuego. Bebí un poco de café. Luego, sin pensarlo, me incliné, le cogí el cigarrillo a Deborah, di una calada y se lo devolví.

—No me costaría nada volver a fumar —comenté—. Sobre todo en una noche así, tumbada en el suelo frente a la chimenea, un poco borracha, rodeada de amigos y después de una cena estupenda. —Miré a Adam, que también me estaba mirando. La luz del fuego se reflejaba en su cara—. El verdadero motivo de que no me guste el alpinismo no tiene nada que ver con la comodidad. Creo que a mí también me habría gustado hacer algo así antes de conocer a Adam. Eso es lo más curioso. Adam me ha hecho entender lo maravilloso que es escalar montañas, y al mismo tiempo ha hecho que se me quiten las ganas de probarlo. Si tuviera que hacerlo, me gustaría cuidar de los demás. No me gustaría que tuvieran que cuidar de mí todo el tiempo. —Miré alrededor—. Si escaláramos juntos, vosotros tendríais que arrastrarme. Seguramente Deborah se caería en una grieta, y Daniel tendría que darme sus guantes. A mí no me pasaría nada, pero vosotros pagaríais el pato.

* * *

—Esta noche estabas preciosa.

—Gracias —repose con voz somnolienta.

—Y eso que has dicho de los árboles ha tenido gracia.

—Gracias.

—Casi consigues que te perdone por interrogar a Debbie sobre mi pasado.

—Ah.

—¿Sabes qué es lo que quiero? Quiero que sea como si nuestras vidas hubieran

empezado en el momento en que nos vimos por primera vez. ¿Crees que es posible?

—Sí —contesté.

Pero pensé: no.

La historia que me habían enseñado en el colegio, pero que ahora ya había olvidado en gran parte, estaba organizada en cómodas épocas: la Edad Media, la Reforma, el Renacimiento, los Tudor y los Estuardo. Para mí, la vida anterior de Adam estaba organizada de forma parecida: franjas de tiempo separadas, como las de la arena de colores de esas botellas decorativas. Estaba la época Lily, la época Françoise, la época Lisa, la época Penny. Ahora nunca hablaba con Adam de su pasado: era un tema prohibido. Pero pensaba en él. Recogía pequeños detalles sobre las mujeres a las que había amado, y las encajaba en el cuadro general. Al hacerlo me di cuenta de que había un vacío en la cronología: un hueco donde debería haber habido una mujer que no aparecía. Quizá significaba que había habido un año en que Adam no tuvo ninguna relación estable, pero eso no coincidía con lo que yo empezaba a considerar el patrón de conducta de Adam.

Era como si estuviera mirando a un ser querido que cruzaba el paisaje y se acercaba a mí cada vez más, y de pronto desaparecía en la niebla. Calculé que aquel paréntesis debía de haberse producido ocho años atrás. No quería interrogar a nadie sobre ello, pero cada vez sentía una mayor necesidad de llenar el lapsus. Le pregunté a Adam si tenía fotografías de cuando era más joven, pero me dijo que no. Intenté averiguar, mediante preguntas sin trascendencia, qué hacía él en aquella época, como si al final, uniendo los detalles insignificantes, fuera a obtener una respuesta significativa. Descubrí nombres de picos y rutas peligrosas, y sin embargo no di con la mujer que ocupaba el espacio entre Lisa y Penny. Pero yo era la gran experta en Adam. Tenía que saberlo.

Un fin de semana de finales de marzo volvimos a la casa del padre de Adam. Adam tenía que recoger parte de su material, que guardaba en uno de los grandes edificios anexos de la casa, y había alquilado una furgoneta.

—No tengo que devolverla hasta el domingo. Podríamos buscar un hotel para pasar la noche del sábado.

—Con servicio de habitaciones —sugerí. Ni se me ocurrió proponerle que nos quedáramos en casa de su padre—. Y con cuarto de baño en la *suite*, por favor.

Salimos temprano. Era una hermosa mañana de primavera, fría y despejada. Algunos árboles ya estaban brotando, y la niebla empezaba a levantarse de los campos por los que pasamos en nuestro camino hacia el norte. Todo parecía nuevo y prometedor. Paramos en una estación de servicio de la autopista para desayunar. Adam bebió café y no se comió el pastelito danés que había pedido; yo me comí un enorme bocadillo de beicon (unas fibrosas lonchas rosas entre dos rebanadas de pan blanco) y me bebí una taza de chocolate caliente.

—Me gustan las mujeres con apetito —comentó Adam.

Y me comí también su pastelito.

Llegamos hacia las once, y, como en un cuento de hadas, todo estaba igual que en nuestra visita anterior. Nadie fue a recibirnos, y no había ni rastro del padre de Adam. Entramos en el oscuro vestíbulo, donde montaba guardia el reloj de pie, y nos quitamos los abrigos. En el frío salón había un único vaso vacío en una mesita. Adam llamó a su padre, pero nadie contestó.

—Da lo mismo. Podemos empezar —dijo—. No tardaremos mucho.

Nos pusimos otra vez los abrigos y salimos por la puerta trasera. Había varios edificios anexos de diferentes tamaños detrás de la casa, porque, según me contó Adam, en su día había habido una granja dentro de la finca. La mayoría estaban abandonados y en ruinas, pero había un par a los que les habían hecho algunos arreglos: tenían pizarras nuevas en el techo y no había malas hierbas en la puerta. Al pasar por delante miré por la ventana. En uno de ellos había muebles rotos, cajas con botellas de vino vacías, viejos acumuladores y, encajada en un rincón, una mesa de pimpón sin red. Había varias raquetas de tenis de madera amontonadas en un estante ancho, y un par de bates de críquet. En el estante superior vi varias latas de pintura, con chorretones de diferentes colores. Había otro cobertizo lleno de herramientas: un cortacésped, un par de rastrillos, una guadaña oxidada, palas, horquetas, azadas, grandes sacos de abono y cemento y sierras dentadas.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando unos artilugios plateados colgados de unos grandes ganchos clavados en la pared.

—Trampas para ardillas.

Me habría gustado entrar en uno de los cobertizos, pues a través del cristal roto de la ventana había visto una preciosa tetera de porcelana a la que le faltaba el pitorro asomando de una gran caja de cartón, y una corneta rota colgada de un gancho. Por lo visto era donde se guardaban todos los objetos inservibles, los que nadie quería, pero que nadie se atrevía a tirar. En el suelo había varios baúles y cajas apiladas. Todo parecía muy ordenado y muy triste. Pensé que allí debían de haber guardado los objetos personales de la madre de Adam, donde nadie habría vuelto a tocarlos. Se lo pregunté a Adam, pero él me apartó de la ventana.

—No hay nada interesante, Alice. Sólo son trastos que deberíamos haber tirado hace muchos años.

—¿Nunca entras a echar un vistazo?

—¿Para qué? Mira, aquí es donde guardo mi material.

Jamás hubiera imaginado que tenía tantas cosas. Llenaban casi por completo el largo cobertizo de techo bajo. Todo estaba cuidadosamente empaquetado y almacenado; muchas cajas y bolsas tenían etiquetas, con la enérgica letra de Adam. Había cuerdas, de diferentes grosores y colores, recogidas en grandes rollos. De las vigas colgaba un piolet. Había un par de mochilas, vacías y cerradas para que no les entrara polvo. Una bolsa delgada de nailon era una tienda; la otra, más pequeña, un

saco de dormir de Gore-Tex. Había una caja de crampones junto a otra de clavos largos y delgados, y una llena de diferentes ganchos, tornillos y abrazaderas. En un estante pequeño vi vendas envueltas en celofán, y, en otro más grande, un hornillo de gas, unas cuantas bombonas de butano, tazas de peltre y varias botellas de agua. En un rincón había dos pares de botas de alpinismo gastadas.

—¿Qué hay aquí? —pregunté señalando con el pie un saco blando de nailon.

—Guantes, calcetines, ropa interior térmica y esas cosas.

—Viajas muy cargado.

—Sólo llevo lo imprescindible —repuso Adam mirando alrededor—. Todo tiene su utilidad.

—¿Qué hemos venido a buscar?

—Esto, para empezar. —Levantó una bolsa bastante grande—. Un portaledge. Es una especie de tienda que se puede clavar en la pared de un acantilado. Una vez pasé cuatro días dentro, durante una fuerte tormenta.

—Qué horror —dije, estremeciéndome.

—Se está muy cómodo.

—¿Para qué la quieres?

—No es para mí. Es para Stanley.

Revolvió en un bote lleno de tubos de pomada, sacó dos y se los metió en el bolsillo de la chaqueta. Cogió uno de los piolets que colgaban de la viga y lo dejó junto a la tienda. Luego se puso en cuclillas y empezó a sacar cajitas de cartón y a examinar las etiquetas. Parecía completamente concentrado en la tarea.

—Voy a dar un paseo —dije al cabo de un rato. Adam ni siquiera me miró.

Afuera no hacía frío, así que me quité el abrigo. Fui hacia el huerto. Unas cuantas coles podridas, germinadas antes de tiempo, se balanceaban con el viento, y las malas hierbas trepaban por los entramados para las habichuelas. Alguien se había dejado abierto el grifo de la manguera, y en el centro del huerto había un enorme charco de barro. Era muy deprimente. Cerré el grifo y miré alrededor para ver si el padre de Adam estaba por allí; luego me dirigí, decidida, hacia el desvencijado cobertizo donde había visto la tetera de porcelana y la corneta. Quería mirar en aquellas cajas, ver qué cosas había tenido Adam de pequeño, encontrar fotografías suyas y de su madre.

En la cerradura había una gran llave que giró fácilmente. La puerta se abrió hacia dentro; entré y volví a cerrarla. Alguien había estado allí recientemente, porque la gruesa capa de polvo sólo cubría algunos de los baúles y las cajas, mientras que otros estaban bastante limpios. En un rincón vi el esqueleto de un pájaro. Olía a cerrado.

Pero tenía razón: allí era donde se guardaban los viejos objetos familiares. La tetera formaba parte de un juego de té de porcelana. Algunas tazas todavía tenían manchas marrones, de cuando se utilizaban. Había una caja de embalaje llena de pares de botas de agua. Algunas eran pequeñas. Debían de ser de cuando Adam era niño. El baúl más grande, negro, tenía las iniciales V. T. en la tapa. ¿Cómo se llamaba

su madre? No me acordaba de si Adam me lo había dicho. Lo abrí sigilosamente. Me dije que no hacía nada malo, sólo curioseaba; pero no estaba segura de si Adam opinaría igual que yo. El baúl, repleto de ropa, despedía un fuerte olor a viejo y a bolas de naftalina. Toqué un vestido azul marino de lunares, un chal tejido a ganchillo, una rebeca de color azul lavanda con botones de perla. Eran prendas elegantes pero sencillas. Cerré la tapa del baúl, y abrí una vieja maleta blanca que había junto a él. Estaba llena de ropa de bebé, de Adam. Jerséis con barcos y globos, pantalones de peto rayados, gorros de lana, un mono con capucha de duendecillo, peleles diminutos. Era todo monísimo. También había un faldón de bautizo, amarillento de viejo. En una cómoda a la que le faltaban varios tiradores y que tenía un gran arañazo en un lado, encontré pequeños folletos que resultaron ser revistas escolares y boletines de notas. De las dos niñas y de Adam, de Eton. Abrí uno al azar, de 1976. Adam debía de tener doce años. Era el año en que murió su madre. Matemáticas: «Si Adam empleara sus aptitudes en aprender en lugar de molestar...», rezaba el informe escrito con tinta azul y pulida caligrafía. Cerré el boletín. Aquello no era curiosear, sino espiar.

Fui al otro extremo de la habitación. Quería buscar fotografías, pero lo que encontré fueron cartas, en una cajita atada con una cinta. Al principio pensé que serían cartas de la madre de Adam, no sé por qué. Quizá porque andaba buscando algún rastro de ella, y porque la letra era de mujer. Pero, cuando cogí las primeras y las hojeé, me di cuenta enseguida de que eran de muchas personas diferentes, y que las letras eran distintas. Empecé a leer la primera del montón, escrita con bolígrafo azul, y se me cortó la respiración.

«*Queridísimo Adam*», empezaba la carta. Era de Lily. Sentí escrúpulos y paré de leer. Dejé las cartas en la caja, pero luego volví a cogerlas. No las leí de cabo a rabo, pero no pude evitar fijarme en algunas frases memorables, que sabía que no podría olvidar. Me limité a mirar de quién eran. Parecía una arqueóloga que estuviera excavando las diversas capas de la historia de Adam, pasando por todos sus períodos familiares.

Primero estaban las cartas de Lily, breves y deshilvanadas. Luego, escritas en tinta negra y con la elegancia de la caligrafía francesa, las cartas de Françoise, exageradamente largas; no eran apasionadas como las de Lily, pero su intimidad me produjo una punzada de dolor. El inglés de Françoise era increíblemente vivido, encantador incluso con sus pequeños errores. Debajo de las de Françoise había un par de cartas heterogéneas. Una, muy acalorada, era de una tal Bobby, y la otra de una mujer que firmaba con una T; después había varias postales de Lisa.

A Lisa le gustaban los signos de exclamación y los subrayados.

Y entonces, debajo de Lisa (o antes de Lisa) había una serie de cartas de una mujer de la que nunca había oído hablar. Descifré la firma: Adele. Me quedé quieta, escuchando. No se oía nada más que el viento, que hacía vibrar las pizarras sueltas del tejado. Adam debía de seguir buscando sus cosas. Conté las cartas de Adele:

trece, la mayoría bastante cortas. Debajo de las cartas de Adele había seis de Penny. Había encontrado a la mujer que había entre Lisa y Penny, entre Penny y Lisa. Adele. Empezando por la del fondo, presuntamente la primera que ella había escrito, me puse a leerlas.

Las siete u ocho primeras cartas eran breves y directas. En ellas Adele organizaba encuentros con Adam: daba un lugar y una hora, y pedía cautela. Adele estaba casada; por eso Adam había guardado silencio. Mantenía el secreto incluso ahora. Las cartas siguientes eran más largas y más atormentadas. Adele se sentía culpable por engañar a su marido, al que llamaba «confiado Tom», y a otras personas: padres, hermana, amigos. Le suplicaba a Adam que no se lo pusiera difícil. La última carta era su despedida. Decía que no podía seguir traicionando a Tom. Decía que quería a Adam, y que él nunca sabría cuánto había significado para ella. Afirmaba que Adam era el amante más maravilloso que había tenido jamás. Pero no podía abandonar a Tom. Él la necesitaba, y en cambio Adam no. ¿Le había pedido ella algo?

Me puse las trece cartas en el regazo. De modo que Adele había dejado a Adam para salvar su matrimonio. Quizá él nunca lo hubiera superado, y por eso nunca hablaba de ella. Quizá se sintió humillado. Me puse el cabello detrás de las orejas, con las manos ligeramente sudadas del nerviosismo, y escuché con atención. Me pareció oír una puerta que se cerraba. Recogí las cartas y las puse encima de las de Penny.

Cuando me disponía a poner el resto de las cartas sobre las de Adele, respetando el orden cronológico, me di cuenta de que Adele había escrito su última carta, a diferencia de todas las demás, en una hoja de papel con membrete familiar, como si con ello hubiera querido destacar el compromiso que tenía con su marido. Tom Funston y Adele Blanchard. Me pareció recordar algo vagamente. Blanchard: aquel apellido me sonaba.

—¿Alice?

Cerré la caja y la dejé en su sitio, sin atarla con la cinta.

—¡Alice! ¿Dónde estás?

Me puse en pie. Tenía los pantalones llenos de polvo, y el abrigo sucio.

—Alice.

Estaba por allí, llamándome, cada vez más cerca. Fui hacia la puerta sin hacer ruido, alisándome el cabello. Sería mejor que no me encontrara allí. En un rincón de la habitación, a la izquierda de la puerta, había una butaca rota, con un montón de cortinas de damasco amarillas. Retiré un poco la butaca y me agaché detrás, esperando a que se alejaran los pasos. Aquello era ridículo. Si Adam me encontraba en medio de la habitación podría decir que estaba echando un vistazo. En cambio, si me encontraba escondida detrás de una butaca, yo no podría decir nada. Sería una situación más que bochornosa, violenta. Conocía a mi marido. Iba a levantarme cuando de pronto la puerta se abrió, y oí a Adam entrar en la habitación.

—¿Alice?

Contuve la respiración. Quizá me viera a través del montón de cortinas.

—¿Estás ahí, Alice?

La puerta se cerró. Conté hasta diez y me levanté. Volví a donde estaba la caja de las cartas, la abrí y saqué la última carta de Adele, añadiendo el robo a mi lista de delitos matrimoniales. Luego cerré la caja, y esta vez la até con la cinta. No sabía dónde poner la carta. No podía guardármela en los bolsillos. Intenté ponérmela en el sujetador, pero llevaba un suéter de canalé ceñido, y se notaba el bulto del papel. ¿Y en las bragas? Al final me quité un zapato y la escondí allí.

Inspiré hondo y fui hacia la puerta. Estaba cerrada con llave. Adam debía de haberla cerrado al salir, por supuesto. Empujé con fuerza, pero no conseguí nada. Miré alrededor, presa de pánico, buscando alguna herramienta. Descolgué la vieja cometa de la pared y saqué la varilla central de la tela. Introduje un extremo de la varilla en la cerradura, aunque no sé qué esperaba conseguir. Oí cómo la llave caía en el suelo, al otro lado de la puerta.

El cristal inferior de la ventana estaba roto. Si retiraba los restos que quedaban enganchados en el marco, quizá pudiera pasar por el hueco. Empecé a quitar cristales. Luego tiré mi abrigo por el hueco. Puse un baúl debajo de la ventana, me subí a él y pasé una pierna. La ventana era demasiado alta: no alcanzaba a tocar el suelo al otro lado. Metí la parte inferior del cuerpo por el hueco de la ventana, hasta que toqué el suelo con la punta de los pies. Noté cómo un cristal que no había retirado me cortaba los vaqueros y me arañaba el muslo, pero seguí deslizándome, hasta que llegué al otro lado. Si alguien me veía ahora, ¿qué pensaría? Ya tenía las dos piernas fuera. Ya estaba. Me agaché y recogí mi abrigo. Me sangraba la mano izquierda. Estaba cubierta de tierra, telarañas y polvo.

—¿Alice?

Oí la voz de Adam a lo lejos. Inspiré hondo.

—¡Adam! —Me pareció que controlaba bastante bien la voz—. ¿Dónde estás, Adam? Te he buscado por todas partes. —Me limpié el polvo, me lamí el dedo índice y me limpié con él la cara.

—¿Dónde te habías metido, Alice? —Apareció por la esquina, tan guapo, tan ansioso.

—Dónde estabas tú, querrás decir.

—Te has cortado la mano.

—No es nada grave. Pero tendría que lavármela.

En el lavabo de las visitas —donde se guardaban las armas, así como las gorras de *tweed* y las botas de agua verdes— me lavé las manos y la cara.

El padre de Adam estaba sentado en el salón, como si llevara mucho rato allí y nosotros no nos hubiéramos dado cuenta. Tenía un vaso de *whisky* a su lado. Me acerqué a él y le estreché la mano; noté los delgados huesos bajo la arrugada piel.

—Así que te has buscado una esposa, Adam —comentó—. ¿Os quedáis a comer?

—No —contestó Adam—. Alice y yo nos vamos a un hotel.

Me ayudó a ponerme el abrigo, que yo todavía llevaba hecho un fardo bajo el brazo. Lo miré y sonreí.

Una noche fueron unas quince personas a casa a jugar al póquer. Se sentaron en el suelo, con cojines, bebieron gran cantidad de cerveza y *whisky*, y fumaron hasta que todos los ceniceros que teníamos quedaron llenos de colillas. Hacia las dos de la madrugada yo había perdido tres libras, y Adam había ganado veintiocho.

—¿Cómo es que juegas tan bien? —le pregunté a Adam cuando todos se hubieron marchado; sólo quedaba Stanley, que estaba tumbado en nuestra cama, con los rizos rastafaris esparcidos por la almohada y los bolsillos muy aligerados.

—Son muchos años de práctica. —Enjuagó un vaso y lo puso en el escurridero.

—A veces tengo una sensación muy extraña cuando pienso en todos esos años que pasaron antes de que nos conociéramos —dije. Cogí un vaso que quedaba por allí y lo vacié—. Que cuando yo estaba con Jake, tú estabas con Lily. Y que antes estabas con Françoise, con Lisa, y... —Me detuve—. ¿Con quién estabas antes de estar con Lisa?

Él me miró fríamente, sin dejarse engañar.

—Con Penny.

—Ya. —Intenté adoptar un tono indiferente y añadí—: ¿No hubo nadie entre Lisa y Penny?

—No, nadie en particular.

Se encogió de hombros, como hacía él.

—Por cierto, hay un hombre en nuestra cama. —Me levanté y bostecé—. Me temo que tendremos que dormir en el sofá.

—Me da lo mismo, con tal de que estés a mi lado.

Hay una gran diferencia entre no contar una cosa y ocultarla deliberadamente. La llamé desde el despacho, entre dos acaloradas reuniones sobre el retraso con el Drakloop. Me prometí que era la última vez que husmeaba en el pasado de Adam. Sólo quería resolver aquel detalle, y luego lo olvidaría todo.

Cerré la puerta, me senté de cara a la ventana, con vistas a un muro, y marqué el número que figuraba en el membrete de la carta. No conseguí establecer comunicación. Volví a intentarlo, por si acaso. Nada. Llamé a información y me dijeron que aquel número ya no existía. Así que pregunté si podían darme el número de A. Blanchard, en West Yorkshire. No figuraba ningún Blanchard. ¿Y T. Funston? Tampoco. La telefonista me dijo que lo sentía mucho. Casi grité de frustración.

¿Qué se hace para localizar a una persona? Volví a leer la carta, buscando pistas pese a saber que no las había. La carta estaba muy bien escrita; era sencilla y sincera. En ella Adele decía que Tom era su marido, y amigo de Adam. Su sombra estaba presente en todos sus encuentros secretos. Tarde o temprano acabaría descubriéndolo,

y ella no podía hacerle tanto daño. Tampoco podía seguir viviendo con el sentimiento de culpa que la embargaba. Le decía a Adam que lo adoraba, pero que no podía seguir viéndolo y que iba a pasar unos días en casa de su hermana; le pedía que no intentara hacerla cambiar de opinión ni ponerse en contacto con ella. Estaba decidida. Aquella aventura permanecería en secreto: él no debía contárselo a nadie, ni siquiera a sus amigos más íntimos; ni siquiera a las mujeres que vinieran después de ella. Afirmaba que jamás lo olvidaría, y confiaba en que Adam la perdonara algún día. Le deseaba mucha suerte.

Era la carta de una persona madura. La dejé en mi mesa y me froté los ojos. Quizá debía zanjar aquel asunto. Adele le había suplicado a Adam que nunca se lo contara a nadie, ni siquiera a sus futuras novias. Adam no estaba haciendo más que cumplir sus deseos. Eso cuadraba con su carácter. Sabía mantener una promesa. Adam hacía las cosas al pie de la letra, a veces exageradamente.

Volví a coger la carta y me quedé mirándola, hasta que las palabras se volvieron borrosas. ¿De qué me sonaba aquel nombre? Blanchard. ¿Dónde lo había oído? Quizá lo hubiera mencionado algún amigo alpinista de Adam. Era evidente que tanto Adele como su marido practicaban el alpinismo. Seguí cavilando un rato; luego asistí a la siguiente reunión, con el departamento de *marketing*.

No podía quitarme a Adele de la cabeza. Cuando uno empieza a sentir celos, cualquier cosa alimenta ese estado. A veces las sospechas se pueden demostrar, pero lo que nunca se puede hacer es probar que son falsas. Me dije que cuando averiguara lo de Adele me libraría del impulso de mi curiosidad sexual. Llamé a Joanna Noble y le pregunté si podía abusar de su experiencia profesional.

—¿Qué pasa, Alice? ¿Más paranoias conyugales?

Me pareció que estaba aburrida de mí.

—No, nada de eso —dije riendo—. Esto no tiene nada que ver. Es que necesito localizar a una persona. Y creo que su nombre salió hace poco en los periódicos. Tú tienes acceso a los archivos periodísticos, ¿verdad?

—Sí —contestó Joanna con cautela—. ¿Y dices que no tiene nada que ver?

—No, nada que ver.

Oí unos golpecitos al otro lado de la línea, como si Joanna estuviera tamborileando con el bolígrafo en la mesa.

—Si quieres puedes venir mañana a primera hora —dijo al fin—, y buscaremos el nombre en el ordenador. Si encontramos algo interesante podemos imprimirlo.

—Te debo una.

—Sí —dijo ella. Hubo una pausa—. ¿Qué tal va todo con Adam?

—Muy bien —respondí—. Todo tranquilo.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Me presenté en su oficina antes de las nueve, cuando Joanna todavía no había llegado. Esperé en la recepción y la vi antes de que ella me viera a mí. La encontré cansada y preocupada, pero en cuanto me vio sentada allí me dijo:

—Vamos, la biblioteca está en el sótano. Sólo dispongo de unos diez minutos.

La biblioteca consistía en hileras y más hileras de estantes correderos llenos de archivadores marrones, clasificados por temas, y luego alfabéticamente: «Desastres naturales», «Diana», «Dietas», etcétera. Joanna me guió hasta un ordenador. Acercó una segunda silla, me pidió que me sentara, y luego se sentó ella delante de la pantalla.

—A ver, Alice. Dime el nombre.

—Blanchard —dije—. Adele Blanchard. Be, ele... —Pero Joanna ya lo había tecleado.

El ordenador emitió un pitido; aparecieron unos números en la esquina superior derecha, y en el icono del reloj empezó a girar la manecilla. Esperamos en silencio.

—¿Has dicho Adele?

—Sí.

—No aparece ninguna Adele Blanchard. Lo siento.

—No tiene importancia —dije—. Sólo era una posibilidad muy remota. De todos modos te estoy muy agradecida. —Me levanté.

—Espera un momento. Hay otra Blanchard. Ya me parecía que ese nombre me sonaba.

Miré por encima del hombro de Joanna y leí:

—«Tara Blanchard».

—Sí. Sólo hay un par de párrafos sobre una joven a la que rescataron de un canal de East London hace un par de semanas.

Por eso nos sonaba el nombre. Me llevé una decepción. Joanna apretó una tecla para buscar otros artículos: sólo había uno más, muy parecido.

—¿Quieres imprimirlo? —me preguntó con un deje de ironía—. Quizá Adele sea el segundo nombre.

—Vale.

Mientras la impresora imprimía la página sobre Tara Blanchard, le pregunté a Joanna si había tenido noticias de Michelle.

—No, afortunadamente no. Mira, ya lo tienes.

Me entregó la hoja. La doblé por la mitad, y luego la doblé otra vez. En realidad ya podía tirarla a la basura. Pero no lo hice. Me la metí en el bolsillo y me fui a la oficina en un taxi.

No leí el artículo hasta la hora de comer. Me compré un bocadillo de queso con tomate y una manzana en una cafetería que había cerca de la oficina y me los llevé a mi despacho. Volví a leer las escasas líneas: el 2 de marzo un grupo de adolescentes había encontrado el cadáver de Tara Blanchard, una recepcionista de veintiocho años, en un canal de East London.

En su carta, Adele mencionaba a una hermana. Cogí el listín telefónico del estante y me puse a buscar, aunque no esperaba encontrar nada. Pero sí, allí estaba: Blanchard, T. M., 23B Bench Road, Londres EC2. Cogí el teléfono, pero cambié

rápidamente de idea. Llamé a Claudia, dije que tenía que salir y le pedí que atendiera mis llamadas. No tardaría mucho en volver.

* * *

El número 23 de Bench Road era una casa adosada, estrecha, de color *beige*, con las paredes estucadas, de aspecto bastante descuidado. En una ventana había una planta muerta, y en otra un trapo rosa en lugar de cortinas. Toqué el timbre de la puerta B, y esperé. Era la una y media. Si allí vivía alguien con Tara, seguramente habían salido. Me disponía a llamar a alguna otra casa para ver si encontraba a algún vecino, cuando oí pasos y, a través del cristal esmerilado, vi una silueta que se acercaba a la puerta. La puerta se abrió, pero la cadena estaba puesta, y una mujer me miró por la rendija. Me di cuenta de que la había despertado, porque iba en bata y tenía los ojos hinchados.

—¿Quién es?

—Perdone que la moleste —dije—. Soy amiga de Tara; pasaba por aquí, y...

La puerta se cerró; la mujer retiró la cadena y luego abrió del todo.

—Pasa —me dijo.

Era joven, bajita y regordeta, con una mata de cabello pelirrojo y orejas diminutas. Me miró con expectación.

—Me llamo Sylvie —dije.

—Yo soy Maggie.

Subí la escalera detrás de ella, hasta llegar a la cocina.

—¿Te apetece una taza de té?

—No quisiera molestarte.

—Da lo mismo, ahora ya estoy despierta —dijo en tono afable—. Soy enfermera, y estoy haciendo el turno nocturno.

Llenó la tetera y se sentó enfrente de mí, en la sucia mesa de la cocina.

—¿Eras amiga de Tara?

—Sí —dije con seguridad—. Pero nunca había estado aquí.

—Ella nunca traía aquí a sus amigos.

—En realidad éramos amigas de la infancia —dije. Maggie empezó a preparar el té—. Me enteré de su muerte por los periódicos, y quería saber qué pasó.

—Fue espantoso —dijo Maggie, mientras ponía dos bolsitas de té en una tetera y vertía el agua hirviendo—. ¿Lo quieres con azúcar?

—No. ¿Ha averiguado la policía lo que pasó?

—Fue un atraco. Cuando la encontraron, su bolso había desaparecido. Yo siempre le decía que no fuera por el canal cuando estaba oscuro. Pero ella no me hacía caso. Es el camino más corto para venir de la estación.

—Qué horror —comenté. Me imaginé el canal oscuro y me estremecí—. En realidad, yo conocía más a Adele.

—¿Su hermana? —Me puse eufórica: de modo que, efectivamente, Tara era la hermana de Adele. Maggie puso mi taza de té encima de la mesa—. Pobrecilla. Y pobres padres. Imagínate cómo deben de estar. La semana pasada vinieron a recoger las cosas de Tara. No sabía qué decirles. Son muy valientes, pero no puede haber nada peor que perder a un hijo, ¿no crees?

—No. ¿Te dejaron su dirección, o algún número de teléfono? Me encantaría hablar con ellos para darles el pésame. —Mi faceta de mentirosa me estaba sorprendiendo.

—Sí, lo tengo en algún sitio. Pero no creo que lo anotara en mi agenda. No pensé que pudiera necesitarlo. Debe de estar por ahí. Espera.

Empezó a revolver un montón de papeles que había junto a la tostadora (facturas, publicidad, postales, menús de comida para llevar) y finalmente lo encontró garabateado en el listín telefónico. Me lo copié en un sobre usado, y luego me lo guardé en la cartera.

—Cuando hables con ellos —me dijo Maggie—, diles que he tirado todo lo que dejaron aquí, tal como me dijeron, menos la ropa. La llevé a una tienda Oxfam.

—¿No se llevaron sus cosas?

—Sí, claro, se llevaron los objetos personales: las joyas, los libros, las fotografías. Pero dejaron otras cosas. Es increíble la cantidad de trastos que uno llega a acumular. Les dije que yo me encargaría de tirarlo.

—¿Puedo echar un vistazo? —Maggie me miró, sorprendida—. Por si encuentro algún recuerdo —añadí débilmente.

—Está todo en el cubo de la basura, a menos que ya lo hayan recogido los basureros.

—¿Te importa?

Maggie no parecía muy convencida.

—Si quieres meter la mano entre pieles de naranja, latas de comida para gatos y bolsas de té, es asunto tuyo. Los cubos están junto a la puerta de entrada; seguramente los has visto al entrar. El mío es el que lleva escrito 23B.

—De acuerdo. Echaré un vistazo al salir. Muchas gracias.

—No encontrarás nada. Sólo son porquerías.

* * *

Si me vio alguien debió de pensar que estaba loca: una mujer con un elegante traje de pantalón gris revolviendo en un cubo de basura. ¿Qué era lo que hacía, intentando averiguar algo sobre Tara, que para mí no era más que un medio para

encontrar a sus padres? A los que ya había encontrado, y que tampoco eran nada para mí, salvo un medio para encontrar a Adele. Que tampoco era nada para mí. Sólo era un fragmento perdido del pasado de otra persona.

Huesos de pollo, latas vacías de atún y de comida para gatos, unas cuantas hojas de lechuga, un par de periódicos viejos. Cuando volviera a la oficina iba a apestar. Un cuenco roto, una bombilla. Más me convenía hacerlo metódicamente. Empecé a sacar cosas del cubo y a amontonarlas en la tapa. Una pareja pasó por mi lado, e intenté aparentar que mi conducta era completamente normal. Barras de lápiz de labios y lápices perfiladores: seguramente eso ya era de Tara. Una esponja, un gorro de ducha roto, varias revistas. Lo puse todo en la acera, junto al montón de la tapa del cubo, y volví a mirar dentro del cubo, casi vacío. Una cara me miró desde el fondo. Una cara conocida.

Lentamente, como en una pesadilla, metí la mano y cogí el recorte de periódico, que tenía hojas de té enganchadas. «El regreso del héroe», rezaba el titular. Junto al cubo de basura encontré una bolsa de plástico. La abrí y metí el artículo dentro. Revolví a tientas en el cubo y saqué varios recortes más. Estaban sucios y manchados, pero distinguí el nombre de Adam y su rostro. Encontré otros papeles y sobres sucios y los metí todos en la bolsa de plástico, maldiciendo en voz alta el pestazo y la mugre.

Una anciana que llevaba dos perros enormes atados de una correa pasó por mi lado y me miró con desagrado. Hice una mueca. Ahora hasta hablaba sola. Una loca, revolviendo cubos de basura, muerta de miedo.

Tenía las manos sucias y grasientas. No podía volver a la oficina en aquel estado, y quería ir a casa y lavarme para eliminar de mi cuerpo, mi cabello y mi cerebro todo recuerdo de aquella experiencia. No podía llevarme aquella bolsa de papeles sucios al apartamento. Tenía que encontrar un sitio donde sentarme y poner en orden mis ideas. Le había mentido tanto a Adam que ahora ya no podía comportarme espontáneamente con él. Siempre tenía que pensar qué era lo que le había dicho antes, qué tenía que decirle para que mi historia encajara con mis mentiras previas. Ésa es la ventaja de decir la verdad: que no hay que concentrarse continuamente. Las verdades encajan de manera automática. La idea de aquella brecha que había abierto entre Adam y yo hizo que el día, gris, pareciera aún más gris y menos soportable.

Sin rumbo fijo, me puse a andar por las calles de un barrio residencial, buscando una cafetería o algún otro sitio donde descansar y pensar, planear qué hacer a continuación. No vi nada salvo algunas tiendas de comestibles, pero al final llegué a un parque junto a una escuela, con una fuente y una estructura de barras para juegos infantiles. Había algunas madres con sus bebés en los cochecitos, y ruidosos niños pequeños trepando por la estructura. Me acerqué a la fuente, bebí en ella y me lavé las manos, que luego me sequé en la parte interior de la chaqueta.

Había un banco libre, y me senté en él. Debía de haber sido Tara la que había hecho las llamadas telefónicas y la que había enviado las cartas y puesto los bichos en la leche, movida por un capricho enfermizo por Adam que era un vestigio de la relación de éste con su hermana. Aunque aquel comportamiento pareciera inconcebible, totalmente desproporcionado con la emoción que lo había provocado, en cierto modo yo era ya experta en obsesiones. Intenté tranquilizarme. Estuve un rato sin atreverme a mirar dentro de la bolsa.

Cuando iba al colegio, tuve un novio cuyo primo pertenecía a un grupo de música punk que alcanzó cierta fama durante un par de años. De vez en cuando salía su nombre en algún periódico, o incluso una fotografía suya en una revista, y a veces las recortaba para enseñárselas a algunas amigas mías. ¿Acaso no era lógico que Tara se interesara por los artículos periodísticos en que aparecía Adam? ¿No era lógico que los recortara? Al fin y al cabo, casi todas las personas que yo conocía estaban fascinadas por aquel personaje retratado en la prensa. Tara lo había conocido personalmente. Me olí las manos y comprobé que todavía apestaban. Me vi revolviendo a escondidas en el cubo de basura de la hermana muerta de una exnovia de mi marido. Pensé en todas las veces que había mentido a Adam. ¿Era esta traición diferente de la que le había hecho a Jake?

Pensé que lo mejor que podía hacer era tirar aquella bolsa en la primera papelera

que encontrara y volver a casa junto a Adam, contarle todo lo que había hecho y lo que había descubierto, admitirlo todo y esperar que me comprendiera. Si era demasiado cobarde para admitir lo que había hecho, al menos podía borrarlo y seguir viviendo mi vida con Adam. Estuve a punto de hacerlo. Incluso me levanté, busqué una papelería y encontré una. Pero no pude deshacerme de la bolsa.

De camino a casa entré en una papelería y compré varias carpetas. En cuanto salí de la tienda, las desenvolví y escribí en una de ellas: «Drakloop. Conf: Abril 1995, notas». Sonaba lo bastante aburrido para ahuyentar a cualquiera. Saqué con cuidado los recortes de Tara de la bolsa de plástico, intentando no mancharme la ropa. Los puse en la carpeta y tiré la bolsa. Luego me entró paranoia y escribí unas cuantas palabras más sin sentido en otras tres carpetas. Entré en casa con las carpetas en la mano. Parecían cosas del trabajo.

* * *

—Estás muy tensa —dijo Adam. Se me había acercado y me había puesto las manos sobre los hombros—. Aquí tienes un músculo muy duro. —Empezó a masajearme la zona, y me hizo gemir de placer—. ¿Qué es lo que te pone tan tensa?

¿Qué era lo que me ponía tensa? Se me ocurrió una cosa.

—No lo sé, Adam. Quizá sean esas llamadas y esas notas. Me estaban poniendo enferma. —Me di la vuelta y lo abracé—. Pero la verdad es que ahora me encuentro mejor. Ya han cesado.

—Sí, es verdad —coincidió Adam frunciendo el entrecejo.

—Sí. No ha habido nada desde hace más de una semana.

—Tienes razón. ¿De verdad estabas preocupada?

—Iban en aumento. Pero me pregunto por qué habrán cesado de repente.

—Cuando el nombre de uno empieza a aparecer en los periódicos pasan esas cosas.

Lo besé.

—Adam, quiero proponerte una cosa.

—¿Qué?

—Un año de aburrimiento. No total, por supuesto. Pero por debajo de los ocho mil metros, o la altura que sea. Quiero que todo en lo que yo participe sea completamente aburrido.

Entonces solté un grito. No pude evitarlo, porque Adam me había levantado con un brazo y me había colocado sobre su hombro. Me llevó al dormitorio y me tiró en la cama. Me miró, sonriente, y dijo:

—Veré lo que puedo hacer. Y tú —añadió cogiendo a *Sherpa* del suelo y besándolo en la nariz— tendrás que salir de aquí, porque esto no es apto para gatitos

de tu edad.

Lo dejó en el suelo con cuidado, fuera del dormitorio, y cerró la puerta.

—¿Y yo? —pregunté—. ¿También tengo que salir?

Adam negó con la cabeza.

* * *

A la mañana siguiente salimos a la misma hora y fuimos juntos al metro. Adam iba a coger un tren para salir de Londres, y me dijo que no volvería hasta las ocho. Yo tuve un día frenético en el trabajo, con varias reuniones que me mantuvieron la mente ocupada. Cuando salí, parpadeando, de Drakon y respiré otra vez aire no filtrado, sentí como si tuviera un enjambre de abejas en la cabeza. De camino a casa compré una botella de vino y comida preparada que bastaba con calentar y sacar del envase de papel de aluminio.

Cuando llegué a casa, la puerta de la calle estaba abierta, pero eso no me sorprendió. En el primer piso vivía una profesora de música, y cuando esperaba a algún alumno solía dejar la puerta abierta. Pero cuando llegué a la puerta de nuestro apartamento solté la bolsa de la compra: la habían forzado. Y había algo pegado en ella con celo. Era el acostumbrado sobre marrón. Tenía la boca seca, y me temblaban los dedos cuando arranqué el sobre y lo abrí. Había un mensaje escrito con letras mayúsculas negras:

¿UN DÍA DIFÍCIL, ADAM? DATE UN BAÑO

Empujé suavemente la puerta y escuché. No oí nada.

—¿Adam? —dije débilmente, en vano.

No obtuve respuesta. Pensé en marcharme, llamar a la policía, esperar a Adam; cualquier cosa menos entrar en el apartamento. Esperé y escuché un rato más, hasta convencerme de que dentro no había nadie. Movida por un extraño impulso de pulcritud automático, recogí la bolsa del suelo y entré en el apartamento. Dejé la bolsa en la mesa de la cocina. Estuve un rato tratando de convencerme de que no sabía qué tenía que hacer. El cuarto de baño. Tenía que ir al cuarto de baño. Aquella persona había ido más lejos, había entrado y nos había gastado alguna broma, nos había dejado algo, para demostrarnos que si quería podía entrar. Que podía hacernos ver lo que quería que viéramos.

Miré alrededor. No habían tocado nada. De modo que, inevitablemente, fui al cuarto de baño. Me paré frente a la puerta. Quizá fuera una trampa. Empujé la puerta.

Nada. La abrí del todo y salté hacia atrás. Nada. Entré. Seguramente no era nada, una estupidez; y entonces miré en la bañera. Al principio pensé que alguien había cogido un gorro de piel, lo había bañado en pintura roja para gastarnos una broma y lo había tirado en la bañera. Pero me incliné y vi que era *Sherpa*, nuestro gato. Me costó reconocerlo porque lo habían abierto en canal y daba la impresión de que hubieran intentado volverlo del revés. El animal había quedado reducido a un espantoso amasijo de sangre, pero de todos modos me agaché y le toqué la cabeza, para despedirme de él.

Cuando Adam me encontró, yo llevaba una hora, o dos, o tal vez más, tumbada en la cama, completamente vestida, con la cabeza debajo de la almohada. Vi su cara de desconcierto.

—El lavabo —dije—. La nota está en el suelo.

Lo oí marcharse y volver. Su expresión era glacial, pero cuando se tumbó a mi lado y me abrazó vi que tenía lágrimas en los ojos.

—Lo siento mucho, Alice —dijo.

—Sí —dije sollozando—. No, tú no tienes la culpa.

Adam negó con la cabeza.

—Yo... yo... —Se le quebró la voz, y me abrazó con fuerza—. No te hice caso. Estaba... Tenemos que llamar a la policía. ¿Qué hago? ¿Marco el 999?

Me encogí de hombros. Las lágrimas corrían por mis mejillas, y no podía hablar. Oí a Adam hablar por teléfono, insistente. Cuando llegaron los dos agentes de policía, una hora y media más tarde, yo ya me había serenado un poco. Eran muy altos, y hacían que el apartamento pareciera pequeño; entraron moviéndose con torpeza, como si temieran tirar algo al suelo. Adam los condujo hasta el cuarto de baño. Uno de los agentes soltó un taco. Cuando salieron, los agentes sacudían la cabeza.

—Maldita sea —dijo uno de ellos—. Qué cerdos.

—¿Cree que había más de uno?

—Chiquillos —dijo el otro—. Están chalados.

O sea que no había sido Tara, después de todo. Ya no entendía nada. Estaba convencida de que había sido ella. Miré a Adam.

—Mire —dijo él, enseñándoles la nota a los policías—. Hace un par de semanas que recibimos notas como ésta. Y también llamadas.

Los agentes miraron la nota sin excesivo interés.

—¿Van a buscar huellas dactilares?

Se miraron.

—Les tomaremos declaración —dijo uno de ellos, y sacó un bloc de notas de su chaqueta.

Le dije que había encontrado a nuestro gato abierto en canal en la bañera de nuestra casa. Que habían forzado la puerta. Que habíamos recibido notas y llamadas anónimas, aunque no nos habíamos molestado en denunciarlas, pero que últimamente parecían haber cesado. El policía lo anotó todo con detalle. Cuando iba por la mitad

se le terminó la tinta del bolígrafo, y yo le di uno que llevaba en el bolsillo.

—Esto es cosa de chiquillos —dijo cuando hube terminado.

Al salir, los policías miraron la puerta con desaprobación.

—Deberían instalar una puerta más robusta —dijo uno de ellos—. Mi hijo de tres años podría abrir ésta de una patada.

Y se marcharon.

Dos días más tarde, Adam recibió una carta de la policía. «*Querido señor Tallis* —rezaba el encabezamiento, escrito a mano; pero el texto era fotocopiado. Continuaba así—: *Ha denunciado usted un delito. No se ha realizado ninguna detención, pero el caso sigue abierto. Si tiene alguna otra información, le rogamos que se ponga en contacto con el oficial de servicio de la comisaría de Wingate Road. Si necesita asistencia de un Grupo de Apoyo para Víctimas, le rogamos que acuda al oficial de servicio de la comisaría de Wingate Road. Atentamente*». La firma era un garabato. Un garabato fotocopiado.

Mentir cada vez resulta más fácil. En parte es cuestión de práctica. Me convertí en una actriz que interpretaba con seguridad su papel de Sylvie Bushnell, la periodista o la amiga consternada. También descubrí que generalmente la gente da por sentado que lo que uno le dice es verdad, sobre todo si uno no intenta venderles un seguro de vida ni una aspiradora industrial.

Pues bien, tres días después de revolver en el cubo de basura de una mujer asesinada a la que no había conocido, estaba sentada en una casa de un pueblo del centro de Inglaterra, bebiéndome el té que me había preparado su madre. Había sido muy fácil llamarla por teléfono, decir que había conocido a Tara, que me encontraba en la región, que me gustaría pasar a saludarlos. La madre de Tara se había mostrado encantada, casi efusiva.

—Es usted muy amable, señora Blanchard —dije.

—Llámame Jean, por favor —repuso ella.

Jean Blanchard tenía cincuenta y tantos años, más o menos la edad de mi madre, y llevaba pantalones y una rebeca. Tenía una melena corta y entrecana y profundas arrugas en la cara, que parecían talladas en madera, y me pregunté cómo pasaría las noches. Me ofreció un plato de galletas. Cogí una pequeña y delgada y la mordisqueé, intentando no pensar en que se la estaba robando.

—¿De qué conocías a Tara?

Inspiré hondo. Pero lo tenía todo planeado.

—No la conocía muy bien —dije—. Teníamos un grupo de amigos comunes en Londres.

Jean Blanchard asintió con la cabeza.

—Cuando se marchó a Londres sufrimos mucho por ella. Era la primera de la familia que se iba a vivir lejos de aquí. Sin embargo, yo sabía que era una joven madura, capaz de cuidar de sí misma.

—Londres es una ciudad muy grande.

—Sí, eso mismo pensaba yo —replicó la señora Blanchard—. A mí nunca me ha gustado. Christopher y yo fuimos a ver a Tara, y la verdad es que no lo pasamos nada bien, con tanto ruido, tantos coches y tanta gente. Tampoco nos gustó el piso que nuestra hija tenía alquilado. Pensábamos ayudarla a buscar otro, pero entonces ése... —Le falló la voz.

—¿Qué opinaba Adele? —pregunté.

La señora Blanchard me miró con extrañeza.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

Había metido la pata en algo. De pronto sentí vértigo, como si estuviera al borde

de un precipicio y hubiera tropezado. Intenté desesperadamente averiguar qué era lo que había entendido mal. ¿Me había equivocado de familia? ¿Eran Adele y Tara una sola persona? No, ya le había mencionado a Adele a la compañera de piso de Tara. Tenía que decir algo que no me comprometiera.

—Tara hablaba mucho de Adele.

La señora Blanchard asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Esperé, sin atreverme a decir nada más. Ella sacó un pañuelo de su bolsillo, se secó las lágrimas y se sonó.

—Sí, claro, por eso se marchó a Londres. No superó lo de Adele... Y luego murió Tom.

Me incliné hacia delante y puse una mano sobre la de la señora Blanchard.

—Lo siento mucho —dije—. Debió de ser terrible para usted. Una cosa detrás de otra. —Necesitaba más información—. ¿Cuándo ocurrió?

—¿Lo de Tom?

—No, lo de Adele.

La señora Blanchard compuso una triste sonrisa.

—Supongo que para los demás hace mucho tiempo. Enero del noventa. Antes contaba los días.

—Yo no llegué a conocer a Adele —dije; era la primera frase sincera que pronunciaba ante la señora Blanchard—. Pero creo que conozco... que conocí —me corregí por si acaso— a algunos amigos suyos. Alpinistas. Deborah, Daniel, Adam... ¿cómo se llamaba?

—¿Tallis?

—Sí, creo que sí —dije—. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, Tom escalaba con él. Pero nosotros lo conocíamos desde que era niño. Éramos amigos de sus padres, hace mucho tiempo.

—Ah, ¿sí?

—Se ha hecho muy famoso. Salvó la vida a unos alpinistas, y ha salido en los periódicos.

—¿En serio? No lo sabía.

—Mira, te lo podrá contar él mismo. Va a venir esta tarde a tomar el té.

Sentí un interés casi científico por ver cómo me las iba a ingeniar para seguir inclinada hacia delante con expresión afligida, pese a que tenía la sensación de que el suelo de madera se desplazaba hacia mí e iba a chocar contra mi cara. Tenía unos segundos para pensar en algo. ¿O debía simplemente relajarme y dejarme llevar, y permitir que se produjera el desastre? Pero en lo más remoto de mi mente todavía persistía el instinto de supervivencia.

—Me encantaría —dije sin pensarlo más—. Pero desgraciadamente tengo que volver. Me temo que no puedo entretenerme más. Muchas gracias por el té.

—Pero si acabas de llegar —protestó la señora Blanchard—. Antes de que te vayas, tengo que enseñarte una cosa. He estado revisando los objetos personales de

Tara, y creo que te interesará ver su álbum de fotografías.

Me quedé mirando su triste rostro.

—Claro que sí, Jean —repliqué.

Miré rápidamente la hora: eran las tres menos veinticinco. Los trenes llegaban a Corrick cada hora en punto, y yo había tardado diez minutos en ir desde la estación hasta la casa a pie, de modo que Adam no podía haber llegado en el último tren. ¿Y si venía en coche? No me parecía probable.

—¿Sabe a qué hora sale el tren para Birmingham? —pregunté a la señora Blanchard cuando regresó con el álbum de fotografías debajo del brazo.

—Sí, sale cada hora y cuarto... —Miró la hora—. El próximo es el de las tres y cuarto.

—Entonces me queda tiempo —dije esbozando una sonrisa forzada.

—¿Quieres otra taza de té?

—No, gracias —dije—. Pero me encantaría ver las fotografías. Si a usted no le importa.

—Claro que no.

Acercó más su silla a la mía. Mientras ella hablaba, yo iba haciendo cálculos mentales. Si salía a las tres menos cuarto llegaría a la estación antes de que llegara Adam. Y, por supuesto, quizá él no llegara a las tres; pero, si lo hacía, yo ya estaría a salvo en el otro andén y podría buscar un sitio donde esconderme. La señora Blanchard le comentaría que una chica que lo conocía acababa de marcharse, pero yo no recordaba haber hecho nada que pudiera delatarme. Adam creería que se trataba de una de las tantas chicas que había conocido.

Pero ¿y si me equivocaba? ¿Y si Adam llegaba mientras yo todavía estaba allí? Hice varios intentos de planear algo que pudiera decir, pero lo descarté todo. Necesitaba toda mi concentración sólo para mantenerme erguida, para seguir hablando. Yo no sabía nada de Tara Blanchard, salvo que habían encontrado su cadáver en un canal de East London. Ahora tenía todo su pasado ante mí: una niñita de rostro angelical jugando en el cajón de arena de su parvulario. Con dos coletas y *blazer*. En traje de baño y con vestidos de fiesta. Adele también salía en muchas fotografías. De niña parecía seria y regordeta, pero al crecer se fue haciendo esbelta y hermosa. Tenía que admitir que Adam tenía buen gusto. Pero aquello se estaba alargando demasiado. Consulté mi reloj varias veces seguidas. A las tres menos dieciocho minutos todavía íbamos por la mitad del álbum. Entonces la señora Blanchard hizo una pausa para contarme una historia que yo ni siquiera podía escuchar. Fingía tan bien que me interesaba, que tuve que pasar la página para ver qué venía a continuación. Menos cuarto. Todavía no habíamos llegado al final. Las tres menos trece.

—Éste es Adam.

Hice un esfuerzo y miré. Se parecía mucho al Adam que yo conocía. Llevaba el cabello más largo. Iba sin afeitar. Posaba, sonriente, con Adele, Tara, Tom y un par de

personas más a las que yo no conocía. Intenté descubrir algún gesto de complicidad entre él y Adele, pero no lo vi.

—No, no lo conozco —dije—. Debo de haberlo confundido con otra persona.

Quizá así la señora Blanchard no le mencionara mi visita a Adam. Pero no debía confiar excesivamente en eso. Las tres menos diez. Sentí un violento alivio al ver que la señora Blanchard llegaba a una página en blanco del álbum. Tenía que mostrarme firme. Le cogí la mano.

—Jean, ha sido... —Me interrumpí, como si las emociones que sentía no pudieran expresarse con palabras—. Ahora tengo que irme.

—Deja que te lleve en coche —se ofreció ella.

—No —dije, intentando dominar mi tono de voz para no gritar—. Después de todo esto, prefiero dar un paseo.

Jean dio un paso hacia delante y me abrazó.

—Vuelve cuando quieras, Sylvie —dijo.

Le prometí que lo haría, y unos segundos más tarde salía por el camino de la casa. Pero por lo visto el camino era más largo de lo que yo creía. Faltaban seis minutos para las tres. Me planteé ir en la dirección opuesta, pero eso quizá fuera todavía peor. En cuanto dejé el camino de la casa y llegué a la calle, eché a correr. Mi cuerpo no estaba preparado para aquello. Cuando sólo había recorrido unos cien metros, empecé a jadear y a notar fuertes pinchazos en el pecho. Doblé otra esquina y vi la estación a lo lejos, demasiado lejos. Seguí corriendo, pero en cuanto llegué al aparcamiento, lleno de coches, vi que un tren llegaba a la estación. No podía arriesgarme a entrar en la estación y encontrarme a Adam. Miré alrededor, desesperada. No veía dónde esconderme. Lo único que había era una cabina telefónica. Me metí dentro y descolgué el auricular. Me coloqué de espaldas a la estación, pero estaba justo junto a la entrada. Miré mi reloj. Las tres y un minuto. Oí cómo arrancaba el tren. El mío llegaría dentro de uno o dos minutos. Esperé. ¿Y si Adam salía de la estación y quería hacer una llamada?

Pensé que todo aquello era una estupidez. Lo más probable era que Adam no hubiera cogido aquel tren. La tentación de darme la vuelta se hizo casi irresistible. Oí pasos de gente que salía de la estación y bajaba a la grava del parque. Unos pasos se detuvieron detrás de mí. Vi la imagen incompleta reflejada en el cristal, delante de mí, de alguien que esperaba fuera de la cabina a que yo terminara. No la distinguía bien. Dieron unos golpecitos en la puerta. Me acordé de que tenía que disimular, y dije unas cuantas frases inconexas por el auricular. Me volví ligeramente. Allí estaba, un poco más arreglado que de costumbre. Se había puesto una chaqueta. No me fijé en si llevaba corbata. Había pasado por delante de la cabina y se dirigía al aparcamiento. Paró a una anciana y le dijo algo. Ella se volvió y señaló calle arriba. Adam echó a andar.

Oí llegar otro tren. El mío. Recordé, horrorizada, que mi tren salía del otro andén. Tendría que cruzar el puente. No te des la vuelta, Adam, no te des la vuelta. Colgué el

auricular, salí corriendo de la cabina y choqué con la mujer que esperaba fuera, que soltó un grito de enojo. Fue a decirme algo, pero yo ya había desaparecido. ¿Se habría dado la vuelta Adam? Las puertas automáticas del tren se estaban cerrando cuando llegué al andén. Metí un brazo entre sus fauces. Supuse que algún mecanismo electrónico inteligente lo advertiría y volvería a abrirlas. ¿O seguiría el tren su camino? De pronto me imaginé arrastrada bajo las ruedas, y encontrada completamente desfigurada en la estación siguiente. Entonces sí que Adam tendría un enigma que resolver.

Las puertas se abrieron. No me lo merecía. Me senté en un extremo del vagón, lejos de los otros pasajeros, y rompí a llorar. Entonces me miré el brazo. La goma de la puerta me había dejado una marca negra, como un brazalete de luto. Eso me hizo reír. No pude evitarlo.

Estaba sola. Al fin me daba cuenta de lo sola que estaba, y entonces llegó el miedo.

Adam aún no había vuelto a casa cuando yo regresé de visitar a la señora Blanchard, por supuesto, aunque me imaginé que no tardaría en llegar. Me puse rápidamente una camiseta y me metí en la cama, como si me sintiera culpable de algo. Me quedé tumbada a oscuras. No había comido nada en todo el día, y de vez en cuando me hacía ruido el estómago, pero no quería levantarme e ir a la cocina. No quería que Adam entrara en casa y me encontrara inspeccionando la nevera o comiendo en la mesa de la cocina, ni en ninguna otra situación doméstica normal y corriente. ¿Qué le iba a decir? Lo único que se me ocurría eran preguntas, pero eran preguntas que no podía formularle. Con cada nueva mentira, me había acorralado en un rincón, y ya no sabía cómo escapar de allí. Pero él también me había mentado. Me estremecí al recordarme escondida en aquella cabina telefónica mientras él pasaba por mi lado. Qué farsa tan horrenda. Nuestro matrimonio se basaba en el deseo y la mentira.

Cuando llegó, silbando débilmente, me quedé inmóvil y fingí que dormía. Lo oí abrir la puerta de la nevera, sacar algo y volver a cerrarla. Lo oí abrir una lata de cerveza y beber. Ahora se estaba quitando la ropa y la dejaba en el suelo. Retiró el edredón y se acostó a mi lado, y noté aire frío. Sus manos se deslizaron por mi cintura. Suspiré, como si estuviera profundamente dormida, y me aparté un poco de él. Adam siguió mi movimiento y pegó su cuerpo contra el mío. Mantuve el ritmo de la respiración. Adam no tardó en quedarse dormido, echándome el cálido aliento en el cuello. Entonces intenté pensar.

¿Qué sabía? Sabía que Adam había tenido una relación amorosa secreta con una mujer a la que, evidentemente, le había ocurrido algo. Sabía que esa mujer tenía una hermana que había recogido artículos de periódico sobre Adam y a la que unas semanas atrás habían hallado muerta en un canal. Sabía, por supuesto, que otra de sus amantes, Françoise, la del largo cabello negro, había muerto en la montaña, y que Adam no había logrado rescatarla. Pensé en esas tres mujeres mientras él dormía a mi lado. Cinco personas en la cama.

Adam siempre había vivido rodeado de pérdida y violencia. Pero, al fin y al cabo, vivía en un mundo donde hombres y mujeres sabían que podían morir prematuramente, y donde el riesgo era parte del juego. Me escabullí con cuidado de su abrazo y me di la vuelta, de modo que pudiera verlo. La luz de las farolas de la calle apenas me permitía verle la cara, serena y dormida, con los carnosos labios resoplando débilmente al respirar. Sentí una profunda lástima por él. No era de extrañar que a veces fuera raro y lúgubre, ni que expresara el amor con violencia.

Me desperté cuando empezaba a clarear, y me levanté de la cama. El parque crujió, pero Adam no se despertó. Tenía un brazo por encima de la cabeza. Parecía totalmente confiado, allí desnudo y soñando, pero no me sentí capaz de permanecer a su lado por más tiempo. Cogí lo primero que encontré (pantalones negros, botas, un jersey naranja de cuello alto que tenía los codos gastados) y me vestí en el cuarto de baño. No me molesté en lavarme los dientes ni en ducharme. Ya lo haría más tarde. Ahora tenía que salir de allí, estar sola para pensar y, sobre todo, evitar que Adam me encontrara a su lado al despertarse. Salí del apartamento y cerré la puerta con cuidado.

No sabía adónde iba. Caminaba a buen paso, sin chaqueta, dejando que el aire me llenara los pulmones. Ahora que se había hecho de día me sentía más tranquila: seguro que de un modo u otro lo solucionaría. Paré en una cafetería cerca de Shepherd's Bush y me tomé un café solo y sin azúcar. El olor a grasa y a tocino me mareó un poco. Eran casi las siete, y ya había mucho tráfico en las calles. Me puse a andar de nuevo, recordando las instrucciones que Adam me había dado cuando estuvimos en Lake District. Coge un ritmo, paso a paso, respira bien, no mires muy lejos. No pensaba en nada: sólo caminaba. Los quioscos ya estaban abiertos, así como algunas tiendas de comida. Al cabo de un rato me di cuenta de adonde me llevaban mis pasos, pero no me detuve, aunque cada vez iba más despacio. Quizá no fuera tan mala idea, al fin y al cabo. Necesitaba hablar con alguien, y no quedaban muchos candidatos.

Llegué allí a las ocho y diez, llamé con decisión a la puerta y de pronto me puse terriblemente nerviosa. Pero ya era demasiado tarde para huir. Oí unos pasos, y luego apareció ante mí.

—Hola, Alice.

No parecía sorprendido de verme, pero tampoco daba la impresión de que se alegrara demasiado. No me pidió que entrara.

—Hola, Jake.

Nos miramos fijamente. La última vez que nos habíamos visto yo lo había acusado de poner arañas en mi botella de leche. Jake todavía iba en bata, pero era una bata desconocida, posterior a mí.

—¿Pasabas por aquí? —dijo con un vestigio de su antigua ironía.

—¿Puedo entrar? Sólo será un momento.

Abrió la puerta del todo y se retiró.

—Está todo muy cambiado —comenté mirando alrededor.

—¿Qué esperabas?

El sofá y las cortinas eran nuevos, y también unos enormes cojines que había en el suelo, junto a la chimenea. En las paredes (ahora pintadas de verde, y no de color hueso) había un par de cuadros que no había visto nunca. No había ninguna fotografía mía con Jake.

Aunque no había llegado a pensar en ello, ahora me daba cuenta de que me había

imaginado que entraría en mi antiguo hogar, el hogar que había rechazado, y que lo encontraría esperándome, pese a que yo había dejado muy claro, casi con crueldad, que no pensaba volver allí. Para ser sincera conmigo misma, tenía que admitir que en cierto modo también había imaginado que Jake estaría esperándome, sin que importara lo que yo le hubiera hecho. Que me rodearía con el brazo y me pediría que me sentara, y me prepararía té y tostadas, y me dejaría contarle mis penas matrimoniales.

—Me he equivocado —dije al fin.

—¿Quieres una taza de café, ya que estás aquí?

—No. Bueno, sí.

Lo seguí a la cocina: nueva tetera, nueva tostadora, nuevas tazas colgadas de nuevos ganchos, muchas plantas en el alféizar de la ventana. Flores en la mesa. Me senté en una silla.

—¿Has venido a recoger el resto de tus cosas? —me preguntó Jake.

Comprendí que no servía de nada haber ido allí. La noche pasada se me había ocurrido pensar que, aunque hubiera perdido todo lo demás, no podía haber perdido a Jake del todo. Aun así, insistí un poco más.

—Estoy un poco perdida —dije.

Jake arqueó las cejas y me dio el café. Estaba muy caliente, así que puse la taza en la mesa; empecé a darle vueltas, y derramé un poco de líquido.

—Todo se ha vuelto un poco extraño.

—¿Extraño?

—¿Puedo ir al lavabo?

Entré tambaleándome en el pequeño cuarto de baño y me miré en el espejo. Tenía el cabello grasiento, las mejillas pálidas y delgadas, y unas enormes ojeras. No me había lavado ni la noche anterior ni aquella mañana, y tenía la cara manchada de rímel y suciedad. Llevaba el jersey puesto del revés, aunque no me molesté en ponérmelo bien. ¿Para qué?

Me lavé la cara, por lo menos, y mientras tiraba de la cadena del retrete oí un ruido en la habitación de arriba. El dormitorio. Había alguien con Jake.

—Lo siento —dije al salir—. Ha sido un error.

—¿Qué te pasa, Alice? —me preguntó él con un deje de sincera preocupación. Pero no insinuando que todavía me quisiera, sino más bien como si yo fuera un gato callejero que había acudido a su puerta.

—Estoy un poco melodramática, nada más. —Entonces tuve una idea—. ¿Me dejas llamar por teléfono?

—Ya sabes dónde está.

Llamé a información y pedí el teléfono de la comisaría de policía de Corrick. Me anoté el número en la palma de la mano con un rotulador que había en el suelo. Empecé a marcar el número, y entonces me acordé de las llamadas que Adam y yo habíamos recibido. Tenía que ser prudente. Colgué el auricular.

—Tengo que irme —dije.

—¿Cuánto tiempo hace que no comes? —me preguntó Jake.

—No tengo hambre.

—¿Te pido un taxi?

—No hace falta. Iré andando.

—¿Adónde?

—¿Qué? No lo sé.

En el piso de arriba alguien se estaba bañando. Me levanté.

—Lo siento, Jake —dije—. En serio, lo siento.

Él sonrió y dijo:

—No pasa nada.

Compré una tarjeta telefónica en un quiosco, la más cara que había en la tienda, y busqué una cabina.

—Comisaría de policía —dijo una metálica voz femenina. Me había preparado la primera frase.

—Me gustaría hablar con la persona encargada del caso Adele Blanchard —dije con tono autoritario.

—¿De qué departamento?

—Pues no lo sé. —Vacilé un instante—. ¿Criminal?

Hubo una pausa al otro extremo de la línea. ¿Exasperación? ¿Desconcierto? Luego oí voces amortiguadas: la telefonista estaba tapando el auricular con la mano. Luego volvió a dirigirse a mí:

—Voy a ver si puedo pasarle a alguien.

Oí unos pitidos.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó otra voz, esta vez masculina.

—Soy una amiga de Adele Blanchard —dije con seguridad—. He estado viviendo en África varios años, y quería saber si ha habido algún progreso en su caso.

—¿Puede decirme su nombre, por favor?

—Me llamo Pauline —dije—. Pauline Wilkes.

—Lo siento, pero no podemos dar información por teléfono.

—¿Sabe de quién le hablo?

—Lo siento, señora. ¿Quiere dar parte de algo?

—No... Lo siento, adiós.

Colgué el teléfono y llamé a información. Pedí el número de teléfono de la biblioteca pública de Corrick.

Cuando llegué a Corrick por segunda vez, sentí cierto desasosiego. ¿Y si me encontraba a la señora Blanchard? Pero aparté esa idea de mi mente. ¿Qué más daba? Si me la encontraba, mentiría, como siempre. No entraba en una biblioteca pública desde que era niña. Siempre me las imagino como unos edificios municipales anticuados, como los ayuntamientos, oscuros, con pesados radiadores de hierro y vagabundos refugiándose de la lluvia. La biblioteca pública de Corrick era nueva y reluciente, y estaba situada junto a un supermercado. Había tantos CD y cintas de vídeo como libros, y pensé que quizá tendría que vérmelas con un ratón o con una microficha. Pero, cuando pregunté en el mostrador qué tenía que hacer para consultar un semanario local, me dirigieron a unos estantes donde se acumulaban ochenta años del *Gorrick and Whitham Advertiser*, en enormes volúmenes encuadernados. Cogí el de 1990 y lo puse encima de una mesa.

Revisé las cuatro portadas correspondientes al mes de enero. Había una polémica referente a una carretera de circunvalación, un accidente de un camión, el cierre de una fábrica y algo relacionado con el ayuntamiento y la eliminación de residuos, pero no se mencionaba a Adele Blanchard, así que volví al principio del mes y hojeé las páginas interiores de noticias. No encontré nada. No sabía qué hacer, y no tenía mucho tiempo. No había querido volver a ir en tren, y le había pedido prestado el coche a Claudia, mi ayudante. Si salía a las nueve, iba directamente a Corrick y volvía, llegaría a tiempo para asistir a una reunión que tenía con Mike a las dos, y podría fingir que había pasado la mañana trabajando.

No había contado con que consultar los periódicos pudiera llevarme tanto tiempo. ¿Qué podía hacer? Quizá Adele vivía en otro sitio; pero no, porque su madre había comentado que Tara había sido la primera en marcharse a vivir lejos. Hojeé el primer ejemplar de febrero. Nada. Miré la hora: eran casi las once y media. Decidí leer las revistas de febrero y marcharme, aunque no hubiera encontrado nada.

Y resultó que la noticia aparecía en el ejemplar del último viernes del mes, el día 23. Era un artículo breve al pie de la página 4:

MUJER DESAPARECIDA

Se desconoce el paradero de una vecina de la localidad de Corrick, Adele Funston, de veintitrés años. Su marido, Thomas Funston, que estaba trabajando en el extranjero, ha explicado al Advertiser que Adele tenía previsto ir unos días de excursión mientras él se hallaba ausente, a un lugar no especificado. «Al no tener noticias tuyas, empecé a preocuparme», ha declarado. Al igual que su suegro, Christopher Blanchard, también vecino de Corrick, el señor Funston confía en que su esposa, sencillamente, haya alargado sus vacaciones. El comisario Horner afirmó al Advertiser: «La inquietud de la familia no es infundada. Si la señora Funston se encuentra bien, me gustaría instarla desde aquí para que se ponga en contacto con su marido o con las autoridades». La señora Funston es maestra de la escuela primaria Saint Eadmund de Whitham.

Desaparecida. Miré alrededor y comprobé que no había nadie cerca. Con todo el cuidado que pude, arranqué el artículo del semanario. «Esto no se hace», me dije con pesar.

Joanna Noble encendió un cigarrillo.

—Antes de empezar, ¿te importa que diga algo que quizá te parezca un poco duro?

—¿Antes de empezar? Hablas como si fueras médica, o abogada.

—Bueno, ¿y qué soy? A eso me refería, en parte. Espera un momento.

Llenó las copas con el vino blanco que yo había comprado.

—Salud —dije con ironía.

Joanna bebió un sorbo de vino y me señaló con el cigarrillo.

—Mira, Alice, he entrevistado a montones de personas; a veces las detestaba, y otras creía que nos haríamos amigos, pero no fue así, por el motivo que sea. Ahora, por lo visto, me estoy haciendo amiga de la esposa de un entrevistado, sólo que...

—Sólo que ¿qué?

Dio una calada.

—No sé qué pretendes. ¿Por qué quieres hablar conmigo? ¿Porque soy una persona agradable que te apoya y te tranquiliza y no se te ocurre nadie más a quien contarle tus penas? ¿O porque crees que tengo una especie de experiencia profesional que tú puedes aprovechar? ¿Qué estamos haciendo aquí? Supongo que me pregunto si no sería mejor que le contaras lo que creo que me vas a contar a un amigo, un familiar o...

—¿O un psiquiatra? —La interrumpí, enojada, y luego me controlé. No podía recriminarle que tuviera algunas reservas. Yo también las tenía—. Ya sé que tú no eres amiga mía, pero no puedo hablar de esto con un amigo, ni con un familiar. Y es lógico que desconfíes de mí. Si he acudido a ti es porque sabes cosas que otros no saben.

—¿Es eso lo que nos une? —preguntó Joanna, casi con desdén; pero luego compuso una sonrisa más comprensiva—. No importa. En el fondo también me halaga que hayas querido hablar conmigo. Veamos, ¿de qué se trata?

Inspiré hondo y le conté, hablando en voz baja, lo que había hecho aquellos últimos días y semanas: los detalles que había intercambiado con Adam sobre nuestro historial sexual, las cartas de Adele que había encontrado, la muerte de su hermana, la visita que le había hecho a su madre. Cuando le expliqué lo de la señora Blanchard, Joanna arqueó las cejas, pero no hizo ningún comentario. Me sentía muy extraña describiéndole todo aquello a otra persona, y mientras hablaba me escuchaba a mí misma, como si oyera hablar a una desconocida. Eso me hizo comprender que había estado llevando una existencia hermética, y que llevaba mucho tiempo dándole vueltas a todo aquello, sin confiarme a nadie. Intenté hacer un relato claro y

cronológico. Cuando terminé, le enseñé a Joanna el artículo sobre la desaparición de Adele. Ella lo leyó con gesto de concentración y luego me lo devolvió.

—¿Y bien? —dije—. ¿Crees que estoy loca?

Joanna encendió otro cigarrillo.

—Mira —dijo con cierto desasosiego—, si no lo tienes claro, ¿por qué no lo dejas y punto?

—Adele abandonó a Adam. Tengo la carta en que cortaba con él. Está datada el 14 de enero de 1990.

Joanna se mostró francamente impresionada, e hizo un esfuerzo para ordenar sus ideas.

—A ver si lo he entendido bien —dijo pasados unos instantes—. ¿Me estás diciendo que cuando esa tal Adele rompió con Adam, tu marido, él la mató y logró deshacerse de su cadáver de modo que no la encontraron?

—Alguien se deshizo de su cadáver.

—Quizá se suicidó. O se marchó de su casa sin decir nada.

—La gente no desaparece por las buenas.

—Ah, ¿no? ¿Sabes cuántos casos de desapariciones no resueltos hay en Gran Bretaña?

—No, claro que no.

—Pues tantos como personas viven en Bristol o Stockport, o cualquier otra ciudad mediana. En este país hay toda una ciudad secreta habitada por desaparecidos. Gente que desaparece por las buenas.

—La última carta que le escribió a Adam no era desesperada. En ella le decía que había decidido quedarse con su marido.

Joanna volvió a llenar las copas.

—¿Tienes algún tipo de prueba que incrimine a Adam? ¿Cómo sabes que él no estaba escalando en ese momento?

—Era invierno. Además, la carta se la envió a una dirección de Londres.

—Por el amor de Dios, Alice, no se trata sólo de que no tengas ninguna prueba. ¿De verdad crees que tu marido es capaz de matar a una mujer a sangre fría y seguir como si nada?

Reflexioné un momento y respondí:

—Creo que Adam es capaz de hacer cualquier cosa que se proponga.

—No te entiendo —confesó Joanna esbozando una sonrisa—. Por primera vez hoy, da la impresión de que lo amas.

—Claro. Eso no tiene nada que ver. Pero ¿tú qué opinas de lo que te he contado?

—¿Cómo que qué opino? ¿Qué esperas de mí? En cierto modo me siento responsable de lo que está pasando. Fui yo la que te conté lo de la violación, y la que te metió en esta locura. Creo que yo te metí en este lío, y que ahora tú quieres demostrar algo, lo que sea, para poder estar tranquila. Mira... —Hizo un gesto de impotencia—. La gente no hace esas cosas.

—Eso no es cierto —la contradije. Sentía una extraña serenidad—. Tú lo sabes mejor que nadie. Pero ¿qué debo hacer?

—Aunque lo que dices fuera cierto, y seguro que no lo es, no tienes ninguna prueba, ni forma de encontrarla. No vas a averiguar nada más de lo que ya sabes, que no es nada. Y eso significa que tienes dos opciones. La primera es dejar a Adam.

—No puedo. No me atrevo. No lo conoces, Joanna. Si estuvieras en mi lugar, sabrías que eso es imposible.

—Si piensas seguir con él, no puedes pasarte el resto de la vida viviendo como una agente doble. Lo estropearías todo. Si estás decidida a seguir adelante, tienes que contárselo todo, por el bien de los dos. Tienes que confesarle tus temores a Adam.

Me reí. No tenía ninguna gracia, pero no pude evitarlo.

* * *

—Tienes que ponerte un poco de hielo.

—¿Dónde, Bill? Me duele todo.

Se rió.

—Pero piensa en el favor que le has hecho a tu sistema cardiovascular.

Bill Levenson parecía un socorrista retirado, pero en realidad era el director de nuestro departamento en Pittsburgh. Había llegado a principios de aquella semana y llevaba varios días dirigiendo reuniones y haciendo valoraciones. Yo temía que me sometiera a un interrogatorio en la sala de juntas, pero Bill me invitó a reunirme con él en su gimnasio para jugar un partido de *racquetball*. Le dije que nunca había oído hablar de ese juego.

—¿Has jugado al *squash* alguna vez?

—No.

—¿Has jugado al tenis?

—En el colegio.

—Pues es lo mismo.

Me presenté con unos pantalones cortos a cuadros que me quedaban bastante bien, y me reuní con Bill delante de lo que parecía una pista de *squash* normal. Bill me dio unas gafas protectoras y una raqueta que parecía una raqueta de nieve. Resultó que el *racquetball* no tenía nada que ver con el tenis. Recordé algunas escenas de cuando jugaba al tenis en el colegio: unas cuantas carreras por la línea de fondo, unos cuantos golpes delicados con la raqueta, muchas risas y mucho coqueteo con el entrenador. El *racquetball* consistía en perseguir sin cesar la pelota para golpearla, lo cual me produjo rápidamente un silbido de tuberculoso y una intensa sudoración, mientras los músculos de mis brazos y mis muslos empezaban a estremecerse y a sufrir misteriosos espasmos. Al principio no me importó concentrarme en una

actividad física que alejaba de mi mente todas mis preocupaciones. Lástima que mi cuerpo no soportara semejante presión.

Cuando sólo habían pasado veinte minutos de la media hora programada, caí de rodillas, dije «¡Basta!», y Bill me sacó de la pista. Al menos no tuve ocasión de observar cómo reaccionaban los otros miembros del gimnasio de Bill, ágiles y bronceados. Me llevó hasta la puerta del vestuario de señoras. Cuando me reuní con él en el bar, mi aspecto había mejorado un tanto, pero tenía que concentrarme mucho para caminar, como si acabara de aprender a hacerlo.

—He pedido dos botellas de agua —anunció Bill, al tiempo que se ponía en pie para recibirme—. Necesitas hidratarte.

Lo que necesitaba era un gintonic doble y una cama, pero acepté el agua cobardemente. Bill se quitó el reloj y lo dejó sobre la mesa.

—He leído tu informe —dijo—, y vamos a dedicarle cinco minutos, ni uno más y ni uno menos.

Abrí la boca con intención de protestar, pero por una vez no se me ocurrió nada que decir.

—Son sandeces, como tú ya sabes. El Drakloop se está estrellando, y nosotros vamos a pagar el pato. A juzgar por el tono... ¿cómo lo diría...?, distante de tu informe, deduzco que eres consciente de ello.

Lo único que habría podido decir para ser sincera era que el tono de mi informe era distante porque desde hacía unos meses tenía la mente en otros asuntos. Así que no dije nada.

—El nuevo diseño todavía no funciona —prosiguió Bill—. Y no creo que llegue a funcionar. Y tú tampoco lo crees. Lo que tendría que hacer es cerrar el departamento. Si crees que tengo alguna alternativa, dímelo ahora.

Me tapé la cara con las manos y por un instante creí que me iba a quedar así hasta que Bill se hubiera marchado. O quizá debía marcharme yo. Ahora, la otra parte de mi vida también era un desastre. Entonces pensé: mierda. Levanté la cabeza y miré el rostro ligeramente sorprendido de Bill. Quizá pensó que me había quedado dormida.

—Verás —dije, ganando tiempo para pensar—. Lo del cobre impregnado fue una pérdida de tiempo. Las ventajas no eran significativas, y de todos modos no han sabido hacerlo. La prioridad de la facilidad de aplicación también fue un error. Eso reduce su eficacia como anticonceptivo. —Bebí un sorbo de agua—. El problema no está en el diseño del Drak IV. El problema está en el diseño de los cuellos uterinos a los que se sujetan.

—Entonces ¿qué hacemos?

Me encogí de hombros.

—Olvidarnos del Drak IV. Darle un par de retoques al Drak III y llamarlo Drak IV. Después, gastarnos dinero en anuncios y en ponerlos en revistas femeninas. Pero no con fotografías difuminadas de parejas contemplando la puesta de sol en la playa, sino con información detallada que explique para qué mujeres es adecuado el DIU y

para qué mujeres no. Sobre todo, hay que informarles sobre la aplicación. La aplicación correcta supondría una mejora sobre lo que podría haber aportado el Drak IV si hubiera funcionado. —Entonces tuve una idea—. Y podrías pedirle a Giovanna que organice un programa de reciclaje para médicos de cabecera. No puedo sugerirte nada más. Estoy hecha polvo.

Bill soltó un gruñido y cogió su reloj.

—De todos modos, ya han pasado los cinco minutos —dijo, y se ató el reloj a la muñeca.

Levantó un maletín de piel que había dejado en el suelo, lo colocó sobre la mesa y lo abrió. Supuse que iba a sacar de él mi carta de despido, pero lo que sacó fue una revista. Se llamaba *Guy*, y saltaba a la vista que era para hombres.

—Mira esto —dijo—. Ahora sé algo más acerca de ti. —Me dio un vuelco el corazón, pero mantuve la sonrisa. Sabía lo que iba a pasar a continuación—. Madre mía —exclamó—. Tu marido es increíble.

Abrió la revista. Vi fotografías de montañas, caras con gafas, algunas de ellas conocidas: Klaus, aquella elegante fotografía de Françoise que, al parecer, era la única que habían encontrado los periodistas; una preciosa de Adam hablando con Greg.

—Sí, es increíble —afirmé.

—Cuando iba al instituto hacía excursionismo, y ahora esquío de vez en cuando, pero esos alpinistas... Eso sí que es fuerte. Es lo que a todos nos gustaría ser capaces de hacer.

—Hombre, murieron muchas personas... —Aporté.

—No me refiero a eso. Me refiero a lo que hizo tu marido. Mira, Alice, yo lo dejaría todo, mi carrera, todo, a cambio de saber eso de mí mismo, a cambio de haber demostrado mi valía. Es un artículo interesantísimo. Han entrevistado a todo el mundo, y él lo hizo. Adam fue la pieza clave. Mira, no sé qué planes tienes, pero me marchó el domingo. Quizá podríamos reunirnos todos un día.

—Sí, sería genial —repuse con cautela.

—Para mí sería un honor —añadió Bill.

—¿Me la dejas? —pregunté, señalando la revista.

—Claro —contestó Bill.

Era evidente que lo había despertado, aunque eran más de las once: tenía los ojos hinchados y llevaba un pijama arrugado y mal abrochado. Iba muy despeinado, y eso lo hacía parecer aún más peludo de como yo lo recordaba.

—Hola, Greg.

—¿Sí?

Me miró desde el umbral, y no dio ninguna señal de haberme reconocido.

—Soy Alice. Perdona que te moleste.

—¿Alice?

—Alice, la mujer de Adam. Nos conocimos en la presentación del libro.

—Ya me acuerdo. —Hizo una pausa—. Pasa, ¿quieres? Como verás, no esperaba visitas esta mañana. —De pronto sonrió, y volvieron a destacarse sus dulces ojos azules en aquella cara arrugada y sin lavar.

Me había imaginado que Greg viviría en una leonera, pero la casa, pequeña, estaba muy limpia y ordenada. Había fotografías de montañas por todas partes: fabulosas cumbres nevadas en blanco y negro o a todo color en todas las paredes blancas. Me sentí un poco extraña, plantada en aquella casa exageradamente limpia, y rodeada de unos paisajes tan colosales.

Greg no me pidió que me sentara, pero de todos modos lo hice. Había cruzado toda la ciudad para verlo, aunque no sabía por qué. Quizá porque recordaba que me había caído bien cuando lo conocí, y me aferré a eso. Carraspeé, y de pronto Greg volvió a sonreír.

—Mira, Alice —dijo—. Te sientes incómoda porque acabas de presentarte en mi casa sin que yo te haya invitado, y no sabes por dónde empezar. Y yo también me siento incómodo porque no voy vestido, como iría cualquier persona respetable a estas horas, y porque tengo una resaca de miedo. Así que ¿por qué no vamos a la cocina? Te enseñaré dónde están los huevos, y puedes preparar unos huevos revueltos y una cafetera mientras yo me visto. Luego podrás contarme a qué has venido. Porque me imagino que esto no es una simple visita de cortesía, ¿verdad?

Me quedé muda.

—Y da la impresión de que llevas semanas sin comer nada.

—No he comido mucho —reconocí.

—¿Te apetecen unos huevos?

—Vale.

* * *

Batí cuatro huevos y los puse a freír a fuego lento, removiendo todo el rato. Los huevos revueltos hay que cocinarlos despacio, y servirlos poco hechos. Hasta yo sé eso. Preparé el café (me quedó demasiado fuerte, pero seguramente a ambos nos sentaría bien un exceso de cafeína) y tosté cuatro rebanadas de pan. Cuando Greg volvió a la cocina, el desayuno esperaba en la mesa. Me di cuenta de que estaba muerta de hambre, y los huevos, salados y jugosos, y las tostadas con mantequilla me tranquilizaron. El mundo dejó de oscilar ante mis ojos. Acompañé la comida con grandes sorbos de café amargo. Greg, sentado enfrente de mí, comía con placer metódico, repartiendo los huevos uniformemente sobre las tostadas, y cortando cuadrados perfectos con el cuchillo. Me sentí extrañamente sociable. No dijimos nada mientras comíamos.

Cuando hubo terminado, Greg dejó el tenedor y el cuchillo y apartó su plato. Me miró, expectante. Inspiré hondo, le sonreí y noté el calor de mis lágrimas en las mejillas. Eso me desanimó. Greg me acercó una caja de pañuelos de papel y esperó.

—Pensarás que estoy loca —dije, y me soné la nariz—. Creí que a lo mejor tú me ayudabas a entender.

—A entender ¿qué?

—A Adam, supongo.

—Ya.

Greg se levantó bruscamente y dijo:

—Vamos a dar un paseo.

—No he cogido el abrigo. Me lo he dejado en la oficina.

—Te prestaré una chaqueta.

Bajamos y echamos a andar a buen paso por la ajetreada calle que conducía al Shoreditch y, más allá, al Támesis. De pronto Greg me guió por una escalera, y llegamos al camino de sirga de un canal. Desde allí no se veían los coches, y daba la impresión de que uno estaba en el campo. Era una sensación tranquilizadora, pero entonces me acordé de Tara. ¿Era en este canal donde habían encontrado su cadáver? No lo sabía. Greg caminaba deprisa, como Adam, y con la misma agilidad. Se detuvo y me miró.

—¿Por qué has acudido a mí, precisamente?

—Todo ocurrió muy deprisa —intenté explicarle—. Me refiero a Adam y yo. Yo creía que el pasado no importaba, que nada importaba. Pero las cosas no son así.

Volví a pararme. No podía revelarle a Greg todos mis temores. Adam le había salvado la vida. Greg era, en cierto modo, amigo de Adam. Miré el agua, que estaba inmóvil. En los canales el agua no fluye igual que en los ríos. Quería hablar de Adele, de Françoise, de Tara. Pero lo que dije fue:

—¿Te molesta que todo el mundo os considere a él el héroe y a ti el villano?

—¿El villano? Creía que yo sólo era el cobarde, el pelele, un personaje de Elisha Cook Júnior.

—¿De quién?

—Era un actor que interpretaba a cobardes y peleles.

—Lo siento, no era mi intención...

—No me importa que la gente piense que Adam fue el héroe, porque lo fue. Su valor, su fortaleza, su frialdad; todo eso fue extraordinario aquel día. —Me miró de soslayo—. ¿Es eso lo que quieres oír? Respecto a lo demás, no sé si me apetece hablar contigo de cómo me siento por mi fracaso. Al fin y al cabo eres la esposa del héroe.

—Eso no tiene nada que ver, Greg.

—Yo creo que sí. Y por eso esta mañana me has encontrado en pijama y con resaca. Pero no lo entiendo, y eso es lo que me atormenta. ¿Qué dice Adam?

Inspiré hondo antes de contestar:

—Me parece que Adam cree que en aquella expedición había gente que no pintaba nada en el Chungawat.

Greg soltó una risotada que se convirtió en una fuerte tos.

—No me extraña —dijo cuando se hubo recuperado—. Carrie Frank, la médica, era una buena excursionista, pero nunca había practicado alpinismo. No sabía ni cómo ponerse los crampones. Y recuerdo que avisé a Tommy Benn porque se había asegurado mal a la cuerda. Estuvo a punto de despeñarse. No me contestó, y entonces me acordé de que no entendía ni una palabra de inglés. Ni una sola palabra. Madre mía, ¿qué hacía ese hombre allí? Tuve que bajar hasta donde estaba él y asegurarlo bien. Pero yo pensaba que ya había resuelto los problemas, que había ideado un sistema infalible. Sin embargo, falló, y cinco personas que dependían de mi protección perdieron la vida. —Le puse una mano en el brazo, pero él continuó—: A la hora de la verdad, el héroe fue Adam, no yo. Tú dices que hay cosas en tu vida que no entiendes. A mí me pasa lo mismo.

—Pero tengo miedo.

—A mí me pasa lo mismo, Alice —repitió Greg, sonriendo.

De pronto, al otro lado del canal apareció un jardín que parecía fuera de lugar, con hileras de tulipanes rojos y morados.

—¿Es algo concreto lo que te da miedo? —me preguntó tras una pausa.

—No lo sé. Su pasado, supongo. Es tan misterioso...

—Y lleno de mujeres —añadió Greg.

—Sí.

—Debe de resultarte difícil.

Nos sentamos juntos en un banco.

—¿Te ha hablado de Françoise? —me preguntó.

—No.

—Yo estaba liado con ella.

No me miró cuando pronunció esas palabras, y me dio la impresión de que era la primera vez que se lo contaba a alguien. Para mí fue como un golpe, algo totalmente

imprevisto.

—¿Estabas liado con Françoise? No. No, no lo sabía. Dios mío, Greg. ¿Lo sabía Adam?

Greg tardó un momento en contestar:

—Nos liamos durante la expedición. Era muy graciosa. Y muy guapa.

—Sí, eso dicen.

—Lo suyo con Adam ya había terminado. Cuando llegamos todos a Nepal, Françoise le dijo que no quería seguir saliendo con él. Estaba harta de sus infidelidades.

—¿Fue ella la que rompió?

—¿No te lo ha dicho Adam?

—No. No me ha dicho nada.

—No le sientan bien los rechazos.

—A ver si lo he entendido bien —dije—. Françoise puso fin a su relación con Adam, y pocos días después tú y ella os enrollasteis, ¿no?

—Sí. Y si quieres continuo yo: unas semanas más tarde, ella murió en la montaña porque yo me hice un lío con las cuerdas fijas, y Adam me salvó la vida a mí, al amigo que le había robado a la novia.

Intenté pensar en algo que decir, algo que lo consolara, pero desistí.

—Tendríamos que volver.

—Oye, Greg, ¿sabía Adam lo tuyo con Françoise?

—En su momento no se lo dijimos. Creímos que lo distraería. Y él tampoco permanecía célibe. Y después... —No terminó la frase.

—¿Nunca se lo comentaste?

—No. ¿Piensas hablar de eso con él?

—No.

Qué va. Ni de eso, ni de nada más. Habíamos alcanzado un punto en que ya no podíamos decirnos nada.

—No te lo calles por mí —dijo Greg—. Ya no me importa.

Regresamos, me quité la chaqueta y se la devolví a Greg.

—Cogeré algún autobús por aquí —dije—. Gracias, Greg.

—No tienes que darme las gracias.

Movida por un impulso, le eché los brazos al cuello y lo besé en la boca.

—Cuídate —dije.

—Adam es un hombre con suerte.

—Creía que era yo la afortunada.

A veces tenía la impresión de que cuando estaba con Adam me sentía tan ofuscada que no alcanzaba a verlo tal como era, y mucho menos podía analizarlo o hacer juicios sobre él. Hacíamos el amor, dormíamos, teníamos conversaciones incompletas, comíamos, y de vez en cuando intentábamos hacer algún plan, pero incluso eso lo hacíamos en una atmósfera de urgencia, como si tuviéramos que actuar deprisa, antes de que se hundiera el barco, antes de que el fuego consumiera la casa con nosotros dentro. Yo me había entregado sin oponer ninguna resistencia, agradecida al principio de librarme de mis responsabilidades, de no tener que pensar ni hablar. La única forma de valorar a Adam racionalmente era a través de lo que la gente decía de él. Ese Adam, más distante, podía ser un alivio, y también podía resultar útil, como una fotografía del sol que se puede mirar directamente para saber cómo es esa cosa que hay encima, a la que no es posible dirigir la mirada y que quema.

Cuando volví de hablar con Greg, Adam estaba viendo la televisión. Tenía un cigarrillo en la mano y se estaba tomando un *whisky*.

—¿Dónde has estado? —me preguntó.

—Trabajando —contesté.

—Te he llamado. Me han dicho que no estabas en la oficina.

—Tenía una reunión —dije sin concretar.

Cuando se miente, lo importante es no ofrecer información innecesaria que después pueda delatarlo a uno. Adam giró la cabeza y me miró, pero no dije nada más. El movimiento que hizo fue un poco extraño; me pareció que era demasiado lento o demasiado rápido. Quizá estuviera un poco borracho. Cambiaba continuamente de canal: miraba un programa durante unos minutos, luego ponía otro, lo miraba unos minutos y volvía a cambiar.

Me acordé de la revista que Bill Levenson me había prestado.

—¿Has visto esto? —dije mostrándosela a Adam—. Hay otro artículo sobre ti.

Adam se giró un momento, pero no hizo ningún comentario. Yo ya conocía todos los detalles del desastre del *Chungawat*, pero quería volver a leer la historia teniendo en cuenta lo que había descubierto sobre Adam, Françoise y Greg, para ver si había alguna diferencia, así que me senté a la mesa de la cocina y pasé con impaciencia los anuncios de zapatillas de deporte, colonia, máquinas de *fitness*, trajes italianos, páginas y más páginas de artículos masculinos. Hasta que llegué al artículo que buscaba, titulado «La zona mortal: sueños y desastre a 8 000 metros».

El artículo de la revista *Guy* era mucho más largo y detallado que el de Joanna. El autor, Anthony Kaplan, se había entrevistado con todos los miembros supervivientes

de la expedición, incluido Adam, lo cual me sorprendió. ¿Por qué nunca me contaba esas cosas? Debía de haber sido una de aquellas largas conversaciones telefónicas, o una de aquellas citas en bares, que le habían ocupado tanto tiempo durante los últimos dos meses.

—No sabía que hubieras hablado con este periodista —comenté intentando adoptar un tono desenfadado.

—¿Cómo se llama? —me preguntó Adam mientras se servía otro *whisky*.

—Anthony Kaplan.

Adam bebió un sorbo, y luego otro. Arrugó ligeramente la cara.

—Era un gilipollas —dijo.

Me sentí engañada. Lo normal era conocer los detalles triviales y prosaicos de la vida de los amigos y colegas, y en cambio no saber nada de su apasionada vida interior. Con Adam ocurría lo contrario: lo único que conocía yo era su imaginación, su fantasía, sus sueños, pero sólo tenía acceso a fragmentos fortuitos de lo que hacía durante el día. Por eso me interesaba tanto cualquier información que pudiera obtener sobre él, sobre su capacidad para transportar el material de otras personas cuando éstas apenas podían caminar por culpa del efecto de la altitud. Todo el mundo hablaba de su meticulosidad, de su prudencia, de su lucidez.

Había un detalle nuevo referente a Adam. Otro miembro de la expedición, una diseñadora de interiores llamada Laura Tipler, le había dicho a Kaplan que había compartido la tienda unos días con Adam cuando subían hacia el campamento base. A eso debía de referirse Greg cuando dijo que Adam no había permanecido célibe después de su relación con Françoise. Luego Adam dejó de dormir en su tienda, sin más. Para dosificar sus fuerzas, sin duda. Eso no me importaba. Todo había sucedido de común acuerdo, sin resentimientos en ninguna de las partes. Tipler le había dicho a Kaplan que parecía evidente que Adam tenía la mente en otras cosas, en la organización de la escalada, la valoración de diversos riesgos y la capacidad de los diferentes miembros de la expedición para superarlos, pero que ella había tenido suficiente con su cuerpo. La muy zorra. Le había descrito el episodio a Kaplan casi con indiferencia, como si fuera una opción extra más del folleto. Pero ¿se había acostado Adam con todas las mujeres que había conocido? Me pregunté qué habría pensado él si yo hubiera tenido una vida sexual como la suya.

—¿Quién es Laura Tipler? —pregunté.

Adam reflexionó un momento, y soltó una carcajada.

—Un lastre tremendo, eso es lo que era.

—Compartiste la tienda con ella, ¿no?

—¿Qué te pasa, Alice? ¿Qué quieres que te diga?

—Nada. Es que siempre me entero de cosas relacionadas contigo a través de las revistas.

—Eso son estupideces, y no te van a enseñar nada sobre mí. —Estaba malhumorado—. ¿Por qué les haces caso? ¿Por qué no paras de fisgonear?

—No estoy fisgoneando —dije con cautela—. Me intereso por tu vida, sencillamente.

Adam volvió a llenar su vaso.

—No quiero que te intereses por mi vida. Quiero que te intereses por mí.

Me di la vuelta bruscamente. ¿Sabía algo? Pero volvía a estar concentrado en el televisor, cambiando los canales.

Seguí leyendo. Pensé que quizá encontraría algún otro detalle sobre la ruptura de Adam con Françoise y sobre las tensiones que pudiera haber habido entre ellos allí arriba, en la montaña. Pero Kaplan sólo mencionaba brevemente que habían salido juntos, y aparte de eso ella apenas aparecía en el artículo hasta cerca del final, cuando se mencionaba su desaparición. No podía quitarme de la cabeza la idea de que las dos mujeres que habían rechazado a Adam habían muerto. ¿Podía ser que Adam no se hubiera esforzado tanto para rescatar al grupo de Françoise como a los otros grupos? Sin embargo, esa posibilidad se contradecía con la descripción que hacía Kaplan de la tormenta. Tanto Greg como Claude Bresson habían quedado fuera de combate. Lo más notable no era que cinco personas del grupo hubieran muerto, sino que hubiera habido supervivientes, y eso se debía casi únicamente a los esfuerzos de Adam, que salió una y otra vez en busca de sus compañeros de expedición en medio de la tormenta. Con todo, aquella idea no dejaba de acosarme, y me preguntaba si no sería ése el motivo por el que Adam me había relatado aquella pesadilla con tanta serenidad.

Adam no había aportado mucha información, como era su costumbre, pero en un momento de la entrevista Kaplan le había preguntado si lo habían inspirado los grandes exploradores románticos británicos, como el capitán Scott. «Scott murió —respondió Adam—. Y sus hombres murieron con él. Mi héroe es Amundsen. Él dirigió una expedición al Polo Sur como un abogado redacta un documento legal. Es muy fácil matar con gloria a la gente a la que uno tiene a su cargo. Lo difícil es asegurarse de que los nudos están bien atados y lograr que regrese todo el mundo sano y salvo».

Kaplan enlazaba esa cita con el problema de los nudos, que no habían aguantado. Como señalaba el periodista, la cruel paradoja de aquel desastre era que, gracias a las innovaciones introducidas por Greg McLaughlin, después de la catástrofe no había habido forma de eludir las responsabilidades. Claude Bresson era el encargado de la cuerda roja, Adam de la amarilla, y Greg había asumido voluntariamente la responsabilidad última de asegurar la cuerda azul, que era la que debería haber conducido a la expedición por la cresta Géminis hasta el paso que había justo debajo de la cima.

Era terriblemente sencillo; pero, para que resultara aún más fácil entenderlo, un detallado dibujo mostraba el trazado de la cuerda azul en la cresta occidental, y el punto en que se había soltado, de modo que un grupo de alpinistas perdió la cuerda, se equivocó de camino y bajó por la cresta oriental, donde encontraron la muerte.

Pobre Greg. Me pregunté si se habría enterado de aquella reciente publicación.

—Pobre Greg —dije en voz alta.

—¿Cómo?

—He dicho «pobre Greg». Vuelve a ser el centro de atención.

—Son unos buitres —comentó Adam con amargura.

En el artículo de Kaplan no había prácticamente nada que difiriera, ni siquiera en el énfasis, de lo que yo ya había leído en el artículo de Joanna, ni, desde una perspectiva más personal, en el libro de Klaus. Leí el artículo por segunda vez buscando alguna diferencia, por pequeña que fuera. Lo único que encontré fue una variación insignificante. En el libro de Klaus, el alpinista al que habían encontrado medio muerto a la mañana siguiente, murmurando «*Help*» era Pete Papworth. Kaplan había cotejado los relatos de todos los implicados y había establecido, por si servía de algo, que Papworth había muerto durante la noche, y que al que habían encontrado moribundo era el alemán, Tomas Benn. En fin. Aparte de eso, las tres versiones coincidían en todo.

Me levanté, me senté en el brazo de la butaca de Adam y le acaricié el cabello. Él me pasó el vaso de *whisky*; bebí un sorbo y se lo devolví.

—¿Piensas mucho en ello, Adam?

—¿En qué?

—En el Chungawat. ¿Lo recuerdas constantemente? ¿Piensas que todo habría podido salir de otra forma, que las personas que murieron habrían podido salvarse, o que tú habrías podido morir?

—No.

—Yo sí.

Adam se inclinó hacia delante y apagó el televisor. De pronto la habitación quedó en silencio, y pude oír los ruidos de la calle y un avión que pasaba.

—¿De qué me serviría?

—La mujer a la que amabas murió en aquella montaña. Esa idea no me abandona.

Adam entrecerró los ojos. Dejó el vaso en la mesita. Se levantó y me cogió la cara con las manos. Tenía unas manos enormes, muy fuertes. Pensé que si quisiera podría arrancarme la cabeza. Me miraba fijamente. ¿Intentaba leer mis pensamientos?

—Tú eres la mujer que amo —dijo sin dejar de mirarme—. Tú eres la mujer en quien confío.

—Es Bill Levenson, para ti.

Claudia me tendió el auricular con gesto de lástima, como si me estuviera entregando a un verdugo.

Hice una mueca y cogí el auricular.

—Hola, soy Alice.

—Ya está, Alice. —Sonaba muy jovial para tratarse de la persona que estaba a punto de despedirme—. Trato hecho.

—¿Cómo dices?

Miré a Claudia arqueando las cejas; ella se había quedado en la puerta, esperando a ver cómo me venía abajo.

—Trato hecho —repitió Bill—. Puedes llevarlo adelante. El Drakloop IV es todo tuyo.

—Pero si...

—¿Lo has pensado mejor, Alice?

—No, qué va.

La verdad es que no había pensado en absoluto. Desde hacía un par de días ni siquiera me había acordado del Drakloop. Incluso en esos momentos, apenas conseguía reunir la energía para fingir interés.

—En ese caso, puedes hacer lo que quieras. Prepara una lista de lo que necesitas y un programa, y envíamelos por *email*. Lo he consultado, y todos están preparados. Te he pasado la bola, Alice. Ya puedes empezar a correr con ella.

—Estupendo —dije. Si Bill esperaba que me mostrara emocionada o agradecida, se iba a llevar una decepción—. ¿Qué pasa con Mike, Giovanna y los demás?

—De eso ya me encargo yo.

—Ah.

—Estoy muy contento de tu trabajo, Alice. Estoy seguro de que harás triunfar el Drakloop IV.

* * *

Salí del despacho más tarde de lo habitual, para evitar encontrarme con Mike. Más tarde, me dije, lo invitaría a tomar algo, y nos emborracharíamos juntos y maldeciríamos a nuestros superiores y sus repugnantes intrigas, como si nosotros dos no nos dejáramos corromper por sus artimañas. Pero ése no era el momento

apropiado. Tenía otras cosas de que ocuparme, y Mike sólo me importaba provisionalmente, por así decirlo. Esa parte de mi vida estaba en suspenso. Me cepillé el cabello y me lo recogí en un moño; luego cogí mi bandeja de correo entrante, llena hasta el borde, y la vacié en la papelera.

Klaus estaba esperando junto a las puertas giratorias, comiéndose un donut y leyendo el periódico del día anterior, que dobló en cuanto me vio.

—¡Alice! —Me dio dos besos, y luego me miró inquisitivamente—. Pareces un poco cansada. ¿Te encuentras bien?

—¿Qué haces aquí?

A decir verdad, parecía un poco cortado.

—Adam me ha pedido que te acompañe a casa. Está preocupado por ti.

—Pero si no me pasa nada. Estás perdiendo el tiempo.

Entrelazó su brazo con el mío, y dijo:

—Será un placer. De todos modos, no estaba haciendo nada. Puedes invitarme a un té en tu casa.

Vacilé, sin disimular mi renuencia.

—Se lo he prometido a Adam —insistió Klaus, y empezó a tirar de mí hacia la estación de metro.

—Prefiero ir andando.

—¿Andando? ¿Desde aquí?

Aquello empezaba a fastidiarme.

—Me encuentro perfectamente, Klaus, y voy a ir a pie. ¿Vienes, o no?

—Adam siempre dice que eres muy testaruda.

—Estamos en primavera. Mira qué cielo. Podemos ir por el West End y Hyde Park. O puedes irte al cuerno, y ya iré yo sola.

—Tú ganas, como siempre.

—¿Y qué está haciendo Adam que le ha impedido venir a buscarme? —pregunté cuando hubimos cruzado la calle, por el mismo sitio donde había visto a Adam por primera vez.

—Me parece que tenía que ir a ver a un camarógrafo que podría participar en la expedición.

—¿Has leído el artículo sobre el Chungawat de la revista *Guy*?

—Hablé con Kaplan por teléfono. Me pareció muy profesional.

—No dice nada nuevo.

—Eso me dijo.

—Salvo una cosa. Tú dijiste que el hombre que sobrevivió toda la noche y al que encontraron moribundo y pidiendo ayuda era Pete Papworth, y Kaplan afirma que era Tomas Benn.

—¿El alemán? —Klaus frunció las cejas, como si intentara recordar, y luego sonrió—. Quizá tenga razón. Yo no estaba en posesión de todas mis facultades mentales en aquel momento.

—Y tampoco mencionaste que Laura Tipler había compartido la tienda con Adam.

Klaus me miró con extrañeza, sin alterar su paso.

—Me pareció que era una intromisión en su vida privada.

—¿Cómo era ella?

Klaus adoptó una expresión ligeramente crítica, como si estuviéramos violando alguna regla tácita. Tras una pausa, dijo:

—Eso ocurrió antes de que Adam te conociera, Alice.

—Ya lo sé. Pero eso no quiere decir que yo no pueda saber nada de ella. —Klaus permaneció callado—. Ni de Françoise. Ni de ninguna otra. —Me controlé, y luego añadí—: Lo siento. No quería ponerme así.

—Debbie me comentó que estabas un poco obsesionada con esas cosas.

—Ah, ¿sí? Ella también tuvo una aventura con Adam.

Mi voz sonaba más aguda que de costumbre. Empezaba a asustarme.

—Alice, por favor.

—Estoy un poco cansada. Creo que cogeré un taxi.

Sin decir palabra, Klaus bajó a la calzada y paró un taxi negro que pasaba. Me ayudó a entrar, y luego entró detrás de mí, pese a mis protestas.

—Lo siento —volví a decir.

Estuvimos un rato callados, mientras el taxi avanzaba lentamente por las calles embotelladas.

—No tienes motivos para estar celosa —dijo Klaus.

—No estoy celosa. Estoy harta de secretos y misterios, y de enterarme de cosas sobre Adam por los artículos que leo en los periódicos, o por cosas que se le escapan a la gente cuando habla sin pensar. Es como esperar constantemente una emboscada. Nunca sé de dónde va a venir la próxima sorpresa.

—Según tengo entendido —replicó Klaus—, no es que las sorpresas salten sobre ti, sino más bien que tú vas por ahí escarbando para ver si las encuentras. —Puso una mano tibia y callosa sobre la mía—. Confía en él —agregó—. Deja de atormentarte.

Me reí, pero la risa se convirtió en un sollozo entrecortado.

—Lo siento —dije una vez más—. Normalmente no soy así.

—Quizá deberías buscar ayuda —apuntó Klaus.

Me quedé atónita.

—¿Crees que estoy loca? ¿Es eso lo que crees?

—No, Alice, pero creo que te ayudaría hablar de todo esto con alguien ajeno a la situación. Mira, Adam es mi amigo, pero sé que a veces puede ser muy testarudo. Si tenéis problemas, buscad ayuda para solucionarlos.

—Quizá tengas razón. —Me recosté en el asiento y cerré los ojos. Me dolía todo el cuerpo, y estaba profundamente deprimida—. Quizá haya sido una tonta.

—Todos somos tontos a veces —dijo Klaus. Parecía aliviado ante mi repentina conformidad.

Cuando el taxi se paró, no le ofrecí la taza de té que él mismo se había prometido, y no creo que le importara. Me abrazó frente a la puerta de la calle y echó a andar a buen paso, haciendo ondear su abrigo. Subí la escalera, desanimada y un tanto avergonzada de mí misma. Fui al cuarto de baño, me miré en el espejo y no me gustó lo que vi en él. Luego eché un vistazo al apartamento, que estaba tal como yo lo había dejado aquella mañana. En el fregadero había unos platos que llevaban varios días allí; había cajones abiertos, tarros de miel y mermelada sin tapa, unas rebanadas de pan secándose encima de la tabla, un par de bolsas de basura llenas junto a la puerta, migas y polvo en el suelo de linóleo. En el salón había tazas por todas partes, periódicos y revistas en el suelo, con varias botellas de *whisky* y de vino vacías, y un ramo de narcisos marchitos en un jarrón. Hacía varias semanas que no pasábamos la aspiradora por la alfombra. La verdad es que ni siquiera habíamos cambiado las sábanas ni habíamos hecho la colada desde hacía semanas.

—Mierda —dije con asco—. Estoy hecha una mierda, y este apartamento también. No puedo más.

Me arremangué y empecé por la cocina. Estaba decidida a tomar de nuevo las riendas de mi vida. Con cada superficie que limpiaba, iba encontrándome mejor. Lavé los platos, tiré toda la comida pasada, todos los cabos de velas, toda la propaganda, y fregué el suelo con agua caliente y jabonosa. Recogí todas las botellas y los periódicos viejos y los tiré, sin detenerme a leer las noticias de la semana anterior. Tiré el cuenco de *Sherpa*, intentando no recordar la última visión que había tenido de él. Quité las sábanas de la cama y las dejé en un rincón de la habitación, para llevarlas a la lavandería. Ordené los zapatos por pares, apilé los libros. Limpié la bañera y la ducha. Recogí las toallas y las puse en el montón de la ropa sucia.

A continuación me preparé una taza de té y me puse con las cajas de cartón que había debajo de la cama, donde Adam y yo nos habíamos acostumbrado a meter todo lo que no nos interesaba pero que tampoco queríamos tirar. Estuve a punto de dejarlas junto a las bolsas de basura sin mirar siquiera lo que había dentro. Pero entonces vi una hoja de papel con el número de teléfono de Pauline. No debía tirarlo. Empecé a revolver entre las facturas viejas, las facturas nuevas, las postales, las revistas científicas que todavía no había leído, las fotocopias del *Drakloop*, los papeles con mensajes que le había dejado a Adam, y que Adam me había dejado a mí. «*Llegaré a medianoche. Espérame*», leí y se me llenaron los ojos de lágrimas. Sobres vacíos. Sobres por abrir dirigidos al propietario del piso. Me llevé un montón de papeles al escritorio que había en un rincón del dormitorio y empecé a ordenarlos en tres montones. Uno para tirar, otro para resolver inmediatamente y otro para devolver a la caja. Uno de los montones resbaló, y varios papeles cayeron por detrás del escritorio. Intenté cogerlos, pero el espacio era demasiado estrecho. Estuve tentada de dejarlos allí, pero no, me había propuesto limpiarlo todo. Hasta lo que no se veía. Así que, haciendo un esfuerzo enorme, separé el escritorio de la pared. Recogí los papeles que se me habían caído, y, por supuesto, había otras cosas que llevaban tiempo allí: un corazón

de manzana reseco, un sujetapapeles, un capuchón de bolígrafo y un trozo de sobre. Miré el sobre para ver si podía tirarlo. Iba dirigido a Adam. Luego le di la vuelta, e inmediatamente sentí como si me hubieran pegado un puñetazo en el estómago, tan fuerte que se me cortó la respiración.

«¿*Un día difícil?*», leí. Era la letra de Adam, con gruesa tinta negra. Luego, en la línea de abajo, otra vez: «¿*Un día difícil, Adam?*». Y luego: «¿*Un día difícil, Adam? Date un baño*». Y por último, bajo esas líneas, en letras mayúsculas que me resultaban familiares: **DÍA DIFÍCIL**.

Aquellas palabras estaban repetidas varias veces, como si se tratara de un ejercicio de caligrafía infantil: **DÍA DIFÍCIL DÍA DIFÍCIL DÍA DIFÍCIL DÍA DIFÍCIL**.

Y luego: **ADAM ADAM ADAM ADAM ADAM ADAM ADAM**.

Y por último: **¿UN DÍA DIFÍCIL, ADAM? DATE UN BAÑO**.

No debía hacer locuras. No debía obsesionarme. Intenté buscar la explicación más sensata, la más tranquilizadora. Adam debía de haber estado haciendo garabatos, pensando en aquella nota, repitiendo sin darse cuenta aquellas palabras. Pero aquello no era lo que había en aquel papel. Aquello no eran garabatos. Era Adam imitando la letra de las notas anteriores (las notas de Tara), hasta que lo consiguió, de modo que quedara descartada la relación de Tara con los anónimos. Ahora ya lo entendía. Entendía lo de *Sherpa* y todo lo demás. Entendía lo que ya sabía hacía mucho tiempo. La única verdad que no podía tolerar.

Cogí el sobre. No me temblaban las manos. Lo escondí en el cajón de mi ropa interior, junto con la carta de Adele; volví junto a la cama y metí otra vez en las cajas todo lo que había sacado. Puse las cajas debajo de la cama, y hasta froté las marcas que habían dejado en la alfombra.

Oí pasos que subían por la escalera, y fui, sin prisas, a la cocina. Adam entró y fue a saludarme. Lo besé en los labios y lo abracé con fuerza.

—He hecho limpieza general —dije, con un tono de voz perfectamente normal.

Adam me besó; yo le sostuve la mirada sin estremecerme.

Adam lo sabía. Al menos algo sabía. Porque no se separaba de mí, me vigilaba constantemente. Otra persona habría podido pensar que nos pasaba lo mismo que al principio de nuestra relación, cuando ninguno de los dos soportaba estar lejos del otro. Pero ahora la actitud de Adam se parecía más a la de un médico muy concienzudo que no puede perder de vista a su inestable paciente ni un momento por miedo a que se autolesione.

No sería exacto decir que Adam me seguía allá donde yo iba. No me acompañaba al trabajo todos los días, ni iba a buscarme todos los días. No me llamaba al despacho constantemente. Pero lo hacía lo suficiente para que yo supiera que sería demasiado arriesgado proseguir con mis investigaciones. Adam siempre estaba cerca, y yo tenía la certeza de que a veces estaba cerca aunque yo no lo supiera. En un par de ocasiones, cuando iba caminando por la calle, me di la vuelta, convencida de que me observaban, o de que había visto a alguien, pero no llegué a verlo. Con todo, pudo haber estado allí. Aun así, no importaba. Tenía la sensación de que ya sabía cuanto necesitaba saber. Lo tenía todo en la cabeza. Ahora sólo debía pensar en ello. Sólo me faltaba ordenar los datos.

Greg iba a viajar a Estados Unidos, donde pasaría varios meses, y el sábado antes de su partida un par de amigos suyos le montaron una fiesta de despedida. Llovió casi todo el día, y Adam y yo no nos levantamos de la cama hasta pasado el mediodía. Entonces Adam se vistió apresuradamente, y dijo que tenía que salir y que volvería al cabo de un par de horas. Me dejó con una taza de té y con un fuerte beso en la boca. Me quedé tumbada en la cama y me puse a pensar en todo aquello: con claridad, punto por punto, como si Adam fuera un problema que debía resolver. Tenía todos los elementos; lo único que faltaba era ordenarlos. Me tapé con el edredón y, mientras escuchaba el golpeteo de la lluvia en el tejado, el ruido de los coches al pisar los charcos, pensé hasta que me dolió la cabeza.

Repasé una y otra vez lo ocurrido en el Chungawat: la tormenta, la hipoxia de Greg y Claude Bresson, la extraordinaria habilidad con que Adam guió a los alpinistas por la cresta Géminis, el fallo de la cuerda guía y el posterior error de los cinco alpinistas: Françoise Colet, Pete Papworth, Caroline Frank, Alexis Hartounian y Tomas Benn. Françoise Colet, que acababa de romper con Adam, y que tenía una aventura con Greg.

Adele Blanchard había dejado a Adam. ¿Cómo debió de reaccionar el Adam que yo conocía ante aquel rechazo? Debió de desear la muerte de Adele, y ella desapareció. Françoise Colet había dejado a Adam. Debió de desear su muerte, y ella murió en la montaña. Eso no significaba que Adam la hubiera asesinado. Si uno

deseaba la muerte de alguien y esa persona moría, ¿quería eso decir que uno era el responsable, aunque no hubiera causado su muerte? Le di vueltas y más vueltas. ¿Y si Adam no se hubiera esforzado mucho para rescatar a Françoise? Pero todo el mundo decía que Adam había hecho mucho más de lo que habría hecho cualquier otra persona en las mismas circunstancias. ¿Y si puso al grupo de Françoise en el último lugar de su lista de prioridades mientras les salvaba la vida a otras personas? ¿Lo hacía eso un poco responsable de la muerte de Françoise y de la de los otros miembros de la expedición? Pero alguien tenía que establecer las prioridades. A Klaus, por ejemplo, no se le podía culpar de aquellas muertes, porque él no estaba en condiciones ni siquiera de salvarse a sí mismo, y mucho menos de decidir el orden en que había que rescatar a los otros. Aquello era una estupidez. Además, Adam no sabía que iba a haber una tormenta.

Sin embargo, había algo que me inquietaba; como un leve picor que ni siquiera es posible localizar exactamente, que no se sabe si está en la superficie de la piel o debajo, pero que impide relajarse. Quizá había algún detalle técnico, pero ningún experto lo había mencionado. El único detalle técnico relevante era que la cuerda fija de Greg se había soltado en un punto crítico, pero eso había afectado a todos los grupos por igual en su descenso. El hecho de que fuera el grupo de Françoise el que se había equivocado de ruta no era más que una casualidad. Con todo, había algo que no me dejaba en paz. ¿Por qué no podía dejar de darle vueltas?

Me rendí. Me di una larga ducha, me puse unos vaqueros y una camisa de Adam, y me preparé una tostada. No tuve tiempo de comérmela porque llamaron a la puerta. No esperaba a nadie, y desde luego no me apetecía ver a nadie, así que al principio no contesté. Pero volvieron a llamar, esta vez con más insistencia, y bajé la escalera.

Era una mujer de mediana edad, muy corpulenta, que llevaba un gran paraguas negro. Tenía el cabello corto y canoso, arrugas alrededor de los ojos, y marcadas líneas de expresión en la boca. Al verla pensé que parecía muy desgraciada. Era la primera vez que la veía.

—¿Sí? —pregunté.

—¿Adam Tallis? —dijo la mujer con marcado acento extranjero.

—Lo siento, no está en casa.

La mujer puso cara de no entender.

—No está —repetí más despacio, observando su expresión afligida y sus hombros caídos—. ¿Puedo ayudarla en algo?

Ella negó con la cabeza, y se puso una mano sobre el pecho.

—Ingrid Benn —dijo—. Soy la mujer de Tomas Benn. —Tuve que esforzarme para entender lo que decía; ella también hacía un gran esfuerzo para hablar—. Lo siento, mi inglés no... —Hizo un gesto de abatimiento—. Quiero hablar con Adam Tallis.

Decidí abrir la puerta del todo.

—Pase, por favor —dije.

Le cogí el paraguas, lo cerré y sacudí las gotas de agua. Ella entró y cerró la puerta con firmeza.

Entonces caí en la cuenta de que unas semanas atrás Ingrid Benn había escrito a Adam y a Greg, diciéndoles que le gustaría hablar con ellos de la muerte de su marido. Se sentó a la mesa de la cocina, con su elegante y sencillo traje y sus mocasines planos, con una taza de té en las manos, pero sin beber, y me miró con gesto de impotencia, como si yo pudiera proporcionarle alguna respuesta, aunque ella, como Tomas, apenas hablaba inglés, y yo no sabía ni una palabra de alemán.

—Lo siento —dije—. Siento mucho lo de su marido.

Ella asintió y rompió a llorar. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas, pero no se las secó; permaneció sentada, pacientemente, como una cascada de dolor. Su forma de llorar, silenciosa y sosegada, me impresionó. No le ponía obstáculos a su pena, sino que la dejaba fluir. Le di un pañuelo de papel, y ella lo conservó en la mano como si no supiera para qué servía.

—¿Por qué? —dijo pasado un rato—. ¿Por qué? Thommy dice... —Buscó la palabra, pero no la encontró.

—Lo siento —repetí, muy despacio—. Adam no está aquí.

No parecía importarle demasiado. Sacó un cigarrillo; fui a buscarle un cenicero, y ella fumó y lloró y habló como pudo, en inglés y también en alemán. Yo contemplaba sus grandes y tristes ojos castaños, me encogía de hombros, asentía con la cabeza. Poco a poco, ella se fue calmando, y nos quedamos un rato calladas. ¿Habría ido ya a ver a Greg? No me hacía mucha gracia imaginármelos juntos. El artículo sobre el desastre de la revista *Guy* estaba abierto encima de la mesa, e Ingrid lo vio y se lo acercó. Miró la fotografía de grupo de la expedición y tocó la cara de su difunto marido. Me miró con una leve sonrisa en los labios.

—Tomas —dijo, de forma casi inaudible.

Pasó la página y vio el dibujo de la montaña, que mostraba la disposición de las cuerdas fijas. La señaló con el dedo.

—Tommy dice bueno, dice no problema.

Luego empezó a hablar en alemán otra vez, y yo me perdí, hasta que oí una palabra que me sonaba, y que Ingrid repitió varias veces.

—Sí —dije—. *Help*. —Ingrid puso cara de no entenderme. Suspiré—. *Help* —dije articulando muy bien la palabra—. Fue lo último que dijo Tomas: «*Help*».

—No, no —dijo ella con insistencia—. *Gelb*.

—*Help*.

—No, no. *Gelb*. —Señaló el dibujo de la revista—. *Rot*. Aquí. *Blau*. Aquí. *Und gelb*.

Ahora era yo la que no la entendía.

—«*Rot*» es... rojo, ¿no? Y «*blau*» es...

—Azul.

—Y «*gelb*»...

Ella miró alrededor, y señaló un cojín que había en el sofá.

—Amarillo —dije yo.

—Sí, amarillo.

Aquel malentendido me hizo reír, e Ingrid también sonrió con tristeza. Pero entonces fue como si alguien hubiera hecho girar un disco en mi cabeza; como si hubieran marcado el último número de una cerradura de combinación y ésta hubiera encajado. Las puertas se abrieron de par en par. Amarillo. *Gelb*. Claro. ¿Cómo iba a pedir ayuda en inglés estando moribundo? Claro que no. Precisamente él, que había dificultado la expedición porque no sabía ni una sola palabra de inglés. La última palabra que dijo fue un color. ¿Por qué? ¿Qué intentaba decir? Fuera llovía sin cesar. Entonces volví a sonreír. ¿Cómo podía haber sido tan tonta?

—¿Sí? —Ingrid me miraba fijamente.

—Señora Benn —dije—. Ingrid. Lo siento mucho.

—Sí.

—Creo que se debería marchar.

—¿Marchar?

—Sí.

—Pero...

—Adam no puede ayudarla.

—Pero...

—Váyase a su casa, con sus hijos —dije.

No tenía ni idea de si tenía hijos, pero me pareció, por su aspecto, que debía de tenerlos. De hecho se parecía un poco a mi madre.

Se levantó, obediente, y cogió su impermeable.

—Lo siento mucho —dije una vez más, le puse el paraguas en la mano, y ella se marchó.

* * *

Cuando llegamos, Greg estaba borracho. Me abrazó con excesiva efusividad, tal vez, y luego abrazó también a Adam. Eran los de siempre: Daniel, Deborah, Klaus, otros alpinistas. Pensé que parecían soldados gozando de un permiso, reunidos en un refugio exclusivo porque sabían que los civiles nunca podrían entender realmente lo que ellos habían sufrido. No era más que un intermedio antes de regresar a la vida real de peligro y situaciones límite. Me pregunté, y no por primera vez, qué pensarían de mí. ¿Me verían como un simple capricho, como una de aquellas aventuras locas que los soldados tenían durante los permisos de fin de semana en la Segunda Guerra Mundial?

La atmósfera era muy jovial. Adam estaba un poco distraído, pero quizá fuera

sólo una impresión mía, producto de mi susceptibilidad; enseguida participó en la conversación. En cambio, respecto a Greg no había ninguna duda: tenía muy mala cara. Iba de un grupo a otro, pero sin decir gran cosa, y rellenaba constantemente su vaso. Al cabo de un rato, me quedé a solas con él.

—Me siento un poco desplazada —confesé.

—Yo también —repuso Greg—. Mira. Ha dejado de llover. Déjame enseñarte el jardín de Phil y Marjorie.

La fiesta se celebraba en la casa de un viejo amigo suyo, que después de la universidad había dejado el alpinismo y se había dedicado a las finanzas. Los antiguos colegas de Phil todavía eran unos vagabundos que viajaban por todo el planeta, reuniendo dinero como podían, buscando patrocinadores; en cambio, él tenía aquella casa preciosa junto a Ladbroke Grove. Salimos al jardín. El césped estaba húmedo, y noté que se me enfriaban y humedecían los pies, pero el ambiente era agradable. Fuimos hasta el muro bajo que había al fondo del jardín y miramos la casa que había al otro lado. Me di la vuelta. Vi a Adam por la ventana del primer piso, entre un grupo de gente. Nos miró un par de veces. Greg y yo levantamos nuestros vasos, y él nos devolvió el saludo.

—Esto me gusta —dije—. Me gusta saber que esta noche va a oscurecer más tarde que ayer, y que mañana oscurecerá más tarde que hoy.

—Si Adam no estuviera allí mirándonos, me gustaría besarte, Alice —dijo Greg—. Mejor dicho, me gustaría besarte y, si Adam no estuviera allí mirándonos, te besaría.

—En ese caso, me alegro de que esté mirándonos, Greg —repliqué—. Mira. —Agité una mano delante de su cara, exhibiendo mi anillo de casada—. Fidelidad eterna, sinceridad... ya sabes.

—Lo siento, tienes razón. —Greg volvió a adoptar una expresión taciturna—. ¿Conoces la historia del *Titanic*?

—Sí, claro —contesté esbozando una sonrisa, consciente de que Greg estaba muy borracho.

—¿Sabes que...? —Se interrumpió—. ¿Sabes que ningún oficial superviviente del *Titanic* llegó a comandar otro barco?

—No, no lo sabía.

—Mala suerte, ya ves. Aquella tragedia manchó sus currículos. Y el capitán tuvo suerte de hundirse con su barco. Es lo que se supone que han de hacer los capitanes. ¿Sabes por qué me voy a Estados Unidos?

—¿A escalar una montaña?

—No, Alice —me contestó enérgicamente—. No. Voy a liquidar la empresa. Se acabó. Finito. No quiero saber nada más de ella. Me buscaré otro tipo de trabajo. Al menos el capitán Acab se hundió con la ballena. Murieron unas personas que estaban a mi cargo, y fue culpa mía, y estoy acabado.

—No digas eso, Greg. No fue culpa tuya.

—¿Qué quieres decir?

Miré alrededor. Adam seguía allí arriba. Aunque fuera una locura, aunque Greg estuviera completamente borracho, tenía que contárselo antes de que se marchara de viaje. No importaba qué otras cosas hiciera o dejara de hacer, pero aquello se lo debía. Seguramente no volvería a tener una oportunidad igual. Quizá pensé, también, que Greg podía convertirse en mi aliado, que si se lo contaba ya no estaría tan sola. Tenía la absurda esperanza de que Greg se pondría sobrio de golpe, abandonaría aquella actitud sensiblera y acudiría en mi auxilio.

—¿Has leído el libro de Klaus? —le pregunté.

—No —respondió él, levantando su vaso de vodka.

—No lo hagas —dije—. No bebas más. Quiero que te concentres en lo que voy a decirte. Ya sabes que, cuando bajaron al campamento al grupo que se había extraviado, uno de ellos todavía seguía con vida. ¿Te acuerdas de quién era?

El rostro de Greg denotaba una profunda melancolía.

—Yo no estaba en mi mejor momento, la verdad: Era Pete Papworth, ¿no? Lo encontraron pidiendo ayuda, pobre hombre. La ayuda que yo no fui capaz de ofrecerle.

—No —dije—. Ése fue el error de Klaus. No era Papworth, sino Tomas Benn.

—Ah, bueno —dijo Greg—. No me extraña que se equivocara. Estábamos todos muy aturdidos.

—¿Y cuál era la principal característica de Benn?

—Era un pésimo alpinista.

—No, no me refiero a eso. Tú mismo me lo dijiste: no hablaba ni una sola palabra de inglés.

—¿Y qué?

—«*Help. Help. Help*». Eso fue lo que le oyeron decir antes de morir, cuando estaba entrando en coma. Eligió un momento muy peculiar para empezar a hablar en inglés.

Greg se encogió de hombros.

—Quizá lo dijo en alemán.

—En alemán, «ayuda» se dice «*Hilfe*». No se parecen mucho.

—Quizá fuera otro quien lo dijo.

—No fue nadie más. El artículo de la revista cita a tres personas diferentes que repitieron sus últimas palabras. Dos norteamericanos y un australiano.

—Entonces ¿por qué dijeron que le habían oído pronunciar esa palabra?

—Porque eso era lo que se esperaba que Benn dijera. Pero yo no creo que dijera eso.

—¿Qué crees que dijo?

Me volví. Adam seguía dentro de la casa. Le hice señas con la mano y le sonreí.

—Creo que dijo «*gelb*».

—¿«*Gelb*»? ¿Qué demonios es eso?

—Es «amarillo» en alemán.

—¿Amarillo? ¿Y qué sentido tiene que gritara «amarillo» mientras se moría? ¿Tenía alucinaciones?

—No. Creo que estaba cavilando sobre el problema que lo había matado.

—¿Qué quieres decir?

—El color de la cuerda que el grupo había seguido para bajar por la cresta Géminis. Por el lado equivocado de la cresta Géminis. Una cuerda amarilla.

Greg empezó a decir algo, pero se interrumpió. Vi cómo meditaba sobre lo que yo acababa de decir.

—Pero si la cuerda que bajaba de la cresta Géminis era azul. Era mi cuerda. Bajaron por el lado equivocado de la cresta porque la cuerda se soltó. Porque yo no la había asegurado bien.

—Me parece que no —lo contradije—. Me parece que las dos estaquillas de la parte superior de la cuerda se soltaron porque las arrancaron. Y creo que Françoise, Peter, Carrie, Tomas y el otro... ¿cómo se llamaba?

—Alexis —murmuró Greg.

—Bajaron por el lado equivocado de la cresta porque una cuerda los guió por ese camino. Una cuerda amarilla.

Greg estaba perplejo.

—¿Cómo es posible que hubiera una cuerda amarilla allí?

—Porque alguien la puso para guiar a los alpinistas por una dirección equivocada.

—Pero ¿quién la puso?

Una vez más alcé los ojos hacia la ventana. Adam nos miró y luego volvió a mirar a la mujer con la que estaba hablando.

—Pudo ser un error —dijo Greg.

—No pudo ser un error —dije yo lentamente.

Hubo un largo, larguísimo silencio. Greg me miró de hito en hito, y luego desvió la vista. De repente se sentó en el césped húmedo, con la espalda apoyada en un arbusto que se dobló hacia atrás y nos roció de agua a los dos. Greg se puso a temblar y a llorar desconsoladamente.

—Greg —susurré, alarmada—. Contrólate.

No paraba de llorar.

—No puedo. No puedo —repetía.

Me agaché junto a él, lo sujeté por los hombros y lo zarandé.

—Greg, Greg. —Lo ayudé a levantarse. Tenía la cara colorada y manchada de lágrimas—. Tienes que ayudarme, Greg. No tengo a nadie. Estoy sola.

—No puedo. No puedo. Hijo de puta. No puedo. ¿Dónde está mi vaso?

—Se te ha caído.

—Necesito beber algo.

—No.

—Necesito una copa.

Greg cruzó el jardín dando traspiés y entró en la casa.

Esperé un momento, respirando hondo para tranquilizarme. Estaba hiperventilando. Tardé unos minutos en recuperarme. Ahora tenía que volver adentro y hacer como si nada. Al entrar en la cocina de la planta baja, oí un terrible estruendo, y luego gritos procedentes del piso de arriba, y cristales rotos. Subí la escalera a toda prisa. En el salón había una riña, y reinaba la confusión. Vi varios muebles volcados, una cortina caída. Se oían gritos. Al principio ni siquiera pude distinguir quién participaba en la pelea, y entonces vi cómo apartaban a Greg de alguien. De Adam, que se agarraba la cara. Corrí hacia él.

—Hijo de puta —gritaba Greg—. Hijo de puta.

Salió corriendo de la habitación, fuera de sí. La puerta de la calle se cerró de golpe. Se había marchado.

Nadie podía creer lo que había ocurrido. Adam tenía un profundo arañazo en la mejilla, y se le empezaba a hinchar un ojo. Me miraba.

—¡Adam! —Corrí junto a él.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó alguien. Era Deborah—. Alice, tú estabas hablando con él. ¿Qué mosca le ha picado?

Miré alrededor, a los amigos, colegas, camaradas de Adam; todos me observaban expectantes, asombrados, furiosos por aquella repentina agresión. Me encogí de hombros y dije:

—Estaba borracho. Debe de haberse derrumbado. De repente lo ha entendido. — Y, dirigiéndome de nuevo a Adam, añadí—: Deja que te limpie esa herida, cariño.

La piscina era como aquéllas a las que iba yo cuando era pequeña: un cubículo frío y húmedo con azulejos verdes, una piscina alargada con tiritas y bolas de pelo navegando por el fondo, letreros que prohibían correr, zambullirse, fumar y besarse; viejas banderitas colgadas bajo los temblorosos fluorescentes. En el vestuario había mujeres de todos los tamaños y formas. Parecía el dibujo de un libro infantil que ilustrara las diferencias humanas: traseros con hoyuelos y pechos venosos y colgantes; tórax delgados y hombros huesudos. Me miré en el espejo desazogado y volví a asustarme del mal aspecto que tenía. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Me puse el gorro y las gafas, tan apretadas que parecía que se me fueran a salir los ojos, y salí del vestidor. Me había propuesto hacer cincuenta largos.

Hacía meses que no nadaba. Tanto si nadaba braza como si nadaba crol, notaba las piernas muy pesadas. Me dolía el pecho. El agua se colaba en las gafas y me escocían los ojos. Un individuo que nadaba de espaldas me golpeó en la barriga y me gritó. Contaba mientras nadaba, y contemplaba el agua de color turquesa. Era muy aburrido: arriba y abajo, arriba y abajo. Ahora me acordaba de por qué lo había dejado, la última vez. Pero, después de unos veinte largos, empecé a encontrar un ritmo que me tranquilizaba y, en lugar de resoplar o contar, me puse a pensar. A pensar con calma, lentamente, y no frenéticamente como antes. Sabía que corría un grave peligro y que nadie me iba a ayudar. Greg era el único que podía haberme ayudado; ahora estaba sola. Seguí nadando, y empezaron a dolerme los músculos de los brazos.

Parecía absurdo, y sin embargo casi me sentía aliviada. Estaba sola, y por primera vez en varios meses volvía a sentirme yo misma. Después de tanta pasión, tanta rabia y tanto terror, después de aquella vertiginosa pérdida de control, estaba lúcida, como si acabara de despertar de un sueño febril. Volvía a ser Alice Loudon. Me había perdido, pero había encontrado el camino de regreso. Cuarenta y dos, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro. Mientras hacía largos de piscina, esquivando a los nadadores que nadaban crol, ideé un plan. Los nudos que tenía en los hombros se fueron relajando.

En el vestuario me sequé rápidamente, me puse la ropa intentando no mojarla en el suelo encharcado, y por último me maquillé un poco delante del espejo. A mi lado había una mujer que también se estaba poniendo perfilador de ojos y rímel. Nos sonreímos: dos mujeres armándose para salir al mundo exterior. Me sequé el cabello con un secador y me lo recogí de modo que no quedara ni un solo mechón suelto. En cuanto pudiera me lo cortaría, para cambiar de imagen. A Adam le encantaba mi cabello; a veces hundía la cara en él como si se estuviera ahogando. Aquella oscuridad arrasadora y subyugante parecía muy lejana ya. Iría a la peluquería y me lo

cortaría mucho, para no tener que cargar con todo aquel peso voluptuoso.

No volví directamente a la oficina. Fui a un restaurante italiano que había cerca de la piscina y pedí un vaso de vino tinto, una botella de agua con gas y una ensalada de marisco con pan de ajo. Saqué el papel de carta que había comprado aquella mañana y un bolígrafo. Escribí con letras mayúsculas: A QUIEN PUEDA INTERESAR, y lo subrayé dos veces. Me sirvieron el vino, y bebí un poco. Tenía que mantenerme despejada. «*Si me encuentran muerta —escribí—, o si desaparezco y nadie consigue localizarme, es que mi marido, Adam Tallis, me ha asesinado*».

Me trajeron la ensalada de marisco y el pan de ajo, y el camarero me puso abundante pimienta negra en el plato con un enorme molinillo. Pinché un aro de calamar y me lo metí en la boca, lo mastiqué enérgicamente y me lo tragué con un poco de agua.

Escribí todo cuanto sabía, con letra clara y con un estilo contundente. Explicué la muerte de Adele, y que la última carta que le había enviado a Adam, escrita poco antes de su desaparición, estaba en el cajón de mi ropa interior. Contaba lo de Tara, la hermana de Adele, que había estado acosando a Adam, y a la que habían encontrado muerta en un canal de East London. Hasta describí cómo Adam había matado a *Sherpa*. Curiosamente, fue el gato, y no las mujeres, el que me hizo comprender el peligro que corría. Me acordé de *Sherpa*, acuchillado en nuestra bañera, y se me revolvió el estómago. Comí un poco de pan de ajo y bebí un poco más de vino para calmarme, y seguí exponiendo mi análisis de lo que había ocurrido exactamente en la montaña con Françoise. Hablé de la ruptura de Françoise con Adam, y explicué el sistema de cuerdas presuntamente infalible de Greg, y las últimas palabras del alemán moribundo. Hice un esquema, copiándolo del que aparecía en la revista, con flechas y líneas de puntos. Escribí la dirección de Greg y añadí que él podría confirmar la exactitud de lo que yo había escrito.

En otra hoja de papel redacté un testamento muy sencillo. Les dejaba a mis padres todo mi dinero. Las joyas se las dejaba a la hija de Pauline, si era niña, y a Pauline si era niño. A Jake le dejaba mis dos cuadros y a mi hermano mis escasos libros. Con eso bastaba; de todos modos, no tenía gran cosa que dejar. Pensé en mis beneficiarios, pero con cierto desapego. Cuando recordé mi vida con Jake, no sentí remordimientos. Todo parecía haber ocurrido mucho tiempo atrás, en un mundo diferente, cuando yo era otra persona. No quería recuperar aquel antiguo mundo, ni siquiera en esos momentos. No sabía qué quería. Así no podía mirar hacia delante, hacia el futuro, quizá porque no me atrevía. Estaba atrapada en un presente desastroso, y tenía que andar con mucho cuidado, avanzando lentamente a través del peligro. No quería morir.

Doblé los documentos y los metí en un sobre que me guardé en el bolso. Me acabé la comida, comiendo metódicamente, y me bebí el resto del vino tinto. De postre pedí una tarta de limón, cremosa y ácida, y un expreso doble. Después de pagar la cuenta, saqué mi móvil nuevo y llamé a Claudia. Le dije que me habían

entretenido y que tardaría una hora en llegar a la oficina. Le pedí que, si llamaba Adam, le dijera que estaba en una comida de trabajo. Salí del restaurante y paré un taxi.

Sylvie se hallaba reunida con un cliente, y su secretaria me dijo que iba a estar muy ocupada el resto de la tarde.

—Por favor, dile que soy Alice, que quiero hablar con ella de un asunto urgente, y que sólo le robaré unos minutos de su tiempo.

Esperé en el vestíbulo, leyendo revistas femeninas atrasadas que explicaban cómo adelgazar, cómo tener orgasmos múltiples y cómo preparar pastel de zanahorias. Pasados unos veinte minutos, una mujer con los ojos enrojecidos salió del despacho de Sylvie, y entré yo.

—Hola, Alice. —Sylvie me abrazó; luego se separó un poco de mí y me miró de arriba abajo—. Estás increíblemente delgada. Perdona que te haya hecho esperar. Una divorciada histérica me ha tenido aquí encerrada desde la hora de comer.

—No te entretendré mucho —dije—. Ya sé que tienes mucho trabajo. Sólo quería pedirte un favor. Es muy sencillo.

—Pues claro, lo que quieras. ¿Cómo está el bombón de tu marido?

—Por eso he venido —dije, y me senté delante de Sylvie, separada de ella por la enorme y caótica mesa.

—¿Le pasa algo?

—En cierto modo, sí.

—No me digas que te quieres divorciar.

Me miró con curiosidad y con cierta codicia.

—Sólo quiero pedirte un favor. Quiero que me guardes una cosa. —Saqué el sobre cerrado de mi bolso y se lo pasé por encima de la mesa—. Mira, ya sé que suena ridículo y melodramático, pero si aparezco muerta, o si desaparezco, quiero que entregues este sobre a la policía.

Me sentía muy violenta. Nos quedamos calladas. Sylvie tenía la boca abierta, con expresión desconcertada.

—¿Es una broma, Alice?

—No. ¿Hay algún problema?

Sonó el teléfono, pero Sylvie no lo cogió, y esperamos a que dejara de sonar.

—No —dijo distraídamente—. Supongo que no.

—Estupendo. —Me levanté y cogí mi bolso—. Saluda de mi parte a la Panda. Diles que los echo de menos. Que siempre los he echado de menos, aunque al principio no lo sabía.

Sylvie permaneció sentada en su silla, mirándome fijamente. Cuando llegué a la puerta, se levantó de un brinco y corrió hacia mí. Me puso una mano en el hombro.

—¿Qué pasa, Alice?

—Lo siento, Sylvie. —Le di un beso, y añadí—: Ya te lo contaré en otro momento, si tenemos ocasión. Cuídate. Y gracias por ser mi amiga. Me ayuda mucho.

—Alice... —insistió ella, impotente. Pero ya me había marchado.

* * *

Llegué a la oficina a las cuatro. Pasé una hora informando al departamento de *marketing*, y media hora con el de contabilidad, discutiendo sobre mi futuro presupuesto. Al final cedieron ellos, porque quedó claro que yo no pensaba hacerlo. Eché un vistazo a los papeles de mi mesa, y me marché antes de lo habitual. Adam estaba esperándome, tal como yo me había imaginado. No lo encontré leyendo un periódico, ni mirando alrededor, ni observando el reloj, sino de pie, muy quieto, como si estuviera en posición de firmes, con la paciente mirada clavada en las puertas giratorias. Seguramente llevaba una hora así.

Al verme no sonrió, pero me cogió el bolso, me rodeó con el brazo y me miró a los ojos.

—Hueles a cloro.

—He ido a nadar.

—Y a perfume.

—Me lo regalaste tú.

—Hoy estás preciosa, cariño. Fresca y preciosa. No puedo creer que seas mi mujer.

Me besó, un beso largo y profundo, y yo le devolví el beso y me apreté contra él. Tenía la impresión de que mi cuerpo estaba hecho de algún material inerte y pesado que jamás volvería a estremecerse de deseo. Cerré los ojos porque no soportaba ver sus ojos mirándome con tanta intensidad, sin apartarse de mí. ¿Qué veía él? ¿Qué sabía?

—Esta noche te voy a invitar a cenar —dijo—. Pero antes iremos a casa y te follaré.

—Lo tienes todo calculado —comenté, conforme y sonriente, atrapada en el círculo de sus brazos.

—Sí. Hasta el último detalle, Alice.

No protesté cuando cogió mi caja de anticonceptivos y tiró las pequeñas píldoras amarillas, una a una, al retrete. Si seis meses atrás alguien me hubiera dicho que yo iba a permitir que mi amante, o mejor dicho mi marido, tirara mis anticonceptivos al retrete sin mi permiso, me habría muerto de risa. Después de tirar la última píldora, Adam me cogió de la mano y, sin decir ni una palabra, me llevó al dormitorio y me hizo el amor con ternura, obligándome a mirarlo a los ojos. Y tampoco protesté. Pero no dejaba de hacer cálculos mentalmente. Él no debía de saber que el efecto de la píldora dura un tiempo, y que no corría peligro de quedarme embarazada al menos hasta pasadas dos semanas. Tenía tiempo. Con todo, sentía que él me estaba haciendo un hijo y que yo se lo consentía, sin oponer resistencia. Me di cuenta de lo poco imaginativa que había sido siempre respecto a las mujeres maltratadas o casadas con alcohólicos. El desastre se acerca sigilosamente, como un maremoto en una playa de turistas. Cuando se ve, ya no se puede hacer nada, y lo arrolla a uno y se lo lleva. Supongo que había sido poco imaginativa respecto a muchas otras cosas. La tragedia nunca había estado presente en mi vida, y pocas veces había tenido que pensar en cómo vivían y sufrían otras personas.

Cuando rememoraba los últimos meses, me horrorizaba la facilidad con que había abandonado mi antigua vida: mi familia, mis amigos, mis aficiones, mis ideas. Jake me había acusado de haber quemado todas las naves, lo cual hacía que mi comportamiento pareciera temerario y decidido. Pero también había abandonado a mucha gente. Ahora necesitaba poner las cosas en orden, o al menos hacer un intento de reconciliación con aquellas personas a las que pudiera haber hecho daño. Escribí a mis padres, diciéndoles que ya sabía que últimamente no les había hecho caso, pero que recordaran siempre que los quería mucho. Le envié una postal a mi hermano, al que no veía desde hacía un año, en la que intentaba sonar desenfadada y afectuosa. Llamé por teléfono a Pauline, y le dejé un mensaje en el contestador preguntándole por su embarazo y diciéndole que me gustaría verla pronto y que la había echado de menos. Le envié una tardía tarjeta de cumpleaños a Clive. Y, después de respirar hondo unas cuantas veces, llamé a Mike. Más que resentido, lo encontré apagado, y no me pareció que le desagradara oírme. Se iba de vacaciones al día siguiente, con su esposa y su hijo pequeño, a una casa de la Bretaña; eran las primeras vacaciones que tenía desde hacía meses. Me estaba despidiendo de todos, aunque ellos no lo supieran.

Había destrozado mi antigua vida a conciencia, y ahora intentaba encontrar la manera de destrozarse también mi nuevo mundo, de modo que pudiera escapar de él. Todavía había ocasiones, aunque cada vez menos, en que no podía creer que aquello

me estuviera pasando a mí. Estaba casada con un asesino, un atractivo asesino de ojos azules. Si se enteraba de lo que yo sabía, me mataría también a mí: de eso no tenía ninguna duda. Si intentaba huir también me mataría. Me encontraría y me mataría.

Aquella noche tenía pensado asistir a una conferencia sobre las nuevas estadísticas de la relación entre los tratamientos de fertilidad y el cáncer de ovarios, en parte porque el tema estaba vagamente relacionado con mi trabajo, y en parte porque la daba un conocido mío, pero sobre todo porque era una excusa para no estar con Adam. Él me estaría esperando en la puerta de la oficina, y, si insistía, yo no podría impedir que me acompañara a la conferencia. Pero al menos, por una vez, estaríamos juntos en mi mundo, un mundo de investigaciones científicas, de empirismo y de seguridad provisional. No me vería obligada a mirarlo, ni a hablar con él, ni a abrazarme a él, gimiendo y fingiendo pasión.

Adam no me esperaba fuera. Sentí un alivio tan enorme que me puse eufórica. Me sentía más ligera, más despejada. Todo parecía diferente ahora que él no estaba allí plantado, esperando a verme aparecer por la puerta, mirándome fijamente con aquella mirada persistente e inquietante que yo ya no sabía descifrar. ¿Era odio o amor, pasión o intención asesina? Con Adam, las dos cosas siempre habían estado demasiado mezcladas, y volví a recordar (ahora con un estremecimiento de puro asco, mezclado con un cosquilleo de vergüenza) la violencia de nuestra noche de bodas en Lake District. Me sentía atrapada en una larga y gris mañana con resaca.

Fui andando al auditorio, lo cual me llevó cerca de un cuarto de hora, y al doblar la esquina, y cuando casi había llegado al edificio, lo vi allí de pie, con un ramo de rosas amarillas. Las mujeres que pasaban por su lado lo miraban con codicia, pero él no les prestaba atención. Él solo pensaba en mí. Me estaba esperando, pero por lo visto se imaginaba que yo iba a llegar desde otra dirección. Me paré y me metí en el primer portal que vi, mientras me invadía una oleada de náuseas. Jamás lograría escapar de él: siempre se me adelantaba, siempre me estaba esperando; me agarraba y no me soltaba. No podía combatir contra él. Esperé hasta que me serené un poco, y entonces, cuidando de que Adam no me viera, di media vuelta y eché a correr hasta que llegué a la esquina, donde paré un taxi.

—¿Adónde la llevo?

¿Adónde? ¿Adónde podía ir? No podía huir de Adam, porque entonces él sabría que yo lo sabía. Me encogí de hombros, desanimada y vencida, y le di al taxista la dirección de mi casa. Mi prisión. Me di cuenta de que no podía seguir así. El horror que me había invadido al ver a Adam frente al auditorio había sido una sensación completamente física. ¿Durante cuánto tiempo podría seguir fingiendo que lo amaba, fingiendo que me moría de placer cuando él me acariciaba, fingiendo que no tenía miedo? Mi cuerpo había empezado a rebelarse. Pero no sabía qué podía hacer.

Cuando entré en el apartamento estaba sonando el teléfono.

—¿Diga?

—¡Alice! —Era Sylvie, y parecía nerviosa—. No pensaba encontrarte en casa.

—Entonces ¿para qué has llamado?

—En realidad quería hablar con Adam. Verás, esto me resulta un poco violento. De pronto me entró un sudor frío, como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Con Adam? ¿Y para qué querías hablar con Adam, Sylvie?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Sylvie...

—Sí, sí. Mira, no pensaba decírtelo. Bueno, él iba a hablar contigo, pero ya que te has puesto tú al teléfono... —Oí cómo daba una calada al cigarrillo; luego continuó —: El caso es que he leído la carta. Ya sé que pensarás que te he traicionado, pero algún día comprenderás que lo he hecho por nuestra amistad. Y luego le he enseñado la carta a Adam. Resulta que él se presentó en mi casa por las buenas, y yo no sabía qué hacer, pero se la enseñé porque creo que debes de tener una crisis nerviosa o algo así, Alice. Lo que has escrito es una locura, una auténtica barbaridad. Tienes que darte cuenta, Alice. Así que, como no sabía qué hacer, se la enseñé a Adam. Alice, ¿sigues ahí?

—A Adam.

No reconocí mi propia voz, de lo monótona e inexpresiva que era. Tenía que pensar: ya no me quedaba tiempo.

—Sí, y estuvo maravilloso, francamente maravilloso. Estaba dolido, por supuesto. Madre mía, claro que estaba dolido. Cuando leyó la carta se puso a llorar, y no paraba de repetir tu nombre. Pero no te culpa de nada, Alice, te lo aseguro. Y le preocupa que puedas... hacer una tontería.

Eso fue lo último que me dijo: que le preocupaba que con lo alterada que estás pudieras hacer alguna tontería.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, Sylvie?

—Escúchame, Alice...

Colgué el auricular mientras ella seguía hablándome con tono suplicante, y me quedé unos segundos allí de pie, paralizada. La habitación estaba muy silenciosa y fría, y yo oía pequeños sonidos: el crujido de parqué cuando moví un pie, un murmullo en las cañerías, el débil suspiro del viento en la ventana. El juego se había acabado. Si me encontraban muerta, Adam ya había expresado su temor a que yo pudiera hacerme daño. Entré en el dormitorio y abrí el cajón donde había escondido la carta de Adele y el anónimo que Adam había falsificado. No estaban. Corrí hacia la puerta, y entonces oí los pasos de Adam, todavía distantes, al pie del largo tramo de escalera.

No había forma de salir de allí. Nuestro apartamento quedaba al final de la escalera. Miré alrededor; sabía perfectamente que no había más salidas, que no tenía dónde esconderme. Pensé en llamar a la policía, pero ni siquiera habría tenido tiempo para marcar. Fui al cuarto de baño y abrí el grifo de la ducha; corrí la cortina y dejé la puerta entreabierta. Volví a toda prisa al salón, cogí mis llaves, me metí en la diminuta cocina y me quedé de pie detrás de la puerta abierta. Vi el ejemplar de la

revista *Guy* en la encimera, y lo cogí. Al menos era algo.

Adam entró y cerró la puerta del apartamento. El corazón me latía con tal violencia que me pareció increíble que Adam no pudiera oírlo. De pronto recordé que llevaba un ramo de flores. Lo primero que haría sería entrar en la cocina para ponerlas en agua. Dios mío, por favor, por favor, por favor. Apenas podía respirar, y notaba un fuerte dolor en el pecho. Solté un débil sollozo. No pude evitarlo.

Pero entonces, como si se hubiera obrado un milagro, el miedo desapareció y dejé paso a una especie de curiosidad, como si me hubiera convertido en una espectadora de mi propia tragedia. Dicen que la gente que muere ahogada ve pasar ante sus ojos un resumen de su vida. En aquellos segundos, mientras esperaba, mi mente me regaló una serie de imágenes del tiempo que había pasado con Adam; un tiempo muy breve que aun así había borrado todo lo que había ocurrido antes. Lo vi como si fuera otra persona la que observaba: nuestra primera mirada, en una calle muy transitada; nuestro primer polvo, tan febril que ahora parecía casi cómico; lo feliz que me sentía el día de nuestra boda, tan feliz que quería morirme. Entonces vi a Adam con la mano levantada; Adam enarbolando un cinturón; Adam rodeándome el cuello con las manos. Todas aquellas imágenes conducían al momento actual, y al momento inmediatamente posterior, cuando vería a Adam asesinándome. Pero ya no tenía miedo; estaba casi tranquila. Hacía mucho tiempo que no estaba tranquila.

Lo oí cruzar la habitación. Pasó por delante de la puerta de la cocina. Fue hacia el cuarto de baño, donde se oía el agua de la ducha. Cogí la llave nueva con el pulgar y el índice, preparada para introducirla en la cerradura, y tensé todos los músculos del cuerpo, dispuesta a correr.

—Alice —lo oí llamar—. Alice.

Ahora. Salí corriendo de la cocina, crucé el salón y abrí la puerta del apartamento.

—¡Alice!

Allí estaba, caminando hacia mí a grandes zancadas, con un ramo de flores amarillas apretado contra el pecho. Vi su cara, su hermosa cara de asesino.

Cerré la puerta, introduje la gruesa llave en la cerradura y la hice girar, frenética. Por favor, por favor. El pestillo se cerró; saqué la llave y me precipité ciegamente hacia la escalera. Oí a Adam golpear la puerta. Era fuerte, lo bastante fuerte para derribarla. Ya lo había hecho en una ocasión, cuando fingió que habían entrado en el apartamento para matar a *Sherpa*.

Bajé los escalones de dos en dos. Iba tan atolondrada que me fallaron las rodillas y me torcí el tobillo. Pero Adam no me seguía. Los golpes fueron haciéndose más débiles. La cerradura nueva aguantaba, de momento. Si salía con vida de aquello, sería una amarga satisfacción saber que Adam se había puesto a sí mismo una trampa al derribar la puerta para matar a nuestro gato.

Llegué al pie de la escalera y eché a correr hacia la calle principal, y no giré la cabeza para ver si Adam me seguía hasta que llegué a la esquina. ¿Era aquel que veía a lo lejos, corriendo hacia mí? Me lancé a cruzar la calle, pasando entre los coches,

sorteando una bicicleta. Vi el rostro enojado del ciclista, que tuvo que desviarse para esquivarme. Notaba un fuerte dolor en el costado, pero no aminoré el paso. Si Adam me alcanzaba, gritaría con todas mis fuerzas, pero la gente me tomaría por loca. La gente no se mete en las peleas conyugales. Me pareció oír a alguien que gritaba mi nombre, pero quizá sólo fuera mi imaginación.

Sabía adonde iba. Estaba cerca. Sólo me quedaban unos metros. Ojalá llegara a tiempo. Vi la luz azul, una furgoneta aparcada delante. Reuní mis últimas energías, me lancé por la puerta y me paré bruscamente, sin mucha elegancia, ante el mostrador de recepción, desde donde me contemplaba un policía de rostro aburrido.

Cogió su bolígrafo y me preguntó:

—¿Y bien?

Rompí a reír.

Sentada en un pasillo, esperaba y observaba. Lo veía todo como si mirara por el otro extremo de un telescopio. Iba y venía gente con uniforme y sin él, y sonaban teléfonos. No sé si tenía una idea desproporcionada de lo que encontraría en una comisaría del centro de Londres; no sé si esperaba ver cómo entraban a empujones a chulos, prostitutas y delincuentes y les tomaban las huellas dactilares, ni si me imaginaba que me meterían en una sala de interrogatorios con un espejo falso, donde un poli bueno y un poli malo se turnarían para acribillarme a preguntas. Lo que no esperaba era quedarme tanto rato sentada en una silla de plástico en un pasillo, como si hubiera acudido a urgencias con una herida que no era lo suficientemente grave para que me atendieran rápidamente.

En circunstancias normales me habrían intrigado aquellos atisbos de los dramas de otras personas, pero en aquellos momentos no estaba para eso. Me preguntaba qué estaría pensando y haciendo Adam. Tenía que preparar un plan. Estaba convencida de que la persona con la que tuviera que hablar me tomaría por loca y me haría salir al aterrador mundo que había más allá del mostrador de la entrada, a enfrentarme a lo que me esperaba allí fuera. Tenía la desagradable sospecha de que acusar a mi marido de siete asesinatos era siete veces menos convincente que acusarlo sólo de uno, lo cual ya podía parecer bastante inverosímil.

Lo que más anhelaba era que una figura paterna o materna me dijera que me creía, que en adelante se encargaría de todo, y que mis problemas habían terminado. Sin embargo, no había ninguna posibilidad de que eso ocurriera. Tenía que hacerme con el control de la situación. Recordé un día, cuando era adolescente, en que fui a una fiesta y llegué a casa borracha, y quise hacer una imitación del comportamiento de una persona sobria. Pero me esforcé tanto en rodear el sofá y las butacas sin tropezar con ellos, parecía tan exageradamente sobria, que mi madre me preguntó al instante qué me pasaba. Además, seguramente apestaba a alcohol. En esta ocasión necesitaba hacerlo mejor. Necesitaba convencerlos. Al fin y al cabo, había logrado convencer a Greg, aunque no me había servido de mucho. No era imprescindible que los convenciera del todo; bastaba con intrigarlos lo suficiente para que creyeran que quizá hubiera algo que investigar. No podía volver a la calle, al mundo donde me estaba esperando Adam.

Por primera vez desde hacía muchos años, sentía una intensa necesidad de estar con mis padres; pero no tal como eran en el presente, mayores e inseguros, aferrados a su desaprobación y obstinadamente ciegos a la amargura y el terror que había en el mundo. No, yo los quería como los veía cuando era pequeña, antes de aprender a desconfiar de ellos: unos personajes altos y sólidos que me decían lo que estaba bien

y lo que estaba mal, que me protegían y me guiaban. Recordé a mi madre cosiendo los botones de las camisas, sentada en la gran butaca junto a la ventana, y lo eficiente y tranquilizadora que yo la encontraba. Recordé a mi padre trinchando el asado un domingo, cómo iba cortando delgados filetes rosados de buey. Me veía sentada entre ellos, creciendo bajo su protección. ¿Qué había hecho aquella niña sensata, con aparatos de ortodoncia y calcetines cortos, para acabar en esa comisaría de policía, muerta de miedo? Quería volver a ser aquella niña, y que alguien me rescatara.

La agente de policía que se había ocupado de mí regresó con un hombre de mediana edad que llevaba una camisa arremangada. Parecía una colegiala que volvía con un profesor exasperado. Me imaginé que habría recorrido la oficina buscando a alguien que no estuviera hablando por teléfono ni rellenando formularios, y que aquel individuo había accedido a salir un momento al pasillo, a ser posible para echarme de allí. El policía me miró desde arriba, y yo no supe si tenía que levantarme. Se parecía un poco a mi padre, y ese parecido hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Parpadeé varias veces para contener las lágrimas. Tenía que conservar la calma.

—Señora...

—Loudon —dije—. Alice Loudon.

—Tengo entendido que quiere dar parte de algo.

—Sí —confirmé.

—¿Y bien?

Miré alrededor.

—¿Tenemos que hablar aquí?

El policía frunció el entrecejo.

—Lo siento, pero ahora mismo estamos un poco justos de espacio. Si no le importa...

—Está bien —concedí. Cerré los puños sobre el regazo, para que el policía no viera que me temblaban las manos; carraspeé e intenté dominar mi voz—. Hace unas semanas encontraron el cadáver de una mujer llamada Tara Blanchard en un canal. ¿Está usted al corriente? —El policía negó con la cabeza. Por el pasillo seguía pasando gente, pero continué—: Sé quién la mató.

El policía levantó una mano y dijo:

—Un momento, por favor. Lo mejor será que averigüe qué comisaría lleva el caso; llamaré por teléfono, y usted puede ir allí y hablar con ellos. ¿Le parece bien?

—No, no me parece bien. He venido aquí porque estoy en peligro. La persona que mató a Tara Blanchard es mi marido.

Me imaginaba que aquella declaración suscitaría algún tipo de reacción, aunque sólo fuera una risa de incredulidad, pero no la hubo.

—¿Su marido? —dijo el policía, y miró a la agente—. ¿Y en qué se basa para hacer esa afirmación?

—Creo que Tara Blanchard le hacía chantaje, o al menos lo estaba acosando, y que por eso mi marido la mató.

—¿Acosando?

—Recibíamos llamadas telefónicas constantemente, a altas horas de la noche y a primera hora de la mañana. Y también anónimos.

Me miró sin comprender. ¿Iba a tener que descifrar todo lo que yo le contaba? Seguro que esa perspectiva no le atraía demasiado. Miré alrededor. No podía seguir hablando allí. Lo que tenía que decir resultaría más convincente en un ambiente un poco más tranquilo.

—Perdone, señor... No me ha dicho su nombre.

—Byrne. Inspector Byrne.

—¿No podemos hablar en un sitio más privado? Me resulta incómodo tener esta conversación en un pasillo.

El inspector exhaló un suspiro para expresar su impaciencia.

—No hay ninguna habitación libre —dijo—. Si lo prefiere, podemos ir a mi mesa.

Asentí, y Byrne me guió por las dependencias de la comisaría. Por el camino me ofreció un café; yo lo acepté, aunque no me apetecía, porque me interesaba todo lo que pudiera aportar confianza a nuestra relación.

—Veamos, ¿dónde estábamos? ¿Se acuerda? —me preguntó cuando nos hubimos sentado a ambos lados de su mesa.

—Le estaba explicando que desde hace un tiempo recibíamos amenazas.

—¿De la mujer asesinada?

—Sí, de Tara Blanchard.

—¿Estaban firmadas esas cartas?

—No, pero después de su muerte fui a su casa y encontré unos recortes de periódico que hablaban de mi marido en el cubo de la basura.

Byrne se mostró sorprendido, por no decir alarmado.

—¿Registró usted el cubo de la basura?

—Sí.

—¿De qué trataban esos recortes de prensa?

—Mi marido es un alpinista famoso. Se llama Adam Tallis. Estuvo implicado en una terrible catástrofe que ocurrió en una montaña del Himalaya el año pasado, y en la que murieron cinco personas. Está considerado un héroe, por decirlo así. En fin, el caso es que recibimos otro anónimo después de la muerte de Tara Blanchard. Y no sólo eso: entraron en nuestro apartamento y mataron a nuestro gato.

—¿Informaron del incidente?

—Sí. Dos agentes de esta comisaría fueron a tomarnos declaración.

—Bueno, eso ya es algo —dijo Byrne con cautela, y entonces, como si aquello exigiera tanto esfuerzo que no valiera la pena comentarlo, añadió—: Pero si dice usted que eso ocurrió después de la muerte de...

—Exacto —lo interrumpí—. Era imposible. Pero hace unos días estaba limpiando el apartamento, y encontré un sobre arrugado debajo de un escritorio. Adam había

estado practicando en aquel papel, para imitar la letra de Tara Blanchard y escribir la última nota.

—¿Y?

—Pues que Adam pretendía eliminar cualquier posible relación entre los anónimos y esa mujer.

—¿Puedo ver esa nota?

Aquél era el momento que yo estaba temiendo.

—Adam se ha enterado de que sospecho de él. Hoy, cuando he vuelto a casa del trabajo, he visto que el papel había desaparecido.

—¿Cómo se ha enterado?

—Lo escribí todo y lo metí en un sobre que le entregué a una amiga mía, por si me pasaba algo. Pero ella lo leyó y se lo enseñó a Adam.

Byrne esbozó una sonrisa, pero la borró rápidamente de sus labios.

—Quizá su amiga lo hizo con buena intención —comentó—. Quizá sólo quería ayudarla.

—Estoy convencida de que quería ayudarme. Pero no me ha ayudado. Lo que ha hecho ha sido ponerme en peligro.

—El problema, señora...

—Alice Loudon.

—El problema, señora Loudon, es que el asesinato es una acusación muy grave. —Me hablaba como si estuviera instruyendo a un niño de primaria sobre educación viaria—. Y, como es una acusación tan grave, necesitamos pruebas, no sólo sospechas. Mucha gente tiene sospechas respecto a personas conocidas. Esas sospechas suelen aparecer después de que haya habido discusiones. Lo mejor es solucionar esas diferencias de opiniones.

Noté cómo se me escapaba. Tenía que continuar como fuera.

—No me ha dejado acabar. Creo que el motivo por el que Tara acosaba a Adam es que sospechaba que él había matado a su hermana Adele.

—¿Que había matado a su hermana?

Byrne levantó una ceja. La situación empeoraba por momentos. Apoyé ambas manos en la mesa, para detener aquella sensación de que el suelo oscilaba bajo mis pies; intenté no pensar en Adam esperándome delante de la comisaría. Debía de estar allí plantado, muy quieto, con sus azules ojos clavados en la puerta por la que yo iba a salir. Yo sabía qué aspecto tenía cuando esperaba algo que quería: paciente, completamente concentrado.

—Adele Blanchard estaba casada y vivía en Corrick. Es un pueblo del centro de Inglaterra, cerca de Birmingham. Su marido y ella eran excursionistas, alpinistas, y formaban parte de un grupo de amigos en el que también estaba Adam. Ella tuvo una aventura con Adam, pero rompió con él en enero del noventa. Un par de semanas más tarde desapareció.

—¿Y usted cree que la mató su marido?

—Entonces no era mi marido. Nos hemos conocido este año.

—¿Hay alguna razón para pensar que mató a esa otra mujer?

—Adele Blanchard rechazó a Adam, y murió. Él tuvo otra relación larga y estable, con una doctora y alpinista llamada Françoise Colet.

—¿Y dónde está ella? —preguntó Byrne adoptando una expresión un tanto sarcástica.

—Murió el año pasado en la montaña, en Nepal.

—Y supongo que también la mató su marido.

—Sí.

—Por el amor de Dios.

—Espere, deje que se lo explique todo.

El inspector ya debía de estar convencido de que estaba chiflada.

—Señora... Mire, tengo mucho trabajo. Tengo que... —Señaló vagamente el montón de papeles que había encima de la mesa.

—Ya sé que no es fácil —dije, intentando disimular el pánico que empezaba a invadirme y que amenazaba con arrastrarme como una riada—. Le agradezco mucho que haya querido escucharme. Sólo le pido que me conceda unos minutos más, para que pueda explicárselo todo. Después, si usted quiere, me iré y lo olvidaremos todo.

Detecté una clara expresión de alivio en su rostro. Sin duda aquélla era la mejor noticia que el inspector había oído desde mi llegada.

—De acuerdo —concedió—. Pero sea breve.

—Se lo prometo —dije.

Pero no fui breve, por supuesto. Había cogido la revista, y con todas las preguntas, las repeticiones y las explicaciones, el relato duró casi una hora. Le expliqué los detalles de la expedición, le hablé de la distribución de las cuerdas de colores, de Tomas Benn, que no hablaba inglés; del caos que generó la tormenta, de los diversos descensos y ascensos que hizo Adam mientras Greg y Claude yacían inconscientes. Hablé sin parar, intentando anular mi sentencia de muerte. Mientras él me escuchara, yo seguiría viva. Cuando se lo hube contado todo, y no tuve más remedio que quedarme callada, una sonrisa iluminó lentamente el rostro del inspector Byrne. Por fin me prestaba atención.

—Así pues —concluí—, la única explicación posible es que Adam lo organizó todo deliberadamente para que el grupo de Françoise bajara por el lado equivocado de la cresta Géminis.

Byrne sonrió abiertamente.

—¿«Gelb»? ¿Así es como se dice amarillo en alemán?

—Sí —confirmé.

—No está mal —dijo el inspector—. Hay que reconocer que no está nada mal.

—Entonces ¿me cree?

Byrne se encogió de hombros.

—No sé qué decirle. Es posible. Pero quizá lo oyeran mal. O quizá gritó «Help»,

verdaderamente.

—Pero ya le he explicado por qué no puede ser.

—No importa. Eso es asunto de las autoridades de Nepal, o de donde sea.

—Ya, pero no se trata de eso. Yo he descubierto un patrón de conducta. ¿No cree usted que, teniendo en cuenta lo que le he contado, vale la pena investigar los otros dos asesinatos?

Me pareció que Byrne se sentía acorralado; guardó silencio mientras reflexionaba sobre lo que yo le había contado y decidía qué contestarme. Me sujeté a la mesa, como si estuviera a punto de caerme.

—No —dijo finalmente. Quise protestar, pero el inspector agregó—: Señora Loudon, no me negará que le he hecho el favor de escuchar lo que usted quería contarme. Lo único que puedo decirle es que, si quiere seguir adelante con esto, se dirija a las autoridades competentes. Pero, a menos que tenga algo más concreto que ofrecerles, no creo que ellos puedan ayudarla.

—No importa —dije con voz monótona, desprovista de toda emoción. Y era la verdad: ya no importaba. No podía hacer nada más.

—¿Qué quiere decir?

—Ahora Adam ya lo sabe todo. Ésta era mi última oportunidad. Tiene usted razón, desde luego. No tengo ninguna prueba. Sólo lo sé. Porque conozco a Adam. —Iba a levantarme, a despedirme y marcharme, pero tuve un impulso; me incliné hacia delante y le cogí la mano a Byrne. Él se sorprendió—. ¿Cuál es su nombre de pila?

—Bob —me contestó, incómodo.

—Si en las próximas semanas se entera de que me he suicidado, o de que me ha atropellado un tren, o de que me he ahogado, habrá muchos testimonios de que últimamente me he comportado de forma extraña, y será fácil deducir que me he suicidado en un momento de trastorno mental transitorio, o que sufría una crisis nerviosa y podía tener un accidente en cualquier momento. Pero no será verdad. Yo quiero seguir viva. ¿De acuerdo?

Byrne retiró discretamente su mano de la mía.

—No le va a pasar nada —dijo—. Hable con su marido. Seguro que podrán aclarar las cosas.

—Pero si...

Entonces nos interrumpieron. Un agente uniformado llamó a Byrne; hablaron en voz baja, mirándome de vez en cuando. Byrne asintió con la cabeza, y el agente volvió por donde había llegado. El inspector se sentó de nuevo a la mesa y me miró con expresión solemne.

—Su marido está en la entrada.

—Claro —dije amargamente.

—No —aclaró él con delicadeza—, no es lo que usted cree. Ha venido con un médico. Quiere ayudarla.

—¿Con un médico?

—Tengo entendido que últimamente ha estado usted sometida a una fuerte presión. Se ha comportado de forma irracional. Creo que se hizo pasar por periodista, o algo así. ¿Podemos hacerlos pasar?

—No me importa —dije.

Había perdido. ¿Qué sentido tenía seguir luchando? Byrne descolgó el auricular del teléfono.

* * *

El médico resultó ser Deborah. Adam y ella, altos y bronceados, parecían una aparición cuando entraron en la sórdida oficina, llena de pálidos y mediocres detectives y secretarias. Al verme, Deborah esbozó una sonrisa vacilante, pero yo no le sonreí.

—Hola, Alice —me dijo—. Hemos venido a ayudarte. Todo irá bien. —Le hizo una seña a Adam y, dirigiéndose a Byrne, preguntó—: ¿Es usted el oficial responsable?

Byrne puso cara de estar confundido, y respondió:

—Soy la persona con quien tienen que hablar.

Deborah hablaba en un tono sereno, como si Byrne también fuera uno de sus pacientes.

—Soy médica de cabecera y, de acuerdo con la sección cuatro de la Ley de Salud Mental del ochenta y tres, voy a hacer una intervención de emergencia para hacerme cargo de Alice Loudon. He hablado con el señor Tallis, su marido, y estoy convencida de que necesita ingresar urgentemente en un hospital y someterse a un examen médico, por su propia seguridad.

—¿Me vais a meter en un manicomio? —pregunté.

Deborah bajó la mirada, casi furtivamente, hacia una libreta que tenía en la mano.

—No se trata de eso —dijo—. No tienes que planteártelo así. Sólo queremos lo mejor para ti.

Miré a Adam. La expresión de su rostro era blanda, casi cariñosa.

—Alice, cariño —se limitó a decir.

Byrne estaba un tanto incómodo.

—Todo esto es un poco exagerado, pero... —dijo.

—Es una actuación médica —replicó Deborah con firmeza—. De todos modos, el que tiene que valorar la situación es el psiquiatra. Entretanto, le agradecería que entregara a Alice Loudon a la custodia de su marido.

Adam estiró el brazo y me acarició suavemente la mejilla.

—Cariño —dijo.

Lo miré. Sus azules ojos me miraron, relucientes como el cielo. Llevaba el largo

cabello alborotado. Tenía la boca ligeramente abierta, como si estuviera a punto de decir algo, o de besarme. Me llevé una mano al cuello y toqué el collar que me había regalado a los pocos días de conocernos. Era como si estuviéramos solos en aquella oficina, como si todo lo demás fueran sólo imágenes borrosas y ruido. Quizá me equivocara. De pronto la tentación de entregarme a aquellas personas que me querían de verdad y dejar que se ocuparan de mí se hizo casi irresistible.

—Lo siento —dije con un hilo de voz, casi sin darme cuenta.

Adam se agachó y me tomó en sus brazos. Olí su sudor, y noté la aspereza de su mejilla contra la mía.

—El amor es muy extraño —dije—. ¿Cómo se puede matar a alguien que se quiere?

—Alice, cariño —repuso él, con sus labios pegados a mi oreja, con una mano en mi cabello—, ¿no te prometí que siempre cuidaría de ti? Para siempre.

Me abrazó con fuerza, y me sentí maravillosamente. Para siempre. Así era como yo creía que iba a ser. Quizá todavía pudiera serlo. Quizá podíamos hacer retroceder el reloj, fingir que él no había matado a nadie y que yo no me había enterado. Noté las lágrimas resbalando por mis mejillas. Una promesa: cuidar de mí para siempre. Un momento y una promesa. ¿Dónde había oído yo antes aquellas palabras? Una idea vaga me rondaba la mente, y de pronto tomó forma y la vi. Me aparté de Adam y me quedé mirándolo.

—Ya lo sé —dije.

Miré alrededor. Byrne, Deborah y Adam estaban perplejos. ¿Pensarían ahora que, verdaderamente, me había vuelto completamente loca? No me importaba. Volvía a controlar la situación, a pensar con claridad. No era yo la que estaba loca.

—Sé dónde está. Sé dónde enterró Adam el cadáver de Adele Blanchard.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Byrne.

Miré a Adam y él me sostuvo la mirada sin vacilar. Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo y busqué mi monedero. Lo abrí y extraje un billete del metro, unos recibos, unos billetes de moneda extranjera... Allí estaba: la fotografía que me había hecho Adam en el momento de pedirme que me casara con él. Le entregué la fotografía a Byrne, que la cogió y la miró, desconcertado.

—Tenga cuidado —le previne—, es la única copia que tengo. Adele está enterrada ahí.

Miré de nuevo a Adam. Ni siquiera entonces rehuyó mis ojos, pero yo sabía que estaba pensando. Ése era su gran talento: el don de hacer cálculos en plena crisis. ¿Qué tramaba ahora aquella hermosa cabecita?

Byrne le mostró la fotografía a Adam.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Dónde está?

Adam compuso una sonrisa de perplejidad, y respondió:

—No lo sé exactamente. Le hice esa fotografía durante una excursión a no sé dónde. —Se volvió y me miró a mí.

En ese instante supe que yo tenía razón.

—No —lo contradije—. No fue una excursión cualquiera. Adam me llevó a ese sitio deliberadamente. Me dijo que lo habían decepcionado otras veces. Y que ahora, en aquel lugar tan especial para él, quería pedirme que me casara con él. Un momento y una promesa. Nos juramos fidelidad sobre el cadáver de Adele Blanchard.

—¿Adele Blanchard? —dijo Adam—. No sé de quién habla. —Me miró muy fijamente. Noté sus ojos taladrando los míos, intentando discernir lo que yo sabía—. Esto es absurdo. No recuerdo con exactitud dónde estuvimos aquel día. Ni tú. Tú tampoco te acuerdas, ¿verdad, cariño? Te dormiste en el coche. No sabes dónde te tomé esa fotografía.

Miré la fotografía y sentí una brusca sacudida de pánico. Adam tenía razón: no lo sabía. Miré la hierba, tan verde, tan tentadoramente real, y sin embargo tan lejana. Adele, ¿dónde estás? ¿Dónde está tu cuerpo perdido, roto, traicionado? Y entonces lo entendí. Estoy aquí. Estoy aquí.

—Saint Eadmund —dije.

—¿Qué? —preguntaron Byrne y Adam al unísono.

—Saint Eadmund, con una «a». Adele Blanchard era maestra de la escuela primaria Saint Eadmund, en Corrick, y la iglesia de Saint Eadmund también está en Corrick. Lléveme a la iglesia de Saint Eadmund, y yo lo llevaré a este sitio.

Byrne nos miró a Adam y a mí alternativamente. No sabía qué hacer, pero vi que flaqueaba. Di un paso hacia delante, hasta que mi cara y la de Adam casi se tocaron. Escruté sus claros ojos azules, y no vi en ellos ni una pizca de inquietud. Era magnífico. Por primera vez quizá, me imaginé a aquel hombre en una montaña, salvando una vida o quitándola. Levanté la mano derecha y le acaricié la mejilla, como él me había hecho antes a mí; Adam se estremeció ligeramente. Tenía que decirle algo. Pasara lo que pasara, no se me volvería a presentar una ocasión como aquella.

—Entiendo que mataras a Adele y a Françoise, porque, en cierto modo, las querías. Y supongo que Tara suponía una amenaza. ¿Le había contado algo su hermana? ¿Lo sabía? ¿Lo sospechaba? Pero ¿y los demás? Pete, Carie, Tomas, Alexis. Cuando subiste de nuevo a la cresta, ¿empujaste a Françoise? ¿Te vio alguien? ¿Lo hiciste simplemente porque resultaba fácil? —Esperé, pero Adam no dijo nada—. Nunca lo dirás, ¿verdad? Tú no darías esa satisfacción a los simples mortales como nosotros.

—Esto es ridículo —dijo entonces Adam—. Alice necesita ayuda. Puedo ejercer la custodia legal sobre ella.

—Tenga esto en cuenta —le dije yo a Byrne—: He informado de la existencia de un cadáver. He identificado el sitio donde está enterrado. Su obligación es investigarlo.

Byrne nos miró a los dos. Luego su rostro se relajó, y esbozó una sonrisa irónica. Suspiró y dijo:

—Está bien. —Luego miró a Adam y añadió—: No se preocupe, señor. Cuidaremos bien a su esposa.

—Adiós —le dije a Adam—. Adiós, Adam.

Él me sonrió; era una sonrisa tan dulce que parecía un niño pequeño, lleno de una esperanza aterradora. Pero no dijo nada: sólo me miró mientras me alejaba, y yo no giré la cabeza.

La agente de policía Mayer aparentaba unos dieciséis años. Tenía el cabello castaño y corto, y la cara redonda, con algunos granos. Yo iba sentada en la parte trasera del coche (azul y sin distintivos, y no un coche patrulla, como había imaginado), contemplando la parte de atrás de su cuello, que sobresalía por el blanco y planchado cuello de su camisa. La encontré estirada, poco natural, y su lánguido apretón de manos y su mirada, breve y superficial, me hicieron pensar que era una persona mediocre.

No hizo ningún esfuerzo para hablar conmigo, y yo se lo agradecí. Lo único que me dijo, antes de ponernos en marcha, fue que me abrochara el cinturón. Me recosté en el frío asiento de plástico y me puse a mirar las calles de Londres, casi sin verlas. Hacía una mañana despejada, y la luz me producía dolor de cabeza, pero cuando cerré los ojos fue peor aún, porque empezaron a aparecer imágenes en la oscuridad. Sobre todo la cara de Adam, la última visión que había tenido de él. Notaba el cuerpo vacío y dolorido. Era como si pudiera sentir todos mis órganos por separado: el corazón, los intestinos, los pulmones, los riñones, la sangre circulando, la cabeza.

De vez en cuando, la radio de la agente Mayer emitía unos crujidos, y ella pronunciaba algunas frases en una especie de extraño lenguaje telegráfico, sobre puntos de reunión y horas de llegada. Fuera de aquel coche estaba la vida real: personas que se ocupaban de sus asuntos cotidianos, fastidiadas, aburridas, satisfechas, indiferentes, emocionadas, cansadas. Personas que pensaban en su trabajo, o en lo que harían para cenar, o en lo que había dicho su hija aquella mañana durante el desayuno, o en el chico que les gustaba, o en que tenían que cortarse el pelo, o en que les dolía la espalda. No podía creer que yo también hubiera estado allí, en aquel mundo tan común. Recordaba vagamente algunas veladas en el Vine, con la Panda, como si fueran imágenes de un sueño medio olvidado. ¿De qué hablábamos, una noche tras otra, como si el tiempo no importara, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo? ¿Era feliz entonces? Ya no lo sabía. Apenas recordaba el rostro de Jake, o al menos su rostro cuando yo vivía con él, su rostro de amante; no recordaba cómo me miraba cuando estábamos juntos en la cama. El rostro de Adam, su intensa mirada, interfería esas imágenes, me tapaba la visión, y yo sólo lo veía a él.

Había pasado de ser la Alice de Jake a ser la Alice de Adam. Ahora era sencillamente Alice. Nadie me decía qué aspecto tenía ni me preguntaba cómo estaba. No tenía a nadie con quien hacer planes, cotejar ideas; nadie que me protegiera, nadie en quien perderme. Si sobrevivía estaría sola. Me miré las manos, que yacían inertes sobre mi regazo. Escuché mi respiración, regular y silenciosa. Quizá no sobreviviera. Antes de conocer a Adam, nunca me había asustado

demasiado la muerte, básicamente porque la muerte siempre parecía muy lejana; era algo que le iba a ocurrir a una dulce ancianita de cabello blanco con la que no acababa de identificarme. Me pregunté quién me echaría de menos. Mis padres, por supuesto. ¿Mis amigos? En cierto modo sí; pero para ellos yo ya había desaparecido cuando abandoné a Jake y mi antigua vida. Sacudirían la cabeza, como si me consideraran un bicho raro. «Pobrecilla», dirían. En cambio, Adam sí me echaría de menos. Lloraría por mí, sinceras lágrimas de dolor. Siempre me recordaría y siempre me lloraría. Qué extraño. Casi sonrío.

Saqué otra vez la fotografía del bolsillo y la miré. En aquella imagen estaba tan feliz ante el milagro de mi nueva vida que parecía una loca. Detrás de mí había una mata de espino, hierba y cielo, pero nada más. ¿Y si no me acordaba? Intenté recordar la ruta desde la iglesia, pero al hacerlo me invadió una sensación de vacío total. Ni siquiera lograba visualizar la iglesia. Intenté no pensar en ello, como si pensando fuera a alejar los últimos fragmentos de memoria. Volví a mirar la fotografía y oí mi propia voz que decía: «Para siempre». Para siempre, había dicho yo. ¿Qué había dicho Adam entonces? No me acordaba, pero sí recordaba que había llorado. Recordaba que había notado sus lágrimas en mis mejillas. Estuve a punto de llorar y también, en aquel frío coche de policía que me llevaba a un sitio donde iba a averiguar quién había ganado y quién había perdido, si viviría o moriría. Ahora Adam era mi enemigo, pero me había amado, aunque yo no supiera exactamente qué significaba eso. Yo también lo había amado. Tuve un momento de confusión y me entraron ganas de decirle a la agente Mayer que diera media vuelta y me llevara a casa; todo aquello era un terrible error, una aberración.

Sacudí la cabeza y volví a mirar por la ventana. Ya habíamos salido de la autopista, y estábamos atravesando un pueblecito gris. No recordaba nada de aquel viaje. Dios mío, quizá no recordara nada una vez allí. El cuello de la agente Mayer seguía rígido. Cerré los ojos de nuevo. Tenía tanto miedo que casi estaba tranquila, paralizada. Cambié de postura y tuve la sensación de que mi columna vertebral era delgada y quebradiza; noté los dedos fríos y rígidos.

—Ya hemos llegado.

El coche se detuvo ante la iglesia de Saint Eadmund, un edificio bajo de color gris. Había un letrero que anunciaba con orgullo que los cimientos de aquella iglesia tenían más de mil años. Sentí un gran alivio, porque lo recordaba. Pero allí era donde empezaba la prueba. La agente Mayer bajó del coche y me abrió la puerta. Salí y vi que nos esperaban tres personas. Otra mujer, un poco mayor que la agente Mayer, ataviada con pantalones y una gruesa chaqueta de piel de borrego, y dos hombres con chaquetas amarillas parecidas a las que utilizan los obreros de la construcción. Llevaban palas. Me temblaban las rodillas, pero intenté caminar deprisa, como si supiera perfectamente adonde quería ir.

Cuando nos acercamos a ellos, apenas me miraron. Los dos hombres estaban hablando; me miraron un momento y siguieron con su conversación. La mujer vino

hacia nosotras y se presentó como la detective Paget; cogió a Mayer por el codo y se la llevó un poco lejos de mí.

—Con un par de horas bastará —le oí decir.

De modo que nadie creía ni una palabra de lo que yo había dicho. Me miré los pies. Llevaba unos botines con tacón totalmente inadecuados, que no me iban a servir para caminar por aquellos campos embarrados. Sabía en qué dirección debíamos ir: había que seguir por la carretera, dejando atrás la iglesia. Ésa era la parte más fácil; el problema vendría después. Pillé a los dos hombres observándome, pero los miré y bajaron la vista, como si mi presencia los incomodara. Yo era la loca. Me puse el pelo detrás de las orejas y me abroché el último botón de la chaqueta.

Las dos mujeres regresaron, con aire resuelto.

—Muy bien, señora Tallis —dijo la detective Paget haciéndome una seña con la cabeza—. Si quiere, puede mostrarnos el camino.

Me costaba tragar saliva, como si tuviera la garganta obstruida. Eché a andar por la carretera. Un pie y luego el otro, en silencio, mientras en mi mente resonaba la cantinela: «Izquierda, derecha, izquierda, derecha». La detective Paget caminaba a mi lado, y los otros tres se quedaron un poco rezagados. No oía lo que decían, pero de vez en cuando los oía reír. Notaba las piernas muy pesadas, como de plomo. La carretera se extendía ante mí, inacabable, monótona. Quizá aquél fuera mi último paseo.

—¿Falta mucho? —me preguntó la detective Paget.

No tenía ni idea. Pero después de una curva la carretera se bifurcaba, y vi un monumento de guerra con un águila de piedra en lo alto.

—Es por aquí —dije, intentando disimular la euforia—. Por aquí es por donde vinimos.

La detective Paget debió de detectar el tono de sorpresa de mi voz, porque me lanzó una mirada burlona.

—Sí, es aquí —repetí. Hasta ese momento no me había acordado del monumento, pero al verlo lo recordé perfectamente.

Los guíé por el estrecho camino. Notaba las piernas más ligeras, como si mi cuerpo me indicara el camino que debía seguir. Un poco más adelante tenía que haber un sendero. Miraba ansiosamente a derecha e izquierda, y de vez en cuando me paraba para escudriñar la maleza, por si la hierba había cubierto el sendero. Notaba la creciente impaciencia del grupo. Pillé a la agente Mayer y a uno de los excavadores (un joven delgado con el cuello largo y lleno de granos) mirándose y encogiéndose de hombros.

—Es por aquí cerca —afirmé.

Unos minutos más tarde, dije:

—Debemos de habernos pasado.

Nos paramos en medio del camino, mientras yo intentaba decidir hacia dónde tirar.

—Creo que un poco más arriba hay un desvío —observó la detective Paget—. ¿Quiere que nos acerquemos a mirar?

Era el sendero que yo andaba buscando. Estuve a punto de abrazarla para expresarle mi gratitud; me puse en marcha con aire decidido, y los demás me siguieron. Las zarzas se nos enganchaban en la ropa y nos arañaban las piernas, pero no me importaba. Allí era adonde me había llevado Adam. Esta vez no vacilé: me aparté del sendero y entré en el bosque, porque había visto un abedul del que me acordaba, blanco y recto, rodeado de hayas. Subimos por una cuesta, y recordé que Adam me había dado la mano y me había ayudado a subirla, porque había hojas caídas que me hacían resbalar. Estaba lleno de narcisos, y oí cómo la agente Mayer exclamaba admirada, como si estuviéramos haciendo una excursión campestre.

Al final de la cuesta había una planicie sin tantos árboles, casi un páramo. Me pareció oír la voz de Adam diciendo: «Un prado al que se llega por un sendero al que se llega por un camino al que se llega por una carretera».

De pronto no sabía hacia dónde ir. Recordaba una mata de espino, pero desde allí no la veía. Di unos cuantos pasos vacilantes; me detuve y miré alrededor, desanimada. La detective Paget se me acercó y se quedó esperando, sin hacer nada. Saqué la fotografía de mi bolsillo.

—Lo que buscamos es esto —dije.

—Un arbusto.

El tono de su voz era neutro, pero su mirada no. Estábamos rodeados de arbustos.

Cerré los ojos e intenté hacer memoria. Y entonces recordé algo que había dicho Adam: «Mira con mis ojos». Y habíamos mirado desde allí arriba la iglesia y los campos. «Mira con mis ojos».

Era como si verdaderamente mirara con los ojos de Adam, siguiéndole los pasos. Eché a andar a trompicones, casi corriendo, por el páramo, y allí, a través de los árboles, vi el camino por el que habíamos subido. Allí estaba la iglesia de Saint Eadmund, con los dos coches aparcados delante. Allí estaba la alfombra de verdes prados. Y allí estaba también la mata de espino. Me coloqué delante, como aquel día. Me quedé de pie sobre la tierra, blanda, y recé para que el cadáver de una joven estuviera enterrado bajo mis pies.

—Aquí —dije a la detective Paget—. Aquí. Tienen que cavar aquí.

La detective Paget llamó a los hombres de las palas y repitió mis instrucciones:

—Tienen que cavar aquí.

Me aparté, y los hombres se pusieron a cavar. El terreno era pedregoso, y la tarea no era fácil. Pronto empecé a ver cómo se les cubría la frente de sudor. Intenté respirar acompasadamente. Cada vez que hundían la pala, yo esperaba ver aparecer algo. Pero nada. Cavaron hasta que hicieron un agujero considerable. Nada. Finalmente pararon y miraron a la detective Paget, que me miró a mí.

—Es ahí —insistí—. Sé que es ahí. Esperen.

Volví a cerrar los ojos e intenté recordar. Saqué la fotografía y miré fijamente el

arbusto.

—Dígame exactamente dónde tengo que colocarme —le dije a la detective Paget, al tiempo que le ponía la fotografía en la mano y me situaba junto a la mata de espino.

Ella me miró con recelo, y se encogió de hombros. Me coloqué enfrente de ella, como había hecho con Adam, y la miré fijamente como si la detective fuera a hacerme una fotografía. Ella me miró entrecerrando los ojos.

—Un poco más adelante —dijo.

Di un paso al frente.

—Así.

—Caven aquí —les dije a los hombres.

Se pusieron a cavar de nuevo. Nosotras esperamos en silencio; sólo se oían los golpes sordos de las palas y la fatigosa respiración de los obreros. Nada. No había nada, sólo tierra rojiza y gruesa, y piedras pequeñas.

Los hombres volvieron a parar y me miraron.

—Por favor —dije con voz ronca—. Un poco más, por favor. —Miré a la detective Paget y le puse una mano en el brazo—. Por favor —supliqué.

Ella frunció el entrecejo, pensativa, y luego dijo:

—Podríamos estar cavando una semana. Ya hemos cavado donde usted nos ha indicado, y no hemos encontrado nada. Ya hay suficiente.

—Por favor —insistí. Se me quebraba la voz—. Por favor. —Me jugaba la vida.

La detective Paget exhaló un hondo suspiro.

—De acuerdo —concedió. Miró su reloj y añadió—: Veinte minutos, ni uno más.

Hizo una seña y los hombres cogieron de nuevo las palas, murmurando burlas y gruñendo. Me aparté un poco, me senté y me puse a contemplar el valle. El viento rizaba la hierba, como si fuera el mar.

De pronto oí un murmullo a mis espaldas. Corrí hacia allí. Los hombres habían dejado de cavar y estaban arrodillados junto al hoyo, apartando la tierra con las manos. Me agaché a su lado. La tierra se había vuelto más oscura, y vi una mano que sobresalía, sólo los huesos, como si nos hiciera señas para que nos acercáramos.

—¡Es ella! —grité—. ¡Es Adele! ¿Lo ven? ¿No lo ven?

Me puse a escarbar, frenética, aunque apenas veía. Quería abrazar aquellos huesos, coger con mis manos aquella cabeza, aquel horrendo cráneo que empezaba a aparecer, meter los dedos por las cuencas vacías de los ojos.

—No toque nada —dijo la detective Paget, y tiró de mí hacia atrás.

—¡Es ella! —grité—. Es ella. Tenía razón. Es ella.

A mí iba a pasarme lo mismo, quise añadir. Si no la hubiéramos encontrado, me habría pasado lo mismo.

—Es una prueba, señora Tallis —dijo ella con severidad.

—Es Adele —repetí—. Es Adele. Adam la asesinó.

—No sabemos quién es —me corrigió ella—. Tendremos que examinar el

cadáver para identificarlo.

Miré el brazo, la mano, la cabeza que sobresalían de la tierra. Toda la tensión que había soportado se desvaneció, y me sentí tremendamente cansada, tremendamente triste.

—Pobrecilla —murmuré—. Pobre mujer. Dios mío. Dios mío.

La agente Paget me ofreció un pañuelo de papel, y me di cuenta de que estaba llorando.

—Tiene algo alrededor del cuello, detective —señaló el joven delgado.

Me llevé una mano al cuello.

El joven levantó un cordón ennegrecido, y dijo:

—Creo que es un collar.

—Sí —confirmé—. Sí, se lo regaló él.

Todos se dieron la vuelta y me miraron, y esta vez con mucha atención.

—Miren. —Me quité el collar con la reluciente espiral de plata, y lo coloqué junto a su ennegrecido duplicado—. Me lo regaló Adam. Era una prueba de su amor eterno. —Toqué la espiral de plata—. Seguro que el suyo también tiene esto.

—Tiene razón —dijo la detective Paget.

La otra espiral estaba negra y tenía tierra adherida, pero era inconfundible. Hubo un largo silencio. Todos me miraron, y yo miré el hoyo donde yacía el cadáver de Adele.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó la detective Paget finalmente.

—Adele Blanchard. —Tragué saliva—. Era amante de Adam. Y creo... —Rompí a llorar otra vez, pero esta vez no lloraba por mí, sino por Adele, por Tara y por Françoise—. Creo que era una buena mujer. Una joven encantadora. Lo siento, lo siento mucho. —Me tapé la cara con las manos, llenas de barro, y las lágrimas se colaban entre mis dedos.

La agente Mayer me puso un brazo sobre los hombros.

—La acompañaremos a su casa.

Pero ¿dónde estaba ahora mi casa?

* * *

El inspector Byrne y otra agente insistieron en acompañarme al apartamento, aunque les dije que Adam no estaría allí y que sólo quería recoger mi ropa y marcharme. Dijeron que de todos modos tenían que comprobarlo, aunque ya habían llamado por teléfono y no habían encontrado a Adam. Tenían que localizar al señor Tallis.

Yo no sabía adónde ir, pero eso no se lo dije. Después tendría que hacer declaraciones, rellenar formularios y firmarlos por triplicado, hablar con abogados.

Tendría que enfrentarme a mi pasado y afrontar mi futuro, intentar salir de los escombros después de la catástrofe. Pero todavía no. En esos momentos avanzaba lentamente, como atontada, e intentaba poner las palabras en el orden correcto, hasta que me dejaran sola en algún sitio y pudiera dormir. Estaba tan cansada que habría podido dormirme de pie.

El inspector Byrne subió conmigo la escalera, hasta el apartamento. La puerta colgaba de los goznes; Adam la había derribado. Me temblaban las rodillas, pero Byrne me sujetó por el codo y entramos, seguidos por la otra agente.

—No puedo —dije, deteniéndome bruscamente en el recibidor—. No puedo. No puedo entrar. No puedo. No puedo. No puedo, de verdad.

—No hace falta que entre. —El inspector se dirigió a la agente—: Coja algo de ropa limpia, por favor.

—Mi bolso —dije—. En realidad sólo necesito mi bolso. Tengo el dinero allí. No quiero nada más.

—Y su bolso.

—Está en el salón —dije. Me pareció que iba a vomitar.

—¿Tiene usted familia? —me preguntó el inspector mientras esperábamos.

—No lo sé —contesté con un hilo de voz.

—¿Puedo hablar un momento con usted, señor?

Era la agente, que había salido al rellano y nos miraba con expresión grave. Pasaba algo.

—¿Qué...?

—Señor.

Entonces lo comprendí. Lo supe instintivamente.

Antes de que pudieran impedírmelo, yo ya me había precipitado hacia el salón. Adam estaba allí, girando muy lentamente, colgado de la cuerda. Vi que había utilizado un trozo de cuerda de escalar. Cuerda de escalar amarilla. Había una silla caída a su lado. Iba descalzo. Toqué suavemente el pie que tenía mutilado, y luego lo besé, como había hecho la primera vez. Estaba muy frío. Llevaba sus vaqueros viejos y una camiseta desteñida. Miré su cara, hinchada y deformada.

—Me habrías matado —dije mirándolo fijamente.

—Señora Loudon... —dijo el inspector Byrne.

—Me habría matado —expliqué, sin apartar los ojos de Adam, mi gran amor—. Lo habría hecho.

—Venga conmigo, señora Loudon. Todo ha terminado.

Adam había dejado una nota. No era una confesión, ni una explicación. Era una carta de amor.

Querida Alice:

Te adoré en cuanto te vi. Fuiste mi mejor y mi último amor. Lamento que haya tenido que

acabar. Toda la vida no habría sido suficiente.

Una noche, semanas más tarde, después de la conmoción, después del funeral, llamaron a la puerta. Era Deborah, más guapa que de costumbre, con falda y chaqueta oscuras, con cara de cansada tras una jornada en el hospital. Nos miramos sin sonreír.

—Ya sé que debí llamarte antes —dijo ella al fin.

Me aparté y ella subió la escalera delante de mí.

—Te he traído dos cosas —dijo—. Esto. —Sacó una botella de *whisky* escocés de una bolsa de plástico—. Y esto. —Desdobló una hoja de periódico y me la dio. Era una nota necrológica de Adam. La había escrito Klaus para un periódico que yo no solía comprar—. Pensé que te gustaría verla.

—Pasa —dije.

Cogí la botella de *whisky*, un par de vasos y el recorte de periódico, y nos sentamos en el salón. Serví el *whisky*. Deborah, como buena norteamericana, fue a la cocina a buscar hielo. Leí la nota necrológica.

El artículo, escrito a cuatro columnas, incluía una fotografía de Adam que yo no había visto nunca: quemado por el sol, sin gorro, en una montaña, sonriendo a la cámara. Yo casi nunca lo había visto sonreír, ni con aire despreocupado. Siempre me lo imaginaba serio, concentrado. Detrás tenía una cordillera de montañas que parecían olas del mar en un grabado japonés, atrapadas en un momento de perfección. Eso era lo que siempre me había costado entender. Cuando uno veía fotografías tomadas en la cima de una montaña, todo parecía claro y hermoso. Pero lo que ellos me habían contado (Deborah, Greg, Klaus y Adam, por supuesto) era que lo más impresionante de la experiencia real de estar allí arriba era precisamente lo que no podía captar la cámara: el frío glacial, la dificultad para respirar, el viento que amenazaba con levantarlo a uno y arrastrarlo, el ruido, la lentitud y la pesadez del cerebro y el cuerpo, y sobre todo la sensación de hostilidad, de que aquel mundo al que se ascendía no estaba hecho para los humanos, y la conciencia de que quizá uno no sobreviviera al ataque de los elementos ni a su propia degeneración física y psicológica. Me quedé mirando la cara de Adam y me pregunté a quién le estaría sonriendo. Oí el tintineo de los cubitos de hielo en la cocina. Al principio, cuando lo leí por encima, el texto de Klaus me produjo dolor. Por una parte, era un homenaje personal a su amigo, pero también intentaba cumplir con la obligación profesional del periodista. Después lo leí detenidamente:

El alpinista Adam Tallis, que se suicidó hace escasos días, alcanzó la fama gracias a sus proezas durante la catastrófica tormenta que se produjo el año pasado en el Chungawat, en la cordillera del Himalaya. Él no buscaba

la fama, y no se sentía cómodo siendo el centro de atención, pero siguió exhibiendo la misma elegancia y el mismo carisma de siempre. Adam era hijo de una familia de militares, contra la que se rebeló (su padre participó en el desembarco de Normandía en 1944). Nació en 1964 y se educó en Eton, pero la escuela no le gustaba, y nunca se sometió a ninguna forma de autoridad o institución que considerara poco meritoria. Dejó los estudios a los dieciséis años, y recorrió toda Europa solo.

A continuación, Klaus ofrecía un resumen del relato que hacía en su libro sobre los inicios de Adam en el alpinismo y sobre la tragedia del Chungawat. Había incorporado la corrección hecha por la revista *Guy*. Ahora era Tomas Benn quien pedía ayuda antes de entrar en coma. Eso conducía al punto culminante del artículo de Klaus:

Al pedir ayuda, aunque fuera demasiado tarde, Benn apelaba a una humanidad que Adam Tallis encarnaba.

Ha habido quien, sobre todo en estos últimos años, ha afirmado que la moral ya no cuenta cuando nos aproximamos a las cimas de las montañas más altas. Este brutal enfoque quizá se haya visto fomentado por la nueva moda de las expediciones comerciales, en las que el líder se debe al cliente que le ha pagado, y en las que la vida del cliente depende de los guías expertos. Adam había expresado sus reservas respecto a esos viajes organizados, en los que aventureros no cualificados pero con un alto poder adquisitivo son conducidos a las cumbres que hasta hace poco tiempo eran el reino de los equipos de alpinistas de élite.

Sin embargo, y el que habla ahora es un hombre al que Adam Tallis salvó la vida, en medio de aquella espantosa tormenta él estuvo a la altura de los más grandes alpinistas de los Alpes y del Himalaya. Al parecer, las presiones del mercado dominaban también en aquel mundo enrarecido, por encima de los ocho mil metros de altitud. Pero a alguien se le olvidó decírselo al dios de la montaña del Chungawat. Adam Tallis fue quien demostró que, in extremis, hay pasiones más profundas, valores más básicos.

A su regreso del Chungawat, Adam no estuvo ocioso. Siempre había sido un hombre de fuertes impulsos, y conoció a Alice Loudon y se casó con ella...

Deborah volvió al salón. Se sentó a mi lado y bebió un sorbo de *whisky*; estudió mi cara mientras yo seguía leyendo:

... una investigadora hermosa y con mucho carácter, que no pertenecía

al mundo del alpinismo. La pareja estaba locamente enamorada, y los amigos de Adam creyeron que él había encontrado por fin la estabilidad que aquel inquieto trotamundos siempre había buscado. Quizá sea relevante el hecho de que la expedición al Everest que preparaba para el año que viene no tuviera como objetivo alcanzar la cima, sino limpiar la montaña; tal vez quería compensar así a las deidades tantas veces insultadas y desafiadas.

Pero no pudo ser. ¿Quién puede hablar de los tormentos íntimos de otra persona? ¿Quién sabe qué es lo que impulsa a los hombres y mujeres que buscan la realización en la cima del mundo? Quizá la tragedia del Chungawat le había pasado una factura más elevada de lo que sus propios amigos creían. A nosotros nos parecía que estaba más feliz y más tranquilo que nunca, y sin embargo en sus últimas semanas lo vimos irritable, quisquilloso, poco comunicativo. No logro librarme de la sensación de que no supimos ayudarlo como él nos había ayudado a nosotros en muchas ocasiones. Quizá sea que cuando los más fuertes se derrumban lo hacen de forma más brutal y más irreversible. He perdido a un amigo. Alice ha perdido a su marido. El mundo ha perdido a un hombre de un heroísmo poco común.

Dejé la hoja de periódico a mi lado, con la fotografía hacia abajo para no ver la cara de Adam, y me soné la nariz con un pañuelo de papel. Luego bebí un poco de *whisky*, que me ardió en la dolorida garganta. Me pregunté si alguna vez volvería a sentirme normal. Deborah me puso una mano en el hombro, indecisa, y yo compuse una sonrisa y le dije:

—No pasa nada.

—¿Te molesta? —me preguntó ella—. ¿No quieres que se entere todo el mundo? Tuve la impresión de que me lo preguntaba desde muy lejos.

—No —dije—. Pero hay un par de personas a las que quiero ir a ver, personas a las que mentí y engañé. Merecen saber la verdad. Seguramente es por mi bien, tanto como por el de ellas. Pero los demás no me importan. Ya no importa, de verdad.

Deborah se inclinó hacia delante e hizo chocar su vaso con el mío.

—Querida Alice —dijo con voz forzada—. Te lo digo con estas palabras porque estoy citando la carta que intenté escribirte pero que cada vez acababa tirando a la papelera. Querida Alice, un poco más y habría sido cómplice de un secuestro y de Dios sabe qué más. Lo siento muchísimo. ¿Me dejas invitarte a cenar?

Asentí en respuesta a la pregunta que no me había formulado y a la que sí había hecho.

—Será mejor que me cambie —dije—. Tengo que estar a tu altura. Hoy he tenido un día muy duro en la oficina.

—Ah, ya me he enterado. Felicidades.

Un cuarto de hora más tarde caminábamos cogidas del brazo por la calle. No hacía ni pizca de frío, y empecé a creer que al final llegaría el verano, que nos traería calor, largas veladas y frescos amaneceres. Caminábamos con soltura, bien sincronizadas. Deborah me llevó a un restaurante italiano nuevo que había visto anunciado en una revista, pidió pasta y ensalada y una botella de vino tinto del caro. Para redimir su culpa, dijo. Los camareros eran morenos y atractivos, y nos atendieron estupendamente. Cuando Deborah sacó un cigarrillo del paquete, dos de ellos acudieron inmediatamente para ofrecerle un encendedor. Entonces Deborah me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Qué está haciendo la policía?

—La semana pasada pasé todo un día hablando con detectives de diferentes cuerpos. Les conté más o menos la misma historia que les había contado antes de que llegarais Adam y tú. —Deborah hizo una mueca—. Pero esta vez me hicieron caso, y me preguntaron muchas cosas. Parecían muy satisfechos con mi declaración. Supongo que se alegraban de no tener que buscar a otros sospechosos. El inspector Byrne, al que tú conociste, estuvo muy amable conmigo. Me parece que se sentía culpable.

Un camarero nos trajo un cubo de hielo y descorchó una botella de champán.

—Gentileza de los caballeros de aquella mesa —dijo.

Nos dimos la vuelta. Dos jóvenes con traje nos sonreían con las copas levantadas.

—¿Qué clase de restaurante es éste? —dijo Deborah en voz alta—. ¿Qué se han creído esos gilipollas? Debería ir y tirarles el champán por la cabeza. Dios mío, Alice, lo siento mucho. Supongo que esto es lo último que necesitas.

—No —repuse—. No tiene importancia. —Serví dos copas de champán y esperé a que bajara la espuma—. Ahora estas cosas ya no tienen ninguna importancia, Deborah. Un par de imbéciles dando la lata, batallas estúpidas, riñas ridículas; nada de eso vale la pena. La vida es demasiado corta, ¿no crees? —Hice chocar mi copa contra la de ella—. Por la amistad —dije.

—Por la superación —dijo ella.

* * *

Después de cenar, Deborah me acompañó a casa. No le pedí que subiera, y nos despedimos en la puerta. Subí la escalera y entré en el apartamento que iba a dejar la semana siguiente. Aquel fin de semana tendría que recoger mis escasos objetos personales y decidir qué quería hacer con los de Adam. Sus cosas todavía estaban repartidas por las habitaciones: sus vaqueros desteñidos, sus camisetas, sus jerséis, que olían tanto a él que si cerraba los ojos creía que Adam todavía estaba allí, mirándome; su chaqueta de piel, que aún parecía conservar su forma; su mochila

llena de material de alpinismo; las fotografías que me había hecho con la Polaroid. Sólo faltaban sus preciosas y gastadas botas de alpinismo: Klaus (mi querido Klaus, con la cara hinchada de tanto llorar) las había puesto en el ataúd. Un par de botas en lugar de flores. Así que Adam no dejaba muchas cosas. Siempre había viajado ligero.

Inmediatamente después pensé que no podría seguir en aquel apartamento ni una sola hora más, ni un solo minuto. Pero lo cierto es que me resultó extrañamente difícil marcharme de allí. Con todo, el lunes cerraría definitivamente la puerta nueva, y le entregaría las llaves al empleado de la inmobiliaria. Me llevaría mis bolsas y todas mis cosas y cogería un taxi que me llevaría a mi nuevo hogar, un cómodo apartamento de una sola habitación muy cerca de la oficina, con un pequeño patio, lavadora, microondas, calefacción central y gruesas alfombras. En una ocasión, después de superar la peor parte de su drama personal, Pauline me había dicho que si uno se comporta como si estuviera bien, acaba estándolo. Para sobrevivir hay que cumplir con las formalidades de la supervivencia. El agua acaba llegando a las acequias que uno ha cavado para recogerla. Así que pensaba comprarme un coche. Quizá me comprara un gato. Volvería a estudiar francés y me compraría ropa. Me presentaría en la oficina temprano todas las mañanas y haría bien mi trabajo, como sabía que podía hacerlo. Vería a todos mis viejos amigos. Al final la vida llegaría a aquellos espacios que yo había preparado; y esa vida no estaría nada mal. Al mirarme, la gente nunca sospecharía que para mí aquellas cosas tenían escaso valor; que me sentía tan vacía y tan triste como el cielo.

Nunca volvería a ser como era antes de conocer a Adam. Los demás no lo sabrían. Jake, ahora feliz con su nueva novia, no lo sabría. Cuando recordara el desenlace de nuestra relación vería dolor, fracaso y pena, pero sería un recuerdo vago que acabaría perdiendo el poder de hacerle daño, si es que no lo había perdido ya. Pauline, cuyo embarazo estaba ya muy avanzado, tampoco lo sabría. Superando una intensa timidez, me había preguntado si quería ser la madrina de su hijo, y yo le di dos besos y le contesté que no creía en Dios, pero que sí, que sería un honor para mí. Clive, que iba de romance en romance, pensaría en mí como una mujer que había conocido el verdadero amor romántico; me pediría consejo cada vez que quisiera salir con una chica, o romper con ella. Tampoco podría contárselo a mi familia, ni a la de Adam, ni a Klaus, ni a sus amigos alpinistas, ni a mis colegas de la oficina.

Para todos ellos yo era la trágica viuda del héroe que había muerto prematuramente, que se había suicidado. Hablaban conmigo, y seguramente también de mí, en un tono de voz que denotaba respeto y lástima. Sylvie lo sabía, por supuesto, pero yo no podía hablar con ella de lo ocurrido. Pobre Sylvie, que creyó que hacía lo mejor para mí. Asistió al funeral, y después, en un susurro desesperado, me suplicó que la perdonara. Le dije que la perdonaba (¿qué otra cosa podía decirle?); luego me di la vuelta y seguí hablando con otra persona.

Estaba cansada, pero no tenía sueño. Preparé té y me lo bebí en una de las tazas de peltre de Adam, una taza que él llevaba colgada de su mochila cuando fuimos a

pasar la luna de miel a Lake District, aquella noche oscura y estrellada. Me senté en el sofá, en bata, con las piernas recogidas, y pensé en él. Pensé en la primera vez que lo había visto, al otro lado de la calle, mirándome fijamente, atrapándome con su mirada, atrayéndome como un imán. Pensé en la última vez, en la comisaría de policía, cuando me había sonreído con aquella dulzura, dejándome marchar. Él debía de saber que todo había terminado. No nos habíamos despedido. Nuestra historia había empezado con éxtasis, había terminado con terror, y ahora quedaba una profunda soledad.

Unos días atrás Clive me había invitado a comer, y, después de las afligidas exclamaciones y de las muestras de apoyo, me preguntó: «¿Cómo vas a encontrar a alguien que esté a su altura, Alice?».

Nadie podía estar a su altura. Adam había matado a siete personas. Me habría matado a mí, aunque lo hubiera hecho llorando. Cada vez que me acordaba de su forma de mirarme, con aquel amor tan concentrado; o cuando recordaba su cuerpo oscilando lentamente, colgado de la cuerda amarilla, recordaba también que Adam era un violador y un asesino. Mi Adam.

Pese a todo, seguía recordando su hermoso rostro y cómo me abrazaba y me miraba a los ojos y pronunciaba mi nombre, con tanta ternura; y no quería olvidar que alguien me había amado tanto. Es a ti a quien quiero, me había dicho, sólo a ti. Nadie volvería a amarme jamás así.

Me levanté y abrí la ventana. Un grupo de jóvenes pasó por la calle, bajo la luz de la farola, riendo, un poco borrachos. Uno de ellos miró hacia arriba, me vio asomada a la ventana y me lanzó un beso, y yo le dije adiós con la mano, le sonreí y me di la vuelta.

Amor mío... jamás pensé que esta historia pudiera ser tan triste.

FIN



NICCI FRENCH es el nombre con el que el matrimonio formado por los periodistas británicos Nicci Gerrard (Worcestershire, 1958) y Sean French (Bristol, 1959) decidió firmar sus novelas desde que en 1997 apareció publicado su primer título, *Enterrado en la memoria*.

Quince años después, el pseudónimo Nicci French se ha convertido en uno de los más aclamados por el público y elogiados por la crítica, gracias a éxitos tan rotundos como *Un amor dulce y peligroso*, adaptado a la gran pantalla con Heather Graham y Joseph Fiennes como protagonistas, *A flor de piel*, *La habitación roja*, *Los muertos no hablan* o *Sonata para un muerto*.

Casados desde 1999 Nicci y Sean han logrado compaginar su carrera juntos en el mundo del *thriller* con esporádicas incursiones en solitario en otros géneros, con igual brillantez pero sin la química que, unidos, los ha convertido en una de las grandes parejas de las letras anglosajonas.